



FRONTERA ALTERADA

JULIO GUDE

JULIO GUDE

FRONTERA ALTERADA

Copyright © 2020 Julio Gude Alcalá
Todos los derechos reservados.

*A todo aquel que ha formado una parte importante de mi vida,
y que lo seguirá formando por siempre.*

1

El Sol se había alzado sobre su cabeza trescientas veces exactas desde que había llegado a aquel lugar inhóspito. Arran hacía la cuenta con disciplina minuciosa cada mañana nada más despertarse y, gracias a este religioso cálculo, no le era necesario mirar su reloj digital para afirmar a qué fecha se encontraba. Sin lugar a dudas, era el mes de julio, no ya por la cuenta a la que sometía su desdichada rutina o por lo que le indicara la pantalla de su reloj de plástico negro sino por el calor sofocante que le obligaba a cobijarse en cada sombra que encontraba a su paso. La tierra estaba cubierta por un fino manto de hierba seca y el sonido de las cigarras llegaba a ser insoportable en las zonas con exceso de maleza. El muchacho se veía obligado a portar en sus brazos una pesada escopeta de doble cañón paralelo, algo anticuada y de difícil encaro. Había pertenecido a su padre, un texano renegrado curtido a base de arrear el ganado. Dada la similitud física entre ambos, el arma se adaptaba a su complexión física de forma bastante provechosa. Afortunadamente para él, ya que en aquellas circunstancias una piel delicada o unos ojos claros no le habrían traído más que inconvenientes, de su madre solo había heredado las raíces escocesas, lo cual se veía reflejado, en primer término, en su extravagante nombre. A derecha e izquierda de su camino se agolpaban decenas de montículos formados con ramas que él había ido apilando poco a poco para facilitar que las liebres pudieran hacer sus madrigueras. De esa forma podía conseguir las piezas de caza sin tener que patearse el monte entero, con el evidente riesgo que ello entrañaba. Arran había aprendido esa táctica cuando era pequeño gracias a su progenitor, y aunque nunca se le había pasado ni remotamente por la cabeza que ello le serviría en un futuro, las circunstancias le habían obligado a sacar aquella información de algún recóndito hueco de su cerebro y a llevarla a la práctica. Muy de vez en cuando se topaba con algún animal de mayor tamaño, como podían ser venados o coyotes, lo cual le suponía no tener que preocuparse por el alimento en días venideros. Pero, por desgracia, esa no era la tónica habitual y tenía que conformarse con las tan socorridas liebres o alguna que otra perdiz.

Un chasquido sonó a su espalda, y con una maestría que jamás hubiera imaginado un año atrás, el joven cazador se dio la vuelta y apretó el gatillo con firmeza. Los perdigones dieron de lleno en el objetivo y el olor a pólvora se mezcló con la sequedad del ambiente. El contacto de la cantonera con el hombro desnudo que dejaba asomar su desteñida camiseta de tirantes le enrojeció la zona. Incuestionablemente, esa escopeta era un arma perfecta para la caza menor, pues permitía realizar un segundo disparo consecutivo y así corregir sobre el primero sin perder el punto de referencia. Su resistencia también era digna de elogio, algo muy significativo dadas las circunstancias. Pero ahí acababan todas sus virtudes. El ataque de un mutante se convertía en un auténtico suplicio dada la fuerza descomunal con la que contaban esas criaturas, y la mayoría de las veces un tiro al cuerpo no era señal de victoria. Destrozarles la cabeza era la manera más fácil de acabar con ellos, sin embargo, su rapidez hacía que dar en el blanco fuera una cuestión de azar más que de puntería. Por ello, muchas veces Arran maldecía su suerte y deseaba haber contado en

su huida de la urbe con el suficiente margen de tiempo como para haberse equipado con un arma que le hubiera permitido disparar en ráfaga y así aumentar las probabilidades de triunfo en un enfrentamiento.

El pequeño mamífero yacía sobre el terreno arenoso, y el chico pudo ver por un instante en los ojos negros del animal sin vida el descanso eterno que tanto anhelaba. Solamente el instinto de supervivencia y, aún más, el bienestar de su hermana lo apartaban de la idea de la muerte. Una vez que los malos pensamientos se desvanecieron de su mente, cogió la liebre por las orejas y la ató a la canana desgastada que rodeaba su cintura.

Todo era como de costumbre en aquella canicular época del año: una luminosidad cegadora y una absoluta quietud provocada por la total ausencia de viento. Eso ayudaba a agudizar los sentidos, ya que, sin distracciones, cualquier mínima perturbación en el ambiente se percibía de modo mucho más inmediato. Tan era así que un chocante punto colorado en mitad del homogéneo prado amarillento llamó de inmediato la atención del muchacho. Este recorrió los escasos quince metros que le separaban del objeto inesperado y se agachó para recogerlo. Se trataba de un cartucho de escopeta, con el revestimiento en un intenso tono rojizo y varios caracteres grabados en el culote, que informaban del calibre. Lo sostuvo entre los dedos índice y pulgar a un palmo de su nariz, y lo examinó detenidamente mientras hacía cálculas sobre su reciente descubrimiento.

El cuerpo inerte del cuadrúpedo cayó a los pies de Nairna. Esta lo acarició lánguidamente y, al mismo tiempo que sentía la suavidad del pelaje en las palmas de las manos, se dejó transportar a una infancia ya perdida para siempre. El cadáver aún seguía caliente, más incluso que los finos dedos de la muchacha. De hecho, el frío que se apoderaba de sus falanges se había convertido en una sensación tan frecuente para ella que ya ni tan siquiera se molestaba en ponerle remedio. Cada vez que había intentado subsanarlo frotándose las manos o arrojándolas al fuego, en solo un lapso de un par de horas la temperatura de sus extremidades había vuelto a descender, y ni tan siquiera el bochorno que soportaba últimamente le ayudaba de algún modo en su particular campaña.

—Toma, estarás sediento —dijo la joven desde el suelo mientras ofrecía una botella de plástico manoseada a su hermano—. Estoy deseando que pase este tiempo.

—¿Te has acordado de desinfectarla? —preguntó Arran.

—Pues claro, como siempre —respondió ella, ligeramente molesta—. De todas formas, la botella de lejía está ya casi vacía. Pero, vamos, que ese es el menor de nuestros problemas.

—Nair, no empieces...

—No, déjate de Nair —le interrumpió ella—. El arroyo lleva seco semanas y todavía falta más de un mes para que pase el verano. Si no buscamos otro lugar pronto, moriremos.

—Sabes de sobra que no podemos arriesgarnos. Al menos no de momento. Es demasiado peligroso.

—¿Peligroso? ¿Peligroso? —Nairna hizo un especial hincapié al repetir la palabra—. ¿Y qué no es peligroso?

—Aun con ello, este sitio es el más seguro.

—No, no. Lo era, cuando teníamos qué comer y el arroyo llevaba agua. Pero ya no. Ahora, cada vez que vamos a por ella, tenemos que andar... ¿Cuánto? ¿Diez kilómetros?

—Algo más.

—Peor me lo pones. Cada día que toca ir supone una maldita odisea.

—¡Ya está bien, joder! —dijo él enojado, pero sin alzar la voz—. No podemos quedarnos a vivir cerca del río. Punto. Solo esperemos que llueva pronto.

—Tienes la cabeza más dura que una piedra —se molestó ella, tras lo cual expulsó encendidamente el aire por la nariz en un gesto que daba a entender que se zanjaba ahí mismo la controversia. A continuación, se sumió de nuevo en la válvula de escape que consistía en acariciar a su peluda presa de orejas largas. La joven se quedó mirando al infinito mientras hilaba quimeras, fantasías de un futuro inexistente que se iban entremezclando con los recuerdos de un pasado añorado, sin ningún tipo de orden ni distinción.

—Oye, ¿aún sigue durmiendo? —preguntó Arran, ya en un tono más sosegado.

Las palabras del muchacho rompieron el estado meditativo en el que se encontraba su hermana. Nairna solo se limitó a asentir un par de veces.

—Voy a despertarlo —agregó él ásperamente.

—Déjale, ayer se quedó hasta tarde vigilando —se apresuró a contestar ella.

—Se trata de algo importante.

Una alerta se encendió en el cerebro de la joven, lo que la forzó a preguntar:

—¿Qué ocurre?

Arran se dio media vuelta, hizo caso omiso de la pregunta y echó a andar hacia un roble situado a no más de treinta pasos de distancia.

Nairna se levantó del suelo sin perder ni un segundo y fue tras él. Su indumentaria deportiva, combinación de rosa y negro y que un día pudo haber pertenecido a una chica preocupada por su imagen, se veía desgastada y llena de polvo, acorde con el grasiento pelo castaño resultado de una constante falta de higiene.

—¡Espera! —gritó ella sin poder evitar que los nervios la comieran por dentro.

Arran dejó la escopeta apoyada en el tronco del único árbol que había en varios metros a la redonda y se agachó a recoger un puñado de piedrecillas. Tuvo que afinar su puntería para poder acertar en el cuerpo de su amigo. Los impactos no cumplieron su propósito, ya que Jeff siguió sumido en un sueño profundo en la copa del árbol. Y es que aunque el dormir sobre las ramas fuera algo que nadie pudiera calificar de placentero, no obstante, con el tiempo, uno acababa por acostumbrarse. Elegían las primeras ramificaciones, por ende las más gruesas, para que pudieran aguantar bien el peso de sus cuerpos. Estaban lo bastante elevadas para protegerlos de cualquier ataque terrestre, lo que les obligaba a ayudarse los unos a los otros a la hora de trepar. Además, usaban cuerdas con las que aferrarse para prevenir caídas de hasta dos metros y medio, las cuales podían suponerles lesiones de gravísimas consecuencias. Era como volver a la infancia y jugar en la casa del árbol que todo niño deseaba tener, pero ahí la cabaña carecía de paredes y la diversión consistía en seguir vivo un día más.

Un golpe certero en el torso terminó por despertar a Jeff. Esta vez no se había tratado de otra china más, ya que Arran entendió que, visto el estado soñoliento en el que se encontraba su amigo, ser delicado no iba a servir de nada. La siguiente cosa en usar por la que había optado el muchacho fue el objeto más próximo que tenía a mano: su pesada canana repleta de munición.

Cuando Jeff, por fin, se despezó, desató la cuerda que lo mantenía sujeto a las alturas y bajó con extrema precaución por la rugosa corteza del roble. Había dormido, como de costumbre, con la ropa puesta para así proteger su piel de la superficie irregular sobre la que se acostaba y, sobre todo, para disponer de tiempo de reacción suficiente en caso de cualquier tipo de imprevisto en mitad de la noche. Tanto el pantalón como la camiseta le quedaban holgados, y tenía el cutis cuarteado a pesar de sus veintiún años, pero lo más llamativo era su media melena de un rubio encendido a causa de la exposición prolongada y constante a la luz solar.

—Espero que sea importante —dijo Jeff antes siquiera de limpiarse las legañas.

—Calla y mira —atajó Arran a la vez que le entregaba el cartucho de vaina roja.

El joven somnoliento se despezó de inmediato y se refregó los ojos.

—¿Y esto? —preguntó ahora con la máxima atención.

—Me lo he encontrado mientras cazaba.

Jeff volteó el objeto y leyó la información del culote.

—Es del doce. Mismo calibre.

—Ajá. Eso parece.

Nairna los observaba con curiosidad extrema desde la distancia.

—A ver...

Jeff tiró suavemente el cartucho a su novia para que pudiera agarrarlo al vuelo sin problema.

Tras echar un leve vistazo, ella preguntó ingenuamente:

—¿No es nuestro?

—No, me temo que no —le respondió su pareja con cierta preocupación.

—Los nuestros son todos de color verde. —Arran le lanzó a su hermana uno de los suyos.

Nairna comparó los dos cartuchos: verde frente a rojo.

—¿Y esto qué quiere decir? —volvió a consultar ella.

—Es cosa del fabricante. Usan diferentes colores.

—Ya, eso ya lo sé. Me refiero a que esto significa que...

Arran percibió el miedo en la voz de Nairna y terminó la frase por ella:

—Que alguien más ha estado por aquí y se le ha debido de caer.

—No puede ser, lo habríamos visto, ¿no? —dijo el joven rubio.

—Espera, ¿y si...? ¿Y si estaba aquí antes de que llegáramos? —cambió radicalmente la hipótesis la muchacha.

—Ni de coña —aseguró su hermano.

—¿Por qué no? Piénsalo. Sería como buscar una aguja en un pajar —apuntó ella.

—Mira, hago todas las semanas ese mismo maldito recorrido, ¿crees que no lo hubiera visto antes? —indicó él—. Además, estaba tal cual lo ves. Sin usar. Y yo no lo he limpiado. Si hubiera llevado ahí más tiempo tendría que haber estado, por lo menos, parcialmente enterrado.

El silencio se hizo protagonista. Arran intuyó por la expresión meditabunda de sus dos camaradas que ambos estaban pensando en la misma pregunta, una pregunta que no hacía falta formular y a la que él tenía intención de poner respuesta de inmediato, pero Nairna se le adelantó y habló con impaciencia:

—¿Qué vamos a hacer?

—Nada —sentenció su hermano.

—¿¿Cómo que nada?! ¿¿Qué quieres: que nos quedemos aquí parados, sin más!?

—Escucha, si salimos en su búsqueda podrían tendernos una trampa. Ahora imagina por un momento que quien está rondando por los alrededores fuera un grupo de caníbales. ¿Realmente quieres que nos expongamos a ello? Es demasiado arriesgado. Creo que lo mejor es doblar la guardia durante estos días para asegurarnos de que nadie se acerca. Y tratar de hacer el menor ruido posible. Nada de caza a partir de ahora. ¿Tú qué opinas, Jeff?

Jeff se acercó a su novia y le arrebató el cartucho colorado. Lo elevó varias veces en el aire. Un instante más tarde, habló:

—¿Podríaís darme un minuto? Acabo de levantarme y..., bueno, me estoy meando.

Arran resopló, y movió la cabeza con resignación.

El joven rubio se empezó a alejar en busca de un poco de intimidad. A los pocos metros andados, se dio la vuelta y puso la atención en su amigo.

—Oye, ¿qué hago con esto? —levantó la voz al mismo tiempo que enseñaba el cartucho con el brazo en alto.

—La munición extra nunca viene mal —respondió Arran.

—Tal vez encontremos más. Lo guardaré por si las moscas —gritó Jeff. Y antes de proseguir hacia su objetivo más inmediato, procedió a meterse el cartucho dentro de un bolsillo lateral del pantalón.

Arran clavó su mirada en el horizonte y trató de buscar explicaciones y soluciones a partes iguales. Sabía que la situación se agravaría si realmente llegaban visitantes con malas intenciones. Ellos eran tres y habían sobrevivido todo este tiempo sin la ayuda de nadie, pero, aun así, cualquier nueva amenaza, por pequeña que fuera, suponía tirar una moneda al aire y jugarse la vida prácticamente a cara o cruz. De repente, una voz dulce le sacó de toda aquella amalgama de ideas que fluían en su cerebro:

—Eh, vamos, deberíamos comer algo antes de nada para coger fuerzas.

Arran miró a su hermana y le brindó una sonrisa que intentaba transmitirle tranquilidad, aunque a quien realmente estaba calmando era a sí mismo.

—No te preocupes, ¿vale? No pasará nada.

Ella le devolvió el gesto y se acercó a él para darle un beso en la mejilla.

Un diminuto charco comenzó a formarse en la base de un pequeño árbol rodeado por enormes pedruscos. Allí Jeff encontraba la intimidad necesaria para relajarse y olvidarse de todo mal; era su templo en mitad de la ruina. La orina que caía contra el suelo tenía un fuerte color ámbar, fruto de la deshidratación. El muchacho apenas había bebido un par de litros de agua en los últimos cuatro días, y el intenso calor no ayudaba a aliviar su necesidad. Una vez terminó, se cerró la bragueta de los vaqueros, tan raídos como arrugados, y se rascó la barba desigual, producto de un afeitado en seco y a cuchillo. Parecía que hubiera contraído una especie de sarna con esas calvas en el pelo de la cara, al igual que su amigo Arran. Una vez terminó de rasparse el vello facial con las uñas, se dio media vuelta y emprendió el regreso, pero, cuando no había dado ni tres pasos, un crujido le hizo pararse en seco. Intentó por todos los medios hacer el menor ruido posible para no ser oído en caso de que hubiera alguien... o algo allí. Se acercó a una de las rocas que había dejado a su espalda y pronto confirmó que sus sospechas eran ciertas. Al asomarse por encima de la peña, pudo observar el peor escenario imaginable, y esta vez por duplicado.

Nairna despellejaba la liebre que su hermano acababa de cazar hacía escasos minutos. Por su parte, él jugueteaba con el dedo índice en la tierra mientras esperaba a que apareciera su camarada de una vez por todas y, de esa forma, poder sacar conclusiones entre los tres. Y vaya que si apareció. Un hilo de voz en la lejanía hizo girar la cabeza a toda velocidad a los dos hermanos. «¡Poneos a salvo!», oyeron gritar a Jeff. Este corría perseguido por dos horrendos mutantes. De un impulso casi instantáneo, Arran se levantó y se dirigió al gran roble donde guardaban todos los enseres. Allí cuatro picas de madera permanecían recostadas contra el tronco. Lo primero que pensó fue en que probablemente se romperían antes siquiera de atravesar la piel de aquellos engendros. Entonces, aferró la escopeta, todavía apoyada contra la base del árbol. Lo hizo con la mano izquierda; con la diestra trató de agarrar el extremo de su canana, la cual colgaba en lo alto de las ramas. Esta cayó, lo que provocó que se desparramaran algunos de los cartuchos

por el suelo. El muchacho se apresuró a recoger de una sola tacada y con su única mano libre todos los que pudo. Desafortunadamente, solo fueron un par. Entretanto, Nairna miraba estupefacta el curso de los acontecimientos. El miedo la mantenía paralizada, pero su novio, en cuanto llegó a su altura, la agarró del brazo y la forzó a huir con él.

—¡Corre, no hay tiempo! —advirtió Jeff sin apenas aire en los pulmones.

Arran estaba sobrepasado por las circunstancias; las extremidades le temblaban. Ante la inviabilidad de cargar el arma sin ser antes atacado, emprendió la carrera tras los pasos de sus compañeros, con la escopeta en una mano y los cartuchos en la otra.

Aquellos dos mutantes parcialmente cubiertos de pelo grueso se desplazaban encorvados y a cuatro patas. A ello había que sumarle que tenían unos ojos penetrantes provistos de dilatados iris áureos, afilados colmillos que brotaban de sus hocicudas bocas, y unas falanges que habían adoptado la forma de garras. Con toda probabilidad, su fuerza y su velocidad se habrían incrementado exponencialmente desde la transformación. Arran sabía que tanto él como Nairna y Jeff estaban perdidos si pretendían escapar de ellos simplemente corriendo, pero, sin tiempo para idear una estrategia ni para equiparse como era debido, esa era la única solución factible si es que querían disponer de unos minutos más con vida. Él especulaba con que si conseguía ganar unos pocos segundos, y con un poco de suerte, podría cargar su arma y librarse de ellos, aunque de lo que sí estaba cien por cien seguro era de que sus compañeros no lograrían salir sanos y salvos en un enfrentamiento con las manos desnudas contra aquellas bestias. Por eso, el joven pegó un brusco giro de noventa grados, esperanzado porque sus enemigos fueran tras él y dejaran en paz a la pareja, que iba veinte metros en cabeza. La idea como tal parecía buena, pero no terminó de funcionar, ya que solamente uno de los mutantes salió tras él, en tanto que el otro prosiguió de frente con su objetivo puesto en Jeff y Nairna.

Solo unos pocos metros separaban a presa y depredador. Como era obvio, si el muchacho continuaba corriendo sin más, su perseguidor no tardaría mucho en darle alcance. Arran observó que la mutación había otorgado a aquel ser los rasgos de un lobo y, a raíz de ello, le sobrevino la idea de que tal vez este no sería demasiado buen escalador. En cuanto divisó una enorme roca de considerable inclinación, se dirigió decidido hacia ella y ascendió. La pendiente no era lo bastante pronunciada como para hacerle ganar aunque fuera una pequeña ventaja, y todo el esfuerzo resultó en balde. Enseguida vio, en la lejanía, un árbol de buen tamaño, perfecto para ponerse a salvo, pero no disponía de tiempo material para trepar por el tronco: era evidente que su enemigo terminaría agarrándolo de una pierna antes de subir por completo. Sin embargo, hubo algo que le llamó poderosamente la atención: una rama gruesa que brotaba de la parte media del tallo. De manera casi instintiva, Arran se aproximó hacia ella y se agachó para no darse de bruces; no así el mutante, que se propinó un gran golpe en la cabeza y cayó de espaldas contra el suelo. El muchacho aprovechó el tropezón de la criatura para meter en el cargador el par de cartuchos que llevaba encima. Sus manos temblaban incesantemente, en realidad todo su cuerpo, y le faltaba el oxígeno necesario en sangre para pensar con claridad. Pero no había tiempo para otra cosa que no fuera disparar, así que apretó el gatillo apuntando al monstruo. Y erró el tiro. No podía creerlo: él, que se había vuelto a la fuerza un experto en el arte de la caza. Se trataba de un arma desabrida, por lo que al no colocársela apropiadamente debido a las prisas el hombro se le entumeció por efecto del retroceso. Pero el momento no admitía lamentaciones. Su enemigo se levantó, alarmado por la detonación, y se abalanzó sobre él. Arran sabía que no tendría opción a un tercer disparo: el siguiente que usara sería el segundo cartucho en la recámara, su última oportunidad. Con ese

pensamiento, levantó el cañón sin perder el blanco del punto de mira y volvió a disparar: los proyectiles reventaron la cabeza del mutante.

El joven cazador tardó más de lo que hubiera deseado en recobrar la compostura, aunque a efectos prácticos no fuera más de lo estrictamente necesario. Observó a su alrededor: ninguna dirección parecía la adecuada, los otros podrían haber tomado cualquier rumbo.

—¡¡¡Nairna!!! ¡¡¡Jeff!!! —vociferó a todo pulmón, pero ninguna respuesta surgió de entre la seca vegetación.

Cuando Arran se paró a recuperar el aliento, apoyó la escopeta en el suelo a modo de bastón para descansar su maltrecha musculatura. Sin previo aviso, un golpe seco, acompañado de un enérgico sonido metálico, le sacudió el brazo derecho. El muchacho pegó un respingo y se puso en guardia. No había nadie en rededor y, salvo ese momentáneo estrépito, todo seguía en calma. Al agachar la mirada pudo observar cómo un cepo grisáceo había apresado la culata del arma.

—¿Qué coño es esto?! —se preguntó a sí mismo en voz alta, sin dejar de salir de su asombro.

Arran, en un conato de recuperar la escopeta, se tuvo que rendir frente a la inmutabilidad de la trampa. No podía creer que no cediera ni un mísero ápice. El muchacho lo giró, y vio que llevaba acoplado una especie de cierre mecánico que impedía la apertura manual. No le quedó más remedio que buscar un canto y emprenderla a golpes con el dispositivo, pero pronto tuvo que desistir de su tarea, más por la falta de fuerzas que de ganas. Ese artefacto estaba diseñado a conciencia para que no se pudiera destruir con facilidad. Entonces, Arran pensó en transportar el arma junto con el cepo, pero dos inconvenientes fueron esenciales para no llevar a cabo su propósito. Por un lado, el peso del conjunto resultaba excesivo para apuntar de manera efectiva a un objetivo. El segundo y mayor problema era que los dientes de hierro forjado habían agarrado la escopeta justo por el guardamonte, lo que hacía imposible accionar el gatillo. Tal cúmulo de infortunios le hizo plantearse, por un momento, si todo aquello formaba parte de la realidad. Hasta aquel murmullo que empezaba a surgir en la lejanía sonaba ficticio. Un momento... ¿Era esa la voz de Jeff? ¡Sí, lo era! Resultaba difícil adivinar de qué lugar exacto provenía, así que el muchacho intentó guiarse por su intuición.

Cuando Arran, por fin, vio a Jeff, se dio cuenta de que la condición de este era de extrema gravedad. Tendido en el suelo, su amigo intentaba protegerse de las embestidas del otro mutante. Nairna no se encontraba allí, y eso solo se podía significar dos cosas: o que había escapado o que estaba muerta, y esa última opción no era admisible. En cualquier caso, no había tiempo para elucubraciones; la situación exigía actuar de inmediato. Arran deambuló con nervio en busca de algo que le sirviera como arma. Tanteó varias piedras esparcidas por el suelo hasta dar con una que le pareció lo bastante grande, y tras agarrarla con fuerza, se acercó al mutante por la espalda. Aquella criatura estaba tan pendiente de su inminente festín que no se percató de la presencia del otro joven, el cual alzó la roca lo más alto que pudo y le propinó un durísimo golpe. Como consecuencia, la bestia se desplomó. Arran se puso en pie tan pronto como pudo y, mientras la sangre le salía a borbotones del cráneo fracturado a la criatura, se ensañó con ella a base de patadas hasta prácticamente desmembrarle la cabeza.

La respiración de Jeff seguía a mil por hora. Entre jadeos, consiguió musitar:

—Pensaba... que no lo contaba... Gracias, tío...

—No ha sido nada. Venga, arriba —contestó Arran al mismo tiempo que le tendía la mano. No quería sonar precipitado, pues su compañero se encontraba lleno de arañazos y magulladuras, pero no pudo esperar más—: ¿Dónde está mi hermana?

Una vez Jeff consiguió erguirse y recuperar mínimamente el aliento, prestó toda la atención a su interlocutor y vaciló:

—No lo sé. ¿No la has visto? Hice que se escondiera.

Los dos jóvenes corrían a trompicones sin un destino concreto. «¡Nairna! ¡Nairna!», gritaban una y otra vez, haciendo bocina. Pero nadie respondía a sus llamadas. Arran desaceleró el paso y bajó el tono hasta callarse. Le pareció oír algo... Quizá sus sentidos le estuvieran jugando una mala pasada y simplemente fueran las ansias de encontrar a su hermana las que le provocaban ese estímulo. Pese a ello, insistió. Oteó el horizonte mientras rotaba lentamente sobre sí mismo, y afinó el oído.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jeff, impaciente.

—¡Chsss! —lo silenció su camarada.

Pero allí no había otro sonido que el de las invisibles cigarras, el cual dominaba todo el ambiente. La vibración emitida por los insectos llegó a resultarle tan ensordecedora que su mente se bloqueó. Las ideas no fluían. De pronto, un leve sonido, casi una clarividencia, le llevó a fijar su atención hacia un punto concreto.

—¡Por ahí! —exclamó, sin dar más explicaciones, y echó a correr.

Jeff, a falta de una alternativa mejor, siguió sus pasos.

Pronto los dos rastreadores lograron divisar a Nairna: estaba en mitad de la solanera y a mucha distancia. Realmente parecía un espejismo. Permanecía tirada en el suelo, lo que no era para nada buena señal. Bajo un estado de total incredulidad, Arran aceleró la marcha a la par que Jeff y, una vez estuvo junto a su hermana, pudo constatar sus más horribles presagios. Identificó otro cepo calcado al que unos minutos atrás había inmovilizado su escopeta, pero ahora incrustado en la pierna derecha de la muchacha. La sangre manaba en abundancia, a causa de lo cual comenzó a formarse un charco escarlata sobre la tierra.

—¡Oh, mierda! —maldijo Arran.

El joven rubio se acercó a acariciar la cara de su novia, la cual parecía haber consumido todas sus energías a causa del esfuerzo.

—Me duele mucho —sollozó ella sin apenas mover más que los labios.

—Tranquila, ¿vale? Lo arreglaremos —le prometió Jeff mientras la miraba fijamente.

—¡Ayúdame! —ordenó Arran, con las manos ya puestas sobre una de las hojas metálicas—. Agarra el otro extremo.

Su compañero se apresuró a coger la otra parte del cepo.

—Hay que tirar a la vez, ¿de acuerdo? —El hermano de la muchacha herida hizo una breve pausa—. ¡Ahora!

Ambos hicieron un esfuerzo sobrehumano, sin embargo, por más que tiraron, aquel artefacto no se movió ni un milímetro.

—¡Parad, parad! —suplicó ella aquejada por el intensísimo dolor—. Parad, por favor... —volvió a rogar mientras se le nublaba la vista.

Finalmente, Nairna acabó por perder el conocimiento.

2

Cinco minutos después del desmayo Nairna seguía sin sentido. Jeff caminaba, temblando, de un lado a otro en frente de ella. A su vez, acuclillado y cabizbajo, y con los puños clavados en la tierra, Arran maldecía su suerte. Este levantó las manos para frotárselas. Al hacerlo, sus nudillos se quedaron grabados en la tierra, y contempló por enésima vez a su hermana. Esta vez sus ojos empapados otorgaron a aquel cuerpo tan frágil una aureola casi divina que, sin embargo, y sintiéndolo mucho, no iba a desembocar en ningún milagro.

El muchacho en cuclillas entendió, después de darle muchas vueltas a la cabeza, que si volvían a sufrir otro ataque ese sería el fin para su hermana. No podían seguir esperando de brazos cruzados y dejarlo todo en manos de la suerte; debían actuar cuanto antes. Se volvió hacia su amigo.

—Tenemos que ponerla a salvo.

Jeff se paró en seco. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Qué hacemos?

—Hay que llevarla al árbol, ahí estará segura. Al menos de momento —respondió Arran—. Pero primero tenemos que hacerle un torniquete—. Nada más decir esas palabras, se dio cuenta de que no llevaba nada encima que le pudiera servir de ayuda. Reparó en la cintura de su camarada.

Los ojos de Jeff siguieron la visual que marcaban las pupilas de su interlocutor. Se miró su propia cintura, extrañado.

—¿¡Qué!?

—Usa tu cinturón.

El joven rubio se deshebilló la correa y la deslizó a través de las trabillas. El pantalón, que ya de por sí le quedaba holgado con la sujeción, aguantó asombrosamente en su sitio, como si sus huesudas caderas hicieran la función de un perchero hecho a medida. Inmediatamente se acercó a su novia. En cuanto Arran levantó la pierna apesada por el cepo Jeff rodeó el muslo con el ajado cinturón. Lo apretó lo suficiente como para que la hemorragia disminuyera drásticamente, pero sin cortar la circulación por completo.

—Perfecto —indicó el autor de la idea, y posó con delicadeza otra vez en la tierra la pierna herida—. Luego pensaremos en algo, ahora hay que trasladarla.

Jeff tomó aire y asintió. Acto seguido, y sin mediar palabra, puso los brazos bajo las axilas de Nairna y, en un conato de traslado, tiró de ella caminando de espaldas. El cepo empezó a hacer un surco en la tierra de apenas unos centímetros en el que Arran clavó la mirada. ¿Qué clase de barbaridad era aquella? La supervivencia se había convertido en una guerra de guerrillas, donde se habían cambiado los artefactos explosivos por, como él mismo acuñó en ese mismo instante, cepos antipersona.

—¡Eh! ¿¡Es que no piensas ayudarme!?

 —hizo notar Jeff a su amigo.

Para cuando Arran quiso reaccionar su compañero lo observaba de mala manera, así que se

apresuró a coger a su hermana por los pies. Tuvo que hacer malabares para evitar que el cepo desgarrara la carne y, aunque el armatoste de hierro le obligó a tensar los brazos, aguantó sin hacer el más mínimo amago de quejarse. Tras ello, Jeff y él transportaron a Nairna en volandas.

Fue llegar al roble que hacía las veces de hogar y subirse a él, no sin antes dejar a su hermana recostada contra el tronco.

—¡Cógela! —dijo mientras dejaba caer una mochila.

Jeff agarró la bolsa al vuelo.

—Busca la navaja —agregó el muchacho en lo alto.

El joven rubio hurgó en el interior y sacó el instrumento cortante. Lo desplegó. Arran, entonces, puso otra vez los pies en tierra firme. A pesar de la extenuante intensidad física, o tal vez debido a ella, ejecutada minutos atrás, un calambre sacudió su pierna izquierda y le dejó inmobilizado, si bien nada más fue un breve instante. Inmediatamente prosiguió con su tarea, aunque algo renqueante.

—Intenta abrir el cepo, a ver si puedes.

Jeff insertó la punta del arma por el orificio de la cerradura. La forma era diferente a la común en los cerrojos, con señales de soldaduras aquí y allá. En realidad, todo el artefacto parecía fabricado a mano. Definitivamente no era como una de aquellas trampas que se podían comprar en cualquier tienda de caza. Movié la navaja en todas las posiciones posibles, pero no ocurrió nada.

—Déjame a mí —dijo el joven de tez un poco más oscura.

Los dos muchachos se intercambiaron las posiciones. Tras varios intentos, Arran desistió.

—Es imposible. ¿Qué clase de mecanismo lleva esto?

—Quizá primero deberíamos poner a salvo a Nair. Ya habrá tiempo para eso —propuso Jeff.

—Tienes razón.

Arran se guardó la navaja de resorte en el bolsillo y, ya aliviado de la sacudida en la pantorrilla, trepó hasta la primera rama. Se tumbó bocabajo y alargó los brazos. Jeff, por su parte, abrazó a su novia por la cintura e hizo fuerza hacia arriba hasta conseguir que ella despegara los pies del suelo. En cuanto el chico en las alturas tuvo ocasión, aferró por la camisola a su hermana y tiró de ella. Sin poder hacer más por sí solo, se quedó sujetándola de los brazos, inmóvil en esa posición y con la cara congestionada (puede que si Nairna hubiera estado libre de cargas Arran habría podido desenvolverse con mayor facilidad, pero el peso del hierro incrustado en la pierna de la muchacha dificultaba considerablemente la labor). Jeff ascendió junto a su amigo, y entre los dos inventaron auténticos movimientos de contorsionista hasta conseguir colocarse entre las ramas del roble sin entorpecerse el uno al otro. Tras mucho esfuerzo, lograron encaramar a la muchacha herida hasta sus posiciones. En cuanto la acomodaron, Arran saltó (sabía que su trabajo ahí arriba había terminado y que el peso de los tres sobre la misma franja haría ceder la madera más pronto que tarde). Jeff, en cambio, agarró las cuerdas que habían usado la noche anterior y que todavía seguían desperdigadas por las ramas, y amarró concienzudamente a su novia. Una vez se aseguró de que Nairna no se precipitaría contra el suelo cuando se despertara (si es que lo hacía), bajó junto a su compañero.

El calor parecía derretir las escasas soluciones que llegaban a la mente de los dos muchachos. Jeff se pasó la mano repetidas veces por la frente, hasta el punto de que sus dedos se quedaron marcados en ella, y, entre sollozos, dijo:

—Se va a morir...

Arran llevó su barbilla al pecho y apretó la boca. Ese desenlace estaba vetado en su cerebro, pero el solo hecho de oírlo le hizo planteárselo por un instante.

—Se va... Se va a morir... —repitió el joven rubio.

El muchacho de pelo castaño frunció el ceño y miró fijamente a su compañero. Se acercó a él con paso firme.

—Escúchame, no se va a morir, pero si el cepo continúa cerrado, tarde o temprano, se le gangrenará la pierna.

—¿¡Quieres... que se la cortemos!?! —Jeff dio un paso atrás.

—¿Qué? —se ofendió Arran—. ¡Joder, no! ¡Claro que no! ¿¡Cuánto crees que duraría con una sola pierna!?! ¿¡Vas a correr tú por ella si nos atacan de nuevo!?!

—Entonces, ¿qué quieres que hagamos?

—No podemos depender de esos supuestos caníbales. Quizá cuando vuelvan ya sea demasiado tarde.

—¿¡Caníbales!?! —El novio de la muchacha herida se llevó la mano a la boca.

—¿Para qué le pondrías una cerradura a un cepo? Los animales no saben abrirlas —explicó su compañero.

—Claro... —habló para sí mismo Jeff al mismo tiempo que asentía.

—Tenemos que ir en su busca. Así podremos liberarla lo antes posible.

—Ya... ¿Y cómo vamos a saber hacia dónde ir?

—Es difícil de saber. Los cepos estaban en aquella dirección, ¿verdad? —Arran señaló el surco que él mismo había provocado con el cepo al transportar a su hermana—. Si hubieran venido hacia nosotros, tendrían que haber pasado por aquí. Y no hemos oído nada. Hay que seguir la línea que formaban los dos cepos. El que atrapó a Nair, y el que me dejó sin escopeta.

—Vale, tiene lógica. ¿Y en cuál de los dos sentidos?

—No tengo ni la más mínima idea.

Jeff se tomó un par de segundos de reflexión; o así lo mostraban sus ojos al apuntar a algún sitio indeterminado del cielo. Pronto contestó:

—Está bien, iremos cada uno hacia un lado.

—¿Qué? —se sorprendió Arran—. No, no, no, no... Tú te quedas aquí.

—¿Cómo que me quedo? ¿Te has vuelto loco?

—¿¡Es que quieres dejarla aquí sola!?! ¿¡Expuesta!?! Tarde o temprano volverán, ¿y qué pasará si no hay nadie para defenderla? —El hermano de la muchacha herida llevó su mirada hacia lo alto del árbol—. Mírala, si ni siquiera ha recobrado el conocimiento todavía.

Jeff se quedó en silencio. Entreabrió la boca; sus labios temblaban. Terminó hablando, ahora en un tono más calmado:

—¿Y si no escoges el camino correcto?

Arran arqueó las cejas.

—Habrá que jugársela. No queda otra.

—¿¡Estás de coña!?! —Jeff rio nerviosamente. Enseguida se puso serio, y descargó su furia pateando el suelo con fuerza—. ¡Mierda!

—Oye, si supiéramos que fueran a venir hoy mismo a recoger esos malditos trastos, te aseguro que no nos moveríamos de aquí ni un centímetro. Pero debemos ganar tiempo de alguna forma.

—Ya, ya lo he entendido. Pero el hecho de quedarme aquí..., como un pasmarote...

—Te comprendo, pero es mi hermana, y si hay que arriesgar la vida, lo haré yo. Es tu deber protegerla. Ella ahora te necesita a su lado —argumentó Arran.

Jeff puso sus brazos en jarra mientras movía la cabeza a un lado y a otro, como si con ello hiciera rebotar sus pensamientos en la cara interna del cráneo. Por fin, pareció entrar en razón:

—De acuerdo.

Arran posó la mano en el hombro de su camarada.

—Lo siento. Es todo lo que podemos hacer.

El reflejo de la hoja de un cuchillo militar de considerables proporciones forzó a Jeff a entornar los ojos. Este ladeó el cuchillo y comprobó, pasando el dedo por encima, que seguía afilado. A continuación, se lo ofreció a Arran, el cual negó con la cabeza.

—Quédatelo.

—No puedes ir con las manos vacías —indicó el joven rubio.

—De nada vale que lo lleve si no puedes proteger a mi hermana.

Jeff deslizó el arma blanca entre el pantalón y la cadera. La guarda hizo de tope con el borde de la prenda vaquera y el cuchillo se quedó sujeto. Arran, por su parte, le mostró la navaja con la que habían intentado abrir inútilmente el cepo hacía escasos minutos.

—Me llevaré esta. Además, así podré ocultarla mejor.

—¿Y qué hay de las picas? ¿Te sirve alguna?

Arran echó un vistazo a las cuatro picas que habían fabricado tiempo atrás afilando unas varas de madera más o menos consistentes. Era obvio que no le serían nada efectivas contra un mutante, si bien le podrían servir para defenderse de cualquier humano malintencionado o incluso para apoyarse.

—Siempre será mejor que nada —agregó Jeff.

—Está bien.

Arran se guardó la navaja, la cual todavía sostenía en alto, en un pequeño bolsillo a media altura de su pantalón de camuflaje. Se agachó y rebuscó en la mochila, y encontró un par de *walkie-talkies*. Los sacó y se los enseñó a su compañero.

—Me habría gustado que hubiera sido otro tipo de situación para la que los guardabas —confesó el joven rubio.

—Créeme, y a mí —se lamentó Arran al mismo tiempo que agachaba la mirada.

Esas palabras provocaron un funesto silencio que Jeff se encargó de romper casi de inmediato:

—Bueno, ¿y cómo funcionan? Tú eres el experto.

—Vale, ¿recuerdas cuando los probé?

—Ha pasado tanto tiempo...

Arran encendió los dos comunicadores portátiles y tecleó los botones numéricos. Puso la misma frecuencia en ambos aparatos y pulsó el botón de guardado. A continuación, le entregó uno de los *walkie-talkies* a su confidente.

—Tú toma este. He puesto la misma frecuencia. Solo tienes que encenderlo y pulsar el botón naranja para comunicarte. Escucha, no tengo ni idea de cuánto durarán las baterías. Seguramente no demasiado si descontamos el tiempo que gasté cuando hice pruebas. Hay que fijar unas horas para encenderlos.

—Está bien, lo que tú digas —dijo Jeff muy atento.

Arran se acercó la muñeca a la cara. Examinó su reloj digital. Eran las diez y media. Se fijó en el brazo de su interlocutor.

—¿Sigue funcionando el tuyo?

—Sí, claro —manifestó Jeff; así y todo, se llevó la muñeca a los ojos y se cercioró de que su

reloj de pulsera seguía dando la hora correcta.

—¿Qué tal si nos ponemos en contacto dos veces al día? —sugirió Arran—. Una antes de que anochezca, sobre las siete. Y otra entrada la mañana, a eso de las diez.

—Me parece bien.

El hermano de Nairna se introdujo en otro de los bolsillos del pantalón militar el comunicador portátil bajo la mirada llena de preocupación de su camarada.

—¿De verdad que no necesitas nada más?

—Lo dices como si tuviéramos mucho entre lo que elegir —ironizó Arran—. Además, es mejor que vaya ligero de equipaje si me toca correr.

—Esperemos que no se dé el caso —repuso el joven rubio.

Arran pasó de largo al novio de su hermana sin prestar atención a la respuesta. Se rozaron hombro con hombro.

—Déjame echar otro trago.

El muchacho tomó una de las botellas guarecidas a la sombra del árbol y dejó correr el agua templada por su garganta mientras notaba cómo su estómago se hinchaba. No dejó ni una gota. Tampoco le importó, pues desconocía cómo de largo iba a ser su trayecto. Acto seguido, posó el recipiente de plástico vacío junto al resto: once botellas en total, y solo una de ellas ya con líquido en su interior.

—Solo queda una llena. Trata de alargarla lo máximo posible —advirtió Arran—. Y ni se te ocurra ir a por más. No la dejes sola por nada en el mundo.

—Por supuesto. ¿Por quién me has tomado!?

—Perdona, Jeff. Sé que no habría una persona mejor en todo mundo con quien dejar a mi hermana. Es solo que estoy demasiado nervioso.

—Está todo bajo control. En cuanto te vayas, le desinfectaré la herida. Creo recordar que todavía quedaba alcohol de los botiquines.

—Coge también los analgésicos.

Arran se acercó a Jeff y lo abrazó, y aprovechó la proximidad al roble para coger una de las picas, como así había acordado con su amigo. También agarró una gorra que colgaba de un vástago a la altura de su pecho. Se la puso en la cabeza: encajaba perfectamente. La estrella de cinco puntas perteneciente a los Dallas Cowboys lucía orgullosa en la parte frontal de la prenda, pero se notaba que el característico color azul marino del equipo de fútbol americano había perdido toda su intensidad hacía demasiado tiempo atrás.

—Buena suerte —le deseó su amigo.

Arran miró fijamente al novio de su hermana por unos segundos. La sombra que proyectaba la visera, además de oscurecer sus ojos marrones, le ayudaba a tener no tener que entornarlos. Asintió.

—Cuida de ella. Nos vemos pronto. —Y, sin más, se dio media vuelta y partió.

3

Más allá de todo lo creado por la Naturaleza de forma espontánea, donde las manos del hombre habían fundado una civilización, la muerte se extendía a cada paso. Arran era plenamente consciente de ello. Tanto era así que si en su día había elegido afrontar aquellas condiciones de vida infrahumanas era para estar, precisamente, a salvo de monstruos. Bien era cierto que de vez en cuando algún que otro mutante llegaba hasta el emplazamiento donde moraban Nairna, Jeff y él, probablemente como motivo de la relativa cercanía de la que alguna vez hubiera sido su residencia o por alguna circunstancia excepcional que lo hubiera colocado cerca de la zona antes de la transformación. Pero esos casos eran tan inusuales como inevitables y estaban dentro de los planes del muchacho. Sus dos compañeros y él contaban con cartuchos para aguantar, por lo menos, una estación más. Luego Dios diría. Además de la munición de la que disponían para un uso inmediato, los tres supervivientes habían enterrado, no muy lejos de donde se hallaba el majestuoso roble que los guarecía, un par de cajas de cartuchos envueltas con bolsas de plástico, en primera instancia, para protegerlas de la lluvia, no en aquel tiempo, por supuesto, pero sí meses atrás cuando las precipitaciones eran más habituales, y, en segundo lugar, para ocultarlas de fisgones no bienvenidos. Con ese modo de defensa y la pericia que habían desarrollado a lo largo de los últimos meses para desenvolverse frente a ataques imprevistos, Arran estaba seguro de que se las podrían apañar perfectamente en tiempos venideros. De hecho, ya lo habían logrado en más de una decena de ocasiones durante su estancia en aquel terreno yermo. Sin embargo, en los últimos treinta días los ataques se habían vuelto más constantes. «*Simple casualidad*», se había repetido una y otra vez durante sus paseos en busca de alimento. Hasta ese momento. Dos mutantes al mismo tiempo no era una coincidencia, por lo que posiblemente su hermana llevaba razón al decir que debían buscar otro emplazamiento en el que intentar sobrevivir. El lugar se había vuelto excesivamente inestable y ya no había necesidad de permanecer allí sacrificando, a cambio de cierta seguridad, cosas tan vitales como disponer de un suministro de agua cercano. A lo mejor aquellas criaturas feroces ya habían arramplado con todo: humanos, animales, y hasta insectos; y ahora estaban migrando desde las zonas urbanas hacia el campo en busca de más alimento. Esas malditas bestias... Arran las había visto de todo tipo, o casi. Era como si una vez contagiados, los humanos sufrieran una evolución a marchas forzadas. Él más bien pensaba en una involución. La teoría de la evolución biológica de Darwin aplastada en un abrir y cerrar de ojos por la de Lamarck. Eso sí, una teoría llevada a la práctica en un lapso de tiempo absurdo. Ya no eran necesarias generaciones. A un individuo afectado le bastaba con unas pocas semanas, incluso días, para desarrollar una transformación completa. Algo a todas luces aterrador.

Era un hecho el que los mutantes se adaptaban al medio, independientemente de cuál fuera este, para convertirse en perfectos cazadores ávidos de carne fresca. Habían adoptado, en el caso más reciente y del que no habían transcurrido ni cuatro horas, el aspecto de lobos, o eso le parecía a Arran. «¿Y si había más? ¿Y si el resto de la manada andaba cerca?» —se dijo para sus

adentros, si bien esperó que esa hipótesis no fuera más que una idea descabellada fruto de la aflicción. «*Y, por si fuera poco, el asunto de los cepos*» —volvió a lamentarse internamente. Hasta la fecha habían conseguido evitar el contacto con antropófagos, a excepción de en dos ocasiones contadas. La primera de ellas no entrañó riesgo grave: un solo enemigo, algo fácil de solucionar, y un premio en forma de navaja, no demasiado mortífera, pero sí muy funcional. El más reciente de los enfrentamientos, en cambio, fue un auténtico suplicio. Cuatro tipos organizados se acercaron por parejas, cada una de las cuales llegó por puntos cardinales opuestos. Este y oeste. O eso había estimado Arran por la trayectoria del Sol. Gracias a la estupenda visión de Jeff, el cual podría divisar un escarabajo en la noche más cerrada (por ese motivo ocupaba a menudo la función de vigía), tuvieron tiempo de reacción y se anticiparon a la jugada. Dos de ellos murieron de sendos disparos efectuados por el centinela mismo. Arran y su hermana aprovecharon el desconcierto provocado por las detonaciones para atacar por la espalda a la otra pareja de enemigos. Ella degolló con el cuchillo al menos corpulento entretanto el muchacho consiguió reducir al otro adversario. Desgraciadamente, las armas que portaban sus enemigos eran artesanales y no eran nada que no se pudiera hacer con unos palos y unas piedras. Nairna, Jeff y Arran discutieron durante horas acerca de cuál sería el destino de su único prisionero con vida. No podían dejarle escapar sin más, ya que lo primero que haría sería dar el chivatazo sobre su posición y, entonces, tendrían a los pocos días a una panda de asesinos por los alrededores. Habían decretado desde el inicio de la escasez de víveres que no comerían carne humana bajo ningún concepto, pues eso significaba acercarse moralmente a aquellos salvajes, compartir el mismo infierno. No les quedó otra solución que acabar con su vida, si bien le hicieron sufrir lo menos posible: los ojos vendados con una de las mangas de su propia vestimenta y un fulminante tiro en la sien. Luego utilizaron el cadáver como reclamo para atraer a algún depredador y poder alimentarse ellos mismos.

Una gota de sudor cayó sobre la pestaña izquierda del muchacho y lo devolvió al presente. Arran tuvo que restregarse el párpado con el dorso de la mano para poder ver aquel paisaje adusto que parecía no tener fin, al menos no uno amable. Y siguió caminando.

Los pies le ardían tanto que, por alguna extraña razón, se imaginó a Jesucristo peregrinando por un lago de lava. «*¿Caminar sobre las aguas? Eso es pan comido*» —arguyó sin abandonar su tarea. El joven buscador tenía la sensación de que en cualquier momento las suelas de sus zapatillas empezarían a derretirse y se quedaría adherido al suelo. Las piernas le pesaban como si la gravedad de la Tierra se estuviera incrementando a cada paso que daba. Hasta llegó a fantasear con la posibilidad de que se hubiera equivocado de planeta. Pero no, definitivamente, aquel era su mundo, el cual había visto autodestruirse. Por si fuera poco, decenas de mosquitos revoloteaban a su alrededor atraídos por el sudor de su piel. No paraban de incordiarle. Llevaban acompañándole todo el trayecto sin darle la menor tregua. De vez en cuando Arran se pegaba algún manotazo en la cara para alejarlos de los ojos, lo cual llegaba a resultarle, en cierto modo, eficaz para salir del sopor originado por el calor y del cansancio que venía arrastrando. El siguiente movimiento que hizo con la mano no fue para darse un golpe sino para levantarse la gorra de la cabeza y retirarse el sudor de la frente y del cabello. Al sacudirse la mano, varias gotas cayeron al suelo, lo que ocasionó que Arran no pudiera dejar de pensar en la fortuna de aquella porción de hierba marchita por recibir el alimento que su propio organismo acababa de expulsar.

El horizonte era su punto de referencia. A veces se ponía metas más cercanas: un mezquite;

luego, otro; posteriormente, cualquier otro árbol que se pusiera al alcance de su vista; y así, sucesivamente, sin ningún orden ni distinción en particular. Pero un bulto en la lejanía rompió su infructuosa rutina y puso al joven en alerta. Se agazapó. Sus rodillas casi tocaron el suelo (no llegó a hacerlo, necesitaba andar). Trazó una paralela con la pica respecto al suelo, y ofreció de esa manera la punta a quien quisiera que estuviera ahí. Poco a poco, y de manera sigilosa, se fue acercando hasta que pudo distinguir qué demonios era aquello: se trataba de un animal, y carecía de movimiento.

—¡Eh! —voceó.

Aquel ser no daba señales de vida. Aunque Arran se preguntó si aquello podría formar parte de una trampa, no podía permitirse el lujo de darse la media vuelta y cambiar su itinerario. Debía... Necesitaba seguir adelante pasara lo que tuviera que pasar. Caminó de frente mientras vigilaba sus flancos girando la cabeza alternativamente a derecha y a izquierda con la máxima prudencia posible. No se produjo ningún movimiento fuera de lugar que él pudiera percibir. Todo parecía tranquilo. Quizás demasiado. Una vez la distancia se redujo, sus ojos pudieron enfocar con total nitidez. Y descubrió que lo que se disponía ante él no era otra cosa que un coyote. Continuó hasta colocarse a su altura. Allí estaba el animal, tirado en el suelo. Yacía muerto sobre un tapete de sangre que la tierra se había encargado de absorber. Otro cepo más era el causante de dicha escena. Los dientes puntiagudos de metal atravesaban el torso del mamífero a todo lo largo, como si un tiburón salido de ese océano de tierra hubiera muerto de asfixia antes de poder engullirlo. Arran se agachó y giró el cadáver, y un enjambre de moscas comenzó a revolotear convirtiendo aquel lugar en un pandemonio. El sonido era enervante. El muchacho intentó espantarlas agitando las manos en el aire, pero fue una tarea imposible. Algunas de ellas volvieron al cuerpo del animal, otras se quedaron volando muy cerca o directamente se posaron sobre su endeble piel humana. Entonces, se fijó en que la trampa también llevaba el mismo tipo de mecanismo que las otras dos anteriores. Sin duda alguna, iba bien encaminado. Se preguntó cuántos cepos más habría repartidos por la zona, y no pudo dejar de imaginarse al chillado que los había puesto, fuera quien fuese, en un acto de justicia divina, tanteando a la suerte en un campo lleno de minas antipersona.

Cumplida la misión del artefacto, Arran tomó al animal muerto como un regalo que no podía desperdiciar y decidió sacar provecho de la situación. Sabía que desfallecería tarde o temprano, y si tenía que enfrentarse a alguien necesitaría fuerzas para poder defenderse. Arrastró al coyote hasta la sombra más cercana a su posición, a no más de unos treinta pasos. A continuación, sacó la navaja y la extendió, y, empuñándola con pulso, la clavó enérgicamente en uno de los muslos peludos. Hecha la incisión, movió el arma adelante y atrás repetidas veces para agrandar la herida. Tras ello, hundió los dedos en ella y tiró de la piel hasta desollar la extremidad trasera. Esta quedó en carne viva, de manera que exhibía un entresijo de tendones y músculos cubiertos en sangre. Desde luego no era el bocado más apetecible del mundo. Aun así, Arran hincó los dientes en la carne. El sabor..., más bien la textura, casi le hizo vomitar, pero no había tiempo para remilgos y se forzó a no poner ninguna mueca de asco. Repitió la operación tantas veces como pudo, conteniendo la respiración mientras masticaba, hasta que las náuseas fueron tan insoportables que le obligaron a suspender la tarea.

Los labios, el mentón y la punta de la nariz se le habían quedado barnizados en sangre. Siendo consciente de ello, el muchacho procedió a acumular tanta saliva como su deshidratado cuerpo le permitió, babeó alrededor de la boca, y se restregó el líquido con la palma de la mano hasta quedar más o menos limpio. Fue, entonces, cuando se dio cuenta de que ya había perdido demasiado tiempo. No podía entretenerse más si quería hallar lo que andaba buscando. Se puso en

pie y reanudó su particular batida. Pero antes echó un último vistazo al animal, y le agradeció el gesto de haber sacrificado, aunque fuera involuntariamente, la vida en pro de la suya.

No sabía cuántos kilómetros más se alargaría el viaje. Los restos del coyote habían quedado muy atrás, en el límite de lo que Arran consideraba zona segura, y pronto no quedarían más que en el olvido. El joven en busca de un recurso que liberara a su hermana nunca había llegado tan lejos en aquella dirección y esa zona era nueva para él. Había encontrado lo esencial para seguir con vida, junto con Jeff y Nairna, en el sentido opuesto: algo de caza por los alrededores, un riachuelo a unos cuántos kilómetros de distancia y, sobre todo, relativa tranquilidad. Lamentablemente, el muchacho empezaba a concebir ahora su estancia en aquel lugar como una decisión errónea.

—Si no hubiéramos venido a este sitio... —se fustigó en alto para así escuchar sus propios reproches. Cada paso que daba era una losa más en su espalda. Su estómago estaba lleno pero su mente se había vaciado de buenos pensamientos. Cuanto mayor era la pesadumbre más se culpaba de la situación por la que atravesaban él y las dos personas que más quería. No le bastaba con haberlos mantenido a salvo todo ese tiempo. El desenlace inminente, si no cambiaban las tornas, era inaceptable, y cualquiera de los escenarios alternativos a los que hubiera podido optar en su día se le antojaban mejores que el presente.

Ya al borde del llanto, Arran se dio cuenta de que todas las ideas nocivas que fluían en su cerebro eran infundadas y le estaban alejando de su propósito. Se deshizo de ellas una a una, y las sustituyó por frases positivas. No había lugar a fallos.

4

Jeff ladeó el bote de alcohol y lo puso al trasluz. Estaba casi lleno. Lo había sacado del material médico que habían enterrado envuelto en bolsas de plástico, junto a las cajas de munición de escopeta, para así mantenerlo fresco y que no se degradara por el efecto del intenso calor. Miró su reloj: mediodía. A esa hora, cuando el Sol estaba en lo más alto, probablemente se superarían los cuarenta grados, atenuados, en su caso, por la sombra que el follaje le ofrecía. Se llenó los pulmones y los sintió arder, e inmediatamente se vio obligado a soltar el aire acuciado por la quemazón interna. A continuación, se fijó en la pierna de Nairna: no tenía buen aspecto. Se inclinó hacia ella mientras movía arriba y abajo la nuez, como queriendo tragar saliva, pero su garganta estaba tan seca como la arena del desierto. Entonces, desenroscó el bote y lo aproximó a la herida. Y ahí apretó el plástico con tiento. Al principio solo cayeron algunas gotas, pero enseguida un fino chorro inundó la hendidura provocada por el cepo e hizo brillar el metal.

El lamento de Nairna sorprendió al inexperto enfermero. El muchacho perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer del árbol. Con la única mano que tenía libre agarró la rama sobre la que se hallaba y se aferró a ella de la misma manera que un águila agarra desde los aires a su presa. Se quedó mirando a su novia sin poder salir de su asombro, con una incipiente, aunque nerviosa, sonrisa en su cara. Había vuelto con él a ese mundo miserable, lo cual era ya un gran avance.

Nairna tardó un rato en tomar conciencia del lugar en el que se encontraba. Al fijarse en su pierna, sintió vértigo ante la idea de la muerte. No podía quitar los ojos de encima al destrozo muscular. Aguantó el dolor. Entre sollozos, trató de recordar todas y cada una de las acciones que habían acontecido hasta desmayarse. Y cuando finalmente se sintió con fuerzas, centró su atención en Jeff.

—Esto es el fin—dijo ella, temblando.

—No digas eso—respondió su novio.

—Mírame. Estoy jodida.

—No, no lo estás. Lo abriremos y te pondrás bien. No es para tanto.

—¿Qué no es para tanto?! —se irritó Nairna. Giró la cabeza a un lado y a otro, como buscando algo—. ¿Dónde está mi hermano?

El joven rubio calló. Apartó la mirada y la dirigió al bote de alcohol. Leyó unas letras resaltadas en negro sobre una etiqueta amarilla: «*Ayuda a prevenir el riesgo de infección*».

—Jeff—dijo ella en un tono muy seco, y esperó en silencio a que él la mirara a los ojos. Cuando se vio correspondida, habló—: ¿Dónde está Arran?!

—Salió a buscar la llave.

—¿Qué llave? ¿De qué hablas?

—Ese cacharro que llevas clavado tiene una cerradura. Creemos que han sido caníbales. Ha ido en su búsqueda.

—¿Estáis locos!/? ¿Por qué le has dejado!/?

—¡No-no-no lo sé! —se exaltó Jeff. Su respuesta sonó algo agresiva y rápidamente bajó el tono—: Oye, mira, hay que abrirlo cuanto antes, sino será mucho peor. No podíamos quedarnos aquí sentados a esperar.

Nairna se quedó pensativa. A pesar de su inicial desacuerdo, entendió perfectamente el comportamiento de sus compañeros, ya que ella habría hecho lo mismo en su lugar.

—Seguro que estará bien —la tranquilizó él—. Es muy listo. Tú lo sabes mejor que nadie.

Nairna soltó aire por la nariz.

—Y también es un cabezota. Ya no hay nada que hacer, supongo.

—Quise ir con él, pero no podíamos dejarte sola, ¿lo entiendes?

—Supongo —dijo ella, y le dedico la mejor sonrisa que el dolor le permitió.

El muchacho volvió a prestar atención a la profunda incisión provocada por los dientes metálicos clavados en pantorrilla y espinilla. Acto seguido, se fijó en el rostro de su novia: estaba pálida.

—Oye, hay que desinfectar un poco la herida. ¡A saber lo que llevaban esos hierros...!

—De acuerdo. Pero déjame respirar un minuto.

—Sí, claro. Tómame tu tiempo.

Nairna se notó la boca pastosa, el tacto áspero de la lengua contra el paladar.

—¿Hay agua?

Jeff giró el torso y estiró el brazo, y agarró la única botella que había con agua. Se la pasó.

—Es la última que nos queda. Debemos racionarla. Solo iré a buscar más si es estrictamente necesario.

Nairna bebió a sorbos y calmó, en cierta medida, su sed. Algunas gotas se le escaparon de la boca y recorrieron su mentón. Después de pasarse el dorso de la mano para limpiarse, llamó a su novio:

—Jeff.

—¿Sí? —dijo él mirándola fijamente a los ojos

—Gracias.

Entonces, la joven malherida se quedó embobada contemplando el diseño de la camiseta de Jeff. Se trataba del logotipo del grupo cultural brasileño Olodum: una especie de símbolo de la paz silueteado con un trazo negro grueso y coloreado en rojo, verde y amarillo, que el cantante Michael Jackson había hecho famoso en el mundo entero tres décadas atrás gracias al videoclip de “They Don’t Care About Us”. Hacía tanto tiempo desde la última vez que había escuchado esa canción... En realidad, cualquier otra canción. Cuando se quiso dar cuenta, la muchacha no sabía si apenas había transcurrido un par de segundos o había sido un lapso de varios minutos. Supuso que el dolor la obligaba de alguna forma u otra a evadirse de la realidad, por lo que siguió llevando su mente lejos de aquella situación indeseable. Recordó que habían comprado esa prenda durante su estancia en Brasil, cuando participaron en los actos del último Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre. La verdad era que la tenía muy vista, más que nada porque en aquel lugar no tenían mucha ropa que ponerse, pero esta vez vio reflejado en ella el inicio de todo aquel horror que le había tocado vivir.

Una enorme pancarta con el símbolo de la paz destacaba sobre decenas de otros carteles repartidos por la zona, los cuales se elevaban sobre las cabezas de la gente. Los miles de manifestantes que estaban congregados en la explanada del Capitolio de Texas proclamaban consignas contra la Tercera Guerra Mundial y las brutales consecuencias que esta había

provocado, y que todavía seguía haciéndolo. La nación entera estaba llena de desconfianza. Se podía oler el miedo en cada calle, en cada hogar de Norteamérica. Los medios de comunicación no hablaban de otra cosa. Destinaban espacios informativos enteros a cubrir el conflicto armado como tónica habitual. Los Estados Unidos y sus aliados habían entrado, hacía ya un año y medio, en un cruento combate contra el Eje Asiático, liderado por China y Rusia, en la peor guerra que pudiera ser recordada en la historia de la humanidad. La lucha armada se había iniciado con la ofensiva del ejército estadounidense para acabar con el programa nuclear de Corea del Norte y las amenazas de su líder, una vez estas empezaron a materializarse. También las cada vez más contundentes incursiones en territorio sirio habían supuesto un claro y evidente desencadenante. A partir de ahí, la situación se había descontrolado hasta tal punto de que la bola de nieve todavía seguía rodando cuesta abajo. Desde entonces todas las asociaciones americanas contrarias a las medidas belicistas habían estado activando los mecanismos necesarios para organizar reuniones públicas en cada capital de estado. Cientos de manifestaciones hasta la fecha. Y estas habían alcanzado su máximo exponente en los últimos diez días. La locura extrema en la sociedad se había desatado después de que el gobierno estadounidense, viéndose contra las cuerdas y bajo el cariz incontrolable que estaban tomando los acontecimientos, detonara varias bombas atómicas tanto en la Rusia occidental como en el gigante asiático, a causa de lo cual había reducido a cenizas inmensas porciones de tierra y a todos los habitantes que existían en ellas. Al resto del mundo solo le había quedado rezar para que el desenlace de dicho conflicto no involucrara al globo entero en un invierno nuclear que provocara el Fin de los Tiempos.

A pesar del ruido ambiental, Nairna oyó el rugir de sus tripas. Notó claramente cómo le rogaban por algo de alimento. Era la mañana del tercer día de ayuno y, según se había informado, su cuerpo ya habría consumido la mayor parte de las reservas de glucógeno. Se sentía muy débil, y de mal humor, al igual que una veintena de compañeros más, o al menos eso daba por hecho ella. Ya habían participado en otras reuniones públicas, tanto en Texas como en otros estados, para manifestarse en contra de la guerra, pero parecía que, con o sin el apoyo de la sociedad, el conflicto armado seguiría adelante hasta sus últimas consecuencias. Todos ellos pertenecían a una asociación sin ánimo de lucro cuyo fin principal era la defensa de los derechos humanos, y se habían trasladado hasta Austin para acampar en señal de protesta ante el reciente despliegue nuclear, esta vez optando por hacer una huelga total de hambre (eso incluía no ingerir nada de líquido durante los primeros días). La mayoría de ellos provenían de las cuatro grandes áreas metropolitanas del Estado de la Estrella Solitaria: Dallas-Forth Worth, Austin, Gran Houston y Gran San Antonio. Este último era el lugar de origen de Nairna y Arran, y en donde actualmente residían junto con Jeff. No así Paul, un amigo que ya era prácticamente parte de la familia, espigado y dentado, el cual había ido a pasar unos días con ellos para luego acompañarlos en su viaje en coche desde la ciudad de San Antonio.

A Nairna le sorprendió la cantidad de prensa que les prestó atención desde el primer día porque, aunque las cámaras de televisión rondaban por cualquier parte del país donde hubiera un número abultado de gente protestando o sucediera algún tipo de incidente derivado del beligerante contexto, se podían tomar declaraciones a otros muchos millares de manifestantes. Hasta llegó a perder la cuenta de cuántos periodistas la habían entrevistado cuando se le acabaron los dedos de las manos para enumerarlos y la glucosa en su cerebro para recordarlos. Fueron desde medios locales hasta algunas de las cadenas de noticias más importantes del país como la CNN o Fox News. Y aunque la mayor aglomeración de gente en protesta contra el conflicto bélico y el uso de armas nucleares se concentraba en Washington D.C., la aparición de una veintena de jóvenes

acampados en huelga de hambre total enfrente del mayor capitolio estatal del país era especialmente llamativa, y a diferencia del resto de la gente que solo se limitaban a gritar una y otra vez las mismas consignas oídas una y mil veces antes. Incluso algunos de los manifestantes que compartían escenario con ellos decidieron unirse a su radical forma de actuar. Todo el grupo había decidido no ingerir nada de líquido hasta el cuarto día. Tres días estrictos de huelga de hambre. Después de ese período se volvía necesario beber agua, pero siempre prosiguiendo con el ayuno hasta que sus cuerpos dijeran basta. Y ya solo les quedaban veinticuatro horas para poder premiar a sus organismos con un poco de líquido.

La muchacha contempló la única estrella suspendida en el claro cielo azul de la mañana. La sostenía entre los dedos la estatua de la Diosa de la Libertad en lo más alto de la cúpula del capitolio, una edificación construida casi en su totalidad por trabajadores inmigrantes, los mismos a cuyos descendientes se les había privado la posibilidad de circular libremente por la frontera cuando se levantó el mayor muro de seguridad de la historia moderna. A Nairna no le gustaba ese eufemismo. ¿Seguridad para estar a salvo de qué? ¿O de quién? Ella más bien pensaba en aquella barrera como tres mil kilómetros de vergüenza materializados en paneles de cemento unidos con acero reforzado. Un problema contra el que tanto ella como su hermano y su novio habían estado luchando desde hacía años. Pero ahora había un asunto mucho más importante: la amenaza nuclear que se cernía sobre el mundo entero y los millones de muertos adicionales que ello conllevaría si nadie hacía nada al respecto.

—¿Cómo lo llevas? —dijo Arran.

Nairna salió de su estado meditativo. Se apresuró a exhibir una sonrisa fingida y respondió:

—Estoy bien.

El muchacho se acuclilló a su lado.

—Si te ves muy apurada bebe un poco. No pasa absolutamente nada.

—Ya se lo dije yo antes —interrumpió Jeff; se encorvó sin doblar las rodillas.

—Quedamos en que aguantaríamos. Y yo no voy a ser una excepción —dijo ella mientras llevaba los ojos hacia su novio y su hermano alternativamente.

—Está bien. Pero no hagas el tonto, ¿de acuerdo? En el momento que te encuentres mal, lo dices —estableció Arran. Frunció el ceño, como fijándose en algo, y se pasó ligeramente el dedo índice por la comisura del labio—. Límpiate.

Nairna imitó su gesto y se limpió la babilla blanca que tenía acumulada.

—A mí me gusta —dijo Jeff.

—Ya, pero no cuenta porque tú eres un guarro —bromeó la debilitada muchacha. Rio, esta vez de verdad. Enseguida se centró en su hermano—. Por cierto, me llamó mamá.

—¿Qué? ¿Cuándo!?

—Anoche. Estabas dormido, no quise despertarte. Dijo que nos vio en la tele. Que estamos como chotas.

—Ya... Típico.

—Y que está orgullosa. Pero que preferiría que estuviéramos en casa.

A Arran le cambió el semblante. Si la gratitud tenía una imagen, esa era la de su cara en aquel mismo instante. Sus ojos parecieron brillar por un segundo. No tardó en preguntar:

—¿Hablaste también con papá?

—Qué va. Me dijo que era mejor dejarle en paz. Ya sabes...

—Ya, ya —la cortó él.

—¡Eh, chicos, escuchad! —interrumpió la conversación Paul mientras se aproximaba a ellos

—. Hay unos tipos ahí de la televisión local. Pregunta si tenemos unos minutos para una entrevista. Todos se quedaron mirando a Nairna, pues habían acordado que, en la medida de lo posible, fuera ella quien compareciera ante las cámaras y los micrófonos dado que era la que más cómoda se sentía con la tarea.

—De acuerdo —dijo la muchacha.

Aunque Jeff la ayudó a levantarse ella no pudo impedir que las rodillas le titubearan. Enseguida se estabilizó y, entonces, consiguió distinguir a la mencionada reportera y a un operador de cámara que aguardaban a una distancia prudencial entre los manifestantes.

—Después de ti —dijo su hermano.

La joven con la voz cantante se acercó a los periodistas, seguida por Arran y Jeff, y por Paul en último lugar, como si este fuera el guardaespaldas de todos ellos.

—¿Eres tú la que va a responder a las preguntas? —preguntó la reportera.

Nairna la inspeccionó de arriba abajo: era una reportera más. Llevaba un elegante conjunto de falda y chaqueta en color azul de Prusia, ajustado, e iba demasiado maquillada para su gusto, como queriendo esconder al ser humano que obviamente era bajo esa capa artificial.

—Sí, no hay problema —dijo Nairna con voz débil.

—Encantada. Soy Martha —se presentó la periodista; señaló a su colega—. Él es Anthony.

El operador de cámara levantó la mano a modo de saludo sin quitar la vista de su instrumento de trabajo. Nairna asintió con ademán afable.

—Empecemos, si te parece bien.

—Cuando quieras.

La entrevista no resultó ser nada del otro mundo: mismas preguntas de siempre, mismas respuestas que de costumbre. Era como si quien dictara el guion a todos esos periodistas fuera la misma persona. Y, de hecho, así lo pensaba la muchacha. Pocos nadaban a contracorriente, y esos eran, precisamente, con los que ella se sentía identificada.

Cuando ya parecía que la conversación estaba llegando a su fin, de repente, un hombre se abalanzó a toda velocidad sobre la reportera y la derribó. Volaron varios metros antes de caer sobre el césped de la explanada. Un placaje más espectacular que el realizado por el mejor *safety* de la NFL. Parecía un funcionario más de los muchos que pululaban por el lugar con sus trajes grises y sus corbatas sin personalidad. Su increíble forma física no se correspondía en lo más mínimo con su aspecto. Rondaba los cincuenta años, calvo sin disimulo y con una pronunciada obesidad. El individuo empezó a destrozarle la cara a dentelladas a la mujer. Todos los presentes se quedaron pálidos. Solamente tardaron unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hicieron ya era tarde. La periodista se revolvía en el suelo al mismo tiempo que pedía ayuda a gritos. Su voz era tan desgarradora que, de haber sido posible, sus cuerdas vocales habrían partido por la mitad. El cámara tiró su herramienta de trabajo al suelo y salió corriendo en auxilio de su colega de profesión. Así lo hicieron también Arran y Jeff; Paul se quedó junto a Nairna, sin respiración. Cuando los tres varones le quitaron al atacante de encima, la reportera no tenía cara. La calavera le asomaba de entre una carne totalmente desecha. La mujer agonizaba. El violento agresor se abalanzó, entonces, sobre el operador de cámara, y los dos hombres comenzaron a rodar por el suelo y a bregar. A pesar de aquella riña encarnizada, el chillido de una persona hizo que Paul y Nairna se dieran la vuelta en busca de su procedencia. Ella advirtió otro sujeto, a unos treinta metros de su posición, el cual se revolcaba por el suelo de igual forma que la periodista. Forzó la vista y vio que estaban intentando comérselo vivo.

—¿¡Qué ocurre!?! —preguntó Paul sin dejar de vigilar aquel panorama aterrador. No movió

más que la boca; todos sus músculos estaban contraídos.

—No tengo ni idea —respondió Nairna con un hilillo de voz. También estaba inmóvil, y sus ojos no daban crédito a lo que estaba sucediendo.

Jeff y Arran eran ajenos a ese segundo ataque simultáneo. Intentaban liberar al operador de cámara mediante patadas en los costados de su acometedor, lo cual no parecía surgir ningún efecto. Era como si las terminaciones nerviosas de aquel individuo trajeado hubieran sido reemplazadas por cables eléctricos. Pero entre todo ese caos un fugaz estrépito hizo girar la cabeza de cada uno de los allí presentes hacia la Calle 15 en su intersección con la Avenida del Congreso. Dos coches de alta gama se habían estampado frontalmente; el rojo y el blanco de sus respectivas carrocerías, fusionados.

Los gritos se empezaron a multiplicar progresivamente por toda la zona. La gente corría de un lado a otro. El tráfico estaba paralizado. Y más y más personas atacaban a otras sin motivo aparente.

—¡Pero ¿qué está pasando?! —exclamó Jeff mientras hacía un barrido visual de trescientos sesenta grados.

Nairna también miró a su alrededor. La locura envolvía todo el ambiente. Nada de todo aquello parecía sacado del mundo real. Tanto era así que llegó a pensar en si no estaría teniendo una alucinación a casusa de la falta de nutrientes en el organismo. Los dementes sedientos de sangre iban aumentando a cada segundo, y con ellos los cadáveres que dejaban a su paso. Las puertas del capitolio no daban abasto para permitir salir al mismo tiempo a todas las personas que había en su interior. La muchacha se imaginó que el escenario allí dentro debía de ser, como poco, dantesco, pero no mucho peor que con el que se estaban dando de bruces al salir ahí fuera. Las vísceras estaban desparramadas por todos lados, y la sangre cubría las aceras. Los agentes de policía de la zona empezaron a efectuar disparos contra los homicidas, que no paraban de llegar desde las calles aledañas y desde el interior de los edificios.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Ya! —ordenó Arran. Agarró del brazo a su hermana y tiró de ella a la vez que miraba al novio de esta, que parecía no saber cómo actuar—. ¡Vamos, Jeff, deprisa!

Su compañero le siguió, y tras este, Paul. Iban ligeramente agachados. El sonido de las balas era intimidante: un proyectil perdido, unido a un poco de mala suerte, y ¡adiós, mundo! Se mezclaron entre la gran cantidad de personas que iban y venían, intentando no perder la pista los unos de los otros. Nairna, que iba en cabeza junto a su hermano, resbaló. Jeff la agarró desde atrás y evitó que cayera.

—¿Estás bien? —dijo el muchacho.

—Sí —contestó ella. Cuando echó la vista al suelo para averiguar qué la había hecho errar en el paso descubrió un órgano tan fresco que todavía borboteaba sangre. Aunque a primera vista parecía un hígado, la muchacha no tenía ni el tiempo ni el interés suficiente como para ponerse a averiguarlo. Supuso que era humano, eso sí, y casi se echó a llorar.

—¿¡A qué esperáis!?! —gritó Arran con rudeza.

Siguieron corriendo entre la multitud y salieron a la intersección de la Calle 15 con la Avenida del Congreso. Allí todo el tráfico estaba colapsado. Al pasar junto a los dos coches siniestrados vieron a sus ocupantes sobre los airbags, estáticos. Nairna observó más automóviles accidentados, pero, al parecer, el barullo y los gritos de la gente habían ocultado el sonido de las colisiones. La mayoría de los conductores que tenían la fortuna de no haberse chocado estaban parapetados dentro de sus vehículos. La verdad era que, a ojos de cualquiera en el exterior, resultaban bastante ingenuos si pensaban que los cristales iban a mantenerlos a salvo de la jauría

que pululaba alocadamente por las calles. Casi todos tenían el móvil en la mano. Unos hablaban, supuestamente pidiendo ayuda; otros se limitaban a grabar las insólitas escenas que estaban aconteciendo. Una postal imborrable, a fin de cuentas.

Arran tenía su coche en un parking al aire libre entre la Calle 18 y la Avenida del Congreso. Él y sus tres compañeros recorrieron esta última vía tan rápido como sus desnutridos cuerpos les permitieron. La adrenalina hizo las veces de alimento. Los cuatrocientos metros que los separaban de su destino se les antojaron interminables. A medida que se alejaban del capitolio la afluencia de gente iba disminuyendo, no así las vistas de la tragedia. Aquello seguía siendo una carnicería: gente tirada en las aceras con las tripas fuera, regueros de sangre que convergían en las cunetas y fluían por ellas hasta colarse por las alcantarillas, y más de aquellos dementes con ganas de darse un festín de carne humana.

Ya a la altura de la Calle 18, justo enfrente del parking, una señora de unos cuarenta años, semidesnuda y con el rímel corrido, salió de entre los coches aparcados. En el torso conservaba solo el sostén; en las extremidades inferiores su falda de tubo vaticinaba unos zapatos de tacón que no se encontraban en su sitio.

—Ayúdame, por favor... —dijo la mujer. Tenía las arrugas marcadas, y una respiración tan entrecortada como angustiosa.

Todos se quedaron paralizados. ¿Qué podían hacer por ella? Arran volvió la vista hacia sus compañeros. Nadie dijo nada. Jeff encogió los hombros.

—Está bien, venga con nosotros —contestó el muchacho. Acto seguido, señaló con el dedo índice hacia el interior del parking—. ¡Por allí!

Un gesto de ilusión se dibujó en la cara de la señora. Cuando esta se dio la vuelta para iniciar la carrera hacia donde había apuntado Arran, los cuatro jóvenes manifestantes pudieron observar su espalda completamente desollada. Tardaron un par de segundos en reponerse de la impresión. En cuanto lo hicieron, reemprendieron su frenética huida, pero nada más dar unas pocas zancadas, uno de aquellos lunáticos se abalanzó sobre la mujer y la tiró al suelo. Empezó a comerse a bocados su carne flácida, desoyendo los alaridos que le rogaban porque le perdonara la vida.

—¡Eh, eh, déjala, cabrón! —le increpó Arran.

—¡No, Arran, ¿qué haces?! —susurró Nairna.

Aquel hombre fuera de sus cabales dejó de lado el inaudito banquete y miró a sus cuatro potenciales nuevas presas con deseo malsano. Vestía mono reflectante, con las perneras por dentro de unas botas de goma sucias; en realidad, él entero estaba lleno de suciedad. Y llevaba puesto un casco de seguridad amarillo con una linterna en este aún encendida. Sus escleróticas estaban invadidas por una capa grisácea, que junto con el iris de color negro casi formaba una sola tonalidad. A ese desconcertante detalle había que sumarle que el pelo facial le crecía más allá de la barba, hasta el punto de que llegaba a cubrir pómulos y frente. Sin embargo, todo ello fue eclipsado por el trozo del abdomen de la mujer que le colgaba de entre los dientes.

Jeff dio un paso al frente y puso un brazo a la altura del pecho de su novia a modo de protección en un movimiento tan lento como inseguro. Paul, por su parte, contuvo la respiración y tragó saliva...

Sin mediar palabra, el perturbado devorador de carne humana salió disparado hacia Arran y lo tumbó de un golpe. El muchacho se defendió con los brazos extendidos para impedir que las dentelladas le llegaran a lastimar el cuerpo. Se desgañitó pidiendo ayuda:

—¡¡Quitádmelo!! ¡¡Quitádmelo de encima!!

Sus dos amigos y su hermana corrieron hacia él. Jeff propinó una patada con la planta del pie al

agresor y lo desestabilizó, y Paul lo agarró desde atrás, rodeándole el cuello con un brazo. Se revolviéron por el suelo, pero el chico supo mantener su posición ventajosa, situación que aprovechó Nairna para acercarse a Arran y ayudarlo a levantarse.

—¡No puedo con él! —pidió auxilio Paul mientras buscaba con la mirada a sus compañeros.

—¡A-aprieta bien! ¡No-no le dejes respirar! —gritó Jeff, trabándose un par de veces.

—¡Ya lo hago! ¡No puedo más!

El miedo era mayor que las ganas de librarse de aquel engendro, y ninguno de ellos parecía decidirse a tomar la iniciativa. Por lo tanto, Paul la emprendió a puñetazos con la sien de su enemigo. Nairna lo observó, espantada al principio, pero pronto un sentimiento de ira despertó en su interior. Quería ver los sesos de aquel criminal sin escrúpulos esparcidos por el suelo. Contó los golpes que su compañero le estaba propinando hasta que llegó un momento en que perdió dicha cuenta. Su respiración se aceleró; hiperventilaba. Entonces, y sin dar explicación alguna, la muchacha salió corriendo en dirección a la contienda y le hundió la pierna en el pecho a aquella aberración humana. Paul lo soltó, y dejó a la vista de todos los allí presentes los cuatro nudillos de su mano derecha despellejados y ensangrentados.

Arran y Jeff se quedaron estupefactos ante la respuesta física de su hermana y novia, respectivamente. Reaccionaron.

—¡Venga, hay que largarse de aquí! —se apresuró a decir el muchacho de pelo rubio.

—¡Sí, vámonos ya! —gritó el otro.

Paul se levantó, exhausto. Su adversario paró de retorcerse en el suelo e inmediatamente, y ante las atónitas miradas de los cuatro jóvenes asistentes, también se puso en pie. Sus intenciones eran claras, pero antes de que llegara a echarles mano Nairna reanudó la carrera, seguida de los tres muchachos. Se colaron por los espacios que quedaban entre la multitud de coches aparcados en hileras. Sus costados chocaban con el metal. Las prisas les hicieron tomar recorridos diferentes, aunque sin perderse de vista los unos a los otros, como varias bolas lanzadas a un tiempo en una máquina de *pinball* sabedoras de su mismo destino. Divisaron en los alrededores, por encima de los techos de los vehículos, a varias personas que se estaban acercando a su posición a la carrera. En ese caso, se trataba de otro hombre, dos mujeres y un niño de unos diez u once años. Fuera como fuese, ninguno de ellos parecía llevar buenas intenciones.

Finalmente llegaron a la *pick-up* híbrida de Arran. Era una camioneta Ford F-150 roja, muy bien cuidada para ser de segunda mano. Cada uno de los miembros de la cuadrilla se colocó en una puerta diferente; el dueño, por supuesto, frente a la del conductor. El peligro se hallaba a nada más que a unas pocas decenas de metros de ellos. Arran se palpó los bolsillos y, tras sacar las llaves, apuntó en dirección a la puerta y presionó el botón de apertura: los pestillos se desactivaron. Él se introdujo en el vehículo sin perder ni un segundo; así lo hicieron el resto, y cerraron las puertas tras ello. Los seguros sonaron al momento. Y, entonces, se hizo el silencio, nada a excepción de sus anhelosas e inevitables respiraciones. La calma era total entre aquellos asientos, como si lo que acababan de vivir no hubiera sucedido nunca. De pronto, el motor se encendió. Apenas hizo ruido, pero ese ligero ronroneo trajo a los ocupantes de la camioneta la misma complacencia que la de un felino entre suaves caricias.

Una de las mujeres que habían visto en la distancia impactó contra el morro del vehículo, seguida del hombre del que se habían deshecho hacía escasos segundos. Ambos se subieron al capó. Los dos extraños aporreaban la luna delantera con saña sin otro motivo que causar todo el daño posible.

—¡Arranca, vamos! ¿¡A qué esperas!?! —demandó Nairna.

Arran agarró el volante con fuerza desmedida. Acto seguido, miró a los ojos endiablados de aquellos dos seres, humanos, al fin y al cabo. Vaciló y giró la cabeza hacia los asientos traseros en busca de la aprobación de sus amigos.

—¡Ya la has oído, arranca de una vez! —dijo Paul.

—¡Venga, no hay tiempo! —agregó Jeff.

El muchacho pisó el acelerador y pasó por encima de los asaltantes. Los otros tres presuntos agresores que habían visto corriendo por las inmediaciones no tardaron en llegar a su emplazamiento, aunque ya no suponían un peligro. Al girar, el lateral derecho de la *pick-up* rozó varios automóviles estacionados. La pintura se levantó, con las consecuentes abolladuras en la chapa; afortunadamente, no llegó a mayores. El joven al volante maniobró hasta conseguir salir a la calzada, sin prestar atención alguna a las señales de tráfico. Luego cogió el Bulevar Martin Luther King Jr. para dirigirse hacia la Interestatal 35.

—¿¡Alguien me explica qué coño era todo eso!? —preguntó Arran todavía recuperando el aliento.

—No lo sé, no lo sé... —balbuceó Jeff.

—Necesito comer algo, me encuentro mal —dijo Nairna con verdadera necesidad.

—Jeff —se dirigió Arran a su amigo a través del retrovisor interior—. Ahí tienes un par de cosas dentro de mi mochila, creo.

Jeff advirtió la bolsa en mitad de los asientos traseros. La abrió. Dos envoltorios de Twix y una lata de Pepsi yacían olvidados en el oscuro fondo de fibra sintética. Le pasó a Nairna la lata de refresco y una de las chocolatinas. Ella mordió el extremo del envoltorio y lo rasgó de una sola tirada, como si le fuera la vida en ello. De hecho, así era. A continuación, pegó un mordisco y se comió en tiempo récord algo más de la mitad de la barrita de chocolate y galleta. A pesar de que la chocolatina estaba semiderretida, probablemente era el bocado más rico que la muchacha había probado en toda su vida. Ofreció lo que le quedaba de tentempié a su hermano.

—Termínatelo —dijo él.

—Toma. Y no discutas —replicó ella, tras lo cual le puso el dulce a escasos dos centímetros de la boca.

Arran se metió de una tacada en la boca el trozo de chocolatina restante. Mientras, los muchachos en el asiento trasero se repartieron comedidamente la otra barrita de Twix. Les sobró un pedazo y Jeff se lo ofreció a su novia.

—No, acabároslo vosotros —dijo Nairna, la cual, seguidamente, abrió la lata de Pepsi y pegó un sorbo: el refresco estaba tan caliente como una sopa recién sacada del microondas. Las burbujas le hicieron arrugar la cara en un acto reflejo. En cuanto sus facciones volvieron a estirarse, obligó a beber un trago al conductor. Tras ello, compartió el resto con Jeff y Paul.

Arran encendió la radio. Buscó por las emisoras bajo la mirada ansiosa de Nairna. Música... Más música... Y más aún... ¿Es que no había noticias? Mientras tanto, los otros dos ocupantes se habían encargado de sacar sus *smartphones* y ya habían empezado a navegar por internet en busca de información (una cosa así debía de ser noticia internacional). La muchacha se unió a ellos enseguida. Rebuscaron en la red de redes hasta dar con la información.

—No puede ser —dijo ella.

—¿Qué pone? —preguntó su hermano sin dejar de pasar emisoras.

Nairna no le hizo caso y siguió leyendo.

—Oh, no, no, joder... —se oyó decir a Jeff desde el asiento trasero.

—¿¡Me queréis decir de una maldita vez que es lo que está pasando!? —Arran dio un golpe al

volante y, a consecuencia, la radio se detuvo en una emisora de clásicos de música country. Todos se quedaron callados mientras oían surgir de los altavoces el “I’ll Never Get Out of This World Alive” de Hank Williams.

Arran apagó la radio y habló, esta vez en un tono más calmado, casi rogando por la información:

—Decid algo, por favor...

—Pone que es un ataque a nivel nacional —le respondió Nairna.

—¿¡Cómo a nivel nacional!?! —El muchacho no salía de su asombro.

—En todo el país —contestó ella.

—Sí, ya sé lo que es... Da igual —desistió de su vana explicación el conductor.

—Se especula de un ataque conjunto de Rusia y China como respuesta a la ofensiva nuclear de los Estados Unidos —añadió Jeff.

—¡Mierda! ¡Ya lo sabía yo! ¡Es que no escarmentamos! —se quejó Arran; su rabia se transmitía a la conducción. Intentó sosegar, y lo consiguió, pero solo parcialmente—. ¿Y qué más? —preguntó, a continuación.

—No pone nada más. Debe de haber sido algún tipo de arma biológica, ¿qué otra cosa si no? —agregó Paul.

—Joder... —enmudeció el muchacho al volante. Tras unos breves segundos de reflexión, miró a su hermana—. Rápido, llama a mamá.

Nairna buscó en la agenda del teléfono y llamó a su madre. Los tonos se sucedieron hasta que saltó el buzón de voz. Volvió a intentarlo, ahora con el número de su padre. Jeff y Paul hicieron la misma operación con sus respectivos familiares. Tras varios intentos, se miraron el uno al otro y negaron con la cabeza.

—Nada —dijo la muchacha.

—¿Has probado con el de papá?

—Claro, y con el de los abuelos, y tampoco lo cogen.

—¿Qué tal vosotros? —se preocupó el conductor, observando por el retrovisor a los ocupantes del asiento trasero.

—Nada, tío. Estamos en las mismas —le contestó Jeff en nombre de los dos.

—Vale. Hay que ir a casa de mamá y papá, ¿de acuerdo? —le dijo Arran a su hermana tras agarrarle la mano con firmeza.

Nairna asintió; estuvo a poco de que se le saltaran las lágrimas.

—Tenéis que llevarme a San Angelo, mi familia... —sonó la voz del joven dentado desde los asientos traseros antes de llegar a quebrarse.

—Claro, Paul. Por supuesto que os llevaremos. Será lo siguiente que hagamos —agregó rápidamente Arran—. De todas formas, seguid intentando llamar, ¿de acuerdo?

Jeff y Paul le mostraron un gesto de conformidad.

Un escozor hizo volver a Nairna a la realidad. La pierna le ardía. Se estremeció entre quejidos, los cuales intentó contener sin éxito.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —farfulló Jeff; hizo un amago de pedir perdón con las palmas de las dos manos juntas.

—¿¡Es que no puedes avisar o qué te pasa!?! —dijo ella jadeando. A decir verdad, de no haber sido porque vio a su novio con el bote de alcohol sujeto de medio lado la muchacha habría creído que le habían extendido unas ascuas sobre la piel.

—Estabas embobada. Además, es mejor así. Rápido. ¿Ves?, ya está.

Nairna se calmó. Le dio la razón con un simple:

—Vale.

A la espalda de Jeff la joven malherida vio colgadas de las ramas las dos mochilas de las que disponían: la de su hermano, una Billabong más bien sobria, y el macuto de diseño militar que había pertenecido a su padre y en el cual solían guardar reservas de munición para el uso a corto plazo.

—Oye, ¿qué hay de la escopeta?

—¿No lo sabes? No, claro, qué estúpido... —El muchacho se dio un pequeño coscorrón a sí mismo—. La enganchó otro cepo. Por lo visto, está inservible.

Nairna agachó la mirada. Se disgustó.

—Eh, pronto volverá. Ya lo verás. Y no habrá pasado nada —intentó animarla su novio.

—Eso espero.

Jeff se acercó a ella, con cuidado de no tocar ninguna zona afectada, y le acarició la cara. Posteriormente la besó.

5

A su paso por la parte baja de un ribazo de unos cuatro metros de altitud Arran oyó un chasquido. Inmediatamente después un canto pasó rodando a escaso medio metro de sus pies. El muchacho llevó la vista al cielo y en lo alto del talud pudo observar a un hombre de mediana edad que le apuntaba con una escopeta. Era un tipo desgarrado, de facciones duras y aspecto repulsivo, y llevaba una mochila caqui a la espalda. Inspeccionaba al joven desvalido a través de la mira del arma con un único ojo abierto.

—¿¡Qué haces aquí!/? —dijo, por fin, el desconocido, con voz bronca.

—Yo... Oye... No voy armado. No es necesario... —balbució Arran al mismo tiempo que levantaba los brazos en señal de rendición.

—¡Contéstame! —le cortó su asaltante.

—No lo sé. Llevo días caminando. Ni siquiera sé dónde estoy.

El hombre abrió el otro ojo e irguió la cabeza, y se olvidó de esa manera de la mira. Oteó los alrededores desde su posición privilegiada.

—¿Hay alguien más contigo?

—No. Estoy solo. Unos mutantes entraron en la casa en la que nos refugiábamos. Solo conseguí escapar yo.

—¡No me mientas, cabrón! —elevó la voz aquel tipo mientras volvía a retomar el punto de mira. Empuñó el arma con nervio; el dedo índice entró en contacto con el gatillo.

—No, por favor, no me mates. Necesito ayuda. Llevo días sin comer —gimoteó Arran. Primero apoyó las manos detrás de la cabeza y dejó caer la pica de madera al suelo; a continuación, dobló las piernas, casi a punto de hincar las rodillas en el suelo. Sin duda alguna era el fin: ejecutado en mitad de ningún sitio sin opción a defenderse. Pero lo que más le dolía era dejar la vida de su hermana en manos de aquellas bestias, no los seres con garras y colmillos y el uso de la razón anulado sino los seres humanos sin escrúpulos que disfrutarían con su sufrimiento. El tiempo dejó de existir para el muchacho. La nada pronto penetraría sus lóbregas pupilas...

—No te muevas.

La detonación no se produjo y su verdugo, nombrado a tal placer por la ley del más fuerte que imperaba en aquel asolado mundo, retrocedió y desapareció de lo alto de la ladera. Arran resopló aliviado y aprovechó que no estaba siendo vigilado para sacarse la navaja del bolsillo. La encajó entre el empeine y la lengüeta de su zapatilla izquierda. No fue una elección al azar. Sabía que al ser diestro tendría algo más de espacio en el lado zurdo. Solo esperaba que no le incomodara tanto como para que se le notara al andar. Volvió a colocar las manos cerca de la nuca.

El hombre apareció al poco rato de entre la seca vegetación, ya en el mismo plano que el muchacho. Se aproximó a él sin dejar de apuntarle y ordenó:

—Date la vuelta.

Arran se giró lentamente. Nada más hacerlo, sintió cómo aquel tipo le empezaba a palpar los

costados y la entrepierna, haciendo un especial hincapié en los bolsillos. Su contrario se detuvo al contacto con el bulto que suponía el comunicador portátil y metió la mano en el correspondiente bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras sacaba el dispositivo.

—No es nada. Lo juro.

—¿¡Me has visto cara de gilipollas!?! —dijo el asaltante, con voz agresiva y al mismo tiempo que le daba un empujón con la boca del arma en la escápula al muchacho—. Dijiste que estabas solo.

—Y lo estoy. Lo llevaba cuando escapé. Puedes quedártelo si quieres. Pruébalo, verás que no te miento. Ya no lo necesito.

El hombre se metió el *walkie-talkie* en el bolsillo. Acto seguido, dio un par de pasos atrás para mantener la distancia.

—Mírame.

Arran rotó ciento ochenta grados y su contrario se le quedó mirando fijamente a los ojos. Había algo extraño en aquel hombre, como si su figura no se correspondiera con el rostro. Las duras condiciones parecían haber avejentado su cara a pasos agigantados. Transcurrieron unos larguísimos segundos de incertidumbre antes de que abriera la boca:

—Está bien. Camina delante de mí. Pero si te veo hacer un movimiento en falso, te mato.

—Tranquilo. Jamás se me ocurriría.

Y los dos echaron a andar en fila india.

El muchacho había soltado una perorata de mentiras, siguiendo así la historia iniciada hacía escasos minutos. Mientras, una mole de más de dos metros de altura, y pasados de largo los cien kilos de peso, lo había estado vigilando con descaro. Y continuaba haciéndolo. La hambruna parecía haberle pasado de refilón. La frondosa barba negra que lucía ocultaba sus gestos, aunque tampoco es que a Arran se le antojara la persona más expresiva del mundo, y menos ahora que, con gran parte de la población aniquilada, la cantidad de gente con la que poder compararlo era reducida. El inmenso observador no había dicho ni una sola palabra en todo ese rato. A su lado estaba una chica de no más de veinte años, de piel cobriza y pelo negro hasta la cintura. Un colgante dorado con crucifijo adornaba su cuello. Ella tampoco había abierto la boca. Es más, ni tan siquiera se había dignado mirar a Arran a los ojos. A él le fue imposible no reflexionar sobre lo incómodo que debía de ser llevar una melena tan larga como esa dadas las condiciones insalubres en las que vivían y que uno necesitaba de toda la maniobrabilidad posible de cara a una evasión. También intentó descifrar los orígenes de la misteriosa muchacha. «*Centroamérica... México, probablemente*» —conjeturó. Ambos oyentes se encontraban en frente del joven narrador, y a la izquierda de este último el hombre que le había guiado hasta ese lugar, el cual descansaba la escopeta sobre sus piernas. Todos y cada uno de ellos permanecían sentados sobre la tierra ardiente y más allá, como a unos doce metros de distancia, quedaba una tienda de campaña canadiense lista para habitar. La entrada formaba un triángulo isósceles perfecto. A Arran le pareció espaciosa, quizás no demasiado para esa especie de Goliat, pero sí, definitivamente, para el otro hombre y la joven. No pudo evitar sentir cierta envidia, ya que en las noches calurosas seguramente suavizaría el bochorno; si bien, por otra parte, le pareció una absoluta temeridad privarse de los sentidos dentro de aquellas telas. O esos tipos valoraban muy pocos sus vidas o estaban demasiado seguros de sí mismos.

—¿Es cierto todo lo que has contado? —dijo el hombre con el arma.

—Completamente —contestó el muchacho.

—Pues lo siento, pero no podemos hacer nada por ti.

Se hizo un silencio incómodo. Arran puso su atención sobre el gigante, el cual seguía observándolo como si fuera un bicho raro. Dicho gigante se tomó su tiempo, pero terminó por abrir su gran boca:

—¿Te gustan los Cowboys?

La pregunta descolocó al muchacho. Enseguida entendió que se refería a su gorra y, aun a sabiendas de que no iba a ver más que la tela monocolor de su visera, elevó la mirada llevado por un acto reflejo.

—Ah..., sí.

Aquel mastodonte se remangó y le mostró el tatuaje de una flor de lis en su bíceps derecho. Arran la reconoció al momento: era el logo de los New Orleans Saints.

—Vaya paliza os metimos la última temporada —se burló el hombre de dimensiones extraordinarias.

—Lástima que perdierais la final —se envalentonó el muchacho.

El gigante arrugó la boca. Eso sí lo pudo apreciar Arran a pesar de la densa barba.

—Eh, ¿a quién le importa ya eso? Se acabó el fútbol. Se acabó todo —intentó poner paz el tipo desgarbado—. Oye, chico, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. Intentaré buscar algo de alimento, supongo.

—Bueno, deberías tener cuidado con los mutantes. No es que parezca haber demasiados por esta zona, pero es mejor andarse con cien ojos.

—Ya..., bueno..., espero no encontrar caníbales tampoco.

—¿Caníbales? ¿De qué hablas? Este territorio está limpio.

—No sé. Pensé que podría haberlos.

—¿En serio?

—Bueno, al principio creí que vosotros lo erais.

—¿¡Has oído eso!?! —habló aquel tipo en dirección al otro de bastante mayor envergadura mientras se echaba a reír... él solo. Tras la burla, su gesto se tornó serio, y volvió a prestar atención a su joven interlocutor—. ¿Acaso te crees que somos bestias?

—No, perdona. Yo solo...

—Eh —avisó el hombre a su socio.

El gigante atendió al reclamo, y se quedó mirando inmóvil a su compinche, como esperando la continuación de la frase, pero solamente fue correspondido con un movimiento de cabeza que le indicaba en dirección al macuto que tenía a su lado.

—¿¡Estás loco!?!

—Es nuestro invitado.

La mole retó a su socio con la mirada. Entretanto, Arran llevaba los ojos alternativamente hacia cada uno de ellos.

—¡Vamos! —mandó, por fin, el hombre desgarbado, en un tono autoritario.

La montaña humana, acatando la orden igual que un *gólem*, sacó una lata de conserva del interior de la mochila. Vaciló por un momento. Finalmente, se la lanzó al muchacho. Este la atrapó al vuelo y, acto seguido, observó al que había sido su asaltante momentos antes. No cabía duda de que él era la cabeza pensante.

—Para ti. Es buena.

Arran asintió en una muestra de gratitud e inspeccionó la lata. Tenía forma cilíndrica, con un

abrefácil en uno de los extremos. La superficie pulida, la cual se suponía que debía relucir, estaba exenta de todo brillo y sin ningún rastro de etiqueta en ella. Imposible conocer su interior sin abrirla primero. Fuera lo que fuera lo que hubiera dentro, el muchacho no creyó ni por un solo instante que esos dos tipos resultaran tan amables como para darle comida en buen estado así sin más.

—Gracias. La guardaré para más tarde.

—Es tuya ahora. Haz lo que quieras —respondió el hombre de menor tamaño.

Arran se guardó la lata en uno de los múltiples bolsillos de su pantalón y cerró la correspondiente cremallera. Además, entendió que la conversación no iba a dar mucho más de sí, pero que, sin embargo, aquellos dos individuos guardaban todavía bastantes secretos. No pudo aguantar la curiosidad y fue directo al grano:

—¿Y la chica?

Por primera vez en toda la conversación la muchacha se dignó llevar los ojos hacia los suyos. Pero eso solo duró un par de segundos. No tardó en volver a sumergirse en su estado de retraimiento.

—Bah, es un poco rara —dijo el más corpulento de los dos sujetos tras mirar por encima del hombro a la joven, justo a su lado.

—Estaba sola cuando la encontramos, y su campamento, totalmente destruido. No sé ni cómo logró salir ella con vida, la verdad. Nos pidió ayuda —explicó el otro hombre, que no había soltado la escopeta en todo ese tiempo.

Arran reflexionó sobre el breve discurso. No se creyó ni una palabra. Tanteó a su peculiar anfitrión con una propuesta:

—¿Podría ir yo también con vosotros?

—¿De dónde te crees que sacamos toda la comida que llevamos encima? En cierto sentido, estamos en deuda con ella. Si no ya la habríamos abandonado. Tú no tienes nada que nos interese.

—¿Y qué hay de mi *walkie*?

—Digamos que es el precio por haberte dejado con vida. Oye, lo siento mucho, pero solo hemos hecho un parón. Vimos esta zona y nos pareció segura. Seguiremos nuestro camino. Te aconsejo que tú sigas el tuyo.

Arran comprendió que era la mejor oferta que iba a recibir y lo exteriorizó con una vaga señal de asenso. Tras ello, se fijó en el arma de fuego: aún debía averiguar una cosa.

—¿Es una Stoeger?

—¿¡Estás de coña!?! —se burló el hombre—. Winchester. Modelo SX4. Una obra de arte. Podría matarte de un tiro y después rellenarte como a un pavo.

El muchacho se sintió realmente estúpido. Lo cierto era que no tenía ni idea de armas, y por eso había mencionado la del primer fabricante que le había venido a la mente, el de la escopeta de su padre, la cual le había protegido a él y a sus dos allegados hasta el momento.

—Tranquilo, chaval, no te asustes, la uso solo para cazar. Bueno, y para defendernos, claro está.

—¿Podría verla de cerca?

—¿Qué pasa? ¿Te gustan las armas? —contestó aquel tipejo como quien habla a un niño pequeño.

—La verdad, no entiendo mucho. Pero mi padre tenía una muy parecida. —Y, entonces, Arran dijo la única verdad de toda la conversación—: Trató de convencerme más de una docena de veces para que fuera con él de caza, pero no hubo manera.

—Mal hecho.

—Sí, qué le vamos a hacer.

El dueño del arma giró el cuello hacia su compinche y ambos se quedaron mirándose fijamente durante unos segundos. A Arran le pareció que el hombre con el que estaba teniendo la conversación hacía algún tipo de seña, pero no pudo atreverse a afirmarlo al ciento por ciento (desde su ángulo solo podía verle la cara de perfil).

—Sí, claro —pronunció el supuesto cazador, el cual centró de nuevo su atención en el muchacho.

El joven metido sabueso observó atentamente cómo la munición iba saliendo por la ventanilla de eyección. Él ya contaba con que aquel sujeto de aspecto repulsivo no sería tan estúpido como para prestarle un arma cargada y lista para disparar; no obstante, lo que sí se hizo patente, y ese era el verdadero motivo de la petición del muchacho, fue la apariencia de los cartuchos. Las eran vainas de color rojo, como sospechaba. A continuación, su desenmascarado anfitrión le ofreció el arma. Arran se inclinó para coger la escopeta por el cañón, pero un sonido fugaz le detuvo. El más grande de los dos hombres había desenvainado un machete con una hoja de unos cuarenta centímetros de largo. Este empezó a jugar con el filo sin dejar de vigilar a su invitado, el cual se arrimó la escopeta con suma suavidad, mucho más de lo que en un primer momento tenía pensando hacer, y fingió que realmente le interesaba el instrumento de caza.

—Tengo que mear. —Tras decir eso, el gigante pasó a levantarse.

El muchacho siguió de cerca con la mirada a aquella mole. Para hacerlo, Arran tuvo que alzar tanto la barbilla que una molestia acudió súbitamente a sus cervicales. Desde su posición, le pareció que ese individuo desmesurado iba a tocar las nubes con la coronilla. Entontes, le vio echar a andar. Aunque pareciera un coloso también tenía necesidades como cualquier otro ser humano.

—¿Me la dejas? —dijo el mastodonte justo al pasar al lado de su insignificante invitado.

Arran le cedió la escopeta y, cuando su contrario la agarró, no pudo dejar de considerar su propia mano como de juguete en comparación con la de aquel hombre. Nada más soltar el arma sintió un duro golpe la cabeza y, acto seguido, la oscuridad le envolvió.

6

Cuando Arran abrió los ojos vio que se encontraba tendido de costado sobre el duro suelo de la tienda de campaña. No sabía durante cuánto tiempo había estado inconsciente, aunque pudo adivinar por la luz que pasaba a través de las finas telas que aún era de día. Sentía que la cabeza le iba a explotar en cualquier momento, mas no pudo echarse mano a ella. Tenía los brazos a la espalda, atados por las muñecas. También le habían ligado con cuerda los pies, aproximadamente a la altura de los tobillos. Sin aviso previo, la joven hispana entró en la tienda y asustó al muchacho. Este comprendió que sus intenciones eran buenas al ver cómo le ofrecía agua en una botella manoseada de plástico transparente. A pesar del riesgo que ello podía entrañar, y acuciado por la necesidad, no lo dudó ni un segundo y pegó un trago tan largo que no fue capaz de abarcar todo el líquido que salía por la boquilla, hasta el punto de que el agua empezó a chorrearle por el mentón.

—Sácame de aquí —la urgió Arran.

—No puedo hablar contigo, lo siento —respondió ella; su era voz dulce, incluso dentro de la angustia que denotaba su entonación.

Arran se quedó perplejo por un instante. Enseguida entendió que si esa muchacha no había abierto la boca hasta entonces era porque estaba sujeta a alguna clase de coacción. Pero ahora el joven apresado sí que podía sacar información útil, y tal vez un poco de ayuda.

—¿Por qué no puedes hablar conmigo!? ¿Qué tienen pensado hacer!?

—No lo entiendes. Ya estáis muertos. Son traficantes de carne humana. Piensan ir a por tus amigos.

La información no le pilló por sorpresa a Arran: el color de los cartuchos ya le había revelado quiénes eran realmente sus captores.

—Ayúdame a escapar, por favor —imploró el muchacho. Intentó hacer un ademán de súplica, el cual se vio truncado antes de siquiera poder acabar la frase debido a las cuerdas que le impedían moverse.

—No te das cuenta. Me matarán a mí también si lo hago.

En ese mismo instante el más corpulento de los dos raptores entró en la tienda de campaña. Casi no cabía por la entrada; sus hombros abombaron la tela. Agarró a la muchacha por el pelo sin ningún tipo de miramiento.

—¿Qué coño haces ahí, zorra?! ¡Sal de una puta vez, nos tenemos que divertir!

—¡No, no, por favor, no! —chilló ella al mismo tiempo que era forzada a salir en contra de su voluntad.

Arran comenzó a frotar sus zapatillas, la una contra la otra, aun a pesar de que el arco de movimiento a causa del nudo a la altura de la garganta de sus pies fuera mínimo. Cuando consiguió quitarse el calzado izquierdo, la navaja que llevaba oculta cayó al suelo. El joven reptó como una serpiente hasta colocar la cintura a la altura del cuchillo. A continuación, se giró y pegó la espalda

contra suelo. Sus manos se posicionaron sobre el arma. Movi6 los dedos igual que un mago en el ejercicio de un truco con monedas. Una vez que logr6 meter la navaja entre sus falanges trat6 de cortar, con movimientos cortos y veloces, la cuerda que ataba sus muñecas. Le llev6 unos cuantos minutos finalizar la tarea.

Ya con las manos sueltas Arran desat6 la otra cuerda, haciendo as6 que sus piernas tambi6n quedaran liberadas. A su lado descansaba un macuto. Por lo visto le hab6a estado acompa6ando durante toda su forzada estancia ah6 dentro. Y parec6a el mismo que hab6a visto afuera antes de desmayarse. Busc6 en el interior y descubri6 un mont6n de envases de hojalata y bolsas de pl6stico, y, al tener que arrodillarse para hacerlo, advirti6 que todav6a llevaba en el bolsillo del pantal6n el reciente obsequio en forma de lata que esos malnacidos le hab6an hecho. Pero dentro de aquellas telas no hab6a absolutamente nada que le sirviera en ese preciso momento. Los fren6ticos latidos de su coraz6n le urgieron a discurrir un plan con celeridad. Si sal6a al exterior ten6a todas las de perder: dos hombres contra uno solo... Adem6s, si uno de ellos val6a por tres, el otro iba armado con una escopeta que no dudar6a en utilizar. Imposible ganar esa contienda. Arran se dio cuenta de que deb6a enfrentarse a ellos por separado, y la forma m6s f6cil de hacerlo era oblig6ndoles a entrar en la tienda de campa6a, pues, de esa manera, no podr6an acceder los dos al mismo tiempo. Para ello, deb6a fingir que se encontraba mal y que, a su vez, resultara cre6ible. Pens6 en alguna estratagema que le permitiera ejecutar su plan sin ser puesto en duda. Cuando al fin una de sus escasas ideas le pareci6 adecuada, se hizo un peque6o tajo en la yema del dedo 6ndice. Se lo refreg6 sobre el p6rpado izquierdo, y dej6 as6 esa zona de su rostro bien manchada con sangre, como si algo le hubiera atravesado la cuenca del ojo. Acto seguido, puso la cuerda de nuevo alrededor de sus tobillos, esta vez sin atar (solo ten6a que simularlo y deb6a tener los pies ligeros en caso de que necesitara huir a la desesperada). Tras ello, escondi6 las manos detr6s de la cintura y empu66 con fuerza la navaja. Estaba listo para atacar; ya solo quedaba embair a sus apresadores:

—¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Socorro!!! ¡¡¡Ayuda, por favor!!!

El muchacho oy6 una voz lejana, algo distorsionada por el tejido de la tienda que se interpon6a entre 6l y el mundo exterior. Aun as6, distingui6 que las palabras proven6an del gigante:

—¡Ve t6 si no quieres que mate a ese pedazo de mierda!

—¡¡¡Por el amor de Dios!!! ¡¡¡Ayudadme!!! —continu6 gritando Arran.

No pasaron ni cinco segundos cuando apareci6 el captor de menor tama6o.

—¡¿Qu6 co6no es lo que te pasa?! —dijo con voz especialmente desagradable, m6s a6n de lo que ya de por s6 era (pasado el tr6mite del embuste, ya no necesitaba embaucar m6s al muchacho).

Arran se quit6 la mano del ojo y le mostr6 la herida fingida a su enemigo.

—¡¡No puedo soportarlo!! ¡¡Me duele mucho!!

Aquel tipo repugnante se acerc6 a su prisionero y curiose6:

—¿Pero c6mo cojones te has hecho...?

Sin dejarle acabar la frase, Arran sac6 la navaja y le apu6al6 en la garganta repetidamente. El hombre intent6 llamar a la mole que ten6a por socio, pero las palabras no atinaron a traspasar sus arrugados labios. Tr6quea, laringe, yugular..., absolutamente todo hecho trizas, carne reci6n picada para las aves carro6eras.

El muchacho se apresur6 a arrebatarse la escopeta al cad6ver de su vil anfitri6n y a examinar el interior de la bolsa que este llevaba a la espalda: estaba llena de cartuchos y, nadando entre ellos, unos peque6os prism6ticos de pl6stico negro. A6n no daba cr6dito a su proeza. Hab6a solventado el primer gran escollo, sin embargo, todav6a ten6a por delante el asunto del otro hombre, el cual

podía salir a su encuentro en cualquier momento. Arran comprobó que el arma estaba cargada y atravesó las telas que hacían la función de puerta. Divisó un gran bulto en la media distancia y, cuando se acercó un poco, distinguió que era la parte posterior del otro raptor, la cual se meneaba en el suelo sobre la muchacha. Esta gemía de dolor.

—¡Suéltala!

Cuando aquel individuo colosal giró la cabeza Arran descubrió que llevaba puesta su gorra de los Cowboys y, lo que era más importante, que sería capaz de vender a su propia madre con tal de obtener un pedazo de pastel después de un copioso banquete. El muchacho apostó a que habría necesitado hasta el último botón del broche trasero para poder colocársela, si es que no la había roto en el intento, y sintió tanto asco que se juró que, si salía con vida de aquella, no volvería a utilizar la prenda en todo lo que le restara de existencia. Sin más dilación, le apuntó con el arma a una distancia prudencial.

—¡Joe! ¡Joe! —gritó el violador.

—No te molestes —le previno Arran.

—Eh, tranquilo, podemos compartir a la chica si es lo que quieres.

Esa frase enfureció aún más al muchacho.

—Apártate.

El hombre se subió los pantalones a la vez que se ponía en pie. Ella, en cambio, estaba paralizada tirada en la tierra.

—Vístete —la dijo el joven armado.

La muchacha reculó sin levantarse del suelo, como si les quisiera dejar espacio para que se batieran en duelo. Arran la vigiló con el rabillo del ojo. Enseguida centró otra vez toda su atención en su enemigo.

—Tú no te muevas.

—¿¿Qué vas a hacer!? ¿Matarme?

—Dime cómo se abre el cepo.

—Mmmm... Así que es eso.

—¡Responde!

—Están pensados para cazar personas —dijo aquel sujeto despiadado—. ¡No se puede abrir el puto cepo, niñato! —agravó tanto el tono que algunas gotas de saliva salieron despedidas de su boca.

—¡Mentira, no te creo, cabrón!

—Así que no me crees... ¿Quién ha caído en la trampa? ¿Tu compañero, el tirillas, o esa amiguita tan rica que está con vosotros?

Arran se quedó blanco como el yeso; una presión en el estómago no le consintió articular palabra alguna.

—¿¿Qué!? ¿Crees que no os hemos estado vigilando? —dijo su adversario, con una sonrisa arrogante—. Voy a destrozarte. Pero antes haré que veas cómo violo a esa amiguita tuya.

El gigante arrastró violentamente su enorme pie por el suelo y proyectó la tierra hacia la cara del muchacho. Este entornó los ojos al mismo tiempo que se los cubría con el antebrazo. En cuanto consiguió ver de nuevo, distinguió cómo su enemigo corría hacia él igual que un toro embistiendo. Arran, entonces, se vio en la necesidad de apretar el gatillo para evitar que su contrario pudiera echarle el guante y reventarle la cabeza como si fuera un melón, o eso era lo mínimo que él se había llegado a imaginar que pudiera hacerle con aquellas dos manos tan grandes como palas.

A pesar de la distancia de seguridad que había dejado la joven, algunas gotas de sangre la

salpicaron. Aquel superhombre se desplomó ante la atenta mirada de su prisionera cual ficha de dominó sacada de *Jack y las habichuelas mágicas*, e impactó contra el suelo con toda la violencia que la gravedad otorgaba a su descomunal cuerpo. La tierra pareció temblar.

La respiración de Arran tardó varios segundos en volver a su cadencia habitual. Estuvo estático todo ese rato, respirando hondo, recuperando el aliento. Su fuero interno le decía que matar a aquellos dos hombres había sido estrictamente necesario y que la nueva ley que regía el mundo no le había dado otra opción. Mas tampoco podía pararse a meditar demasiado sobre ello; el tiempo apremiaba. El muchacho se introdujo en la tienda y despojó al cadáver de la mochila que este llevaba a la espalda. También se apropió del *walkie-talkie* que le habían robado momentos antes. Si aquel ser repugnante ya le daba asco en vida, la visión de su cuerpo muerto y, sobre todo, el olor que desprendía, concentrado en ese lugar tan reducido, le produjeron náuseas. Inmediatamente, Arran lanzó fuera del habitáculo los dos macutos, comida y munición. ¿Qué más podía pedir? A lo mejor, y solo a lo mejor, la maldita llave que tantos problemas le estaba acarreado...

El muchacho salió de la tienda y se fijó en un ovillo de cuerda junto a una de las aristas del armazón (no había reparado en él anteriormente). Por el motivo que fuera, había otra mochila más. Tres había contado en total con esa. Buscó en el interior, sin demasiado éxito. Seguramente esos canallas ya difuntos la habían usado para transportar la cuerda que descansaba al lado, y esta a su vez para trasladar a sus víctimas. En ese instante, Arran se dio cuenta de que sobre el fondo reposaban cinco pequeñas horquillas de acero. Las guardó en el puño y, tras ello, se acercó a la muchacha, la cual no había dejado de vigilar todos y cada uno de sus movimientos en ningún momento.

—¿Son esas todas sus cosas? —dijo él refiriéndose con un movimiento de cabeza a las tres bolsas desperdigadas por el suelo.

La joven asintió, pero no abrió la boca. Entonces, Arran le mostró el comunicador portátil.

—¿Lo han usado?

—Intentaron ponerse en contacto, pero no había señal. No se oía nada —explicó ella, al fin.

—Ponte en pie.

La muchacha se incorporó. Estaba llena de polvo y todavía tiritaba.

—Lo siento. Yo no quería... Me hubieran matado —se disculpó.

—¿Qué sabes de los cepos? —dijo Arran despreocupándose del estado de su interlocutora.

—No mucho. Trabajaban para un asentamiento caníbal. Les llevaban carne fresca a cambio de favores.

—¿Y tú?

—¿Yo!?

—Sí, tú. ¿Qué hacías con ellos?

—Mataron a algunos de mis compañeros. A mí me emplearon como mula de carga. Y para divertirse, ya lo has visto. Es lo que hacen con las chicas.

—Bueno... —Arran apaciguó el tono en señal de solidaridad—. No te preocupes, ahora estás a salvo. Pero necesito saber cómo se abren esas trampas.

—No se puede.

—¿Tú, también!? ¡No me vengas con esas! —elevó de nuevo la voz. Arran extendió la mano y enseñó, sobre su palma, las horquillas recién descubiertas—. ¿Para qué son estas cosas? ¿Se abren las cerraduras con ellas? ¡Contesta!

—No lo entiendes. Esos cepos los fabrican los caníbales. Con esas horquillas solo se aseguran

de que no se cierren durante el trayecto. Una vez las quitas...

—¿Qué?

—Ya no se pueden abrir.

—¡Estás mintiendo! Hay una cerradura, la he visto —dijo Arran, enojado; esperó a una respuesta que nunca se produjo—. ¡Contesta, maldita sea! —gritó con rabia.

—Hay... una especie de llave que los abre, pero... —balbució la muchacha.

—¿¡Dónde está!?

—La tiene el jefe del grupo.

—¿Y por qué no tenían ellos aquí una?

—¿¡Para qué la querrían?! Con o sin llave, estaban obligados a llevar los cepos de vuelta. Ellos solo cazaban a la gente y después la arrastraban hasta allí con esas cuerdas. Además, así los caníbales se aseguraban de que no se quedaran el material y los traicionaran.

Arran comenzó a meditar sobre la explicación. Observó las piezas metálicas que sostenía en su mano.

—¿Llevabais cinco?

—Sí. A mí me pesaban muchísimo, pero este animal que has matado los levantaba como si fueran de papel —dijo ella tras echar la vista hacia el gigante, el cual yacía sobre un charco de sangre.

Arran entendió que aún quedaban dos trampas más, ocultas en algún sitio, listas para quebrar los huesos del primer incauto que pasara sobre ellas. Y esperó que ese no fuera Jeff, y que ninguna circunstancia le hubiera obligado a abandonar el árbol sobre el cual velaba por su hermana; ya habían sufrido demasiadas desgracias como para añadir otra más. Fuera como fuese, era algo que se le escapaba de las manos, por lo que volvió a centrarse en lo que le ocupaba más de cerca.

—Joder, con lo grande que es la zona... Qué mala suerte hemos tenido —se quejó él.

—¿Suerte? Estuvieron vigilándoos. Por eso los pusieron a vuestro alrededor. De noche. Un trabajo fácil.

Era tan obvio que Arran se sintió completamente estúpido por no haber comprendido hasta ese mismo instante que nada había sido fruto del azar. Aun con ello, un alivio desconcertante penetró sus entrañas; él no podía evitar que otras personas les atacaran, ya fuera allí o en cualquier otra parte, y eso le hizo sentirse parcialmente libre de culpa. Pero no por ello se eximió de sus responsabilidades.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó a la joven.

—Quetzaly.

—¿Quetzaly? —repitió el muchacho para asegurarse de que lo pronunciaba correctamente.

Ella asintió.

—Es de origen azteca.

—Yo soy Arran —se presentó él—. Es de... —Y, entonces, meneó ligeramente la cabeza para volver a lo que le atañía—. No importa —Tras una pequeña pausa, preguntó—: Está bien, ¿sabrías regresar?

—¿Adónde?

—¿¡Adónde va a ser?! Adonde están esos caníbales de los que me has hablado.

—No... No quiero volver.

—Sabes ir —se contestó Arran a sí mismo. Reaccionó al momento, y elevó la voz para tratar de sonar autoritario—: Venga, en marcha, levántate.

—No me hagas regresar ahí de nuevo, por favor, tú no has visto aquello.

Arran apuntó a la muchacha con su reciente adquisición, la Winchester que mejoraba en todo a la vieja escopeta de su padre.

—Oye, no me obligues a hacer nada de lo que te puedas arrepentir. La vida de mi hermana está en juego, así que coge una mochila y andando.

Ella no pudo hacer más que resignarse ante tal irrechazable invitación y, a consecuencia, agarró por el asa la mochila con los víveres. A continuación, fue junto a la tienda y ahí metió toda la cuerda dentro del otro macuto. Arran, mientras tanto, se colocó la tercera mochila a la espalda. Si alguien iba a necesitar la munición ese iba a ser él, y mejor tenerla a mano.

Los dos partieron hacia su nuevo destino, pero antes de abandonar aquel lugar el joven superviviente desenfundó el machete que su víctima de proporciones gigantescas aún llevaba a la cintura y se lo apropió.

7

Hipnotizado por el bamboleo de las caderas de su imprevista guía, Arran perdió la noción del tiempo. Avanzaban sin miedo por un antiguo puente ferroviario, sabedores de que ninguna máquina se toparía en su camino. El muchacho, ligeramente rezagado, portaba la Winchester SX4 entre sus brazos. Parecía que estuviera escoltando a la joven del mismo modo que un guardia conduce a un reo a su ingreso en prisión. Para cuando quiso levantar los ojos de aquellas llamativas líneas redondeadas, se percató de que ella, aunque seguía caminando, tenía girada la cabeza hacia él.

—¿Me estás mirando el culo?

—No, no, oye, yo, lo siento... —Arran se puso colorado y dirigió la mirada hacia otro lado.

Los dos siguieron caminando como si nada. Poco a poco a él se le fueron pasando los efectos del rubor, principalmente porque la chica ya no le prestaba atención. Intentó restarle importancia al asunto pensando en que era algo natural y que, obviando la compañía de su hermana (ella no entraba en la cuenta), hacía casi un año que no veía a una persona del sexo opuesto. Además, esa joven de piel cobriza era guapa, y los *leggings* desgastados que usaba, estilizados por el top que dejaba al aire su estrecha cintura, resaltaban de gran manera sus atractivas caderas.

En cuanto Arran se tranquilizó del todo, se dio cuenta de que con la noción del tiempo también había perdido la de sus obligaciones. Su reloj marcaba las siete menos cuarto, lo que significaba que ya quedaba muy poco para la hora fijada con Jeff de establecer el contacto. El cese de movimiento percibido a través de su visión periférica le hizo apartar la vista del marcador electrónico. Levantó la mirada y vio que Quetzaly se había detenido. Estaba encarada hacia él.

—Tengo que hacer pis.

—Adelante —dijo el muchacho, y la invitó a hacerlo ahí mismo con un gesto de manos.

—¿Qué? —tanteó ella. La falta de respuesta de su vigilante no dejaba espacio a segundas interpretaciones—. ¿¡Quieres que lo haga aquí!? ¿¡Delante de ti!?

—Me daré la vuelta.

—No pienso hacerlo aquí arriba.

—Está bien. Iremos hasta el final del puente, donde están aquellos árboles.

—Si hay alguien a mi lado no me sale. El solo hecho de que me oigas hacerlo me pone nerviosa.

Siendo consciente de que no podía desatender esa petición, Arran evaluó los riesgos de dejar a solas a la que se suponía su guía, y la única conclusión a la que llegó fue que si ella se negaba a continuar desperdiciarían un tiempo valiosísimo.

—Bueno, adelántate. Haz lo que tengas que hacer. Te dejaré un poco de margen.

A Arran le pareció apreciar una seña en el rostro de ella, pero los rayos incidentes del Sol no le permitieron distinguir bien si había sido un gesto de gratitud o solo una mueca socarrona. A continuación, la joven de origen azteca tomó el rumbo que marcaban los dos raíles oxidados, pero cuando no había recorrido más que unos pocos metros, su vigilante la chistó. Como consecuencia,

Quetzaly se giró, expectante.

—No juegues conmigo —agregó el muchacho. Y en cuanto esas palabras de advertencia salidas de su propia boca se desvanecieron en el aire, pudo observar cómo su forzosa guía, después de asentir con semblante serio, se iba haciendo más y cada vez más pequeña a medida que se alejaba.

Justo en el momento en el que la joven hispana desapareció del campo de visión de Arran, este inició la cuenta atrás. Solo tenía pensado darle un par de minutos —con eso sería más que suficiente—, pero la incertidumbre le empezó a carcomer por dentro, tanto que no pudo parar de controlar su reloj cada dos por tres. Los segundos pasaban lentos... No se le ocurrió otra cosa que comenzar a silbar el estribillo de la primera melodía que se le vino a la mente mientras se desplazaba con pasos desiguales hasta el borde de la vía. Allí no había ninguna baranda; tampoco necesidad de ella. Ese puente estaba pensado exclusivamente para el paso de máquinas, aunque probablemente el último convoy que viera cruzar quedara ya muy lejos en el tiempo. El muchacho paró de expulsar el aire por sus labios fruncidos, hartado de no poder recordar cuál era la canción que estaba silbando y a pesar de que las notas sí que estuvieran claras en su memoria. Lo siguiente que hizo fue asomarse al precipicio (nunca había tenido miedo a las alturas y esa no iba a ser una excepción). Y desde su cómoda posición inspeccionó la orografía: un valle seco y sin alegría. La maleza que crecía abajo formaba un mar espeso de zarzas y matorrales. Tal vez en otra época hubiera pasado un afluente por ahí, pero eso era algo imposible de saber a simple vista. De repente, Arran interrumpió su banal especulación sobre el relieve debido a un movimiento tenue. Podría haberse tratado de una ráfaga repentina de viento que hubiera agitado la maleza de no haber sido porque la calma chicha desechaba esa idea desde antes de siquiera plantárselo. El joven clavó la mirada en la hondonada, justo en el punto que marcaba la línea imaginaria perpendicular al plano de los raíles y que salía bajo sus pies. Pero ahí no parecía haber nada ni nadie. No conforme, forzó la vista. Se inclinó más aún, hasta sacar medio cuerpo fuera de la vía, y acumuló la poca saliva que sus glándulas le permitieron. Acto seguido, cerró un ojo para poder afinar la puntería y dejó que la gravedad se ocupara de atraer el escupitajo. En el preciso instante en que el salivazo tocó el fondo, un mutante salió de entre la espesura dando un brinco vertical cual perro de presa intentando atrapar una recompensa a todas luces inalcanzable. A causa del sobresalto, Arran perdió el equilibrio y resbaló; afortunadamente, tuvo tiempo de reacción para aferrarse a uno de los travesaños de madera. Su escopeta no corrió la misma suerte y voló en caída libre hasta perderse entre la maleza del fondo. Él intentó auparse, pero la fuerza de sus músculos no era la suficiente para poder subir a pulso. Tampoco disponía de margen de maniobra como para deshacerse de la mochila llena de munición que llevaba a la espalda, al menos no sin antes caer al vacío. Sus piernas bailaban en el aire buscando algún punto de apoyo que nunca encontraron. Entretanto, el monstruo emitía sonidos guturales entrecortados que no hacían otra cosa más que poner aún más nervioso al joven en graves apuros.

—¡Ayudaaaa! —gritó Arran lo más fuerte que le permitió su caja torácica plenamente estirada. Miró hacia abajo, sabedor de que no aguantaría mucho en aquella posición, y pensó en que no era una altura lo suficientemente grande como para asegurarle la muerte. Esa idea le horrorizó. Prefería morir de un golpe seco mil veces antes que devorado vivo por aquella bestia sin conciencia.

—¡Quetzaly...! —volvió a gritar. Las costillas le presionaban los pulmones, y estos, a su vez, parecían que le fueran a estallar. Pero le iba la vida en ello—: ¡Ayuda...!

La joven hispana llegó corriendo y se puso a gatas.

—¡Ayúdame! —dijo Arran.

Ella lo miró fijamente sin decir una palabra. Y se fijó en la desagradable sorpresa que le esperaba abajo al muchacho.

—¡Por favor...! —suplicó él.

Al ruego le sucedieron unos segundos de incertidumbre... No era una decisión fácil.

—Lo siento —dijo ella, al fin; y escapó del lugar, abandonando así al que había sido su reciente salvador.

Arran hizo un último intento de subir a pulso, pero sus fuerzas estaban agotadas. Se le soltó la mano con la que tenía menos resistencia, y no le quedó más remedio que aguantar con la diestra, pero los dedos de esta cedían. Todo estaba perdido: su vida, la de su hermana... Se encontraba a punto de soltarse, cuando... ¡una mano sujetó con firmeza su muñeca! Arran miró hacia arriba y ahí pudo ver el rostro de Quetzaly. Esta tiraba de él con empeño, y enseñaba los dientes debido al gran esfuerzo al que se estaba viendo sometida. El muchacho se sujetó, con el brazo que le quedaba libre, al borde de los maderos para de esa forma aliviar el peso y que ella pudiera auparle con mayor facilidad. Como así fue. Una vez consiguió ponerse a salvo, se afianzó a aquella vía férrea cual náufrago a un bote salvavidas en mitad de un mar infestado de tiburones.

—Gracias... —dijo Arran sin aire en los pulmones.

—Vámonos de aquí —ordenó su rescatadora.

—Tranquila... No razonan... Si no ha subido ya... es que no sabe por dónde hacerlo... —replicó él, todavía encorvado y con las manos apoyadas en los muslos.

—¡Me da igual! —gritó ella con extraordinaria violencia.

Arran se amedrentó y no se atrevió a replicar, pero en lo que sí se vio fue en la obligación de informar de la situación:

—Se me ha caído el arma.

—¿Qué? —pronunció la muchacha, azorada. Reaccionó con rapidez—: Bueno, ya da lo mismo. Hay que marcharse cuanto antes.

—No podemos seguir sin la escopeta.

—¿¡Es que no me has oído!? Vá-mo-nos. ¡Ahora! —Y tras esas palabras, cogió del antebrazo a su azorado interlocutor y le obligó a salir del lugar con toda urgencia.

Arran había cambiado, muy a su pesar, la escopeta por el machete. Lo portaba en su mano izquierda (la otra le dolía aún a causa del esfuerzo realizado para soportar su propio peso). Volvió a echar un vistazo a su reloj: la hora pactada era inminente. Debía prepararse para contactar con su hermana y con Jeff.

—Vamos a descansar —dijo en voz muy alta para que su guía, varios metros en cabeza, lo oyera bien.

Esas palabras no parecieron surgir ningún efecto en Quetzaly. Mientras Arran se detenía y dejaba descansar la mochila en el suelo, ella, por el contrario, seguía caminando sin prestarle la más mínima atención.

—¡Eh, oye! ¡He dicho que pares! —insistió él.

La muchacha se dio la vuelta hecha un basilisco.

—¿¡No es eso lo que quieres, llegar cuanto antes!?

—Va a anochecer.

—A mí eso me da igual —contestó ella, y se puso a caminar otra vez.

—¡Pero ¿qué haces?! —

Arran echó a correr y, cuando dio alcance a su guía, la agarró del brazo. Ella se deshizo de él con un brusco aspaviento.

—¡Déjame! ¿Es que ahora te preocupa lo que nos pase!?

—Es demasiado arriesgado. No me puedo permitir que te hagan daño.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué sigues con ese machete en la mano como si me fueras a rajar?

El muchacho se tomó un brevísimos respiro antes de dar la respuesta.

—No puedo dejar que me engañes.

—Escúchame, si quisiera, ahora mismo no estaría aquí contigo, ¿de acuerdo? Así que deja de amenazarme ya con eso. Te estoy ayudando, ¿no? Te podía haber dejado ahí tirado como a un perro y me he quedado. ¿Es que no es suficiente?

Arran miró al suelo, avergonzado. Lo siguiente que hizo fue guardar el machete.

—Lo siento. Pero comprende que mi hermana es lo único que me queda en este mundo —se disculpó él, con la cabeza todavía gacha.

—Eh, Arran. Así era tu nombre, ¿no?

El joven afligido llevó sus ojos hacia los de ella. Asintió.

—Todos haríamos lo mismo —dijo Quetzaly con toda la empatía del mundo—, pero yo no soy el enemigo. —Hizo una pausa—. Está bien, descansemos.

Arran tragó la poca saliva que su áspera garganta le permitió e hizo un gesto exagerado con la nuez. Lo acompañó con una respiración honda, en un intento de expulsar con el aire toda la congoja que se había adueñado de su ser. A continuación, agarró una de las mochilas que llevaba su compañera.

—Está oscureciendo, será mejor que busquemos un buen árbol cuanto antes.

Quetzaly frunció el ceño, en un gesto indudable de necesitar más información. Arran se dio cuenta de ello y se lo explicó:

—No podemos pasar la noche en tierra. Si nos atacan mientras dormimos, estamos acabados. Usaremos la cuerda que le hemos quitado a esos desgraciados para asegurarnos a las ramas.

La joven hispana asintió con una leve sonrisa de medio lado y lo siguió en busca de un lugar donde pasar la noche. Mientras caminaban, Arran sacó el *walkie-talkie* y lo encendió. Presionó el botón que le permitía comunicarse.

—Jeff. Jeff. ¿Me oís? Nairna. ¿Me escucha alguien?

No obtuvo respuesta.

8

Si había algo peor que las malas noticias eso era la ausencia de ellas, como así lo hacía patente el *walkie-talkie* que Jeff sostenía entre las manos. Abrumado por el silencio que incrementaba la incertidumbre alrededor de la copa de aquel roble, el joven rubio pegó un par de golpecitos al aparato con la palma de la mano. No consiguió nada.

—¿Estás seguro de que lo estás usando bien? —preguntó Nairna, que esperaba con impaciencia algún tipo de resultado. Aun a pesar de la suma preocupación por su hermano, no era capaz de desentenderse del dolor físico que la asediaba. Su pierna había pasado del rosáceo oscuro de la noche anterior a un aspecto púrpura nada vistoso que, si no ponía remedio pronto, no pararía hasta ennegrecerse, con las nefastas consecuencias que ello supondría.

—Pues claro, como él me explicó. No tiene mucho misterio —contestó Jeff.

—Entonces, puede que le haya pasado algo.

—Oye, piensa que simplemente puede ser cosa de la señal. Si está demasiado lejos... Esto no es un móvil, ¿sabes?

—¿Puedo intentarlo yo? —propuso ella.

Jeff la miró con la tristeza propia de quien no puede hacer más por alguien que está desahuciado y decide ceder a todos sus ruegos.

—Toma —dijo mientras se acercaba a su novia y le entregaba el transmisor-receptor portátil.

—¿Con qué botón es?

—Ese que está en el lateral. Presiona y habla. Y luego suéltalo para dejar a la otra persona responder.

Nairna apretó el botón y movió los labios:

—Arran, ¿me oyes? Arran. Por favor, responde.

No hubo más respuesta que el silencio. Nairna se acercó el aparato a la oreja. El altavoz parecía emitir un levísimo sonido.

—Se oye algo —dijo, con viveza, la muchacha.

Jeff permaneció a la expectativa mientras ella trataba de aguzar el oído. Tan solo un instante después, Nairna creyó discernir algunas palabras por debajo del ruido de estática.

—¡Creo que es Arran! —dijo ella.

—¿Estás segura!? —replicó su novio.

El ruido blanco se desvaneció.

—No, pero me ha parecido...

Jeff la contempló en silencio con una sonrisa dibujada en la cara tan forzada como patética.

El molesto ruido producido por el *walkie-talkie* volvió a aparecer. Pero era solo eso, ruido y nada más. No obstante, provocó que Nairna se retrotrajera al episodio más triste de toda su existencia.

La radio de la camioneta solo emitía interferencias, tan molestas para los cuatro ocupantes como un taladro funcionando al lado de sus oídos.

—¿¡Puedes apagarla de una vez!? Me voy a volver loco —dijo Arran de muy malas maneras.

—Solo quería...

—Ya, ya lo sé —cortó a su hermana. Enseguida dulcificó un poco el tono—: Perdona. Pero es que si lleva sin funcionar todo el trayecto dudo mucho que empiece a hacerlo ahora.

Nairna apagó la radio y despegó los dedos de ella. Se centró en su teléfono móvil. El tiempo pasaba y todos sus allegados seguían sin contestar a las llamadas y mensajes. Supuso que le pasaba lo mismo a Jeff y a Paul, ya que ninguno de ellos había abierto la boca en todo ese rato sino era para maldecir la situación. El sistema estadounidense había caído en su totalidad. Las pocas noticias procedentes de medios internacionales que aparecían en la red eran tan confusas como contradictorias. Y a cada cual más descabellada. ¿Una distribución descontrolada de MDPV, la droga caníbal? ¿El tan anunciado apocalipsis que predicaba la Santa Biblia? ¿Armas bacteriológicas en respuesta al ataque nuclear por parte los Estados Unidos de América? Obviamente, esta última teoría era la menos disparatada y a la que se ceñían los medios más serios. Pero de ser así, ¿por qué ellos cuatro estaban bien?

De vuelta a la realidad más inmediata mostrada a través de la luna delantera del vehículo, Nairna vio que la autopista seguía prácticamente vacía y que su hermano aprovechaba la circunstancia para rebasar los límites legales de velocidad en los tramos que no entrañaban peligro de accidente. Ya habían recorrido los casi ciento cincuenta kilómetros que separaban la ciudad de Austin de la de San Antonio, en donde se encontraba la casa de sus padres. Tomaron la Circunvalación de Connally hasta llegar a la zona suroeste de la ciudad, y posteriormente se desviaron en dirección a un humilde barrio residencial ajeno a la agitación de la urbe. En cuanto accedieron a dicha zona residencial, un hombre los embistió por el costado derecho de la camioneta. Su piel desnuda chocó contra el metal; la sangre manchó las ventanillas. Nairna estuvo a punto de que se le saliera el corazón por la boca. Pasado el sobresalto, Arran aceleró y dejó atrás al sujeto. De pronto, vio a otra persona corriendo de frente y hacia ellos, y no parecía tener intención alguna de detenerse, aun a sabiendas de que el vehículo lo reventaría. El muchacho se vio obligado a pegar un volantazo y, con ello, consiguió esquivarlo.

—¿¡Pero qué narices les pasa a todos!?! —exclamó Jeff.

Un par más de residentes de la zona se sumó a la caza de la *pick-up* en la que viajaban los cuatro supervivientes. A Nairna le llamó la atención uno en concreto, el cual corría como un poseso con los pies descalzos. A raíz de ello, pensó en el dolor que debía de producirle el impacto de la gravilla en las plantas de los pies, mas, contradictoriamente, la cara de aquel tipo no reflejaba ni una sola muestra de sufrimiento.

—Escuchadme. Cuando lleguemos, los tres entráis en casa lo más rápido que podáis, ¿de acuerdo? Tú y Jeff abrís la puerta del garaje, y en cuanto meta el coche, cerráis —ordenó Arran mirando fugazmente a su hermana y sin perder, al mismo tiempo, la referencia de la carretera, atento a cualquier nuevo obstáculo que apareciera en ella—. Paul, tú encárgate de cerrar todas las puertas y ventanas que veas —prosiguió, esta vez en voz más alta debido a la falta de contacto visual con su amigo, el cual estaba justo detrás de su asiento—. Luego ya nos encargaremos de buscar a mamá y papá —volvió a dirigirse su hermana.

Arran presionó el botón del modo EV, y obligó así al vehículo a usar únicamente la función eléctrica. A partir de ese punto, el sonido se redujo a prácticamente el rozamiento de los neumáticos contra el suelo. El muchacho aceleró progresivamente, con lo que fue dejando atrás a

sus perseguidores hasta hacer que sus reflejos desaparecieran, después de un par de curvas, de los retrovisores. El vehículo enseguida se detuvo frente al garaje de la casa donde habían crecido los dos hermanos a bordo; el morro quedó escasos centímetros de la puerta, como si quisiera darle un beso de bienvenida tras un esperado reencuentro. Nairna, Jeff y Paul salieron de inmediato de la *pick-up* y, tras ello, cerraron las puertas para así mantener a salvo al restante componente de la cuadrilla. A ella le llamó la atención el silencio sepulcral del lugar. En su cabeza se imaginaba un batiburrillo de ruidos inconexos fruto de un sistema colapsado, al igual que en el centro de la ciudad de Austin, pero aquello era lo diametralmente opuesto. Poco a poco ese silencio fue rompiéndose a consecuencia de los bufidos de dos pares de atacantes que aparecieron por ambos extremos de la calle. Nairna estaba segura de que, si no hubiera sido porque habían viajado en un vehículo híbrido, el ruido del motor habría atraído aún a más de aquellos indeseables.

Antes de alcanzar la puerta principal la muchacha dudó acerca de si su madre o su padre la habrían cerrado con llave para hacer frente a un hipotético ataque de varios de sus vecinos enajenados. Estuvo a punto de pedir a sus compañeros que la ayudasen a abrirla a base de patadas si era necesario, pero cuando echó mano al pomo se dio cuenta de que la puerta no ofrecía ningún tipo de resistencia. Nada más acceder al interior, Jeff y ella se dirigieron a la puerta que daba al garaje.

—Encárgate de cerrar puertas y ventanas. ¡Rápido! —ordenó Nairna a su amigo.

En cuanto sus dos compañeros se adentraron en el garaje, Paul echó el cerrojo a la puerta principal y fue presto a asegurar todas las ventanas. Durante su cometido por la planta baja no encontró ni el menor indicio de que los padres de los dos hermanos se hallaran allí. Corrió hacia la última estancia del inmueble que le quedaba por revisar: la cocina. Entró y se cercioró de que la puerta trasera de la casa no se pudiera abrir desde afuera. El lugar estaba resguardado de daño. En ese momento, vio el grifo. Tenía la boca muy seca, y el cuerpo deshidratado. Los dos tragos de refresco que había tomado durante su viaje de huida, desde la ciudad de Austin hasta la de San Antonio, habían sido insuficientes. Se dirigió precipitadamente hacia la pila del fregadero y, llevado por las ansias, abrió al máximo la llave del agua fría. Era tanto el caudal que, cuando puso su boca debajo del chorro, empezó a salpicarlo todo, pero si de algo había que prescindir en aquel momento eso eran los modales. Tragó tanto líquido como su garganta le permitió y no se detuvo hasta que sus fosas nasales se inundaron y comenzaron a picarle. Una vez calmada su sed, se focalizó en su siguiente objetivo, que no era otro más que permanecer alerta ante cualquier mínima señal de allanamiento.

Jeff y Nairna abrieron el garaje a toda prisa y se echaron a un lado. Arran introdujo la *pick-up* en el interior y, tan pronto como la parte trasera del vehículo traspasó el umbral, sus amigos se esmeraron en cerrar la entrada. De pronto, unos golpes sacudieron la amplia puerta. Varios asaltantes apoderados por la locura aporreaban el portón desde el exterior con una vehemencia propia de a quien le va la vida en ello. Ajeno todavía a ese ruido intimidante, Arran salió del vehículo, y, entonces, se quedó estupefacto ante los golpetazos que retumbaban en el interior de aquellas cuatro paredes.

—Joder, la van a echar abajo —dijo el muchacho.

—¡Venga, hay que buscar a mamá y a papá! —le apuró su hermana.

Arran fue el primero de los tres en acceder a la vivienda propiamente dicha. Una vez frente al inicio de la escalera principal, subió los tres primeros escalones de un brinco y se agarró al pasamano. Se giró hacia la pareja.

—Esperad aquí, enseguida bajo. Buscad a Paul mientras tanto—. Tras esas palabras, el

muchacho desapareció por la parte alta de la escalera.

Jeff cogió la mano de Nairna y, juntos, fueron a investigar por planta principal, pero no les hizo falta buscar demasiado, ya que la cocina fue su primera opción, lugar en el que todavía se encontraba Paul.

—Ya está. He cerrado todo. No he visto a nadie —dijo el joven dentado.

—Como les dé a esos locos por romper las ventanas estamos perdidos. Más nos vale darnos prisa —replicó Jeff.

—Sí. En cuanto Arran encuentre a mis padres, nos vamos —dijo la muchacha. Acto seguido, dirigió la mirada hacia el frigorífico—. Estoy muerta de hambre.

Jeff abrió la nevera y sacó un tetrabrik de zumo y otro de leche, y varias latas de cerveza, todo ello acompañado de algo de fiambre. Nairna, por su parte, fue decidida hacia un pequeño armario: si su madre no había cambiado de hábitos en los últimos tiempos, ahí debía estar la bollería. Tras evidenciar que estaba en lo cierto, sacó un paquete de pan de molde y algunos bizcochos, tras lo cual los tres devoraron la comida con la misma urgencia que unos perros comiendo del mismo plato.

En el piso de arriba todo estaba en silencio. Arran permaneció quieto mientras trataba de aguzar el oído. No notó nada relevante.

—¿Mamá? —dijo con un hilillo de voz. A continuación, abrió la puerta más cercana a las escaleras y metió medio cuerpo dentro. Era el cuarto de su hermana, o por lo menos lo había sido hasta el momento en que esta se había emancipado. Tampoco había nadie. Regresó al pasillo y, justo ahí, al fondo del todo, vio la silueta de su madre dibujada bajo el marco de la puerta que daba a la habitación de matrimonio de la casa. La penumbra le impedía distinguir ningún detalle en el rostro de ella—. ¡Mamá, gracias a Dios! —exclamó el muchacho, aliviado—. ¿Estás bien? ¿Dónde está papá?

Pero solo hubo un escalofriante silencio y nada más. La relación madre-hijo desvanecida para siempre entre las paredes de aquella casa. Arran permaneció inmóvil, observando la inquietante figura de su madre. Las extremidades de la mujer eran exageradamente largas, más propias de un personaje de ciencia ficción venido del espacio exterior que de un ser humano. Los ojos del muchacho empezaron a humedecerse; los labios le tiritaban.

—No... ¿Qué te pasa?

Sin mediar palabra, la madre del muchacho echó a correr hacia él, pero en lugar de ir en línea recta, despegó los pies del suelo y empezó a desplazarse por la parte baja de la pared, saltándose así todas las leyes de la física. Arran se quedó petrificado ante tal visión. Su falta de reacción dio una ventaja a la mujer, la cual ella no dudó en aprovechar para saltar sobre él. Un golpe seco contra el parqué hizo retumbar la casa. El muchacho, entonces, pudo distinguir unos globos oculares negros eyectados de las cuencas que no se correspondían con los almendrados ojos verdes característicos de su progenitora. A ellos se sumaba unos abultamientos oscuros en ambos lados de la cara, como si más ojos quisieran desarrollarse en sienes y pómulos. Pero la sorpresa final fue que, mientras la mujer pegaba incesantes dentelladas, un par de colmillos negruzcos se extendieron desde el maxilar superior. Sin más alternativa que la de defenderse, Arran se esforzó por evitar que aquellos dos puñales presumiblemente envenenados tocaran su piel.

—¡No, mamá, no!

En ese instante, Jeff, Paul y Nairna se lanzaron escaleras arriba en tropel. Ella se detuvo en los últimos peldaños, aterrorizada por la espeluznante visión desplegada ante ella, no queriendo ser partícipe de esa horrible realidad. Los dos muchachos accedieron al pasillo ante los insistentes

gritos de ayuda de su amigo. El más alto de los dos propinó una patada a la mujer en la cara, lo que provocó que uno de los múltiples ojos explotara y la obligara a retroceder un par de pasos a causa del dolor.

—¡Noooo! —gritó Nairna sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas. Enseguida enjauló ese y los subsiguientes lamentos en su propia caja torácica, sabedora de que esa era la única forma de salvar a su hermano.

Jeff agarró a Arran por la espalda, y le ayudó de esa forma a incorporarse mientras ambos reculaban. Paul, por su parte, no paraba de vigilar a la criatura en la que se había convertido la madre de sus amigos. Giró el cuello para echar una fugaz ojeada atrás y advirtió:

—¡Rápido, hay que salir de aquí!

Nairna, Jeff y Arran bajaron las escaleras lo más aprisa que sus temblorosos cuerpos les permitieron. Paul fue tras ellos, aunque sin dar nunca la espalda a ese híbrido de mujer y alguna especie de arácnido. Bajó mucho más despacio, a tientos prácticamente, apoyando antes las puntas de los pies que los talones en los peldaños y ayudándose del pasamano para no caer. En cuanto el engendro pareció recuperarse del dolor y volvió a centrar su furia en ellos, el joven dentado abandonó la guardia y corrió como uno más de sus compañeros.

Ya en planta baja, Arran se dirigió, seguido por el resto del grupo, a la puerta que conectaba la vivienda con el garaje. En ese momento, se oyeron romperse unas ventanas y, tras ello, unas impetuosas pisadas. Tenían compañía.

—¡Al coche, tenemos que irnos! —ordenó el muchacho mientras esperaba en la puerta a que pasaran todos sus amigos—. ¡Corre, por lo que más quieras! —urgió a Paul al ver que era el que iba en último lugar.

—¡Cierra, cierra! —clamó el joven de más altura, ya dentro del garaje.

Arran también accedió al local donde les aguardaba su *pick-up* y cerró la puerta. Aguantó ahí, con las manos aferradas al tirador, para que ninguna de aquellas criaturas pudiera abrirla. Los golpes arrítmicos en la otra puerta, la ancha puerta diseñada para el acceso de vehículos, aún persistían.

—¡Jeff, sube a la camioneta y ponla en marcha! ¡Tú conduces! —dijo el dueño del vehículo.

—¿Qué? ¿¡Por qué!?

—¡Calla y hazme caso! —ordenó Arran sin dar más explicaciones. Continuó, esta vez mirando a su otro amigo—: ¡Paul, ven aquí y aguanta esta puerta! ¡En cuanto te diga, entras tú también al coche!

Paul obedeció las directrices sin rechistar y le sustituyó, y quedó a la expectativa de la señal prometida para introducirse al vehículo. Entretanto, Nairna escuchaba sin saber muy bien qué hacer, y aunque no tenía ni la más mínima idea de lo que tramaba su hermano, esperaba que los pusiera sanos y salvos en el menor tiempo posible. Por fin, el muchacho se dirigió a ella:

—Nair, ayúdame a buscar en el armario. Ahí tiene papá sus cosas de caza. También solía tener un botiquín, si mal no recuerdo. Echa al maletero todo lo que encuentres.

Los dos hermanos rebuscaron en un armario metálico de puertas correderas que ocupaba casi la mitad de la pared del fondo. Como bien había anticipado Arran, ahí estaba la escopeta de su padre junto a los demás aparejos de caza. Nairna y él echaron al maletero descubierto de la *pick-up* el arma de fuego y absolutamente todos los cartuchos que había junto a esta: un cajón de cartón que marcaba la cifra de doscientas cincuenta unidades más seis cajas sueltas. A raíz de veinticinco cartuchos por caja, sumado al cuarto de millar del cajón, era más que suficiente para mantener a raya a todos aquellos seres indeseables. También se apropiaron de un macuto, un par de *walkie-*

talkies y un machete, además de un montón de ropa variada de caza, en su mayoría en tonos caquis y marrones, y entre el que había una canana todavía provista de algo de munición.

Cuando Arran se desentendió del mueble con intención de dirigirse a los rollos de cuerda que su padre usaba para la ganadería, y los cuales descansaban en unas uñas metálicas ancladas a la pared, su hermana lo agarró por la muñeca y se lo impidió. Lo miró fijamente, con lágrimas en los ojos.

—¿Y papá!?

—¿Cómo quieres que lo sepa!? No habrá podido volver.

—Tenemos que ir a por él.

—Oye, si estuviera bien, ya nos habría llamado.

—¿Es que piensas abandonarlo!?

—Lleva sin cogerte el móvil todo este tiempo, y si no ha vuelto a por mamá, será por algo. ¿Te crees que la iba a dejar sola!?

Nairna tragó saliva. La congoja le impedía hablar. Se forzó a pronunciar la más temida de todas las preguntas:

—¿Y qué pasa con mamá, entonces?

—¡Olvidalo, esa ya no es ella! Tenemos que ponernos a salvo. —El muchacho giró la cabeza en dirección a sus dos compañeros—. Además, ¿has pensado por un momento cómo de preocupados estarán ellos? También tienen una familia. Primero debemos ponernos a salvo todos nosotros y luego ya veremos. Tenemos nuestros móviles, seguiremos intentando llamar. Por favor...

Nairna tardó un par de segundos en responder. Por fin, movió los labios:

—Vale.

Aunque su voz en aquel momento fue casi imperceptible, el gesto de asentimiento con la cabeza no llevaba a confusión alguna. Arran le dio una palmada en el brazo con el fin de ponerla en marcha.

—Vamos, échame una mano con la cuerda.

Los dos hermanos metieron absolutamente toda la cuerda también en el maletero. Metros y metros. En cuanto terminaron, él advirtió varios utensilios de jardinería amontonados en una esquina. Se fijó en uno en concreto: la pala podría serles útil. Tal vez no era excesivamente grande, pero sí lo suficiente como para cumplir su función sobradamente. Arran la agarró e, inmediatamente después, se dirigió al encargado de asegurar el tirador de la puerta que comunicaba con la casa.

—¡Paul, sube a la camioneta! ¡Nos vamos!

El joven dentado se apresuró a guarecerse en uno de los asientos traseros del vehículo. A su vez, Nairna y Arran se colocaron cada uno a un lado de la puerta basculante del garaje.

—¡Fuerte, de un golpe! —indicó el muchacho a su hermana—. ¡En cuanto empiece a subir, nos metemos dentro!

Nairna asintió en movimientos rápidos y cortos, y clavó la mirada en su hermano.

—Una..., dos... —contó él con insólita calma—, y ¡tres, vamos! —gritó al fin.

La muchacha subió a pulso la pesada puerta y corrió a sentarse en la plaza del copiloto. Arran imitó los gestos de ella, pero en su caso se sentó justo detrás del conductor. Las puertas de la *pick-up* quedaron bien cerradas.

—¡Los cinturones! —los avisó el joven al volante.

Arran y Nairna se abrocharon los cinturones de seguridad, como ya habían hecho previamente

sus compañeros. Las ruedas giraron y la camioneta, tras llevarse por delante a varios de aquellos hombres completamente fuera de juicio, se alejó del lugar hasta tomar el desvío que llevaba a la autopista.

—Apágalo.

La voz de Jeff sacó a la muchacha de sus recuerdos. Aunque el *walkie-talkie* seguía sin recibir señal, ella sabía que su hermano, allá donde se encontrara, lo estaría intentando una y otra vez. «¿Por qué no podemos contactar!? ¿Tanto se habrá alejado?» —se preguntó Nairna sin exteriorizar sus preocupaciones. Un aterrador pensamiento pronto sobrevino a su mente y la apenó, y pensó en que no le importaba morir, no si a cambio podía ver antes de ello a su hermano sano y salvo.

—Apágalo —repitió su novio—. Volveremos a intentarlo a la próxima hora que fijamos.

—Jeff, ve a buscarlo —dijo ella con semblante apesadumbrado.

—¿Qué? —contestó él, desconcertado.

—Por favor. No quiero que le pase nada.

—Ni siquiera sabría por dónde empezar. —Una risa nerviosa y estúpida dejó asomar todo el miedo que el joven guardaba en su interior.

—No quiero perder a nadie más. Yo ya estoy sentenciada. Esto no se va a arreglar.

—Sí, claro que sí. Sé paciente. Estos aparatos están diseñados para aficionados, es normal que no llegue la señal. Tú intenta descansar esta noche. Ya verás cómo mañana podemos hablar con él. Es más, toma, a partir de ahora tú te encargarás de guardarlo, ¿te parece? Será como una especie de conexión entre hermanos. Que sienta las buenas vibraciones.

Nairna mostró una sonrisa tan dulce como forzada. A continuación, entornó los párpados, lo que hizo disminuir la luz que entraba en sus retinas, al igual que el horizonte lo hacía con los rayos del Sol poniente sobre la Tierra.

9

Para cuando Arran abrió los ojos, Quetzaly ya no se encontraba a su lado. Una sensación de vacío se apoderó de él. Era como si alguien le hubiera arrancado las entrañas. ¡Qué estúpido había sido al fiarse de aquella chica a la que apenas conocía! La cuerda usada por ella para dormir todavía permanecía sobre las ramas, aunque hecha un completo gurrúño, lo cual iba a llevarle un buen rato si quería deshacerlo. El muchacho desató la cuerda que le amarraba a él y, en cuanto tocó tierra firme, buscó por las inmediaciones. Para su sorpresa, tampoco había ni rastro del macuto con los víveres.

—Perfecto... —dijo en voz alta. Arran empezó a hiperventilar mientras sentía cómo la ira iba creciendo más y más en su interior. De repente, la emprendió a machetazos contra el tronco del cedro sobre el que había pasado la noche—. ¡Mierda, mierda, mierda! —Una vez desfogado, y cuando el cansancio le impidió efectuar un golpe más, se fijó en que, visto a la luz del día, aquel árbol no era realmente apropiado para el propósito que él lo había elegido. De todas formas, tampoco le extrañó, ya que la gran mayoría de los de la región siempre llevaban asociado algún inconveniente. A veces eran demasiado bajos y, por ese motivo, fáciles de escalar para los mutantes; otras veces resultaban tan altos que ascender a ellos suponía una tarea imposible; y si, por cualquier casualidad, llegaban a tener la altura justa y necesaria, sus ramas eran o muy endebles o extremadamente retorcidas. Afortunadamente, no hubo daños físicos de los que lamentarse, no así como los otros contratiempos, de los cuales prefería pasar página cuanto antes.

Tras desanudar todas las cuerdas y devolverlas al interior de su correspondiente mochila, Arran metió el brazo por una de las dos correas y se puso la bolsa al hombro; la otra, con los cartuchos, se la colocó alrededor del omóplato opuesto, de tal forma que entre las dos mochilas formaron una especie de uve malograda en su espalda. Y reanudó su trayecto, un trayecto a ninguna parte. En cuanto se alejó lo suficiente como para no volver a hacer pagar su mala fortuna al árbol que le había dado cobijo, el muchacho descubrió algo en lejanía que le devolvió de nuevo la ilusión. Según se fue acercando, una oscura figura humana recortada en el horizonte por los rayos crepusculares empezó a tomar color. Quetzaly seguía allí. Se encontraba de rodillas sobre una roca, de espaldas a él, observando el horizonte. La primera impresión de Arran fue que aquella joven intentaba, de algún modo, adivinar lo que estaba por acontecer, pero cuando se aproximó más a ella se dio cuenta de que lo que realmente estaba haciendo era rezar. Se detuvo a escuchar. La oración que salía de los labios tostados de su reciente salvadora tenía un marcado acento mexicano, como si no supiera orar con su forma habitual de expresarse:

—...eterna caminante que va de nación en nación, de lugar en lugar, de hogar en hogar, de hombre en hombre en busca de almas, besando corazones heridos y clamando el arrepentimiento de sus hijos para guiarlos por el verdadero camino de la salvación...

La presencia de Arran la hizo callar; giró la cabeza hacia él.

—Perdona, no te había sentido.

—No, perdóname tú. No debería haberme quedado escuchando —se disculpó él, y se acercó hasta la posición de su interlocutora—. ¿Te molesta si me siento?

—¿En serio me lo estás preguntando!? —Quetzaly dio a entender con una mirada exagerada a su alrededor que eso era tierra de nadie—. Siéntate donde te dé la gana.

Arran posó sus nalgas sobre la piedra y permaneció callado al lado de la joven hispana.

—Toma, deberías comer algo —rompió el silencio ella mientras le ofrecía la bolsa con las provisiones—. Yo ya lo he hecho, espero que no te importe.

Arran agarró la mochila y empezó a sacar latas de una en una. Inspeccionó las etiquetas que todavía resistían pegadas en algunas de ellas: jamón enlatado, judías, salmón... Sabía del salmón porque la noche anterior lo había probado, pero le resultó imposible diferenciar cualquier tipo de dibujo o leyenda debido a la oscuridad. Encontró un envase de melocotón en almíbar y trató de recordar la última vez que había probado algo dulce; no supo cuándo. A pesar del hambre que tenía y de lo especial de ese azucarado desayuno, se limitó a girar pausadamente la lata entre las manos. La culpa por haber dudado de ella le reconcomía por dentro.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Quetzaly, aguantando la mirada en el horizonte.

—Bueno, pensé que... —Las palabras de Arran se quedaron suspendidas en el aire.

—¿Que me había largado? —interpretó ella rápidamente—. Te di mi palabra. A pesar de que ello signifique que vamos a acabar muertos.

—Eso no va a pasar. No lo permitiré.

—No importa lo que tú digas o hagas. Ellos mandan. Estamos en sus manos.

—No. Eso no es así. Mírate, ayer estabas con dos de esas alimañas.

—Hoy voy camino de donde hay una docena de ellas —dijo Quetzaly con resignación. Negó con la cabeza mientras lanzaba al aire sus pensamientos—: ¿En qué momento se borró la línea que separaba a los seres humanos de las personas transformadas?

—No lo sé. No es algo que pase de la noche a la mañana. Supongo que cuando empezó a escasear el alimento.

—Prefería morir.

—No todo el mundo tiene los mismos escrúpulos.

—Ya. ¿Y también vas a decir eso de que solo sobreviven los más fuertes?

—Ahí te equivocas. Sobreviven los más inteligentes. Y tú y yo lo somos.

Quetzaly lo miró con un gesto de incredulidad e hizo bailar su propio mentón en el aire. Tras ello, preguntó:

—¿Sabes qué son los nahuales?

—No, nunca lo había oído.

—El nahual es una especie de brujo que tiene la habilidad de transformarse en una criatura mitad hombre, mitad animal. Cualquier animal. Y, por eso, se denomina nahualismo a la capacidad de algunas personas para transformarse en dichos animales.

—Leyendas, supongo.

—De acuerdo con las tradiciones mesoamericanas se dice que cada persona en el momento de nacer tiene ya el espíritu de un animal que se encarga de protegerlo y guiarlo. Esos espíritus normalmente se manifiestan solo como una imagen que les aconseja en sueños. Pero no todos tienen un contacto tan leve, como los brujos, que pueden adquirir la forma de sus nahuales.

—Vamos... ¿No crearás esas historias? Esas cosas ¿son mutantes. Son fruto de las armas biológicas.

—¿Dónde o cuándo has visto tú armas como esas? Sé sincero, si te lo hubieran contado jamás

lo habrías creído.

—De acuerdo, pero es un hecho. Lo llevamos viendo con nuestros propios ojos desde hace tiempo, muy a mi pesar. Lo que no tiene fundamento es que sea obra de...

—De una divinidad —se apresuró a contestar ella.

—Sí.

—Pues bien, esos mutantes, como dices tú, terminarán por matarnos, eso si no lo hacen antes las agradables personas... —Quetzaly entonó irónicamente las dos últimas palabras, y continuó —: ...que viven en el lugar del que vengo.

—Confía en mí. Todo va a salir bien —insistió el muchacho.

—Pareces muy optimista. Demasiado, diría yo.

—Y qué es lo que me queda si no, ¿eh?

—Puede que rezar para salvar tu alma.

—Oye, mira, no te ofendas, pero yo lo único que quiero ahora es ponerme en contacto con mi hermana. Si tan solo pudiera hablar con ella un momento... —Arran sacó el *walkie-talkie* y, frustrado, se quedó observándolo—. ¿Por qué no le llegará señal a este maldito trasto? No estamos tan lejos, ¿no?

—Quizá haya demasiados obstáculos entre medias. Ya sabes, elevaciones del terreno y esas cosas —dijo ella y, tras lo cual, se calló. Después de una breve pausa, volvió a interesarse—: ¿De verdad piensas que puedes salvarla?

—Por supuesto que lo creo. Pero, aunque no pudiera, ¿qué más daría? Debo intentarlo, hasta el último aliento. ¿Lo entiendes?

—Mejor de lo que crees... —se le entrecortó la voz a la muchacha. Se tomó un par de segundos para recomponerse—. ¿Sabes?, habría hecho lo mismo por algunas personas, la diferencia es que a mí ya no me queda nadie.

Arran guardó un silencio solemne. Estuvo a punto de preguntar por las circunstancias personales que habían acompañado a su nueva compañera, incluso movió tímidamente los labios, pero la falta de confianza le hizo temer sonar demasiado impertinente. Cuando finalmente se atrevió a proyectar la voz, ella se le adelantó:

—Haré lo que tú quieras. Que pase lo que tenga que pasar.

El muchacho comprendió lo egoísta que era al obligarla a viajar con él. Además, le debía la vida (si no fuera por ella, estaría muerto en ese mismo instante y, por ende, su hermana más temprano que tarde).

—Eh —llamó la atención de su interlocutora—. No es necesario que me acompañes si no quieres. Me las puedo apañar yo solo.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Solo dime qué dirección tomar. Con eso me bastará.

La muchacha sonrió en un gesto que mostraba más gratitud que alegría y, a continuación, se puso en pie. Antes de eso, Arran se había sumido en las tinieblas que le provocaban las palmas de sus manos sobre los párpados. De pronto, el pie de ella le dio un par de golpes suaves en el costado. Él se asomó de nuevo a la intensa luz del día.

—Bueno, qué, ¿continuamos o te vas a quedar ahí parado para siempre? —dijo Quetzaly, por primera vez con relativa viveza.

Arran sintió una felicidad equiparable a la de un niño en la mañana del día de Navidad, y le devolvió la sonrisa que ella le había brindado escasos segundos antes.

—¿Siempre te haces de rogar así?

—A veces soy peor, pero ya sabes cómo somos las mujeres...

—Sí, bueno, para decirte la verdad, comparado con lo del puente, esto no ha sido nada.

—Solo una cosa —cambió el tono ella a uno más áspero.

—Lo que quieras.

—Deshazte de esos cartuchos. Pesan demasiado como para transportarlos sin un arma.

—Los dejaremos aquí. Tienes razón —aprobó Arran, y, después de pensar diligentemente la siguiente frase que iba a pronunciar, puntualizó—: Volveremos a por ellos—. Sus palabras sonaron con la seguridad de quien va a la batalla con más y mejores tropas que su adversario.

—Que Dios te escuche. Y come de una vez, te va a hacer falta.

10

El escarpe se extendía kilómetros, más allá de lo que la visión de Arran llegaba a alcanzar. Lo bordeaba un río con un caudal considerable, lo que implicaba que las probabilidades de encontrarse a un enemigo, racional o no, se multiplicaran. El muchacho se paró en seco. Quetzaly, en cabeza, no se percató de ese detalle y siguió avanzando, pero a los pocos pasos se dio cuenta de ello y se giró hacia su compañero.

—Eh, oye, es por aquí —informó ella.

—¿Qué río es? —preguntó Arran, asomado al abismo, esta vez con mucha más precaución que en el reciente y casi fatal incidente del puente. Se dobló de tal forma que su tronco y sus piernas formaron un ángulo recto, dejando así los pies lo más atrás posible con respecto a la cabeza.

—Creo que el Colorado.

—¿Tenemos que cruzarlo?

—Sí.

—Podemos intentar bajar por la pendiente.

—¿Estás chiflado? Nosotros vinimos por ahí —dijo la joven mientras seguía con el dedo la arista irregular que formaba la inclinación con el mismo suelo que ella estaba pisando—. Es mucho más seguro.

—Y mil veces más largo —apuntó él—. El tiempo juega en nuestra contra. Podríamos ganar un par de horas.

—No sé si eso es una buena idea...

—Vosotros tuvisteis que hacer el camino al revés. Cuesta arriba os era imposible coger ningún atajo. Ahora nosotros sí que podemos. Aprovechémoslo.

Quetzaly se mantuvo callada mientras se pasaba la lengua por las paletas. Arran se quedó observándola, mudo pero impaciente, oyendo su propia respiración. Por fin, la muchacha se decidió a hablar:

—Está bien. Pero ¿cómo se supone que piensas hacerlo? Está demasiado inclinado, nos mataremos.

Él respiró aliviado y acercó a la mochila. Tras sacar todo el rollo de cuerda del interior, se la mostró a Quetzaly a dos palmos de la cara.

—Tenemos mucha. La ataré a un árbol y podremos descender por ella.

—Son demasiados metros —dijo la joven hispana al mismo tiempo que se apartaba del rostro la cuerda y, con ella, las expectativas de su compañero—. No tengo fuerza para bajar a pulso. Olvídalo.

—No te preocupes —insistió él—. Yo me ocuparé de eso. Bajarás tú primero con ella atada a la cintura, como si fuera un arnés. Yo iré soltando cuerda hasta que estés abajo del todo. Hay de sobra.

—¿Y qué hay de ti?

—Tengo fuerza, descenderé a pulso. No creo que tenga ningún problema. Si fuera completamente vertical sería otro cantar, pero tiene cierta pendiente, no será tan difícil. Ya lo verás.

La muchacha guardó unos segundos de silencio, durante los cuales Arran se imaginó que debía de estar sopesando pros y contras.

—Por favor... —la presionó él.

—De acuerdo, de acuerdo —accedió ella casi viéndose empujada a ello—. Pero no hagas que me arrepienta.

Arran empalmó las diferentes cuerdas hasta formar una sola y, a continuación, ató uno de los dos extremos alrededor de la cintura y los muslos de la joven. Tras ello, se cercioró de que los nudos aguantarían bien, y amarró la otra punta al primer árbol lo bastante resistente que encontró.

—Toma, por si necesitas cortarla en algún momento. —Arran le ofreció su navaja.

Ella la guardó. Acto seguido, contempló el descenso casi vertical que estaba a punto de recorrer.

—Sin miedo —intentó inspirarle confianza el muchacho.

Quetzaly asintió y se puso de espaldas a la caída. Arran, por su parte, empezó a soltar cuerda muy poco a poco para que la bajada fuera lo más suave posible. Ella intentaba apoyar las puntas de los pies y las palmas de las manos en el talud para así aligerar un poco de carga a su socio. Los metros se iban sucediendo: cinco, diez, quince... Pero en un momento dado, la muchacha resbaló y se golpeó contra las rocas. La consecuencia en lo alto fue un repentino tirón que Arran no esperaba. Las zapatillas del muchacho se deslizaron por la tierra, y a él le faltó muy poco para caerse por el precipicio. Aguantó. La cuerda chocó bruscamente contra un afilado saliente de piedra, con tan mala suerte que dio justo en uno de los improvisados nudos. Este se aflojó y se deshilachó parcialmente. El joven en las alturas, ajeno a lo ocurrido, tuvo que emplear todas sus fuerzas para aguantar el peso muerto en que se había convertido su compañera. Se mantuvo firme, aun a pesar de que en sus antebrazos se marcaran unas venas tan ramificadas como las raíces de un saguaro lidiando con la sequía.

La muchacha seguía sin un punto de apoyo, balanceándose de aquí para allá, intentado agarrarse de cualquier forma a la ladera. Mientras, el nudo se iba deshaciendo cada vez más; la zona del corte era crítica. Arran prosiguió soltando cuerda. Deseaba con todo su ser que Quetzaly tocara tierra firme de una vez por todas. Y en ese justo instante, cuando ya no podía más, notó una leve mitigación en el peso. Ella, muchos metros más abajo, había conseguido posar sus extremidades en el rocoso talud, y, para su sorpresa, estaba cerca del final. Ya solo le quedaba un último esfuerzo para alcanzar tierra firme, ¡cuando ese momento la cuerda se partió! La muchacha rodó hasta el final de la pendiente y se propinó un duro golpe contra el suelo.

Arran se cayó de culo debido a la inercia, pero se incorporó lo más aprisa que pudo y se asomó a la orilla del despeñadero. Empezó a recoger cuerda como un loco.

—No, no, no, no... —Cuando el extremo deshilachado llegó a sus manos, voceó—: ¡¡¡Quetzaly!!! ¡¡¡Quetzaly!!! ¿Me oyeeees? ¿Estás bieeen?

No hubo más respuesta que la del lejano y débil murmullo del río.

Arran corrió como no lo había hecho antes en su vida. Sus piernas temblaban; en realidad, todo su cuerpo. Aun así, fue capaz de sortear todas las piedras y arbustos que encontró a su paso. Se detuvo en la primera zona desde la que parecía que había buena visibilidad, pero tampoco consiguió tener contacto visual de su compañera desde ese nuevo punto. Al notar que la zona escarpada tomaba cierta forma de arco en la distancia, el muchacho pensó que, si continuaba

avanzando, tarde o temprano la divisaría. Con ese objetivo en mente, prosiguió la galopada, sin temor al precipicio que se abría a su costado derecho.

Quetzaly recobró la consciencia. Si bien su cuerpo estaba tendido en el suelo, su mente parecía encontrarse todavía en las nubes. Intentó poner orden a sus pensamientos, y, al hacerlo, recordó lo que acaba de suceder. Rápido miró a lo alto en busca de su compañero, un compañero al que fue imposible localizar.

—Arran... —intentó llamarlo, pero solo le salió un tenue hilo de voz.

Ante la ausencia de respuesta, lo más que pudo hacer la muchacha fue girarse y observar el río, el cual ahora quedaba próximo a ella. El frescor que emanaba dicho río la ayudó a terminar de librarse del letargo en el que había estado sumida durante los últimos minutos; sin embargo, al levantarse le sobrevino un dolor en la frente que la obligó a echarse mano a ella. Viendo que tenía algo de sangre, se aproximó con paso torpe a la corriente. Con toda probabilidad, en estaciones más frías el caudal debía de ser mucho mayor (las señales en la vegetación de los alrededores así lo dejaban entrever), pero aun siendo esa una época seca se le antojaba imposible vadearlo sin asumir riesgos. Desechada esa idea, Quetzaly se arrodilló en la ribera y ahí pudo ver su reflejo en el agua. Tenía una pequeña brecha un poco más arriba de la ceja izquierda, pero nada que resultara especialmente grave a primera vista. Puso sus manos en forma de cuenco y acumuló tanta agua como pudo. A continuación, se mojó toda la cara y se limpió de esa forma la herida.

A unos reparadores segundos de silencio les siguió un leve murmullo. Era casi imperceptible, pero en verdad estaba entrando por sus oídos. Cuando Quetzaly giró la cabeza, pudo ver en lo alto del escarpe, muy, muy a lo lejos, a su compañero, el cual tenía las manos alzadas y las movía en el aire. Ella sonrió. Por alguna extraña razón confiaba en él, a pesar de todo lo ocurrido. Entendía sus circunstancias, y lo reconocía como una buena persona, de esas que ya no quedaban en aquel país devastado. Sin previo aviso, un mutante salió del agua cual trucha saltando en pos de un insecto. Y este era distinto a todos los vistos por Quetzaly anteriormente. Tenía el cuerpo cubierto de escamas en tonos grisáceos, y aunque aún conservaba las extremidades propias de los humanos, había cambiado las orejas por branquias. Además, mirar a sus ojos negros era igual que hacerlo a un pozo sin fondo. Era lo más parecido al monstruo de la laguna negra que ella se podía imaginar. Sin embargo, el personaje de ficción palidecía al lado de ese ser de carne y hueso. Pero lo realmente aterrador se reveló cuando la muchacha le vio abrir la boca y descubrió unos dientes tan finos y puntiagudos que parecían alfileres gigantes. Forcejeó en mitad del agua, intentando por todos los medios que no la alcanzara, y se acordó de la navaja que le había prestado Arran antes del descenso. La sacó, pero nada más hacerlo el cuchillo se le escurrió de la mano debido a la humedad y cayó al río. Entonces, Quetzaly sumergió el brazo mientras intentaba defenderse a base de patadas de las embestidas del engendro ávido de carne humana. Palpó los guijarros que formaban el suelo bajo el caudal hasta tocar algo que, supuestamente, no debía estar allí. Efectivamente, era su arma, afilada y punzante. La extrajo y, tan rápido como pudo, se la clavó al mutante. Le acertó de lleno en mitad de un ojo. Un chorro de sangre salió a presión. A consecuencia, la criatura se ocultó bajo el agua, un agua que se oscureció, enturbiando con ello las posibilidades de la muchacha de distinguir a su enemigo entre la corriente.

Tan pronto como vio que su guía y compañera estaba en apuros, Arran volvió a emprender la carrera. Su corazón latía a mil por hora, y su cerebro funcionaba más deprisa de lo que él alcanzaba a pensar. Soluciones..., necesitaba soluciones..., pero no había forma de ayudarla.

Sabía que no le serviría de nada continuar corriendo hasta llegar a una zona apropiada de bajada, pues eso podría tomarle mucho tiempo y cuando se presentara en auxilio de Quetzaly ya sería tarde. Si ella había arriesgado la vida para ayudarlo, él no podía ser menos. Buscó alocadamente un sitio por el que descender, pero nada más pisar el borde del acantilado, resbaló y se despeñó. Consiguió aferrarse a una planta que brotaba del talud, con fortuna de que la raíz aguantó el peso. Entonces, Arran contempló cuánto le quedaba por bajar: demasiado trecho. Intentó subir, pero, al ejercer fuerza, la mata se arrancó de la tierra. El hecho de que el barranco no fuera totalmente vertical hizo posible que Arran no cayera al vacío. Bajó rodando por las rocas con tanta violencia que sus ojos no fueron capaces de asimilar todo lo que pasaba por delante de ellos. Entre golpe y golpe, trató de agarrarse a cada cosa que se cruzaba en su camino, lo cual resultó inútil. Afortunadamente, un saliente le hizo detenerse. Fue un impacto duro y seco. Lo primero que probó, una vez entendió que seguía vivo, era ver si podía mover las extremidades. La idea de que podía haberse partido la columna le horrorizó. Gracias al cielo, no fue así. No parecía que se hubiera roto nada, aunque estaba lleno de magulladuras y heridas por todo el cuerpo, y casi no se podía mover. Pese a todo, respiró aliviado.

El mutante saltó fuera del agua y, colérico, se abalanzó sobre la muchacha. Los dos cayeron en zona seca. La criatura ya no llevaba el arma clavada en el ojo (seguramente la navaja habría sido arrastrada por el caudal; imposible encontrarla nunca más). Quetzaly interpuso los antebrazos en forma de cruz a la vez que doblaba las rodillas, y en esa postura trató por todos los medios de que su enemigo no la alcanzara con los letales dientes de que era poseedor. En ese instante, reparó en una rama de considerable grosor que estaba a su lado. Debía de tener unos seis palmos de longitud. Probablemente habría sido arrancada por el viento o por la acción animal, o por cualquier otra circunstancia ajena a su conocimiento, eso daba igual, lo importante era que le podía servir a modo de defensa. La joven la cogió usando un solo brazo (necesitaba el otro para continuar defendiéndose) y la sacudió lo más fuerte que pudo en dirección al mutante, sin importarle que con ello pudiera dislocarse el hombro. Por suerte, no fue así. Asestó un severo golpe a la criatura, e hizo que esta retrocediera y volviera a ocultarse bajo la corriente. Entonces, Quetzaly aprovechó para ponerse en pie. Estaba agotada. Aun así, se metió en el río hasta que el agua le cubrió los tobillos (no se atrevió a adentrarse más) y comenzó a clavar a golpe de brazo el extremo más puntiagudo de la rama en el centro del río, como si por arte de magia se hubiera convertido en una experta pescadora y usara una fisga. El mutante, adaptado a las mil maravillas al medio acuático, le prendió un pie antes de que ella pudiera acertarle en su cuerpo escamoso. Como resultado, la desestabilizó y provocó que la muchacha cayera. Estaba vendida. Quetzaly intentó huir gateando, aunque, como era de esperar en aquellas condiciones, no tardó en ver truncada su fuga. Sintió cómo el monstruo la agarraba por las piernas, a lo que ella respondió con coces. A pesar de que todas las apuestas estaban en su contra, logró sacar las rodillas del agua y, con ello, ganó algún margen de movimiento. Y fue justo entonces cuando se dio la vuelta y puso la rama apuntando hacia arriba en ángulo de sesenta grados con respecto al suelo, como oponiendo una pica contra la caballería enemiga en la batalla. El mutante saltó con extremada violencia encima de la joven y se clavó sin querer la improvisada arma de madera en las escamas que recubrían su abdomen. El palo atravesó de lado a lado el vientre, haciendo que el monstruo quedara de esa manera suspendido en el aire mientras daba sus últimos coletazos. Algunas gotas de sangre salpicaron el rostro Quetzaly, la cual pudo notar cómo aquella hemoglobina alcanzaba una temperatura realmente baja en comparación con la humana. Hizo un tremendo esfuerzo hacia

arriba y arrojó a un lado al mutante ensartado en la rama. Acto seguido, se arrastró por el suelo hasta posicionarse a una distancia lo bastante prudencial y se giró para vigilar a su oponente. Al comprobar que este yacía inmóvil en el suelo, permaneció quieta, mirando a los ojos negros de aquel endiablado ser en los que no había ningún tipo de sentimiento o emoción.

Arran se asomó por el borde de la piedra saliente sobre la que se encontraba. Acto seguido, miró hacia abajo y hacia arriba, y descubrió que había recorrido más de tres cuartas partes del trayecto. Su cuerpo se hallaba plagado de magulladuras. Se incorporó a duras penas, cegado por la idea de salvar a su compañera. El pobre muchacho estaba tan hecho polvo que le dolía hasta el mismísimo alma. Aun con esas, continuó bajando, dando gracias de que la inclinación en ese último tramo no fuera tan pronunciada, y una vez puso los pies sobre el plano horizontal obligó a su renqueante figura a seguir a toda prisa el curso del río.

Cuando Arran llegó a la escena del enfrentamiento, descubrió a Quetzaly sentada en el suelo y, unos pocos metros más allá, los restos mortales del mutante. Entendió que la joven había ganado la contienda y se quedó absolutamente fascinado. Al acercarse, dio sin querer una patada a un canto rodado. Ella se sobresaltó, pero al percatarse de que aquella nueva presencia correspondía a su compañero, rápidamente se serenó. Arran fue a su encuentro. La abrazó.

—¿Estás bien? —dijo el muchacho.

—Sí —respondió ella.

—Menos mal, pensé que no volvería a verte. Lo siento, lo siento mucho. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —expresó en total estado de paz Quetzaly—. He perdido tu navaja —cambió de tema como si no controlara muy bien sus pensamientos a causa del shock.

—¿Qué? —dijo Arran, extrañado—. No te preocupes ahora por eso, da lo mismo.

—¿Qué se supone era esa cosa? —dijo la muchacha al mismo tiempo que dirigía la mirada al monstruo.

—¿No habías visto nunca uno así?

Ella negó con la cabeza.

—Es por eso por lo que mis amigos y yo decidimos alejarnos de los grandes ríos. Allí donde hay vida van esos seres para acabar con ella. Son capaces de adaptarse a cualquier medio, y cuando digo cualquiera es cualquiera. Es terrible.

—Es espantoso. ¿Crees que puede haber más?

—Si no están aquí ya... De todas formas, por mucho que se haya alimentado de peces, esas criaturas siempre andan buscando mayores cantidades de carne, humanas a ser posible. Habrá llegado siguiendo la corriente del río. Pero es mejor que no nos quedemos a averiguarlo. ¿Puedes caminar?

Quetzaly echó una ojeada al maltrecho cuerpo de su compañero.

—La pregunta es si tú puedes andar —corrigió ella.

—Duele... —Arran se echó una mano a las costillas; intentó recomponerse y disimular que la molestia no era tanta como parecía—. Pero si he conseguido llegar hasta aquí corriendo, podré continuar. Te lo aseguro.

La joven hispana le regaló una sonrisa cómplice.

—Está bien. Vayámonos.

11

La pareja de jóvenes supervivientes continuaba encaramada a aquel viejo roble, el cual albergaba sobre sus ramas las cada vez más remotas esperanzas de que salieran airosos de aquel trance. El mayor de sus temores surgía al pensar que cuando su amigo lograra volver con la llave que supuestamente iba a abrir aquella trampa metálica, eso solo sería el principio. La piel que rodeaba la incisión estaba tomando cada vez peor aspecto, y si Arran no se daba prisa la gangrena terminaría con la vida de Nairna sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo. A esas alturas la muchacha ya daba por hecho que moriría en cuestión de pocos días y solo deseaba que su hermano regresara pronto para que, junto con Jeff, pudiera darle un entierro digno. No soportaba la idea de acabar en el estómago de cualquiera de aquellas bestias con las que compartía mundo, ya fueran fruto de la evolución biológica o de la beligerancia del ser humano. Aun así, con la mente rendida, su cuerpo demandaba alimento. El instinto de supervivencia la incitaba a seguir luchando en contra de todas las adversidades. Era algo que no podía evitar.

—Tengo hambre —dijo la muchacha con un trémulo hilillo de voz.

Jeff desenvolvió los restos a medio cocinar de una liebre que guardaba en una bolsa de plástico. Se los mostró.

—Es la que cazó ayer Arran. Intenté cocinarla un poco para que no se pudriera, pero sigue casi cruda. No he tenido tiempo.

—No importa —contestó la muchacha.

Cuando su novio le acercó la comida, ella solo cogió unos pedazos.

—Cómete todo —dijo él.

—Tú también lo necesitas. —Ante la falta de una respuesta, Nairna continuó—: Por favor...

Jeff accedió a la petición y se quedó con una parte. Los dos comieron. Los incisivos de la joven inmovilizada arrancaron un buen trozo, y sus molares se encargaron de triturar la carne, tan roja como los ojos del mismísimo diablo. El sabor a carne muy poco hecha no dejaba de ser algo a lo que ella ya estaba acostumbrada, tanto que no le dio ningún asco.

Un poco de sangre manaba de un corte en el antebrazo de Nairna. Ella misma trataba de detener la hemorragia chupando la herida: el sabor metálico, ligeramente salado, se mezclaba con el líquido que segregaban sus glándulas salivales. Jeff, al notar el movimiento a su lado derecho, echó un rápido vistazo con el rabillo del ojo y preguntó:

—¿Qué te ha pasado?

—Debo de haberme cortado en el garaje. No me he dado cuenta.

—Eso debe de haber sido por la adrenalina. A ver...

El conductor agarró con delicadeza la muñeca de su novia. Examinó la cisura.

—No parece gran cosa. No te preocupes.

—Chicos, tenemos que pensar en algo, y pronto —dijo Arran desde el asiento trasero.

—Vale, vale, pero ¿yo adónde se supone que debo dirigirme? —preguntó Jeff sin perder de vista la autopista.

—No lo sé, pero no pares. Ya habéis visto lo que ha pasado. El lugar más seguro parece ser la carretera.

—¿Y qué hay de nuestras familias? —dijo Paul, derrumbado.

—Paul..., lo siento, de verdad que lo siento, pero no podemos en busca de ellas. Al menos, no ahora mismo. Primero debemos saber qué es lo que está pasando, y si es seguro ir. Seguiremos llamando hasta entonces. —Cuando terminó de dirigirse a su amigo, posó la mano en el hombro de su hermana—. Tengo el cargador en la guantera, enchufa tu teléfono. Cargaremos todos de uno en uno.

Nairna sacó el cargador con adaptador para el mechero del coche.

—Dame el tuyo —se dirigió Nairna a su novio, ya que sabía que sería una pérdida de tiempo empezar por el de otro de sus amigos si precisamente Jeff iba a tener las manos ocupadas en el volante.

El joven rubio, obedeciendo la orden, se sacó el *smartphone* del bolsillo. La muchacha lo puso a cargar tan rápido como le fue posible, y enseguida se sumergió en toda la información que Internet le ofrecía a través del suyo. Desde el asiento trasero, Arran siguió los pasos de su hermana; Paul, en cambio, prefirió seguir intentando contactar con sus propios familiares y allegados.

Al cabo de un rato, y tras varios conatos de acceder a alguna web informativa, Nairna bufó indignada.

—No sé qué pasa, la red está colapsada.

—Sigue intentándolo —la animó Arran, si bien nada más terminar la frase él mismo obtuvo resultado positivo—. Espera, espera. Parece que ahora va. —El muchacho empezó a leer aceleradamente en la pantalla de su teléfono todas las noticias de la prensa internacional.

—Sí. El mío parece que también funciona —se sumó Nairna a las palabras de su hermano, y asimismo devoró la información que la web le ofrecía ante el temor de volver a perder la conexión.

—Avisad con lo que sea, por favor, no sé adónde ir —suplicó Jeff mientras esquivaba sin problema, pues lo había visto de lejos, a uno de esos peatones kamikazes.

Nairna tensó los músculos, como si fuera ella quien estuviera a cargo del volante. No podía quitar ojo a la errática conducción de su novio por esa carretera semidesierta. Era curioso cómo esa autopista prácticamente vacía contrastaba con las imágenes de todas las películas sobre el fin del mundo que había visto. La muchacha entendió que no podía aportar nada más que su propia preocupación a Jeff, y que le resultaría mucho más útil si se centraba en la búsqueda de respuestas en la pantalla del *smartphone*. Una tras otra, todas las noticias que fueron introduciéndose en su mente parecían sacadas de un videojuego postapocalíptico, pero lo que era divertido en unos modelados generados por ordenador trasladado al mundo real resultaba el más aterrador de los escenarios.

—Oh, Dios mío... —Nairna se tapó la boca con una mano.

—¿Qué pasa? —se agitó Jeff.

—Según dice esto, han contaminado todo el sistema de agua potable. De costa a costa—. Adelantándose a su hermana, Arran se había otorgado la responsabilidad de dar las malas noticias a su compañero.

—Sí, y por lo que parece, algunos de los países aliados en Europa también han sido víctimas

del ataque —añadió Nairna.

—Reuters informa —continuó el muchacho—, de que alrededor de un sesenta por ciento de la población se ha visto afectada. Pero vete tú a saber. Ya sabéis cómo son las cifras oficiales cuando son malas... Probablemente haya sido más. Advierten de no usar el agua corriente bajo ninguna circunstancia. Ni siquiera hervida o purificada.

—De hecho, dicen que se trate de evitar, en la medida de lo posible, cualquier producto que lleve agua en su composición, siempre y cuando su fecha de envasado sea menor a la de una semana.

—Sí, sí, pero... ¿Y qué se suponen que eran esas cosas? ¿¡Qué le ha pasado a todo el mundo!?

—preguntó Jeff.

—Hablan de un agente mutagénico. Han transformado a la gente en una especie de animales carentes de raciocinio que atacan sin control —volvió a hablar Arran mientras seguía leyendo.

—No puede ser, eso suena a ciencia ficción —objetó el conductor.

—Ciencia ficción o no, acabamos de verlo con nuestros propios ojos. ¿Personas convertidas en...? ¿Qué coño se supone que eran, eh? —se desquició la muchacha sin poder evitar que se le saltaran las lágrimas.

—Tranquila, Nair, por favor... —la intentó calmar su hermano, y siguió leyendo en el *smartphone*—: Están advirtiendo de abandonar las zonas pobladas, ya sean grandes o más pequeñas.

Todos se tomaron unos segundos para asimilar la inconcebible información que estaba recorriendo sus cerebros.

—Bueno, por lo menos nosotros estamos bien —dijo, finalmente, el joven rubio.

Y no se produjo ni una sola palabra más por parte de ninguno de los cuatro ocupantes. Aunque inquietos, en cierto modo también se sentían protegidos por la seguridad que les brindaba aquel vehículo y arropados por el suave frescor del aire acondicionado cual niños bajo las sábanas creyéndose a salvo de monstruos. Al poco rato, Nairna notó cómo se le ponía la carne de gallina. Quizás hacía demasiado frío para su gusto. De repente, cayó en la cuenta de que ese no era el motivo real. Algo no iba bien... Su dentado y espigado amigo no había participado en toda la conversación. Pero antes de que la muchacha pudiera formular una pregunta de constatación, su instinto femenino se vio ratificado.

—Yo sí —confesó Paul.

—¿¡Cómo que tú sí!? ¿Tú sí, el qué? —le preguntó Arran, justo a su lado, mirándole directamente a los ojos.

—Que he bebido agua.

—¿¡Cuándo!/? Se supone que estábamos en huelga de hambre.

—En casa de vuestros padres, hace un momento. Tenía mucha sed. Los nervios...

—¡Joder, Paul, joder! —explotó su interlocutor, dando puñetazos al asiento trasero—. ¡No puede ser cierto!

—Lo siento, lo siento... ¿¡Cómo iba a saberlo!/?

A Nairna se le arrugó la barbilla en contra de su voluntad, y buscó amparo en los ojos de su novio. Este intentó corresponderla en la medida de lo posible, pero necesitaba tener todos sus sentidos puestos en la carretera para no provocar un accidente. La cabeza de Paul ahora se mantenía agachada ante la mirada misericordiosa de su compañero de asiento.

—Vale, bueno, no te has transformado, eso significa que no te ha afectado. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—Quizá cuando llegamos ya se hubieran pasado los efectos de la contaminación.

—O quizás no. Tenemos que tener cuidado —interrumpió la muchacha.

—No, no me dejéis —rogó Paul, con una expresión de pánico en su rostro.

—¿Qué? No, claro que no, tú eres parte de la familia, ya lo sabes —explicó Arran. A continuación, regañó a su hermana—: Nairna...

—No, yo no... Perdóname, Paul. Yo solo me refería a que debemos estar atentos. Nada más. Jamás se me ocurriría dejarte colgado.

—Tranquila, te he entendido.

—Claro que sí, estamos contigo pase lo que pase —interpuso Jeff sin dejar de maniobrar—. Perdonad, chicos, sé que no es el mejor momento, pero... decidme qué hago.

—Tenemos que dirigirnos a México. La frontera está solo a una hora y media en coche. Algo menos si le apretamos —determinó Arran al igual que un capitán marcando el rumbo de su embarcación.

—¿Estás seguro? —dudó Nairna—. Y si...

—Ya lo has oído —la cortó su hermano—, el ataque ha sido contra los Estados Unidos, al menos en lo que respecta al continente americano. México ni siquiera está involucrado en la guerra. Tal vez allí estemos a salvo. Buscaremos un hospital lo antes posible para que examinen a Paul.

Nairna quedó pendiente de las palabras de Jeff. Este giró la cabeza momentáneamente y, al darse cuenta de que su novia lo observaba, se apresuró a hablar:

—Me parece buena idea. Lo primero es ponernos a salvo.

La muchacha asintió, confiando en las dos personas, además de sus padres, a las que más quería.

—¿Paul? —buscó Arran la aprobación de su amigo.

—Lo que digáis —respondió él.

El joven rubio siguió conduciendo bajo la atenta mirada de su novia. Esta se imaginaba que él conocería bien el camino, pues ya habían viajado a México en varias ocasiones, y no en vuelo directo para ir a un hotel a pie de playa, precisamente.

—Jeff, espera, ¿adónde te diriges? —inquirió Arran.

—A Eagle Pass.

—¿No está más cerca Laredo?

—Te equivocas. No es mucha la diferencia, pero te aseguro que llegaremos un poco antes. Además, Eagle Pass tiene bastante menos población que Laredo.

—Genial, eso solo puede beneficiarnos. De todas formas... —continuó Arran, pero, de pronto, sus palabras se desvanecieron. El muchacho empezó a buscar algo en su *smartphone*.

—¿¿Qué ocurre!? —preguntó Nairna llevada por la impaciencia y en un tono más alto de lo que realmente pretendía.

—No podemos cruzar directamente por Eagle Pass. Bueno, ni por Eagle Pass ni por ninguna otra población —informó el muchacho, sin apartar la vista de su teléfono—. Ya habéis oído lo que decían en los portales de noticias. Tenemos que alejarnos de las poblaciones. Si realmente está infectado todo el país, pasar por una zona urbanizada sería como meterse en la boca del lobo. Un jodido enjambre lleno de... —Interrumpió sus propias palabras, pues por fin había dado con lo que andaba buscando—: ¡Ajá! ¡Ya lo tengo! Hay un desvío. La 480. Ahí podremos coger la carretera de El Indio hasta alguna zona en mitad de la nada que no suponga peligro.

Arran quedó bajo la atenta mirada de todos y cada uno de sus compañeros de viaje, los cuales

habían enmudecido ante el descabellado plan que se acababa de exponer ante ellos. Paul fue el primero que se decidió a hablar:

—Y digo yo, ¿no sería mejor ir a un puesto fronterizo?

—Escúchame, por suerte la casa de mis padres estaba en las afueras y pudimos usar la carretera de circunvalación, pero cualquier puesto fronterizo significa adentrarse de lleno en su respectiva ciudad. No recorreremos ni la mitad del camino antes de que esas cosas se nos echen encima y nos saquen a rastras del coche. ¿Quieres que crucemos por un puente!? De acuerdo. Pero eso significa el fin.

Paul se quedó meditando sobre toda la perorata que su amigo les acababa de soltar. Los demás respetaron su silencio.

—Vale —dijo, al fin, el joven supuestamente contaminado—. ¿Y cómo se supone que vamos a pasar? Ese maldito muro mide unos seis metros de alto.

—No lo sé, puede... Supongo que el ejército o los servicios de salvamento nos ayudarán a pasar. La zona tiene que estar vigilada. Tienen que estar acojonados con todo esto.

—A mí me parece buena idea —intervino el conductor.

—Sí, yo también estoy con mi hermano —agregó Nairna.

La unanimidad de todos los ocupantes del vehículo terminó por forzar la decisión de Paul, que se los unió con un precipitado:

—Está bien.

—Perfecto —se alegró el dueño del vehículo, y seguidamente posó la palma de la mano sobre el hombro derecho de Jeff—. Písale a fondo.

Jeff aceleró con determinación, pero sin llegar al punto de que ello supusiera poner en peligro a sus camaradas en caso de cualquier tipo de imprevisto. Nairna, por su parte, desenchufó el móvil de su novio del cargador y lo reemplazó por el suyo, y aprovechó el viaje para seguir poniéndose al día acerca de los acontecimientos. La información llegaba a cuentagotas, y las caídas constantes de la red le dejaban tiempo más que de sobra para echar una ojeada tras otra a los cada vez más inquietantes paisajes por los que transitaban.

De la Interestatal 35 pasaron a la Carretera Federal 57, bordeando durante el trayecto una media docena de pueblos, y en donde no se llegó a percibir una amenaza real. Sin embargo, la alarma saltó cuando tuvieron que atravesar La Pryor justo por el mismo medio. Tuvieron que hacerlo así porque no había más alternativa si querían seguir por carretera asfaltada. Afortunadamente, dicha carretera se reducía a una línea recta, por lo que Jeff pudo mantener la velocidad constante, a lo que hubo que sumar el factor favorable de que la localidad era bastante pequeña. Aun con todo, en los alrededores de la vía y cerca de las viviendas pegadas a la misma Nairna pudo observar, consternada, unas cuantas figuras en actitud hostil corriendo de aquí para allá. A raíz de ello, los comentarios entre los asientos de aquella Ford roja se fueron sucediendo: especulaciones, inquietudes..., hasta que no hubo nada más que hablar; a los cuatro ocupantes solo les quedó rezar internamente a un dios en el que no creían por un desenlace que los situara en un lugar seguro.

Ya con La Pryor puesto en el olvido, la carretera se presentaba como una recta interminable, un camino sin final sin más adorno que dos hileras de arbustos acompañando cada una a uno de los dos arcones y con incontables postes de la luz emplazados a un lado de la vía con una precisión milimétrica.

—Ya solo quedan unos cincuenta kilómetros, más o menos —rompió el tenso silencio, el cual se había prolongado durante los últimos treinta minutos, el joven a cargo de conducirlos hasta la

frontera.

Nairna posó, esperanzada, la mano en el muslo de Jeff. Este se desentendió fugazmente de la carretera y la respondió con una cálida sonrisa.

—Ya lo verás, Paul, lo primero que haremos será buscar un hospital —dijo Arran mientras divisaba el árido paisaje por la ventanilla trasera. La falta de una contestación le obligó a realizar una nueva toma de contacto—: ¿¡Eh, Paul!? ¿Estás dormido?

Silencio...

Cuando el muchacho se giró para echar una ojeada a su compañero vio a este con los ojos fuera de las órbitas. La mudez horrísona de Paul hizo a Arran encogerse igual que si estuviera buscando un caparazón en el que poder esconderse. Sin mediar palabra, Paul se abalanzó sobre él abriendo y cerrando la mandíbula con una violencia inaudita, haciendo chascar los dientes en cada dentellada que daba al aire. Estaba encolerizado. Arran, llevado por su instinto, pegó la espalda a la puerta del vehículo en un intento de alejarse lo máximo posible de su amigo. El joven dentado, ya transformado en Dios sabía qué, tenía los brazos estirados, y aunque llegó a rozar la camiseta de su objetivo no alcanzó a agarrarlo. El cinturón de seguridad se había fijado debido al tremendo impulso con el que se había incorporado. Nairna giró la cabeza hacia atrás, alarmada, sin poder creer las imágenes que estaban penetrando en sus retinas.

—¡No, Paul!

—¿¡Pero qué coño...?! —maldijo Jeff, y pisó el pedal del freno hasta el fondo.

El ABS se activó, y evitó que la camioneta se deslizará más de la cuenta sobre la vía y acabara volcando. Una vez totalmente detenido el vehículo, tanto Jeff como los dos hermanos se apresuraron a salir al exterior. Cada uno cerró su puerta correspondiente: tres golpes secos en serie. De esa forma, los rugidos del que había sido su amigo hasta entonces quedaron ahogados en el interior de la camioneta. Y mientras el intenso calor mantenía ancladas aquellos tres pares de suelas al asfalto, sus respectivos dueños se quedaron observando al joven espigado y dentado, y ahora enloquecido, como si fuera de una piraña encerrada en un gran acuario de vidrio, caucho y aluminio.

—¡Oh, mierda! —exclamó Arran, dando un puñetazo de rabia al aire.

—Pobre Paul... Qué putada... —se quejó Jeff.

Esa fue la gota que colmó el vaso de la muchacha. A pesar de que se había obligado a sí misma a reprimir sus sentimientos para no mortificar al resto del grupo, no pudo aguantarlo más y rompió a llorar. No podía hacer otra cosa que compadecerse de su amigo, y su llanto acrecentaba a medida que le asediaba el recuerdo del estado en el que había dejado a su madre.

—Esto no estaba dentro de los planes —volvió a expresar Arran, esta vez con un total derrotismo. En cuanto percibió el estado alterado en que se encontraba su hermana, se acercó a ella y dejó descansar la mano sobre su delicado hombro—. Eh, venga, Nair, cálmate.

—¡Déjame! —dijo ella deshaciéndose de la mano del muchacho con un movimiento brusco.

Arran dejó que Nairna se desprendiera de todo su dolor. Seguidamente se acercó a su otro camarada.

—¿Y ahora qué?

—Tenemos que deshacernos de él —sentenció el joven rubio sin levantar demasiado la voz.

—No... No podemos hacer eso.

—Es él o nosotros. No podemos volver a entrar ahí. No con él. —Y tras esas palabras, Jeff esperó callado, pero la réplica de su interlocutor no se produjo nunca. Ante la indecisión de su

amigo, continuó—: Llevas la escopeta en el maletero. Será rápido, no va a sufrir.

La demoledora frase provocó que Arran arrugase la cara. Negó tantas veces como problemas morales conllevaba ese plan.

—Lleva razón, no podemos quedarnos aquí parados sin más. Moriremos —intervino Nairna, y tras lo cual se refregó los ojos con el dorso de las manos. Para cuando la muchacha terminó de limpiarse descubrió que su hermano tenía los ojos cerrados y la boca apretada, y se imaginó todo lo que tenía que estar pasando por su cabeza en ese momento. Desgraciadamente, no disponían de otra salida.

Apesadumbrado, Arran se dirigió a la parte trasera del vehículo y agarró la escopeta y un par de cartuchos. Cargó el arma. A continuación, caminó en torno a la *pick-up* hasta colocarse enfrente de la ventanilla donde se encontraba Paul. Ahí subió el cañón, y se apoyó la cantonera en el hombro. Apuntó trémulamente al que había sido su amigo hasta aquel entonces.

—Tranquilo, no estás haciendo nada malo —le intentó confortar Nairna.

Arran encorvó el dedo índice sobre el gatillo y avanzó hasta que la boca de fuego tocó la luna lateral trasera. Y, entonces, aguantó en esa posición mientras el labio superior le tiritaba en contra de su voluntad. Estaba a punto de ejecutar la acción... Pero finalmente apartó el arma.

—No puedo... No podemos matarlo. Era nuestro amigo.

Esas palabras calaron hondo en el cerebro de la muchacha, y tanto ella como Jeff agacharon la cabeza. Nairna comprendió de lo vergonzoso de la propuesta y presupuso que su novio debía sentirse tan arrepentido como ella en ese momento. Y mientras cavilaban, permanecieron estáticos como un trío de cactus plantados en mitad del pavimento.

—¿Qué hacemos? —dijo, al cabo de un rato, el joven rubio.

—Lo sacaremos de ahí, y luego subiremos al coche —contestó Arran. Tras coger la pala de jardinería del maletero descubierto de la *pick-up*, continuó—: Nair, estate preparada, tú conduces.

Ella asintió, decidida. A continuación, los dos muchachos se pusieron cada uno a un lado del vehículo, a la altura de las puertas traseras. Arran, que encaraba a Paul, elevó la mirada por encima del techo hasta encontrar los ojos de Jeff.

—Desacopla el cinturón mientras lo distraigo, y cierra inmediatamente. En cuanto salga, entráis y ponéis en marcha la camioneta.

—¿Y tú?

—Tendré que apañármelas —contestó el ideólogo del plan—. A la vez, ¿de acuerdo?

Arran abrió la puerta que él mismo se había asignado, y fue imitado por Jeff en el lado contrario del vehículo. Pala en mano, se mantuvo firme a escaso medio metro de su compañero enloquecido, el cual seguía con el cinturón de seguridad bloqueado y sin permitirle adelantarse ni un centímetro más. Las fuerzas de Paul parecían inagotables, y su capacidad de raciocinio, reducida a cero. En sus infructuosas embestidas expulsaba espumarajos por la boca, y tal era su vehemencia que algunos llegaron a impactar sobre la camiseta sudada de Arran. El joven rubio, por su parte, aprovechó que el causante de su forzosa incursión le estaba dando la espalda para colarse sin hacer ruido en los asientos traseros del vehículo. Ahí, extendió el brazo con tiento y presionó el botón rojo que liberaba la cinta, y enseguida volvió a cerrar la puerta, poniéndose momentáneamente a salvo. Entonces, Paul salió disparado hacia la única vía de escape con la que contaba.

—¡No, Paul! ¡Detente! —advirtió Arran mientras retrocedía y levantaba la pala cual jugador de beisbol a punto de batear.

Nairna y Jeff aprovecharon que ya no había amenaza dentro del vehículo para acceder al

interior del mismo. Ella encendió el motor y permaneció como una estatua (no pensaba abandonar aquel lugar hasta que su hermano entrara de nuevo en la camioneta). Jeff, en cambio, se lanzó a cerrar la puerta por la que había salido Paul, impidiéndole así la entrada por siempre jamás.

—¡¡¡Para!!! —gritó Arran, sin ninguna otra opción para salir indemne que batir a su exámito con el arma improvisada. La plancha de metal impactó de lleno en la cabeza de Paul, lo cual provocó que este cayera al suelo. Cualquier persona humana habría perdido el conocimiento de inmediato, sin embargo, él, aunque revolviéndose por el suelo, seguía consciente. Arran hizo volar la herramienta de jardinería varios metros en dirección al maletero descubierto de la *pick-up*, pero antes de que se produjera el contacto con la chapa él ya tenía una mano puesta en uno de los tiradores. El golpetazo de la pala coincidió con el clic de la manija, tras lo cual el muchacho se apresuró a refugiarse en el asiento del copiloto.

—¡Vámonos de aquí!

Nairna aceleró, y trató por todos los medios de abstraerse de los buenos recuerdos que había compartido junto con Paul. Ni siquiera quiso mirar por los retrovisores (la escena ya había sido lo suficientemente dura como para fustigarse con esa última imagen). Tan solo se limitó a seguir el camino que le indicaba línea blanca discontinua pintada sobre el asfalto.

Un pequeño hueso puntiagudo se clavó en la encía de Nairna. El dolor se concentró en el interior de su mandíbula, a la altura de los premolares superiores del lado izquierdo. Fue una sensación tan aguda y tan molesta que, por un momento, no la dejó pensar en otra cosa que no fuera calmar la excitación de las terminaciones nerviosas de su boca de inmediato. Se metió el dedo índice en la boca y hurgó hasta deshacerse del cuerpo extraño. Si aliviar cualquier dolor resultara tan fácil como aquello... Pero su particular calvario seguía anclado a su pierna como una prolongación más de su propia extremidad, una prolongación que la llevaría a la muerte mucho antes que el hambre, el cual, aunque seguía acompañándola, al menos había remitido. Por ello, omitió preguntar a Jeff por más comida, y sobre todo porque si lo hacía, le pondría en la disyuntiva de permanecer con ella hasta entonces o salir en busca de más alimento, y, en caso de que su novio decidiera esto último, ella no quería quedarse sola por nada en el mundo, no en ese momento.

12

Quetzaly se paró en seco e hizo un barrido visual. No había duda de que algo había captado su atención, o así lo dedujo Arran. Sin embargo, la loma por la que caminaban los dos compañeros de periplo les imposibilitaba ver más allá de la cima. De todas formas, el muchacho agradeció el parón, pues tenía la sensación de llevar cemento en las zapatillas, y el peso de la mochila que portaba a la espalda no hacía sino empeorar los síntomas del cansancio. Encogió y estiró los pies dentro del calzado, y volvió a sentir de nuevo cada uno de sus dedos sudorosos. Tras ello, quedó a la expectativa. Aquel silencio se le hizo eterno. Mientras esperaba, una repentina ráfaga de viento, suave pero caliente, como si alguien acabara de abrir la puerta de un horno al lado de su cara, acarició sus orejas. Si bien eso no fue lo único que encendió sus pabellones auditivos:

—Hemos llegado.

—¿Estás segura? —consultó él, excitado y al mismo tiempo temeroso por verse sometido a otra interminable espera.

—Está del otro lado —aseguró ella.

Arran ladeó la cabeza y escuchó muy atentamente.

—Pues no se oye nada.

—Sí, es muy extraño.

—Espacio... —sugirió él.

Arran y Quetzaly continuaron ascendiendo, esta vez agachados. Al alcanzar la parte más alta de la loma, echaron cuerpo a tierra y asomaron las cabezas. A lo lejos y en medio de ningún sitio del árido paisaje se erigía un edificio alargado de una sola planta, fabricado en ladrillo macizo de arcilla de un tono rojo envejecido. Todas las ventanas que quedaban a la vista estaban protegidas con rejas de forja, y nada parecía predecir lo contrario del resto de aberturas en la parte trasera o en los laterales; sin embargo, Arran prefirió callar y dejar que fuera su compañera quien le informara. Se quedaron un rato largo vigilando.

La construcción frente a la que se encontraban, además de antigua, estaba como fuera de lugar. Tenía toda la pinta de haber sido una cárcel modesta cuya última actividad datara de más de un siglo atrás. Desde luego, no era nada parecido a las típicas casas del estado de Texas. En realidad, de ningún otro estado. Se llegaba a apreciar cómo parte de su estructura, en el techo y en una de sus aristas superiores más en concreto, estaba derruida. Lo que no ofrecía lugar a dudas era que no existía ningún tipo de movimiento ni dentro ni por los alrededores de ella.

—No parece que haya nadie —dijo él.

—Esto no es normal. ¿Se habrán ido? —preguntó Quetzaly, extrañada.

—Podrían estar escondidos.

—¿Escondidos? ¿De quién!? Que yo sepa, no nos esperan.

Arran se quedó pensativo, valorando los riesgos de ir a pecho descubierto, si bien su guía ya le había demostrado más que de sobra que podía confiar en ella. Con un gesto de confianza plena,

añadió:

—Está bien. Vayamos.

Los dos se aproximaron, hombro con hombro, a la vieja edificación. Según lo inspeccionado durante la vigilancia previa, no parecía haber razón alguna para temer por una posible emboscada. Y tanto mejor que fuera así, ya que las características del terreno les imposibilitaban acercarse sin ser vistos.

Según la opinión del muchacho, el presunto grupo de antropófagos no había decidido fijar allí su residencia al azar. Al tratarse de un edificio abandonado desde Dios sabía cuándo, esos mismos caníbales habían evitado tener que enfrentarse a unos residentes mutados y, por tanto, peligrosísimos. A ello había que sumarle que esa zona parecía estar lejos de toda población, si bien de eso Arran no tenía total certeza, y que desde ese lugar disponían de relativamente buena visibilidad trescientos sesenta grados a la redonda dada la escasa vegetación. Además, las paredes de la edificación eran fuertes, y las ventanas estaban aseguradas con barrotes metálicos. Sin duda, era un fortín.

Cuando estuvo tan cerca de la fachada que lo único que abarcó su visión fue el mural de ladrillos deteriorados, Quetzaly se detuvo a escuchar. El susurro de sus fosas nasales haciendo circular el aire caliente se amplificó sobremanera debido a la ausencia de cualquier otro sonido. Sin más, se giró hacia su compañero.

—Hay dos entradas —indicó ella—. Tú sigue hacia allí. —Señaló con el dedo índice el otro extremo de la fachada delantera—. Yo iré por la parte de atrás.

Arran asintió sin abrir la boca, temeroso de romper aquel silencio sepulcral, y echó a andar. Su brazo rozaba intermitentemente la pared; sus pies se posaban en el suelo con tal delicadeza que si hubiera ido de puntillas no habría podido hacer menos ruido. A su paso junto a una ventana, una peste a carne podrida casi le hizo vomitar en el acto. La abertura no estaba provista de cristal ni marco alguno. El muchacho aguantó la náusea, e investigó el interior moviendo el cuello a un lado y a otro. En el cuchitril que había tras las rejas solo se veía suciedad y trapos viejos, y una botella vacía tirada en el suelo de lo que parecía ser whisky. Nada de especial interés. Continuó caminando con cautela, pegado al ladrillo rojizo, hasta llegar a una segunda ventana. Era exactamente igual que la anterior, pero lo que vio allí adentro Arran no pudo alegrarle más el día: una pistola descansaba en completa soledad sobre una mesilla de madera en un pasillo polvoriento. Arran comprendió, ya en un primer vistazo, que no alcanzaría el arma, no sin una pequeña ayuda. Aunque el mueble carcomido estaba relativamente próximo a la ventana, la pistola se ubicaba en la otra punta de la mesilla, y dicha mesilla, a su vez y por la razón que fuera, estaba atornillada al suelo. Viendo eso, el muchacho sacó su machete y metió el brazo entre los barrotes hasta que el hombro hizo tope con ellos, pero a duras penas alcanzó a tocar con la punta metálica el extremo posterior del arma de fuego. Entonces, agarró el cuchillo justo por el borde del mango, usando solamente los dedos índice y pulgar para así aprovechar al máximo su longitud. La punta del machete tocó la culata de la pistola y Arran, subsiguientemente, trató de acercarla a él acariciándola con repetidos y continuados toques. Cada uno de ellos suponía un milímetro menos para obtener su tan ansiado premio. De pronto, un exceso de confianza, combinado con el sudor de la palma de su mano, hizo que al joven se le resbalara el instrumento cortante y se le cayera al suelo. Las dos armas ahora se hallaban fuera de su alcance.

—¡Mierda, lo que faltaba! —dijo Arran, y pensó en que no le quedaba más remedio que acceder al interior si quería recuperar el machete y hacerse con la pistola. Sacó el brazo de entre las rejas.

—¡Eh!

Esa voz imprevista le asustó; los latidos de su corazón se aceleraron. En cuanto se giró vio la cara amiga de Quetzaly, y, en consecuencia, su frecuencia cardíaca volvió al estado de reposo anterior.

—Se me ha caído el machete dentro —explicó Arran.

—Perfecto... —dijo ella con una mezcla entre ironía y disgusto.

—Pero he visto una pistola, puede que esté cargada —continuó él, tratando de excusarse en cierta medida.

La joven hispana asimiló la información y procedió a explicar sus averiguaciones:

—La puerta trasera está atrancada. No he podido abrirla ni bien ni mal. La única entrada que nos queda es a la que se supone que ibas tú, así que...

De repente, unos brazos velludos y musculosos y terminados en letales zarpas engancharon la mochila de Arran. Una de las uñas se clavó sobre la correa que rodeaba el hombro del muchacho, hasta el punto que llegó a traspasarla y penetró en la blanda carne humana. El dueño de las imponentes extremidades no tardó más de un segundo en asomar su hocico por entre las rejas, enseñando de ese modo cuatro colmillos como cuatro estacas. Arran tiró con todas sus fuerzas hacia adelante, pero al instante se dio cuenta que no podía liberarse. Trató de no dejarse vencer. Sabía que, si se dejaba arrastrar, en el momento en que su espalda hiciera contacto con los barrotes de la ventana tanto los dientes como las garras de aquella criatura lo despedazarían en el acto.

La respiración vehemente de la muchacha contrastaba con su figura petrificada. De pie, como hipnotizada por los dos iris rasgados del mutante, no pudo mover ni un músculo.

—¡¡¡Ayúdame!!! —suplicó el joven en graves apuros.

Quetzaly reaccionó a la llamada de auxilio de Arran y, presta, le cogió de los brazos. Tiró de él con todas sus fuerzas, pero, por más que lo intentó, resultó inútil. Aquella uña larguísima que había agujereado la correa era igual que un clavo asegurando la sujeción. Guiada por su instinto de supervivencia, la muchacha abrió la boca y se lanzó contra el antebrazo de la bestia, y apretó tanto los dientes que terminó por arrancarle un pedazo de carne. La sensación en boca del pelaje mezclado con la sangre caliente le produjo una repulsión irrefrenable. Tuvo que escupir de inmediato para no vomitar. El mutante emitió un grito, más bien un rugido, que exteriorizaba el dolor causado por el bocado sufrido. Debido a ello, no tuvo más opción que aflojar la garra y soltar a su presa, pero en cuanto tuvo oportunidad, lo cual fue casi de inmediato, volvió a agarrar la mochila, aunque esta vez sin incluir al muchacho en el paquete.

—¡¡Suéltate!! —exclamó Quetzaly.

Arran sacó, no sin dificultades, el brazo derecho de su correa correspondiente. A continuación, el izquierdo. Y nada más hacerlo, la ventana se tragó la mochila, llevándosela para siempre al interior de aquella tétrica casa de ladrillo. El muchacho, ya sin fuerzas y llevado por la inercia, cayó de rodillas al suelo. En esa postura parecía que estuviera dando las gracias por esa nueva oportunidad que le ofrecía la vida.

—¿¡Estás bien!? —preguntó ella.

—¡Sí, creo que sí...! —contestó él, recuperando el aliento, y estiró el cuello de su camiseta, dejando así a la vista la perforación a la altura de la clavícula causada por el monstruo—. No es nada. Seguro que...

Los violentos rugidos del mutante acallaron a Arran. Este levantó los ojos del suelo y descubrió cómo la piel morena de su compañera había palidecido. Se notaba que todavía estaba

gravemente afectada por el tremendo susto, más incluso que él.

—Tranquila, no puede salir —la intentó calmar el muchacho.

—Sí, si encuentra la puerta.

Quetzaly ofreció una mano a Arran y lo ayudó a levantarse para guiarlo fuera del lugar. Él opuso resistencia, y se quejó:

—No podemos dejar todo ahí. ¿¡Qué vamos a hacer sin armas y sin comida!?

—¿¡Y de qué nos van a servir una vez muertos, eh!? ¡Larguémonos!

Arran permaneció inmóvil. Asumir no solo que no había encontrado lo que había ido a buscar, sino que además había perdido la única forma de subsistencia con la que contaba, era un varapalo del que no se podría reponer.

—¡Ya, Arran!

Más que la orden en sí lo que le hizo obedecer fue la idea de que si entraba con las manos desnudas, aparte de tener todas las papeletas para acabar muerto, arriesgaba la vida de su compañera.

Ya sin obstáculos, ella se confirió la responsabilidad de elegir el camino para alejarse de esa casa con inquilino inesperado. Y esa ruta fue justo la opuesta por la cual habían venido. Arran pensó en lo inteligente de la decisión. La loma que daba a la parte frontal de aquel edificio siniestro no tenía demasiadas, por no decir ninguna, alternativas a un posible asalto, y si el mutante con el que acababan de tener el altercado salía tras ellos estaban completamente vendidos ante la ausencia de un sitio en el que poder ocultarse o donde protegerse. La parte trasera de la construcción, en cambio, lejos de llegar a ser un vergel, sí que contaba con algún que otro árbol, además de varias rocas pequeñas repartidas aquí y allá, y que como medida desesperada podrían servirles a ambos a modo de defensa.

Tras apenas unos trescientos metros recorridos, la pareja de fugitivos se detuvo al distinguir lo que parecía ser una persona escondida, o eso es lo que hacían presagiar unos pies desnudos que asomaban de entre unas zarzas. Cuando se acercaron y echaron la maleza a un lado, descubrieron el cuerpo de una muchacha de melena rubia y espalda delicada. Yacía bocabajo sobre el terreno seco, inmóvil y semienterrada de mala manera, como si hubiera ejecutado ella misma la acción. Quetzaly frunció el ceño y se quedó largo rato observándola sin decir ni una palabra. La humedad creciente en sus ojos habló por ella.

—¿¡Qué ocurre!?! —preguntó Arran, tratando de hacer reaccionar a su compañera.

—Es...

—¿La conocías? —dedujo él.

Quetzaly asintió. Lo siguiente que hizo fue aproximarse a la muchacha rubia y quitarle la tierra de encima. La volteó para que de ese modo le ofreciera el rostro. Arran se sorprendió al descubrir a una chica de apenas dieciséis años, cuya vestimenta estaba llena de rasgaduras y manchas de sangre. Las múltiples heridas debajo de la tela se daban más que por hecho. Entonces, el ojo derecho de Quetzaly dejó escapar una lágrima, pero antes de que esa gota salada fruto del dolor terminara de recorrer su bronceada mejilla, la adolescente en sus brazos movió repentinamente los párpados y empezó a toser.

—¡Claire! ¡Estás viva! —dijo Quetzaly con una sonrisa temblorosa. Se pasó la mano por la cara y se limpió la lágrima, a punto ya de desprenderse del mentón.

—Ayuda... —pidió la convaleciente, sin apenas fuerzas.

—¡Tranquila, estoy aquí! —le respondió su amiga.

—Se... Se los han comido...

—¿¡Qué ha pasado!?

—Vino... una horda... No pudieron refrenarla...

Quetzaly llevó la mirada hacia su compañero, el cual la respondió apretando los labios en un gesto de impotencia. Rápidamente la joven hispana volvió a dirigir su atención a Claire.

—Eh, vale, vale... Tú estás bien, eso es lo importante. Te sacaremos de aquí.

—Gracias...

—¿Sabes dónde están ahora? —interrumpió Arran.

Claire movió el cuello con parsimonia y dirigió las pupilas hacia el muchacho. Se mantuvo callada.

—Es un amigo —la tranquilizó su valedora.

—Fueron... hacia el este... —dijo la adolescente tras un par más de segundos en silencio—. Dijeron que... regresaban a la base..., que debíamos ir allí... Yo no pude... —Hizo un parón para toser de nuevo y, tras ello, al borde del llanto, continuó—: Me... escondí...

—¡Pero ¿de qué estás hablando?! —preguntó Arran, realmente confundido.

—Luego te lo cuento —respondió Quetzaly.

—¿Qué? ¿¡Tú lo sabes!? ¿¡Qué me he perdido!?

—No vayáis... No quiero... ir allí..., por favor... —solicitó la muchacha moribunda con un hilillo de voz.

—Chsss... Vale, vale, Claire. Está bien, es suficiente, no te preocupes —la consoló su amiga.

—No puede ser...

Esas tres últimas tres palabras, que acababan de salir de la garganta de Arran, hicieron que Quetzaly torciese el cuello en dirección a él. El muchacho tenía la boca desencajada, y los ojos abiertos de par en par. Entonces, ella siguió la línea que marcaban las pupilas de su compañero hasta vislumbrar, a lo lejos y corriendo hacia ellos, una figura negra que no era ni más ni menos que la del mutante. Ese maldito engendro había encontrado la salida y seguido el rastro hasta ellos. A pesar de la distancia, se podía apreciar claramente su corpulencia. Era como una especie de pantera moviéndose a dos patas.

—¡Tenemos que irnos! —advirtió el muchacho.

—No podemos dejarla aquí —replicó Quetzaly, casi rogando.

—¡No tenemos tiempo!

—No... No podemos dejarla... —reiteró la joven de origen azteca.

—¡Mira cómo está! —la intentó hacer entrar en razón—. ¡Nos alcanzará antes de siquiera dar dos pasos si la llevamos a cuestas!

—Incorpórala.

—¡Quetzaly, por favor, nos matará a los tres!

—¡¡Incorpórala, joder!! —exclamó ella con toda su rabia.

Impresionado por la fuerza con la que había hablado su acompañante, Arran acató la orden, y una vez la adolescente estuvo erguida, Quetzaly se posicionó detrás de ella y le agarró la mandíbula con una mano y la nuca con la otra. En ese mismo instante Arran comprendió lo que su compañera estaba a punto de hacer, y, por lo tanto, trató de sujetar lo más fuerte que pudo el tronco de aquella pobre chica llamada Claire.

—Lo siento... —susurró Quetzaly al oído de su amiga.

Y, entonces, se oyó el más trágico de los sonidos: el seco del crujir de las vértebras.

Arran aflojó los brazos y dejó descansar plácidamente el cuerpo de Claire sobre la tierra. A continuación, miró a Quetzaly directamente a los ojos, condescendiente. Callados, frente a frente,

guardaron un par de segundos de luto. Solo un par. No podían permitirse el lujo de dejar pasar más tiempo.

—¡Vámonos de una vez! —la apremió Arran.

Los dos benevolentes ejecutores abandonaron el lugar lo más aprisa que sus cansados pies les permitieron mientras miraban atrás una y otra vez entre jadeos, procurando al mismo tiempo no tropezar con nada que supusiera dejarlos a merced de aquel depredador fruto de la mutación genética. Era más que obvio que, por mucho que corrieran, su enemigo no tardaría en darles alcance, y por ello Arran intentó pensar en alguna vía de escape con la poca sangre que llegaba a su cabeza. Él esperaba que así lo estuviera haciendo también su compañera, y a ser posible con mejor resultado que el suyo, pero ya fuera porque el mutante olisqueara el cuerpo de Claire o porque lo divisara gracias a una visión superdesarrollada, el caso fue que la criatura con forma de pantera se detuvo y empezó a devorar el cadáver de la adolescente. Quetzaly cerró los ojos por un momento, como si así fuera a hacer desaparecer esa horrible imagen ya impresionada en sus retinas; sin embargo, no le quedó más remedio que abrirlos otra vez si quería seguir el ritmo de Arran, para el cual no hubo límite en el horizonte lo bastante seguro.

13

El prolongado esfuerzo por alejarse del deshabitado asentamiento caníbal había supuesto un derroche de energía descomunal para los dos jóvenes supervivientes. Si bien resultaba imposible saber a ciencia cierta cuánto se habían alejado de aquella edificación funesta, fuera la distancia que fuese, iba a tener que quedarse así, al menos por parte de Quetzaly, que ya no podía más con sus piernas.

—Necesito descansar un poco —declaró la joven hispana, pero oyó cómo las pisadas de su compañero seguían sucediéndose. Ella insistió—: Arran, por favor... ¡Arran!

Arran se giró con violencia, y estalló:

—¡Maldita sea! ¿¡Cuándo pensabas contármelo!?

—No lo sé. Yo no pensaba que...

—¡Me mentiste!

—No te mentí, se supone que debían estar ahí. ¡¿Qué más da que hubiera otro asentamiento?! Oye, estoy contigo en esto. Si no te dije nada es porque pensé que no era necesario. Nunca pretendí engañarte.

Arran se detuvo y se quedó observándola: los ojos de Quetzaly brillaban; su gesto era incómodo.

—Está bien. Pero si sabes algo más, por favor, dímelo. No me ocultes nada.

—Te lo prometo.

El muchacho se frotó la nariz con una mano para aliviarse un ligero picor. Al descubrir su rostro, preguntó sin paliativos:

—De acuerdo. Entonces, dime, ¿qué sabes de ese otro sitio?

—No he estado nunca.

La boca de Arran permaneció cerrada; sus pupilas, en cambio, empezaron a dibujar una serie de ligeros movimientos. Quetzaly se dio cuenta enseguida de que lo que realmente estaba haciendo su interlocutor era tratar de analizar sus gestos, como si se hubiera convertido en un experto en comunicación no verbal de la noche a la mañana. Habló ofendida:

—Oye, yo solo oí hablar de esa... base principal, o como quieras llamarla. De vez en cuando venían en una camioneta cuatro o cinco de esos malnacidos; entre ellos, el que se suponía que era el líder.

—El que tiene la llave.

—Sí, el que tiene la maldita llave. Veían que todo iba bien y se llevaban parte de la carne fresca. Si es que había, claro está. Y, de paso, se divertían con nosotras, ya sabes a lo que me refiero. Desconozco si hay más llaves en ese otro sitio, pero si venir hasta aquí ya era una completa locura, no me quiero ni imaginar lo que nos puede esperar allí.

—¿Y por qué no te llevaron nunca con ellos?

A Quetzaly se le escapó el aire de la boca en una fugaz risa nerviosa, señal de no dar crédito a

las palabras de su compañero.

—¿Es que no me has visto? Ya tendrán suficientes chicas allí, y mucho más guapas que yo.

—No creo que eso sea nada fácil.

Ella se quedó cortada por un momento. Meneó rápida pero disimuladamente la cabeza, y salió así de su estado de desconcierto.

—Está bien, dejémoslo. Ahora sabes lo mismo que yo. —Tras esa última frase, la joven de origen azteca se calló y apartó la vista de su interlocutor.

—Quetzaly.

—¿¡Qué!?

—Muchas gracias.

Ella no pudo evitar establecer contacto visual, como obligada por una fuerza mayor. Movi6 la boca en dos movimientos bien diferenciados. El primero, muy leve, para iniciar el gesto; el segundo para mostrar una amplia sonrisa.

—¿Sabes?, me parece bien lo que dijiste antes.

—¿El qué?

—Lo de descansar. Nos vendrá bien.

Tras el asentimiento de Quetzaly, los dos se sentaron en la primera sombra que encontraron. Parecía una zona tranquila y con buena visibilidad, con solo un poco de vegetación desperdigada por los alrededores. Y, ah6, permanecieron callados, como si de esa forma fueran a recuperarse antes, pero el silencio pronto se vio interrumpido por el rugido de las tripas de la muchacha.

—Tengo mucha hambre. ¿Tú no?

Arran omitió respuesta alguna y agachó la cabeza. Ella imitó ese gesto, llevada por su desatino. Era obvio que su compañero también estaba hambriento... y no hacía falta recordárselo. Sin motivo aparente, algo invisible pareció golpear la cabeza del joven, el cual reaccionó palpándose los múltiples bolsillos del pantalón. Abrió la cremallera de uno de ellos.

Tras unos pocos segundos, una lata cayó a los pies de Quetzaly. Ella elevó el mentón y se quedó observando, incrédula, a su camarada.

—¿¡Qué?! ¿No decías que tenías hambre? —expresó Arran ante la falta de estímulo por parte de su acompañante.

—¿De dónde demonios la has sacado? Pensé que iban todas en la mochila.

—Bueno... Digamos que fue un regalo, y los regalos no se tiran.

Ella rio de forma entrecortada, intentando retener inútilmente el aire de cada bocanada que expulsaba, como si el mostrar alegría se hubiera convertido en algo tabú en alg6n momento de su vida. Cuando el cerebro dejó de enviarle señales nerviosas a los músculos de la cara, susurró:

—La compartiremos.

—No, cómetela tú, en serio —se apresuró a contestar Arran.

Quetzaly tiró del abrefácil y descubrió lo que la falta de etiqueta en el envase impedía saber: en el interior había una pasta de carne húmeda con bastante mal aspecto. Todo parecía indicar que era una especie de paté, y no precisamente del bueno. A falta de ningún panecillo o galleta en la que untarlo, la joven hispana hundió los dedos en la masa de carne machacada y se llevó a la boca un buen pegote. Repitió la operación un par de veces más y, a continuación, ofreció lo que quedaba en la lata a su compañero.

—No. Termínatela tú, por favor —dijo el muchacho interponiendo la mano abierta.

—Insisto —contestó ella en un tono muy formal.

Tras vacilar durante unos segundos, Arran meneó la cabeza y resopló.

—Está bien... —El joven alargó el brazo y cogió la lata con ganas disimuladas. Al acercársela a la boca, el hedor que desprendía le provocó un espasmo en el cuello—. ¡Puaj! ¡Esto huele fatal!

—Comida para gatos. —Ella contuvo la risa, aunque sin demasiado éxito.

—¡Qué hijos de perra! —pensó en alto él. A pesar del mal olor, apuró el envase hasta el mismo final. Incluso lo rebañó.

Después del refrigerio, la pareja de supervivientes cayó en un mutismo autoimpuesto. Descansaron sus músculos; despejaron sus mentes. Arran estuvo todo ese rato embelesado por los bellos rasgos latinos de su compañera, bañados por los rayos del Sol que se colaban entre las hojas del olmo que los cobijaba. Sin previo aviso, la cara de la muchacha se oscureció, como si esa nebulosidad repentina fuera el indicador para Arran de que ya había observado suficiente. Él llevó sus ojos hacia arriba; Quetzaly, también. Por primera vez en muchísimos días, probablemente demasiados pese a ser la más seca de las cuatro estaciones del año, el cielo se había llenado de nubes negras. Estas cubrían casi la totalidad de la atmósfera visible, y quizá fuera porque el mantenerse vivos les había acaparado todos sus sentidos, la cuestión era que los dos jóvenes no habían reparado en ello hasta ese instante, ni siquiera gracias a la brisa que llevaba corriendo desde hacía quince minutos. En cualquier caso, era un buen augurio, por lo que se quedaron con las cabezas levantadas dando gracias por ello.

—Arran... —dijo la joven hispana, una vez el cuello empezó a cansársele.

—¿Sí? —contestó él, admirando todavía el cielo gris.

—Pase lo que pase, tu hermana estará orgullosa de ti.

—Gracias, pero la salvaremos, ya lo verás. —El muchacho apartó la vista de las nubes.

—Claro que sí. Lo conseguiremos. Tú y yo —apostilló ella.

Él, con una sonrisa tierna, fijó la visual en los ojos negros de su continua salvadora; penetrantes, misteriosos...

—¿Puedo preguntarte una cosa? —preguntó, tras una breve pausa, Arran.

—A estas alturas, puedes preguntarme lo que quieras.

Al muchacho se le escapó una fugaz carcajada. En cuanto volvió a la calma, movió los labios con rictus serio:

—¿Cómo conseguiste librarte de la transformación?

Ella desvió la mirada; jugó tímidamente con los dedos en la tierra.

—Vamos... Me creeré cualquier cosa. No hay nada de lo que avergonzarse.

—Está bien... La noche anterior tenía una celebración con unos amigos. Me habían prohibido salir en casa, pero yo fui igualmente. Me pillé un buen pedo, de esos que marcan época, ya sabes... Cuando desperté en mi cuarto pensé que todavía estaba borracha.

—Me lo creo completamente —dijo él en tono jocoso.

—¡Eh, oye!

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —rio Arran.

—Me levanté con la boca pastosa. Fui a la cocina a beber algo, pero antes de que llegara a...

—Quetzaly exteriorizó su profunda tristeza a través de su rostro.

—Lo siento, tal vez tu familia...

—No, tranquilo. No te preocupes. Todos hemos pasado por lo mismo —dijo ella. Se sobrepuso a la emoción que le traían los recuerdos y continuó—: Sé que sus almas estarán en paz. Rezo por ellos todos los días.

—Te entiendo. Desearía que a día de hoy mis padres ya estuvieran muertos. No aguanto la idea de que vivan transformados en esos seres, de que no sean ellos quienes controlan sus... —Arran

meneó la cabeza—. Perdona, te he cortado. Continúa.

—No pasa nada... No sé qué estaba diciendo.

—Te habías levantado de resaca.

—Ah, sí... Bueno, no hay mucho más que contar. Para serte sincera, todavía no tengo ni idea de cómo pude llegar a salir de allí. Todo está demasiado confuso en mi cabeza. Recuerdo que unos vecinos me ayudaron... Huimos en su coche...

—Bueno, da igual el modo, lo importante es que conseguiste ponerte a salvo.

—¿Sabes?, es irónico. Mi familia vino a este país hace más de quince años. Se jugaron la vida al pasar la frontera. Tratados como delincuentes por el mero hecho de ser inmigrantes... Yo no lo recuerdo, era muy pequeña. Pero ellos solo buscaban una vida mejor, poder prosperar.

—Ya me lo figuro.

—Y esos mismos que no querían que gente como nosotros entráramos son los que ahora desearían salir. Pero ya no pueden.

—Resulta bastante irónico.

—Cómo han cambiado las cosas... Ya nadie quiere entrar. No les importamos lo más mínimo. Aquí, abandonados como perros.

—Los ciudadanos de a pie nunca son los que toman la decisión de empezar una guerra; sin embargo, generalmente son los que pagan las consecuencias.

—Quizá sea así, no lo pongo en duda, pero nadie se merecía una cosa como esta.

—A mí tampoco me cabe en la cabeza que alguien sea capaz de idear algo tan retorcido. ¿Es que no les valía con reducirnos a cenizas y ya está? Creo que acabar como un animal comiéndote a tus seres queridos es la cosa más horrible que alguien se pueda imaginar.

—Y aun así, con todo, podemos decir que fuimos de los más afortunados. Seguimos vivos. Y debemos darle gracias a Dios por ello.

—Ya, bueno...

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí?

—Sí, de ti. ¿Qué me puedes contar?

—Nada en especial. Nos salvamos, algunos amigos y yo...

—Y tu hermana —agregó ella, interrumpiéndole.

—Sí, ella también —corroboró el muchacho, y continuó con su relato—: Como iba diciendo, nos salvamos gracias a que estábamos participando en una huelga de hambre. Habíamos decidido no beber durante los primeros días.

—¿Os manifestabais?

—Lo hacíamos continuamente. Cuando podíamos, claro está. Mi hermana, su novio y yo. Bueno, y algún que otro buen amigo que habíamos hecho a lo largo del tiempo. Viajábamos mucho de esa forma. Mi padre... Siempre he tenido... Bueno, hemos tenido, mi hermana y yo, siempre hemos tenido muchas peleas con mi padre debido a ello. Él es... Era muy conservador.

—Todos los padres son severos. Forma parte de su rol. Igual que el de los hijos es el de revelarse. Pero, al fin y al cabo, solo quieren lo mejor para nosotros.

—Sí, ahora me doy cuenta de eso. Mi madre siempre fue más idealista. Supongo que de ahí he sacado la vena revolucionaria. ¿Tú te llevabas bien con los tuyos?

—Oh, sí... Estupendamente. Y con mis hermanos. Yo era la única chica. Con nuestras cosillas, ya sabes, como todas las familias. Pero me tenían entre algodones, puede que incluso estuviera demasiado sobreprotegida. Mi madre siempre me enseñaba cosas de México, cosas que su madre

le había enseñado a ella, para así mantener viva la tradición y para que tuviera mis raíces bien presentes. Si hasta mi propio nombre me recuerda a diario mi origen. Pero luego, con la guerra... —Se tomó un momento para respirar hondo—. Pedíamos todos los días por las personas del mundo para que no sufrieran, para que todo acabara cuanto antes. Y aun con el miedo que se palpaba en el ambiente, éramos felices. O al menos tratábamos de serlo. Pero... ¿Sabes?, desde entonces solo han pasado cosas malas... —se le quebró la voz, y empezó a sollozar—. Y no me refiero... a la gente transformada. Esto ha sacado lo peor del ser humano. Solo desearía... que todo volviera a ser como era antes. Echo tanto de menos a mi familia...

—Eh, eh, eh... —pronunció Arran mientras se sentaba al lado de ella—. Soy plenamente consciente de lo afortunado que soy al haber podido conservar a mi hermana junto a mí, y, créeme, se me partiría el corazón si la perdiera, pero ahora tengo la grandísima suerte de haberte encontrado a ti. Estaré a tu lado para lo que necesites.

Una lágrima recorrió el carrillo bronceado de Quetzaly, pero justo antes de que se desprendiera de la piel Arran la limpió con una suave caricia. La joven de origen azteca, entonces, entornó los ojos y torció ligeramente la cabeza, y sintió el tacto de los dedos de su compañero en la mejilla. Al separar los párpados, le obsequió con una mirada profunda, sin obstáculos; las pupilas de ambos supervivientes se quedaron clavadas las unas en las otras. La distancia que había entre los dos se fue estrechando tan lentamente que el paso del tiempo, las preocupaciones, la muerte..., todo dejó de importar en aquel momento. Y se fundieron en un beso largo, sincero, y más cálido aún que el ambiente abrasador que los llevaba asediando desde el inicio de su andadura.

La pareja separó los labios con lentitud, manteniendo sus cabezas ligeramente inclinadas. Y en ese instante Arran pudo advertir una segunda gota, esta vez en la otra mejilla de Quetzaly, que por su posición ahora daba hacia el cielo. A continuación, otra gota más, en la frente, y surgida de la nada. No eran lágrimas.

—No me lo puedo creer... ¡Está lloviendo! —pronunció él.

—Es un regalo de Dios —agregó ella—. O tal vez es cosa del gran Tláloc.

—¿Tláloc? ¿Quién es el gran Tláloc?

—En la mitología azteca era el dios del rayo, la lluvia y los terremotos.

—Oye, no te lo tomes a mal, pero no creo que ese dios azteca tenga jurisdicción en este lugar.

—Eres libre de pensar lo que quieras.

—Sea como sea, me conformo con la lluvia. Espero que no haya ninguna de las otras dos cosas.

El olor a tierra mojada se fue intensificando a medida que el suelo se transformaba gradualmente en barro. A Quetzaly, por el contrario, le importaba más lo que estaba arriba. Así, abrió la boca todo lo que pudo, se la ofreció al cielo y dejó entrar la mayor cantidad de lluvia posible en ella. Saboreó cada gota fruto de la destilación natural, sintiendo mientras realizaba esa acción cómo la temperatura ambiental disminuía sutilmente. Tal vez no fueran de demasiados grados, pero sí los suficientes como para hacer más llevadera su estancia en aquel mundo reinado por la barbarie.

—Deberíamos continuar —propuso Arran.

Quetzaly se giró hacia su compañero, con el cual ya no había barreras de ningún tipo, y, después de asentir, reemprendió la marcha junto con él, sin dejar de mirar hacia las nubes.

La lluvia no cesó hasta el anochecer, y sus consecuencias se veían reflejadas en el suelo sobre el que transitaban Arran y Quetzaly. Debido a que aquel yermo había sido incapaz de absorber toda el agua caída del cielo, las zapatillas de la joven pareja se encontraban ahora completamente embarradas. Además, sus ropas estaban caladas de arriba abajo. Con un poco de suerte, a partir de ese momento, empezarían a secarse.

Él había permanecido callado durante la última hora, preocupado ante la nueva falta de conexión con su hermana y Jeff. Quetzaly, por su parte, no podía hacer otra cosa que acompañarlo en ese mutismo pesaroso. Sin una solución, le ofreció consuelo:

—Oye, no te preocupes si no ha funcionado el *walkie*, es normal. Si ya estábamos lejos antes, imagínate ahora. Esos cacharros..., no digo que sean malos, pero seguramente estarán pensados para distancias un poco más cortas.

—Ya casi no hay luz, deberíamos parar —dijo Arran, ignorando la explicación de su compañera.

—Sí, claro —contestó ella algo desconcertada—. Me parece buena idea. Las piernas me están matando.

Un relámpago iluminó momentáneamente el paraje y silueteó aquellas dos delgadas figuras en la oscuridad de la noche: dos espantapájaros con nada que ahuyentar y demasiado que atraer.

—Descansaremos aquí mismo —dijo él mientras su pie derecho dejaba una última huella en el barro.

—¿¡Cómo!? ¿Aquí? ¿En mitad de este llano? —se sorprendió ella.

—Con esta tormenta todavía rondando es demasiado arriesgado cobijarse bajo ningún árbol. Y no creo que ponerse a buscar un refugio, ahora que no hay apenas luz, sea la mejor de las ideas.

—Bueno, por lo menos tenemos buena visión de nuestro alrededor... —se consoló la muchacha.

Arran y Quetzaly se sentaron sobre el suelo mojado, uno cerca del otro, con el estruendo áspero e intermitente de los truenos como única compañía. Volvía a llover. Al momento, el muchacho empezó a oír una serie de golpes en el suelo con una cadencia casi perfecta. El resplandor resultante de una nueva descarga eléctrica le mostró la causa.

—¿¡Qué haces!? —dijo Arran, pero sus palabras fueron ahogadas por el retumbo entroncado al destello que acababa de desgarrar el cielo—. ¿¡Qué haces!? —volvió a decir, esta vez alzando la voz.

—Golpeo la tierra —contestó Quetzaly sin dejar de dar palmadas al suelo.

Los truenos, la lluvia constante que impactaba contra la tierra, el molesto viento..., en definitiva, las inclemencias meteorológicas, les obligaban a mantener la conversación en un tono por encima al que acostumbraban a hablar.

—Ya, eso ya lo veo. Pero ¿por qué?

—¿Sabías que Dios formó a Adán, el primer hombre, con barro del suelo? Nosotros fuimos hechos de la tierra.

—¿Y qué!?

—Para obtener el éxito de Dios, golpea tu cuerpo, para ponerlo en servidumbre. Me lo enseñó mi madre.

—Lo siento, pero ya te lo dije antes. Yo es que no creo en esas cosas —se disculpó Arran, realmente sorprendido de ver a Quetzaly en ese estado de trance.

—Vamos a lidiar una batalla y solo hay un medio para ganarla. Tenemos que cuidar la salvación con temblor. Golpea la tierra. ¡Golpéala! —dijo ella con una convicción fuera de lo normal.

Preocupado porque su compañera se ofendiera de algún modo si no la seguía el juego, y aunque su gesto resultaba un sí no es forzado, el muchacho elevó el brazo derecho. Acto seguido, dio una leve palmada en el barro. Le siguió otra. Y otra más... Cada vez con más fuerza, hasta acompañar el ritmo de Quetzaly.

—Golpea la tierra, ¿no? —dijo él sin poder dejar que se le escapara una tímida sonrisa.

—¡Sí! ¡Golpea la tierra! —repitió ella.

Arran se dejó llevar de tal manera que, como en un juego de niños, todo su mundo se redujo a ese instante de diversión. Los golpes eran enérgicos y continuados, hasta que... ¡Por arte del diablo, la tierra se abrió bajo sus pies! Pero la causa no fue un terremoto como había vaticinado la joven de origen azteca; de dentro salió la parte superior de un mutante. La oscuridad de la noche envolvía la escena, por lo que ninguno de los dos supervivientes, que pegaron un enorme brinco hacia atrás, fue capaz de diferenciar bien las características de aquel ser, a excepción del color de la piel, tan increíblemente blanca que llegaba a emitir un ligero brillo fantasmal.

—¡¡¡Corre!!! —gritó el muchacho mientras todavía reculaba en el suelo.

Un gran relámpago cruzó el cielo y lo alumbró todo. De esa forma, Arran pudo contemplar las espeluznantes particularidades de la criatura: los brazos, que más bien podrían ser considerados como patas delanteras, eran cortos y fuertes, y anchos, muy anchos, con grandes uñas; la boca estaba dispuesta en forma de hocico, con vibrisas que crecían a izquierda y derecha y dos enormes palas terminadas en punta que salían por debajo del labio superior; y los ojos..., eran tan diminutos que le hacían alejarse aún más si cabía de su original naturaleza humana.

El muchacho no había terminado de recuperarse del shock sufrido cuando otro de esos hombres-topo, como él los acababa de denominar improvisadamente en su cabeza, surgió de la tierra húmeda y atrapó a Quetzaly por el torso.

—¡Ahhh! ¡Ayuda! —gritó ella.

El primero de los mutantes en darse a conocer parecía no querer... o no poder sacar el cuerpo al completo del suelo, circunstancia que Arran aprovechó para esquivarlo y, seguidamente, dirigirse hasta la criatura que intentaba meter a Quetzaly bajo tierra. Ella se resistía pateando y sacudiéndose, pero sus movimientos no resultaban lo suficientemente efectivos como para zafarse de su apresador y ya empezaba a hundirse en el barro. Entonces, el muchacho clavó los talones en el lodo para de ese modo hacer tope y, a continuación, tomó su compañera por los antebrazos y tiró de ella. En ese mismo momento se dio cuenta de que sus pies resbalaban y de que a ella seguía tragándose la tierra, y entendió que esa no era la manera propicia de actuar. Arran, sin soltarla, comenzó a dar patadas hacia abajo como si quisiera sacar zumo de la cabeza de aquel endiablado ser proveniente del subsuelo. En consecuencia, el mutante se vio obligado a soltar a Quetzaly, la cual, viéndose libre, se separó a toda prisa del hoyo, seguida por su rescatador.

—¡Hay que salir de aquí! —vociferó él.

La pareja huyó alocada y frenéticamente bajo la lluvia, entre tinieblas, y con el miedo a tropezar y a ser engullidos primero por la tierra y posteriormente por aquellos engendros. De repente, una ráfaga de luz volvió a iluminar la superficie terrestre. Esta reveló un tercer enemigo, que también emergía del barro, como si hubiera sido el rayo mismo el que hubiera infundido vida al monstruo. Arran apartó a Quetzaly con un pequeño empujón y ambos esquivaron al mutante trazando un óvalo. Volvieron a juntarse nada más sobrepasarlo. Y, en ese momento, otro relámpago de gran viveza les dejó ver, en lontananza, una pequeña elevación del terreno.

—¡Hacia allí! —señaló él mientras la oscuridad le envolvía de nuevo.

A ciegas, al igual que parecían percibir el mundo aquellos seres horripilantes que los estaban acosando, Quetzaly y Arran se dirigieron a la carrera y sin descanso a la meta que se habían fijado. Durante el recorrido, un temor se apoderó del muchacho: si sus adversarios subterráneos habían adoptado el aspecto de topos, o de algo que mínimamente se asemejaba a ese animal, cada una de las nerviosas pisadas efectuadas se convertía en un reclamo, un caminito de migas de pan.

—¡No pares, por lo que más quieras! —gritó, agobiado por todos los malos pensamientos que le asediaban.

Perdieron la noción del tiempo, tanto que el trayecto hasta el altozano que habían vislumbrado al inicio de su huida se les hizo eterno. Una vez ahí, pudieron comprobar que esa era una zona rocosa. Estaban a salvo..., por el momento. Aquellos mutantes no podrían cavar a menos que sus uñas fueran de acero. Aun así, Arran y Quetzaly siguieron avanzando, siempre en progresión hacia un punto más alto, pero esta vez a un ritmo más pausado debido a la fatiga que acusaban. Cuando se vieron en un punto lo suficientemente elevado, pararon. Otro de los tantos relámpagos de aquella noche infernal se encargó de mostrarles un cambio de tendencia en el entorno. La nueva zona que se extendía delante de sus ojos, en un plano más bajo del que se encontraban, era de nuevo terrosa, aunque dejaba asomar rocas achatadas a intervalos. Por ello, Arran dedujo que lo que debía de haber bajo la superficie haría imposible a sus depredadores el acceso a ese nuevo territorio. Poco a poco esas reflexiones se fueron diluyendo en el mundo de los sueños hasta que el muchacho finalmente cayó rendido en el regazo de Quetzaly.

Gotas de sangre caliente caían con una cadencia exageradamente lenta desde lo alto del roble en el que se encontraba Nairna. La muchacha debía de haberse lastimado con algún movimiento involuntario durante la noche, y la trampa de metal, en consecuencia, habría rasgado la herida en su pierna. Pese a ello, había conseguido conciliar el sueño a intervalos. Fue ya durante la somnolencia de la mañana cuando su sistema olfativo pareció detectar el olor a muerte, pero Nairna no tenía la más mínima intención de averiguar si ello provenía de la incipiente putrefacción de su pierna o era solo su imaginación alterada por las reminiscencias de alguna pesadilla. Incluso si pertenecía a algo que la tormenta de la noche anterior hubiera arrastrado con la furia del viento, debía esperar. De esa forma, la joven malherida continuó con los ojos cerrados, prolongando su letargo, evocando irremediamente los recuerdos desagradables que esa peste solo podía traer consigo...

El aire se enrarecía a medida que iban acercándose a la frontera. Cuando el olor se volvió demasiado desagradable Arran se coló entre los dos asientos delanteros, extendió el brazo y presionó el botón de recirculación del aire acondicionado, y cerró así todos los conductos que dejaban entrar el aire del exterior.

En el cerebro de Nairna empezaron a formarse imágenes de pilas de cadáveres repartidas a lo largo y ancho de la ciudad fronteriza. ¿Qué otra cosa podía ser si no? De lo que no cabía duda era de que el calor debía de estar acelerando el proceso de putrefacción, y el viento proveniente del oeste solo hacía que ayudar a extender ese olor nauseabundo.

—Tuerce aquí para rodear Eagle Pass —dijo Arran.

Ella giró el volante hacia la izquierda y tomó el desvío.

—¿Cómo sabremos el mejor punto para cruzar? —preguntó Jeff.

—No lo sé. Tendremos que guiarnos por nuestra intuición —respondió el dueño del vehículo.

No llevaban más de tres kilómetros recorridos por esa nueva carretera cuando vieron aparecer un coche en sentido contrario, el cual comenzó a darles, ya en la distancia, ráfagas mientras mantenía el claxon accionado. El efecto Doppler provocó que el pitido se fuera haciendo más agudo según se aproximaban ambos vehículos. Al cruzarse, las miradas de los tres jóvenes se dirigieron a las ventanillas de aquel Honda Civic blanco. Tenía todo el lateral raspado y abollado, y le faltaba más de la mitad de las lunas y también el espejo exterior izquierdo. Dentro iba lo que parecía ser un matrimonio con sus dos hijos. Indudablemente, les estaban advirtiendo de algo importante... Pero ¿de qué? Pronto la señal acústica empezó a tornarse cada vez más grave hasta perderse junto con el automóvil por el horizonte.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Nairna.

Arran posó la mano en el hombro de su hermana y le previno:

—Ve con cuidado.

Ella asintió sin articular palabra y agarró el volante con fuerza, como si ello le ofreciera más seguridad, y continuó conduciendo con sus cinco sentidos puestos en la carretera.

El resto del trayecto se mantuvo sin ningún suceso desafortunado o que entrañara peligro. Sin embargo, todo cambió cuando a Nairna, Jeff y Arran les tocó atravesar el tramo que dividía la mitad norte de la sur de la pequeña localidad de Rosita, el cual lo formaba la carretera de El Indio. Ahí, una jauría de personas encolerizadas y con incipientes mutaciones en sus cuerpos se echó a la carretera al ruido de la *pick-up*.

—¡Sigue, sigue, no te detengas! —dijo Jeff hincando las uñas en la tapicería del asiento.

—¡Los mataré...! —advirtió Nairna con preocupación.

—¡Si paras serán ellos quienes nos maten a nosotros! —contestó el ocupante del asiento trasero.

El joven rubio puso la mano sobre la de su novia para ayudarla de esa manera a fijar la dirección, y alegó:

—Es la única opción.

Aunque la muchacha asintiera con templanza, en realidad era un manojo de nervios. Mantuvo estable la velocidad, y se decidió a no cambiar el rumbo ni a frenar pasara lo que pasara. Tras ello, el parachoques golpeó al primero de los mutantes, lo cual provocó que a Nairna se le desencajara la mandíbula a causa del susto. Cuando aún no se había recuperado de la impresión, se produjo el siguiente impacto. Esta vez la sangre salpicó la luna delantera. Y, así, se fueron sucediendo tantos atropellos como mutantes se abalanzaron contra el vehículo.

La joven conductora y sus dos seres más queridos continuaron viajando por la polvorienta y solitaria carretera de El Indio, mudos, sin nadie en su camino. El ambiente era tenso como pocos. Por fin, tras echar una ojeada al mapa en la pantalla de su *smartphone*, Arran habló:

—Por aquí puede valer. Parece que estamos lejos de todo. Desvíate en el primer camino que veas.

Nairna giró el volante en cuanto tuvo oportunidad y se topó con la puerta de entrada a un rancho.

—¿Y qué pasa con esa puerta!? —preguntó ella, todavía con el pie en el acelerador.

—¡Derríbala! —se apresuró a contestar su hermano.

La conductora dirigió la *pick-up* contra aquella puerta de madera blanca con forma de valla y la rompió en mil pedazos, y siguió conduciendo por el camino rectilíneo de tierra al que había accedido ilegalmente. Cuando dicho camino llegó a su final (tan solo un par de kilómetros después), Nairna pisó el freno, y al igual que si hubiera echado un ancla por la ventanilla, el vehículo se clavó en el sitio. Los dos ocupantes de los asientos delanteros miraron hacia el trasero; sus respiraciones eran ruidosas.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jeff.

—Sí, ¿qué hacemos? —añadió ella.

—Está bien. Yo llevaré la escopeta. Soy el que mejor sabe usarla, que tampoco es que se diga mucho. Vosotros coged el machete. Y luego corred como no lo habéis hecho en vuestra vida. Si nos topamos con alguno de esos monstruos estamos jodidos.

—De acuerdo —aprobó la muchacha.

Arran salió del vehículo en dirección al maletero y ahí se apropió del arma de fuego. Seguidamente se llenó los bolsillos con algo de munición. También agarró el cuchillo y lo sostuvo en alto. Su mirada pasó de los ojos de Nairna a los de Jeff.

—Dáselo a ella —dijo el joven rubio.

Después de que Arran entregara el arma blanca a su hermana, iniciaron la carrera hacia la salvación. Una carrera que se vio acompañada por el sonido repentino de las hélices de un helicóptero que sobrevolaba la zona.

—¡¡Eh, aquí, ayuda!!! —gritaron los tres al mismo tiempo, sin dejar de mover las piernas y mientras agitaban los brazos en el aire.

El aparato pasó de largo y, por ello, Nairna tuvo dudas de que los hubieran avistado. O a lo mejor es que, simplemente, tenían cosas más urgentes en las que reparar. Ella no sabía nada sobre helicópteros, pero entendía que la gran envergadura de aquella aeronave se debía a que estaba destinada al transporte militar pesado. Y como se había dicho mil veces a sí misma en las decenas de manifestaciones y protestas a las que había asistido: «*Cuando veas a los militares desplegarse es que algo gordo está pasando. Mejor, corre*». Y la verdad es que la situación no era para menos.

—¡Da igual, sigamos! —mandó Arran.

Según se fueron acercando a la frontera, el muro que separaba los Estados Unidos de América de México empezó a desvelarse ante los ojos ilusionados de los tres jóvenes. Aquella pared era inexpugnable, o así se le antojó a Nairna, sobre todo ahora que era ella quien debía remontarla. Y al pie de la barrera artificial se alojaba el río Bravo.

—¿¡Qué hacemos!? —La muchacha observó cómo los extremos del muro se perdían en el infinito a derecha e izquierda. Allí no había militares, ni equipos de salvamento, ni nada de nada.

Arran se quedó con cara de completo imbécil, sin decir nada. Y justo en el momento en que parecía que iba a articular una palabra, otro helicóptero, esta vez de la Policía Federal, hizo aparición en escena. Llegaba desde el lado mexicano. El sonido de rotación de las palas surgió de sopetón, justo cuando la aeronave rebasó la barrera acústica que suponía el inmenso muro. El aparato llevaba apoyados sobre los dos patines de aterrizaje sendos tiradores, amarrados con arneses y portando en sus brazos fusiles automáticos. Vigilaban la frontera desde las alturas igual que dioses todopoderosos.

—¡Vamos, tenemos que nadar hasta la otra orilla! —apremió el muchacho, y tras lo cual dejó la escopeta en el suelo y se metió en el río.

Nairna y Jeff siguieron a su hermano y amigo, respectivamente. Y en cuanto el agua empezó a cubrirles por encima de la cintura, echaron a nadar. Entonces, desde los cielos, el helicóptero les advirtió por megafonía con un marcado acento mexicano:

—Les habla la Policía Federal de México. Está terminantemente prohibido el paso a través de la valla. Dense la vuelta.

Los tres nadadores se detuvieron en mitad del río Bravo.

—¿Qué dice? —preguntó Jeff en voz alta; el agua en las orejas le impedía oír bien.

—¡No lo sé! —contestó Arran mientras intentaba mantenerse a flote.

El cada vez más cercano sonido de la hélice solapaba la megafonía:

—Repetimos: queda declarado el estado de sitio. Retírense o, en caso contrario, abriremos fuego.

—¡Tenemos que darnos la vuelta! —explicó Nairna, tras aguzar bien el oído.

—¡No, no, no! ¡Hay que seguir! —dijo su hermano, exaltado.

—Última advertencia. No nos obliguen a disparar —volvió a informar el sonido metálico de la megafonía.

Arran hizo caso omiso a la orden y reanudó la marcha en un acto desesperado por llegar a la otra orilla; Nairna y Jeff le siguieron. Ninguno de los tres había dado más de cuatro brazadas

cuando una ráfaga de balas impactó en el agua, justo al lado de ellos. Nairna presumió que, tratándose de tiradores profesionales, si habían fallado no había sido por error. Se trataba de un aviso contundente, por lo que, a buen seguro, la siguiente vez sería certera y, consecuentemente, letal. La muchacha se imaginó que su novio también era consciente de la fatídica resolución que se produciría si no variaban el rumbo; Arran, en cambio, parecía no querer enterarse de la realidad a la que se estaban enfrentando. De ese modo, Jeff y ella no tuvieron más remedio que agarrar por la camiseta al tercer miembro de la cuadrilla y obligarle a nadar en sentido opuesto.

—¡Noooo! —gritó Arran sin dejar de agitar las extremidades. La salvación estaba a tan solo unos pasos que, sin embargo, eran de gigante.

—¡No seas cabezota! —se enojó ella.

—¡No...! ¡No...! —pataleó el muchacho, pero enseguida se tuvo que resignar y dejó de oponer resistencia. Lo llevaron de vuelta hacia la ribera por la que había venido.

Nairna y Jeff se vieron acuciados por el constante y ensordecedor sonido de la hélice que giraba sobre sus cabezas, pero el aire que aquellas palas desprendían hacia abajo levantaba tal nube de agua que lo único que conseguía era dificultarles la retirada. Resultaba imposible respirar con normalidad. Un hecho que agravaba el ya de por sí tremendo esfuerzo físico al que se estaban viendo sometidos. Cuando, por fin, alcanzaron la orilla y se pusieron en pie, notaron cómo sus ropas empapadas por las aguas del río Bravo añadían una carga extra a su huida de las autoridades mexicanas. Nairna no pudo evitar pensar con ironía que, y usando la misma expresión despectiva que solían emplear algunos de sus compatriotas, ellos mismo se habían convertido en unos espaldas mojadas. Ahora eran unos jóvenes norteamericanos que intentaban traspasar ilegalmente el muro que su propio gobierno se había encargado de construir.

—Aléjense. O dispararemos —sonó otra vez por la megafonía.

Arran recogió la escopeta del suelo y, junto con Jeff y Nairna, deshizo el camino andado. Corrieron apresuradamente vigilando sus espaldas, temerosos de que les dispararan desde el helicóptero, pero sin perder de vista los flancos ni el frente (el encontronazo con alguno de esos monstruos originados por las armas bacteriológicas podría ocurrir en cualquier momento).

Una vez los tres supervivientes, sin obstáculos añadidos por el camino, llegaron a la camioneta, Arran tomó posesión del volante. Su hermana se posicionó a su derecha, y Jeff en el asiento trasero. Entonces, las ruedas levantaron una gran polvareda mientras el conductor se desentendía de todo lo que tuviera que ver con aquella maldita frontera.

—¿Adónde te diriges? —preguntó Nairna, todavía intentando colocarse en su asiento.

—No-no lo sé. No puedo pensar —balbució su hermano.

—Conque equipos de salvamento... —dijo Jeff desde la parte de atrás—. ¡Nos querían matar, joder!

—¡Ya lo sé, ya! ¡Mierda! —Arran dio un golpe al volante—. Están acojonados de que la infección pase al otro lado.

—No me extraña —dijo la muchacha—. ¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora?

—Jeff... —consultó el conductor.

—No lo sé, tío. ¿Y si vamos a Canadá?

—¿Canadá? Eso son más de dos mil putos kilómetros, con sus correspondientes paradas. No llegaremos con vida.

—Sí que lo haremos.

—¿Y qué te hace pensar que no nos recibirán de la misma manera?

—No hay un muro.

—¿¡Un muro!? No importa el muro, el ejército estará vigilando.

—Son aliados

—Sí, es cierto —injurió Nairna.

—¡No se van a arriesgar, maldita sea! Matarán a todo aquel que suponga una amenaza.

—Pero nosotros no somos una amenaza —dijo otra vez Nairna.

—Eso ellos no lo saben. Eso sin contar con que desconocemos si allí estarán a salvo.

—Las noticias no decían nada.

—Las noticias pueden decir lo que quieran. Si Europa, en principio, se ha visto afectada de algún modo, no veo el motivo por el que allí arriba se hayan ido de rositas.

—¿Qué te ha hecho cambiar tan de repente? —habló esta vez Jeff.

—¿¡Que qué me ha hecho cambiar!? Pues que daba por descontada la ayuda. Esto se ha pasado a ser la ley del más fuerte.

—Vale, vale, puede que lleves razón, pero tiene que haber algún punto de socorro al que acudir. No pueden dejar a los supervivientes a su suerte.

—Sí, si esto ha afectado hasta a las instalaciones militares. Ya escuchaste cuando vinimos: más de la mitad de la población. Bastante más. Estamos bien jodidos.

—Ya veo... ¿Y qué otra alternativa se te ocurre, tío?

—Haced el favor de buscar en internet, a ver si hay más noticias.

Nairna y Jeff se concentraron en sus *smartphones* mientras Arran seguía conduciendo. Durante la espera el muchacho encendió la radio: ni un maldito noticiario de emergencia, ni una mísera grabación informativa puesta en bucle... Nada.

—No me funciona. —La muchacha aporreó la pantalla de su teléfono.

—El mío tampoco —coincidió su novio.

—Intentad llamar al nueve uno uno —insistió el conductor.

—Qué va. No hay línea. Están *KO* —explicó Jeff.

—¿¡Pero qué coño está pasando!? —bramó Arran, y pegó un golpe (otro de los tantos que ya llevaba en su cuenta particular) al volante. Centrado de nuevo, dio una bocanada de aire y se calmó—. Vale, está bien, a ver qué os parece... Dijeron de alejarse de los núcleos urbanos, ¿cierto?

—Cierto —contestaron sus dos acompañantes casi al mismo tiempo.

—Yo voto por alejarnos lo más posible de la civilización. Buscar un lugar en mitad de la nada, donde no encontremos a nadie, y aguantar ahí hasta que pase todo.

—También podríamos buscar un sitio en el que resguardarnos —propuso su camarada.

—¿Un sitio? ¿Como cuál? Hasta el más pequeño de los pueblos estará infestado. Sí, podemos buscar una casa de campo aislada, pero incluso la más lejana estará siempre cerca de algo. Son como animales, parecen que nos huelen, ¿es que no lo has visto? ¿¡Cuánto tardarán en llegar adonde nos resguardemos!? Eso sin contar con que no tenemos ni idea de lo que nos encontraremos dentro. Ya viste lo que pasó en casa de mis padres.

—¿Y un refugio subterráneo? —sugirió Nairna.

Arran buscó los ojos de su hermana y, ya casi más pendiente de la conversación que de la carretera, preguntó:

—Sí, eso ya lo había pensado, es buena idea, pero ¿¡dónde narices hay uno!?

—No lo sé, hay casas que los tienen, y más desde que con la guerra se disparó la locura por los refugios nucleares —le respondió ella.

—¿Tú, Jeff? ¿Sabes de alguno?

—Qué va, tío. Ojalá.

—Veo varios problemas. El primero es que no podemos ponernos a buscar de aquí para allá como pollos sin cabeza. No duraremos ni medio segundo. Ponerse a buscar al tuntún entre las casas significa una muerte instantánea. Y segundo, ponte que tenemos la grandísima fortuna de dar con un refugio a la primera, ¿qué pasaría si hubiera alguien!? ¿De verdad piensas que nos dejarán entrar!? «*Hola, ¿nos dejan pasar?*». Sí, claro. Ni de coña. No se arriesgarán a ello. Lo más probable es que nos peguen un tiro nada más vernos.

—Pero... —La muchacha se quedó sin palabras al ver su plan echado al traste. Soltó lo primero que se le vino a la mente—: ¿Y si buscamos a más supervivientes que estén en nuestra situación?

¡Estamos solos en esto, Nairna! —Arran pronunció el nombre de su hermana con dureza, y se desentendió por completo de la carretera por un momento para sostenerle la mirada. Enseguida volvió a centrar la atención en la vía y habló al aire—: Jeff, explícaselo tú.

—Tiene razón, Nair, tenemos que cubrirnos nuestras propias espaldas. Hay que alejarse lo máximo posible de cualquier peligro. —El joven rubio apoyó la palma de la mano en el hombro de su novia.

—Buscar más supervivientes... —pensó en alto el conductor, con sorna. A continuación, habló de forma normal—: No quiero sonar aguafiestas, pero ¿qué crees que pasará si tarda mucho la ayuda, eh!? ¿Cuando empiecen a escasear los alimentos?! Nosotros somos familia, pero cualquier otra persona te matará por una puta lata de judías. —Arran iba subiendo el tono a medida que las palabras salían por su boca—. ¿Qué te crees que pasaba en los campos de concentración nazis!? ¿O en los gulags rusos!? Eran los propios prisioneros los que recurrían al canibalismo, no había piedad, y no se comían precisamente a los cadáveres. Pero eso no lo cuentan en ningún libro de historia...

—¡Está bien, ya lo he entendido! —gritó Nairna.

Un silencio fulminante se adueñó de aquel vehículo sin rumbo fijo.

—Oye, solo digo que la gente hace cosas inimaginables en situaciones extremas —rompió la quietud el muchacho al volante, ahora con voz más serena y amigable—. Mira, ahora todo es un caos, pero en algún momento tendrán que enviar a los Cascos Azules o cualquier otro tipo de ayuda internacional. No pueden dejar a los supervivientes a su suerte eternamente. Y cuando llegue esa ayuda, estaremos esperando.

—De acuerdo —accedió su hermana.

—Cuenta también conmigo. Somos un equipo. Además, tenemos un arma para defendernos. Eso sí, necesitaremos comida —expuso Jeff.

—Escuchad, a la camioneta no le queda demasiada gasolina. Tenemos que repostar sí o sí. El plan sería: hacer una parada en la primera gasolinera que parezca más o menos tranquila, llenar el depósito, llevarnos todo el alimento que podamos y, antes de todo eso, esperar que no haya ninguna de esas cosas al acecho —explicó Arran.

—Y si las hubiera, escapar antes de que nos maten —añadió Jeff.

—Luego buscaremos el lugar más recóndito del estado de Texas que nos podamos imaginar y aguantaremos hasta que los equipos de salvación aparezcan —terminó de razonar el conductor. Acto seguido, giró la cabeza hacia su hermana—. ¿Te parece bien?

Y tras el asenso de ella, el viaje continuó sin más palabras.

Nairna vigilaba con intranquilidad aquella carretera dejada de la mano de Dios donde no había más que polvo y hierbajos, pero lo que de verdad la angustiaba era la amenaza constante del

indicador de combustible al que se veía sometida la conducción de su hermano. Lo cierto es que no fueron muchos los kilómetros de vuelta por aquella carretera, la de El Indio, hasta que el vehículo se introdujo de nuevo en la población de Rosita, y, entonces, los primeros mutantes empezaron a hacer acto de presencia, corriendo como kamikazes hacia la *pick-up*.

—¡Ahí hay una! —señaló Jeff.

Los dos hermanos tuvieron que esperar a que la distancia se redujera para poder apreciar la concha amarilla y roja característica de las estaciones Shell. Al llegar a dicha estación de servicio, el conductor pasó de largo sin dedicarle la más mínima atención.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —preguntó el joven rubio.

—No vamos a parar ahí ni de coña.

—¿¡Y si la siguiente está peor!?!

—No sé cómo estará la siguiente, lo que sí sé es que esta zona está llena de esos monstruos. No duraremos ni medio segundo ahí fuera.

—Pero, Arran, la gasolina... —advirtió su hermana.

—Nos dará para llegar hasta la siguiente. Y si no, pues robaremos un maldito coche, pero no voy a parar en este sitio. Me niego.

Nairna era consciente de que su hermano tenía razón, sin embargo, el ansia por ponerse a salvo de aquel mundo hostil podía con ella. Sus talones inauguraron una especie de baile contra el reposapiés. A pesar de que intentó contenerlos presionando sus muslos contra el asiento, no lo logró. Arran, que seguía conduciendo como si nada, echó una ojeada de refilón y posó la mano derecha sobre la pierna de su hermana.

—Tranquila.

A partir de ese momento, el silencio cobró protagonismo. Ese mismo silencio derivó en que la mente de la muchacha comenzara a dar rienda suelta a los miedos de esta, siendo el mayor ellos quedarse tirados y servir de cena a alguno de aquellos monstruos. Si eso llegaba a pasar, sería una orgía de vísceras y sangre. El estómago se le revolvió. Y cuando estaba a punto de obligarse a sí misma a no pensar más en ello, de pronto, ella y sus dos camaradas divisaron otra gasolinera. Se encontraba en algún lugar entre las poblaciones de Rosita y Las Quintas Fronterizas, a tan solo cinco kilómetros de la anterior. Y no parecía haber ninguna actividad a su alrededor, ni viviendas cercanas tampoco. Solo se veían unos cuantos coches aparcados, sin ocupantes.

—Nair, quédate repostando la camioneta.

—No, Arran, yo también voy.

Él le sostuvo la mirada sin decir nada.

—Necesitamos coger todo lo que podamos —insistió ella.

El muchacho al volante giró el cuello hacia el asiento trasero, desde donde su compañero le mostró un gesto de asenso. Arran volvió a mirar a su hermana y asintió de mala gana.

—Está bien... Pero esperadme a entrar. Yo iré delante con el arma.

Al oír esas palabras, Nairna se palpó la cintura. Todavía llevaba el machete que se había guardado al intentar pasar la frontera. Dejó que continuará ahí.

—Si vemos que la situación se pone muy fea, regresamos sin pensarlo. No hagáis ninguna estupidez —aclaró el dueño del vehículo.

—Pues claro. No te preocupes por eso —contestó su amigo.

Arran aparcó en la primera dársena con la que se topó y salió de la camioneta, escopeta en mano, seguido por sus dos compañeros. Lo primero que hizo fue encorvarse para inspeccionar, desde su posición, los pocos vehículos que estaban estacionados junto al resto de surtidores de

combustible. No había ni rastro de los respectivos dueños, ni dentro ni fuera. El muchacho, entonces, abrió la tapa del depósito de su *pick-up* e introdujo el boquerel por el orificio. Tras ello, accionó el seguro del gatillo para dejar la gasolina correr por sí sola, despreocupándose así de esa tarea y ganando un tiempo valiosísimo. A continuación, se vació los bolsillos de cartuchos mojados y los reemplazó por los primeros secos de los que echó mano en el maletero.

—Detrás de mí —ordenó a Jeff y Nairna.

Los tres supervivientes se dirigieron hacia la tienda de la cadena *Stripes* que estaba junto a aquellos solitarios dispensadores de gasolina, y aunque la mayoría de las cristalerías de la entrada principal se encontraban rotas, las puertas, al detectarlos, se abrieron automáticamente, invitándoles a descubrir las consecuencias del ataque bacteriológico. La primera visión que tuvieron no pudo ser más espantosa: estanterías volcadas, productos desparramados por el suelo, y los cristales de las cámaras frigoríficas llenos de restregones de sangre, además de algún que otro resto humano esparcido por el establecimiento.

—Oh, Dios mío... —dijo Nairna, sobrecogida, y tras lo cual deslizó el machete fuera de su cintura.

Y fueron esas tres palabras, precisamente, las que alertaron a un par de aquellas criaturas de las que tan insistentemente ella, su hermano y su novio trataban de escapar. Una de ellas se levantó de entre los estantes. Era un hombre alto y obeso, o por lo menos lo había sido en una vida anterior, y lo más parecido a un oso que Nairna se podía imaginar. Su cuerpo orondo estaba cubierto por una camisa corta de cuadros y un pantalón vaquero desgastado. El otro de los dos seres deformes había aparecido de detrás de un mostrador de comida rápida mexicana. Se trataba, inconfundiblemente, de una de las trabajadoras del establecimiento. Vestía un delantal verde encima de un polo amarillo, y se tapaba la cabeza con una gorra del mismo color, pero lo que había dentro de ese uniforme, incluida la boca sobredimensionada, daba auténtico pavor. Arran blandió el arma hacia el más grande, y cercano, de sus dos oponentes. Y disparó. Atinar tendría que haber sido relativamente fácil dada la corpulencia de aquel engendro, pero el retroceso hizo la escopeta casi se le escapara de las manos y el cañón se desviara, lo cual provocó que solo acertara a su objetivo de refilón. Parte del vientre del mutante salió volando en pequeños trozos de carne que pintaron de rojo la pared. La amenaza aún seguía activa, pero al menos Arran había logrado ganar un poco más de tiempo. A continuación, y obligándose a hacerlo con más seguridad, el muchacho apuntó a la dependienta y apretó el gatillo. Los perdigones impactaron de lleno sobre el pecho y la cara de la mujer mutada, y la hicieron caer al suelo por detrás del mostrador.

—¡Arran, cuidado! —gritó Nairna; su seguridad empuñando el machete contrastaba con la tiritera a causa del miedo.

Un tercer mutante, el cual también parecía ser un antiguo empleado de la tienda o, más bien, un gerente, ya que vestía camisa azul en vez de polo amarillo, salió de una puerta abierta que, presumiblemente, daba a la trastienda. Nada más verlo, Arran se apresuró a sacarse un par de cartuchos del bolsillo, sin embargo, el temblor de sus manos le imposibilitó recargar la escopeta. El monstruo se aproximó a él, torpe pero inexorablemente, tropezando con algunos de los obstáculos que estaban tirados por el suelo. Mientras eso ocurría, el otro mutante, el de aspecto de oso, terminaba de recuperarse del disparo en el abdomen. Sin embargo, Arran estaba tan centrado en poder encajar los cartuchos en el cargador que no se dio cuenta de que la amenaza estaba ya casi a su altura. Entonces, el joven rubio arrebató el machete de las manos a su novia y se abalanzó sobre el mutante de camisa azul, justo antes de que llegara a tocar a su amigo.

—¡¡¡No!!! —chilló Nairna.

Jeff clavó el cuchillo insistentemente en el pecho de su adversario, pero no consiguió más que medias estocadas.

—¡Dale más fuerte! —volvió a chillar la muchacha, a falta de una solución más útil que llevar a cabo.

—¡Ya lo hago! —dijo él.

La transformación se había encargado de endurecer la epidermis de aquel horrendo ser, haciéndola mucho más dura que la de un ser humano. En un momento dado, el mutante consiguió tirar a Jeff contra el suelo y colocarse encima de él. La diferencia de fuerza era abismal. Nairna, movida por un arrebató, salió corriendo hacia ellos y agarró al monstruo por la espalda, y, así, le propinó continuos golpes en la cabeza. Pero ese ataque no surgió efecto alguno más allá que el de incordiar. Justo en ese instante, y con sus manos todavía temblorosas, Arran consiguió cargar la escopeta. Rápidamente apuntó hacia el mutante que intentaba acabar con la vida de Jeff: imposible acertarle sin herir a alguno de sus dos compañeros. Acto seguido, fijó el punto de mira en su otro enemigo, que se había repuesto ya por completo del disparo anterior y volvía a la carga. Arran tensó los músculos, aguantó la respiración... ¡Y esta vez no falló! El tiro dio de lleno en el blanco; asombrosamente, aquel mutante tan grande como un oso continuó en pie. El muchacho se vio forzado a dar un par de pasos al frente para que la violencia del siguiente impacto fuera mayor. Entonces, utilizó el segundo disparo consecutivo que le permitía su arma y destrozó de una vez por todas a aquel ser de pelaje pardo. Con presteza, se volvió hacia sus compañeros: seguían en apuros. El mutante de camisa azul se revolvía en un intento infructuoso por deshacerse de Nairna mientras sus dientes se aproximaban a la carne blanca de Jeff: demasiadas tareas al mismo tiempo, incluso para un engendro de fuerza sobrehumana. En una de las ocasiones en el que el mutante abrió la boca al máximo, el joven rubio dirigió con ímpetu el machete hacia dicha cavidad oral. La hoja del cuchillo chirrió al deslizarse contra los dientes del monstruo y atravesó el paladar hasta detenerse en algún punto indeterminado del cerebro.

—¡Echaos a un lado! —ordenó Arran a la vez que cargaba de nuevo la escopeta de su padre.

Nairna y Jeff rodaron por el suelo. Una vez se encontraron a una distancia prudencial, se convirtieron en espectadores de la impactante imagen del mutante intentado sacarse el arma clavada en su propia cabeza. Por su parte, Arran, desde el otro lado del establecimiento, apretó el gatillo sin contemplaciones y permitió a su enemigo dejar de preocuparse más por el dolor.

Los tres supervivientes dedicaron un breve lapso de tiempo a recuperar el aliento. Mientras lo hacían, Nairna se quedó mirando fijamente a su hermano, más en concreto a la escopeta que descansaba en el regazo de este. Él se dio cuenta.

—¿Qué?!

—Si te viera papá, fliparía.

—Déjate de coñas y poned atención. Coged solo productos no perecederos. Snacks, conservas, si las hay, y botellas de plástico. Que sean de las grandes. Ah, y bolsas. Cuantas más, mejor. —El muchacho echó a andar hacia la puerta que debía de dar a la trastienda.

—¿Adónde vas? —preguntó Jeff.

—Vosotros haced lo que os digo. Ahora mismo vuelvo.

Nada más sobrepasar el umbral, Arran comprobó que el terrorífico espectáculo continuaba en el pasillo al que acababa de acceder. Las paredes rebozadas en sangre le alertaron del peligro, como bien se vio reflejado en cuanto abrió una de las puertas y se dio de bruces con un nuevo mutante, que no era ni más ni menos que otro antiguo empleado de Stripes. Afortunadamente, el muchacho tuvo tiempo de reacción y, antes de que su mutado enemigo le llegara a echar el guante,

le disparó a bocajarro. Fue una muerte instantánea. Tras ello, recargó su arma al mismo tiempo que pedía en voz baja porque no hubiera más de aquellos feroces seres; ya casi no le quedaban cartuchos en el bolsillo, y el resto se habían quedado en la camioneta. Inspeccionó velozmente el despacho en el que se hallaba. No había nada de utilidad salvo un botiquín de pared. Lo abrió y echó todo el contenido en la mochila, sin discriminar ninguno de los productos. Y volvió al pasillo. Ahí se encontró a su hermana de sopetón. Arran levantó el arma instintivamente, y estuvo a punto de disparar. En cuanto se percató de quién era la persona que se encontraba frente a él, respiró aliviado, pero seguidamente se enfadó:

—¿¡Estás mal o qué te pasa!? ¡Casi te vuelo la cabeza!

—Oí un disparo. Ha sido otro disparo, ¿no? ¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Nairna.

—¡Maldita sea! ¡Sigue con lo que te he dicho!

Después de que la muchacha abandonara el pasillo, Arran se acercó a la siguiente puerta que había en ese espacio alargado y estrecho. Y la abrió. Era un pequeño cuarto destinado a los productos de limpieza. Sin pensárselo dos veces, se lanzó a coger los repuestos de jabón líquido. Uno tras otro, todos fueron a parar al interior de la mochila. Cuando esta estuvo a punto de reventar, el muchacho cerró la cremallera tirando de ella con fuerza. Y, sin pensarlo más, empezó a apartar con decisión los diferentes envases y cajas hasta dar con la lejía. Había un par de botellas exactamente iguales, juntas como dos hermanas siamesas. Arran sostuvo una de ellas en el aire mientras la meneaba: su contenido no llegaba ni a un cuarto. Levantó la segunda: esta estaba a estrenar.

—Perfecto —se dijo a sí mismo en voz baja para darse ánimos. Y, sin más dilación, salió al encuentro de sus compañeros.

El joven rubio vio entrar a su amigo con la botella entre las manos. Su primera reacción fue preguntar:

—¿Para qué es eso?

—Luego os lo explico.

Tanto Jeff como Nairna se habían apropiado cada uno de dos grandes cestas de plástico con el logo del establecimiento, tan llenas que hundían sus hombros a causa del peso. Inmediatamente, los tres supervivientes salieron del establecimiento, esta vez usando los huecos entre las cristalerías rotas y sin esperar a que las puertas automáticas les cedieran el paso. A efectos prácticos, era lo mismo. Nada más pisar el cemento de la estación de servicio, descubrieron un montón de aquellos seres producto de las armas biológicas a ambos lados de la carretera, y los cuales se dirigían hacia ellos. Corrían enrabiados; varios de ellos iban campo a través.

—¡Rápido! —gritó Arran. Él, con mucha menor carga de peso que sus camaradas, se adelantó y quitó el boquerel de la boca del depósito. A continuación, abrió la puerta trasera más cercana a su posición y arrojó la mochila, la escopeta y la botella de lejía dentro del vehículo. En cuanto su hermana y Jeff llegaron, les ayudó a meter las cestas con las provisiones también en el interior.

—¡Arranca! —ordenó Nairna sin dejarle terminar la tarea.

El muchacho se apresuró a encender el vehículo. Y esperó, impaciente. En cuanto oyó el ruido de la puerta trasera cerrarse, pisó el acelerador a fondo. Durante la huida, algunos de los mutantes golpearon la carrocería y las lunas, pero eso solo duró hasta que la *pick-up* cogió velocidad.

—¡Menos mal! —exteriorizó su alivio Nairna mientras se colaba como una lagartija entre los respaldos de los asientos delanteros y tomaba posesión del del copiloto. De ese modo, dejó algo de espacio a su novio entre tanto bulto como había ahí detrás.

—¡Ya te vale, tío, ¿para qué se supone que querías la lejía?! ¡Podían haberte matado! —le

recriminó Jeff a Arran.

—¡Sí, ¿tanta prisa te corría?! —agregó la muchacha.

—Escuchad, una vez que gastemos todo lo que hemos cogido, tendremos que beber agua de algún lado. Con solo un par de gotas de lejía se puede purificar hasta un litro.

—¿¡Beber lejía!? ¿¡Estás chalado?! —se quejó ella.

—No nos vamos a beber toda de una vez, solo un par de gotas.

—¿¡Y tú cómo sabes eso!?

—No lo sé... No lo recuerdo... ¡Oye, ¿me vas a hacer un interrogatorio ahora o qué?! Supongo que lo aprendí cuando papá me apuntó de pequeño a los Boy Scouts, o lo habré leído, no tengo ni idea.

—¡Está bien, está bien...!

—¡Al fin... Gracias! —El conductor enfatizó esas palabras al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

El silencio que se creó a partir de ese momento se vio pronto interrumpido por las palabras de Jeff:

—Bueno, ¿y adónde vamos ahora exactamente?

—Al sitio más recóndito que se os pueda pasar por la cabeza.

—¿Y eso es...?

—Ir hacia el oeste sería una auténtica temeridad, no aguantaremos el intenso calor por mucho tiempo. Y la parte este está demasiado poblada, eso será como una ratonera. Creo que la mejor opción sería quedarnos en algún punto intermedio de la meseta de Edwards, quizás un poco más al norte.

Nairna giró la cabeza hacia atrás en busca de la aprobación de su novio. Y así se lo hizo saber él moviendo la cabeza arriba y abajo. Había acuerdo.

Algo rozó los escuálidos dedos de la muchacha apresada, y de ahí que esta, llevada por un acto reflejo, encogiera súbitamente el brazo, que había colgado falto de actividad durante las últimas horas. Nairna se despertó como si alguien hubiera hecho sonar una alarma a un centímetro de su oreja. Ansiosa, echó la vista al suelo, y ahí es cuando descubrió a un mutante que intentaba trepar por el árbol. Por suerte, parecía que no era capaz de ascender; solo lograba arañar la corteza del mismo modo que un perro puesto sobre las patas traseras y dando brincos para atrapar un pajarito.

—¡Jeff, Jeff, despierta!

El joven rubio abrió los ojos de golpe; su corazón pasó del reposo absoluto a una frecuencia cardíaca máxima en menos de un segundo. Con urgencia desanudó la cuerda que lo mantenía sujeto a las alturas y sacó el machete.

—¿¡Qué vas a hacer!?! —se preocupó ella

—¿¡Tú qué crees!?! ¡Mantenerlos a raya!

El plural de la repuesta alarmó, aún más si cabía, a la muchacha. Cuando esta se quiso dar cuenta, dos nuevos mutantes se habían sumado al asalto. Estos estaban cortados por el mismo patrón que los que les habían atacado un par de días antes. Se trataba de una especie de hombres lobo. A su modo de ver, todos debían de pertenecer a la misma manada, si es que se les podía catalogar de esa manera. Y así, ante la situación de indefensión total en la que se hallaba, no se le ocurrió más alternativa que usar la voz:

—¡Ten cuidado!

Jeff empezó a agitar el machete hacia abajo con movimientos firmes y enérgicos, pero el

ajetreo continuo de sus adversarios le impedía acertar a ninguno de ellos. En una de sus arremetidas, la brusquedad del golpeo le hizo resbalar. Tuvo que aferrarse a la rama sobre la que se apoyaba para no caer, y de ese modo su espalda quedó de cara a la tierra. Los mutantes, ahora con una posición ventajosa, intentaron agarrarlo, sin embargo, y aunque estuvieron muy cerca de conseguirlo, no pudieron más que arañarlo. En un acto desesperado, Jeff le asestó un machetazo a uno de ellos en la espalda con tanta fuerza que el cuchillo se quedó incrustado. El monstruo se revolvió encolerizado, y arrebató el machete de las manos al muchacho. De esa forma, ya con las dos manos libres, Jeff consiguió enderezarse de nuevo sobre la rama. Acto seguido, asió las únicas armas que restaban: las tres lanzas artesanales de madera. Y empezó a picar con ellas hacia abajo. Obviamente, no tardaron en romperse. Ya sin armas, y con un macuto lleno de munición pero ninguna escopeta en la que poder usar dicha carga, Jeff buscó los ojos de su novia bajo la presente amenaza de los gruñidos que sonaban a sus pies. Ella le devolvió una mirada vacía y, a continuación, buscó su propia cintura, lugar donde guardaba el *walkie-talkie*. No había más opción que la súplica. «*Vamos, Arran, eres nuestra única salvación. Te necesitamos*» —rogó Nairna en silencio, como si pudiera transmitir ese mensaje telepáticamente a su hermano.

16

Arran se despertó sobresaltado por el sonido de unas voces ahogadas sobre unos pasos a la carrera. Llevado por el peor de los presentimientos, se giró en busca de su acompañante. Felizmente, la encontró dormida a su lado.

—¡Despierta, despierta! —la acució en voz baja mientras la zarandeaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Quetzaly mientras se desperezaba.

—¡Rápido, tenemos que irnos!

El rugido repentino de un motor captó la atención de la pareja, el cual además sirvió como resorte definitivo para terminar de espabilar a la muchacha. Los dos se arrastraron por la gran roca que los había abrigado durante toda la noche, y se asomaron al nuevo mundo que tenían por descubrir. Atrás quedaba un camino de horror y angustia, que habría pasado por una simple pesadilla de no ser por las secuelas físicas en forma de heridas y magulladuras.

—¿Son ellos? —preguntó él.

—Chsss...

En la lejanía, observaron a un par de hombres de mediana edad que corrían por un terreno llano y pedregoso. Parecían huir de alguien por la forma en que volvían sus cabezas constantemente. En un momento dado, uno de ellos se cayó, lo que derivó en que el otro dejara de correr y se apresurara a levantarlo. Y siguieron galopando como dos corceles salvajes. Enseguida apareció una camioneta sucia y abollada, que les seguía la pista. Sobre el maletero descubierto iban dos hombres barbudos con las manos apoyadas en el techo. Llevaban los torsos al aire, pintados con algún tipo de ungüento rojizo. El del lado izquierdo exhibía un sinfín de tatuajes, y el del derecho, más blanco de piel y algo más corpulento, portaba una especie de jabalina rudimentaria, la cual no tardó en arrojar. El arma voló cortando el aire, y el hierro puntiagudo en que terminaba dicha lanza atravesó la piel cobriza de la espalda de uno de los fugitivos. Entonces, el vehículo aceleró hasta ponerse a la altura del otro hombre a la fuga y el sujeto cubierto de tatuajes, aprovechando esa idoneidad, le echó una malla por encima. Sin otra presa más a la cual perseguir, la camioneta desaceleró. Una vez se detuvo, las dos alimañas que llevaban a cabo la labor de cazadores de hombres pusieron los pies en tierra firme. El propietario de la red se arrimó a la oreja de su indefensa víctima bajo el entramado de hilos e imitó el sonido de un cerdo. Tras ello, le pegó un puñetazo en la mandíbula, a lo que le siguió el sonido de un crujido seco y un grito de dolor extremo. Con toda la calma del mundo, el salvaje agarró la lengua de su captura y la seccionó con un cuchillo de caza. Lo siguiente por su parte fue sostener en alto el húmedo trofeo, que, cual *delicatessen*, se metió en la boca y saboreó con gusto.

Quetzaly apartó la vista ante tal horrenda imagen y fijó la mirada en su compañero. Él le sostuvo dicha mirada.

—Sí, son ellos —dijo, por fin, la muchacha—. Bienvenido.

Cuando Arran volvió a asomarse, los caníbales ya habían metido al prisionero mutilado en el

maletero y la deteriorada *pick-up* estaba dando la media vuelta. El vehículo deshizo el camino recorrido hasta llegar a la altura de la otra víctima, la primera en el tiempo. El hombre mostraba síntomas de estar dando sus últimos estertores, pero eso no pareció importarle lo más mínimo al dueño de la lanza. Este le pisó la espalda y tiró del arma hasta desincrustarla. Posteriormente, entre su compinche y él metieron el cadáver, aún caliente, en el maletero descubierto. Y, sobre ruedas, se marcharon por donde habían venido.

Arran se quedó mudo, asimilando lo que acababa de presenciar. Había sido más horrible de lo que jamás se habría podido imaginar. Que un mutante hiciera eso resultaba hasta lógico, pero que un ser humano se recreara de esa manera con la muerte de un semejante pertenecía a otro mundo. Muy pronto el ruido del motor se perdió entre la lejana vegetación.

—¡Corre, debemos seguirlos o los perderemos! —urgió el muchacho haciendo de tripas corazón.

Tras diez minutos de carrera extenuante, Quetzaly y Arran avistaron un extenso y viejo rancho. Por las características de los alrededores, probablemente no habría otra edificación más en varios kilómetros a la redonda. Se aproximaron con los cuerpos casi a ras de suelo por uno de los flancos y hasta llegar a una valla compuesta por tablones longitudinales de madera. Un alboroto de mil demonios puso en alerta a la furtiva pareja, y eso les hizo buscar un buen ángulo desde el que poder espiar el interior de aquella propiedad. La camioneta que habían visto hacía un instante estaba ahora estacionada junto a dos vehículos más: otra *pick-up* de similares características y un 4x4, sendos con el mismo aspecto descuidado. Y más allá, una muchedumbre llevaba en volandas a los dos hombres apresados recientemente, uno de los cuales, por fortuna para él, ya no podría ser testigo del horror que estaba a punto de acontecer.

Todos los individuos de la tribu de antropófagos, a excepción de dos secuaces encargados de avivar una hoguera, se adentraron en un inmenso granero y dejaron así el exterior prácticamente desierto.

—¡Oh, no...! —dejó escapar Quetzaly por sus labios tostados.

—¿¡Qué te ocurre!? ¡Nos vas a delatar...! —la reconvino él en un tono de voz muchísimo más bajo.

—No tienes ni idea de lo que van a hacer, ¿verdad?

Arran se quedó mirándola sin decir nada, expectante por obtener más información. Ella se lo explicó:

—Solo hay una razón para que se junten todos. Y es cuando comen.

—¿¡Todos!? —preguntó el muchacho con sumo interés.

—Sí.

Después de cavilar durante unos segundos, Arran habló:

—¿Estás segura?

—Pues claro. Lo he visto cientos de veces y...

—Entonces, es nuestra oportunidad —la interrumpió su compañero—. Prepárate.

—Yo... Yo no voy.

—¿¡Cómo!?

—Me-me-me quedo aquí.

—No me puedes hacer esto. No ahora.

—No quiero volver a ver eso..., otra vez.

Arran envolvió las manos de Quetzaly entre las suyas. Y clavó sus pupilas en las de ella.

—Te entiendo perfectamente, y no te juzgo. Sé que debió de ser muy duro. Pero si no aprovechamos este momento, todo habrá sido en vano. Sin ti no puedo hacerlo.

La respiración de Quetzaly se apaciguó; sus córneas se humedecieron.

—¿¡Qué me dices!?! —agregó el muchacho.

—Está bien —contestó ella mientras se refregaba los ojos.

Los dos intrusos se acercaron hasta el granero por un lateral de la edificación. Cuando se toparon con la primera de las ventanas, el muchacho asomó media cabeza por ella, con sumo cuidado de no ser visto. Dentro había una veintena de hombres presenciando un ritual, y todos, sin excepción, llevaban la piel pintada con trazos en un tono marrón. Arran supuso que se trataba de sangre seca a la que se le había ido adhiriendo capas y capas de polvo. En medio de aquel tumulto se ubicaba una oscura mesa de madera, más vieja que las propias vigas bajo las que yacía, y sobre el tablero de dicha mesa, tumbado bocarriba, estaba el hombre sin lengua. Le sujetaban las extremidades cuatro de aquellos tipos sin escrúpulos. Junto a ellos se encontraba un hombre alto, pura fibra, con un sombrero vaquero de fieltro negro ajustado en la cabeza y una amarillenta calavera humana a modo de colgante, mostrando así el rostro de la muerte a los pobres infelices que se atrevían a mirarlo en sus últimos momentos de vida. No cabía duda de que era el líder. Sostenía un cuchillo no especialmente grande pero sí con una hoja de curvatura muy pronunciada, probablemente diseñado para destripar animales. Todo el mundo estaba pendiente de él, así que no vaciló en hablar, y lo hizo con viveza:

—¿¡Tenéis hambreee!?! —

—¡¡¡Síííí!! —gritaron a coro los espectadores del macabro espectáculo.

—¡¡No os oigo!!! ¿¡Queréis que os dé a probar de su carnee!?! —habló ahora mucho más fuerte el promotor de aquel inminente festín.

—¡¡¡Sííííí!!! —volvieron a gritar al unísono todos sus secuaces, esta vez dejándose los pulmones.

—¡Sí, rájalo como a un cerdo! —se oyó decir a uno de los asistentes.

—¡Mátalo! ¡Quiero sus tripas! —añadió otro.

A través de la ventana, Arran asistía con total estupefacción al acaecimiento.

—¿Es el del colgante con la calavera? —preguntó el muchacho.

—Sí, es él —respondió su compañera.

—¿Y dónde guarda la llave?

—Llevaba un llavero con varias. La del todoterreno..., la de los cepos..., todas. Había un par más de llaves, pero no sé para qué servían. Supongo que seguirá llevándolas en el bolsillo.

—Entendido.

—¿¡Qué piensas hacer!?! —

—Son demasiados. Es imposible acercarse a él. Primero necesitamos algo con lo que poder defendernos.

—¿¡Y de dónde se supone que lo vamos a sacar!?! —

—¿Has visto la casa que está al otro lado?

—Claro, como para no fijarse. También parece que hay un establo.

—Seguro que ahí guardan algún arma, me jugaría el cuello. No te despegues de mi lado.

Arran y Quetzaly recorrieron la pared del granero sigilosamente hasta llegar a la esquina trasera de la construcción. Ahí se detuvieron. Vigilaron a ambos lados repetidas veces, cerciorándose de que no serían descubiertos; de otra forma, todo acabaría ahí mismo sin opción a defenderse. No había nadie a la vista. Y echaron a correr, agachados, procurando hacer el mínimo

ruido posible en cada pisada. Cuando alcanzaron el caserón que presidía aquel rancho, Arran decidió buscar una vía de acceso alternativa a la puerta principal (era mejor prevenir que darse de bruces con algún enemigo, si es que resultaba que todavía quedaba alguien dentro). Así, la joven pareja rodeó la casa hasta llegar a la parte de atrás. En su recorrido, observaron que todas las ventanas de la parte baja estaban aseguradas con tablones de madera. Desde luego, era una buena forma de impedir el paso a mutantes o de ganar un tiempo vital en caso de ataque. Y, de repente, allí, en la parte trasera de la casa, una pequeñísima y estrecha ventana abierta, a solo un par de metros del suelo, ofreció la más optimista de las visiones, mejor incluso que un oasis de agua fresca en mitad del árido y fatal desierto de Chihuahua.

—Ayúdame a auparme —pidió el muchacho.

Quetzaly entrelazó los dedos de las manos y le sirvió de apoyo. Él se agarró al alféizar y trepó hasta colarse en el interior del inmueble.

—Quédate ahí, enseguida vuelvo —agregó Arran, asomado a la ventana.

—¿Qué? ¡No, espera! ¡No me dejes aquí...! —Pero antes de que Quetzaly pudiera acabar la frase, su socio ya había desaparecido de la abertura en la pared.

La estancia a la que daba la ventana, y sobre la que Arran acababa de posar sus pies, resultaba ser un cuarto de baño, o al menos lo que quedaba de él. Si los okupas de esa casa queapestaba a muerte tenían un mínimo de higiene, lo cual el joven intruso dudaba hasta el extremo, aquel sitio no les podía haber servido mucho. De todas formas, a aquellas alturas era altamente improbable que dispusieran de agua corriente, al igual que venía pasando en todas las viviendas de los Estados Unidos que no contaran con un depósito privado. Aun así, ante el temor de que las cañerías comenzaran a hacer ruido, el muchacho no se atrevió a tocar ninguno de los grifos. A lo que sí se atrevió fue a aproximarse al umbral de la puerta y asomar la cabeza. Ante sus narices se distribuía un largo y lóbrego corredor. Miró a ambos lados: nada salvo la silente y hedionda penumbra. Aquel silencio de ultratumba le dio un escalofrío por la espalda, y el intenso olor, una mezcla de todas las cosas desagradables que un cuerpo humano era capaz de arrojar fuera de sí, ganas de devolver. Caminó con pasos titubeantes hasta meterse por la primera puerta con la que se topó. Descubrió que esta daba a la cocina, la cocina más mugrienta que había visto en su vida. A excepción de unas cuantas cucarachas recorriendo el suelo y la encimera, allí no había nadie. Debajo de dicha encimera observó unos cajones. Si dentro había lo que él creía, ahí estaba su oportunidad de tomar posesión de una defensa. Echó a andar lo más cuidadosamente que su alterado sistema nervioso le permitió, pero cuando no había dado ni dos pasos un crujido le hizo quedarse clavado en el sitio. Levantó el pie y vio que acababa de reventar contra el suelo a uno de los insectos. Los diminutos órganos blanquecinos de este habían sido expulsados a presión fuera del exoesqueleto y ahora formaban una pequeña mancha en el suelo. Sin dedicarle más atención a ese pormenor, Arran prosiguió. Una vez llegó al mueble, abrió los cajones con el máximo sigilo posible en busca de un cuchillo. Pero resultó una tarea en vano. ¿Y es que qué se podía esperar de unos tipos de aquella calaña? Desde luego buenos modales a la mesa, no. A continuación, llevado por una extrema curiosidad, el muchacho se acercó a la nevera. ¿Para qué se supone que la usaban? Probablemente también estaría vacía. Pero cuál fue la sorpresa de Arran cuando, al abrirla, descubrió una cabeza humana seccionada por el cuello que casi le hizo vomitar. Esta parecía mirarle directamente a los ojos. Era una imagen que, sin duda, jamás podría olvidar. «*Putos locos*» —dijo el joven investigador para sí, pues se había prohibido pronunciar palabra alguna a menos que fuera estrictamente necesario. Por lo que se podía deducir de aquello, el caudillo de todos los degenerados que allí moraban iba a renovar próximamente el adorno que

lucía en el pecho. Y si no se trataba de eso, solo Dios sabía para qué demonios conservaban ahí la parte superior de aquel pobre desdichado. Aquella cabeza era la de un varón de unos cincuenta años, que por su aspecto se desprendía que no había transcurrido mucho tiempo desde su muerte. Desde el mismo momento en que el muchacho había abierto la puerta, el frío proveniente del interior del electrodoméstico no había parado de acariciar su rostro abrasado. Y resultaba una sensación tan placentera que no le habría importado haberse quedado mirando aquellos ojos sin vida el resto del día. Los huecos alrededor de la cabeza amputada estaban invadidos por botellas de plástico llenas de un líquido transparente. Arran estuvo tentado de agarrar una de ellas y comprobar si aquello era, como era lógico, agua. Sin embargo, las posibles consecuencias adversas por beber una sustancia contaminada le hicieron desistir de inmediato de su idea. Entonces, al advertir que la bombilla de la nevera le estaba mostrando el interior de la misma, cayó en la cuenta de que había electricidad en la casa. Pero ¿cómo era posible? Fuera como fuese, no había tiempo para elucubraciones, y es por ello que cerró la puerta del frigorífico y sumió al decapitado hombre que acababa de conocer en la más completa oscuridad.

Arran siguió recorriendo las diferentes habitaciones sin encontrar nada de especial interés. Pero eso fue solo hasta que entró en el salón. Ahí descubrió a uno de los caníbales (el torso pintado en sangre así lo indicaba) tirado en el suelo. «¿Estará muerto? Demasiado bueno para ser verdad» —especuló el muchacho. A pesar de disponer de electricidad, el hecho de que los dueños ilegítimos de aquel rancho mantuvieran la casa en penumbra, supuestamente para ahorrar energía, le impedía a Arran conocer desde su posición el estado de su oponente. Y él no estaba tan loco como para encender la luz y dar así la voz de alarma sobre su propia presencia. Por lo tanto, se quitó las zapatillas y comenzó a caminar con tiento hacia el cuerpo de su rival mientras el tictac de un reloj de péndulo apoyado en la pared le marcaba el ritmo. En un momento dado, vio cómo el pecho del antropófago se encogía y se ensanchaba muy sutilmente. Ese tipo solo estaba en los brazos de Morfeo, aunque al joven observador no le hubiera importado lo más mínimo que estos hubieran sido los de Saturno. Al lado de ese ser despreciable había una botella de Jack Daniel's, vacía. «O sea, que estás durmiendo la mona...» —volvió a inquirir el muchacho para sus adentros. Y a partir de ese hecho, Arran teorizó con que aquellos dos hombres que había visto tratando de escapar a primera hora de la mañana, y los cuales habían sido cazados como animales, tal vez habrían aprovechado una supuesta borrachera colectiva por parte de los caníbales durante la noche para huir al día siguiente. A continuación, el muchacho pensó en los vehículos que había visto afuera y en sus respectivos depósitos de gasolina. También reflexionó acerca de la existencia de botellas de alcohol como la que tenía justo en frente, tirada en el suelo... Todo eso solo podía significar que la panda de asesinos al mando de ese rancho debía de organizar expediciones en busca de suministros con cierta frecuencia (a buen seguro no estaban tan mal de la cabeza como para adentrarse en grandes espacios urbanos, pues, de otra forma, ya serían hombres muertos; sin embargo, seguramente sus medios bastaban y sobraban para asaltar alguna que otra gasolinera o bar en mitad de carretera que no tuviera viviendas por los alrededores).

Un repentino ronquido sacó a Arran de sus elucubraciones. Este se dio cuenta de que de nada le servía cavilar sobre esta o aquella cosa sino se encargaba primero de su adversario. Pero ¿cómo iba a derrotarlo sin armas? Y recordó el dicho: «el que pega primero pega dos veces». Haciendo caso al refrán, elevó su brazo y apretó el puño, que le temblaba a causa de la tensión. Enseguida desechó esa idea y entendió que una patada sería mucho más afectiva. Con ese pensamiento, el muchacho adelantó la pierna izquierda para coger impulso y golpear la cabeza de su enemigo con la derecha. Preparado... Listo... ¡Y justo en ese momento sonó el reloj de péndulo! Eran las diez

en punto. En consecuencia, el individuo con resaca abrió los ojos y se sobresaltó al ver al intruso a solo a un metro de él. Sin tiempo de reacción, recibió una patada en la boca por parte de Arran. Pero el golpe no fue lo bastante certero y el caníbal agarró al muchacho por las piernas. De eso modo, los dos contrincantes comenzaron un forcejeo de lo más igualado por el suelo, marcados por las campanadas del reloj. Los puñetazos y codazos se sucedieron, y, tras ellos, la sangre manó de narices y labios, hasta que en uno de los lances Arran vio la oportunidad de agarrar la botella de bourbon. Y fue, entonces, cuando propinó con ella un golpe a su adversario en el cráneo y lo noqueó.

El muchacho se levantó aturdido, respirando aceleradamente. ¿Lo habría oído alguien? Esperó que no fuera así, tanto por su bien como por el de Quetzaly, y se tomó unos pocos segundos para recobrase. En cuanto se sintió un poco mejor, salió a toda prisa del salón. En el resto de la planta baja no parecía haber nada a destacar salvo una puerta en un lateral de la escalera principal, y que con total seguridad daba al sótano. Pero un candado impedía el acceso. Arran decidió, por lo tanto, subir a la primera planta.

Cada peldaño que rebasaba era como echar una moneda al aire. Una vez terminó de subir, continuó buscando de habitación en habitación con recelo extremo. Afortunadamente, no se topó con más okupas rezagados, ni siquiera otro borracho ajeno al festín que se estaba llevando a cabo afuera. Allí solo encontró colchones viejos tirados por el suelo, alguna que otra botella de alcohol vacía y una cantidad incontable de colillas apuradas hasta el filtro. Sin más alternativas, se dirigió a la última habitación que le quedaba por inspeccionar, justo al final del pasillo. Cuando entró no pudo creer lo que veían sus ojos: una estación de radioaficionado. A su mente vinieron las diez campanadas que habían marcado su reciente combate. Miró su reloj de pulsera: eran las diez y tres minutos. Solo habían pasado tres minutos de la hora pactada con Jeff. El muchacho se acercó a la emisora, aliviado por saber que, por alguna causa que desconocía, había electricidad en la casa, e investigó el funcionamiento de dicho aparato (no podría ser excesivamente difícil utilizarlo si él ya disponía de unas nociones básicas). Arran estaba convencido de que, si conseguía ponerla en marcha, lo más seguro fuera que pudiera hablar con su amigo y, de ser posible, también con su hermana. Era indiscutible que ese aparato tenía una potencia de emisión mucho mayor que la de su *walkie-talkie*. Además, desde que había conseguido cruzar junto con Quetzaly la zona rocosa de la noche anterior, se encontraba situado a una gran altitud, quizás la mayor desde el inicio de su búsqueda. Todos los factores estaban a su favor. En cuanto encendió la estación de radioaficionado, empezó a buscar la frecuencia que había estado utilizando, fallidamente hasta entonces, para comunicarse con su camarada. Mientras lo hacía, le sobrevino el pensamiento pavoroso de que, ya perteneciera al antiguo dueño del rancho, ya hubiera sido robada de algún otro sitio y llevada hasta ahí, esa emisora les venía de perlas a los antropófagos para contactar con potenciales e inocentes víctimas, y, haciéndose pasar por supervivientes en apuros, sonsacarles su paradero. ¡A saber cuántas veces habrían conseguido una cosa así esos canallas...! Por fin, la tan ansiada frecuencia por parte de Arran se vio plasmada en una pequeña pantalla. Ahora solo le quedaba mover los labios y esperar:

—¿Me escucha alguien?

Pero no hubo más respuesta que su propia respiración.

—Hola, ¿me escucha alguien? ¿Jeff!? —insistió en voz alta, como si hubiera olvidado dónde se encontraba.

—¡Arran, ¿eres tú?! —sonó una voz femenina a través del altavoz de la emisora de radioaficionado.

El muchacho se quedó sin palabras al oír el timbre de voz de su hermana. Tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Nairna?! Oh, menos mal... Sí, sí, soy yo. ¿Cómo te encuentras? ¿Y Jeff?

—¡Están subiendo, Arran! ¡No aguantaremos mucho más!

—¿Subiendo? ¿Quién!? ¡Contesta!

El tiempo se agotaba, y con él las esperanzas de salir airosos de la pareja encaramada a lo alto de aquel árbol. Jeff le quitó de las manos el *walkie-talkie* a su novia, e informó a su colega:

—¡Arran, hay tres mutantes bajo nuestros pies! ¡No aguantaremos mucho más!

—¡Usa el machete! —sonó a través del comunicador portátil.

—¡Lo he perdido! ¡No tenemos nada con lo que poder defendernos!

—¿¡Y las picas!?

—¡No hay picas! ¡No hay nada, joder! ¡Solo el cartucho que nos encontramos..., y no tengo un puto arma!

Esta vez el *walkie-talkie* solo respondió con silencio. Al poco, el joven rubio volvió a oír la voz de su amigo, algo más decaída:

—Resistid, por lo que más queráis. Tenéis que resistir...

—¿Dónde te encuentras? ¡Intentamos contactar contigo!

—Escúchame. Estaré pronto ahí, os lo prometo. Pero necesito un poco más de tiempo.

En ese momento, a Jeff se le heló la sangre a pesar del calor extremo. Atónito, observó cómo uno de los mutantes empezaba a trepar clavando las uñas en la rugosa corteza del roble. La adaptación al medio de aquellos monstruos era increíblemente veloz, y si para nutrirse tenían que seguir mutando así lo hacían. Pero una cosa era saberlo y otra, bien distinta, era presenciarlo en vivo y en directo.

—¡Oh, mierda! ¡Está subiendo! ¡Uno de ellos está subiendo!

—¡Jeff! ¡Jeff! ¡Informa!

El mutante se ayudó de las patas traseras, apoyándolas en el lomo de uno de sus compañeros de manada. Gracias a que todavía manejaba con torpeza su nueva habilidad, pronto cayó al suelo. Pero el muchacho sabía que solo era cuestión de unos pocos intentos más hasta que acabara por echarles el guante, a él y a su novia. Con total certeza, no llegarían con vida a la noche. Entonces, dejó descansar el comunicador portátil en el regazo de Nairna e hizo caso omiso a las llamadas de atención de Arran, que seguían sonando por el altavoz del aparato.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella.

Jeff apartó el pelo de la cara de la joven a la que tanto amaba. Y se quedó mirándola muy fijamente a los ojos, buscando un momento de intimidad entre aquel alboroto de gruñidos tres metros bajo sus pies.

—Tu hermano va a volver pronto. Dentro de poco estarás a salvo.

—¿¡Cómo que estaré!? ¿Y tú?

—Debo hacer algo que no te va a gustar.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Tenemos que hacerle ganar tiempo, y solo hay una manera.

—Jeff, ¿qué-qué se supone que vas a hacer?

El muchacho besó los labios pálidos y algo amoratados de su novia; estaban fríos.

—Te quiero.

—No, Jeff, no...

Jeff se quitó la camiseta, la dejó caer justo al lado de los pies de Nairna y se asomó entre las ramas que le servían de apoyo. Acto seguido, pegó una patada en la cabeza del mutante que había comenzado a trepar y, sin más dilación, saltó por el lado contrario al que se encontraban las tres criaturas con aspecto de lobo. En el momento que sus talones impactaron contra el suelo, un calambre le recorrió los músculos de las extremidades inferiores. Se mantuvo un segundo en cuclillas, paralizado. Por fortuna, la contracción muscular se desvaneció en un abrir y cerrar de ojos y, por consiguiente, el muchacho pudo incorporarse con celeridad.

—¡Eeeh! ¡Eeeh! ¡Venid a por mí, cabrones! —Tras comprobar que aquellos devoradores de carne humana se centraban única y exclusivamente en él, salió corriendo.

La manada de mutantes inició la persecución del muchacho, de forma que se alejaron y olvidaron del roble, como así también lo hicieron de la joven apresada por el cepo. Como consecuencia, un grito roto y desgarrador salió de la garganta de Nairna, sin nada que pudiera poner barrera a las lágrimas que caían por sus hundidas mejillas. Y de la misma forma que la voz de Arran se había evaporado de aquel lugar hacía ya un rato, muy pronto el trío de mutantes que intentaban dar caza a Jeff desapareció en lontananza.

Jeff corrió hasta desfallecer. Pero antes de que el corazón se le saliera por la boca y sus pulmones no fueran capaces de dar paso a una molécula más de oxígeno, y aunque en su mente estuviera única y exclusivamente la obsesión por alejar a aquellos depredadores lo máximo posible de Nairna, la falta de riego sanguíneo en el cerebro le hizo empezar a divagar: *«¿Depredadores? Curioso... Da igual. Llévatelos. Cuánto más lejos, mejor. Corre. Corre...»*. Su ritmo cardíaco estaba por encima de lo que un ser humano como él era capaz de aguantar; sorprendentemente, sus enclenques músculos estaban dando más de sí de lo que jamás se habría podido llegar a imaginar. *«Depredadores...»* —volvió a su pensamiento inicial. Y continuó dándole vueltas: *«¿Se les puede considerar animales, o siguen siendo humanos? ¿Y cuando me den alcance, estarán cazando a alguien de su misma especie?»*.

Terminó por caer el suelo, sitio donde se tuvo que proteger con uñas y dientes, literalmente, pues no disponía de otra cosa que no fuera su propio cuerpo, el mismo que iba a servir de entretenimiento a aquellos seres endiablados. Forcejeó, sabiendo que ahí acababa todo. El recuerdo de su familia, ya vago en su memoria, se tornó vívido. También recobró automáticamente los mejores momentos, todos antes del inicio de la guerra, que había vivido junto con Nairna. Y mientras los mutantes lo despedazaban fue consciente de que su cuerpo escuálido, aunque no calmaría el hambre de aquellos monstruos, cuando menos, los mantendría entretenidos un buen rato, y usó su último aliento con vida para desear la mayor de las suertes a su buen amigo Arran, al cual urgió mentalmente: *«Date prisa»*.

—Jeff, ¿sigues ahí? ¿Nairna? Contestad, por favor... —insistió Arran, en un tono derrotista, y esperó en silencio a que una respuesta, la que fuera, proveniente de la emisora de radioaficionado calmara su ansiedad. Se vio casi obligado a apoyarse la barbilla en las manos, ya que a medida que la incertidumbre y malos augurios iban llenando su cabeza, sentía esta más y más pesada. Terminó por ayudarse hincando los codos en la mesa, como si eso fuera a evitarle caer más hondo en su espiral de pesimismo.

—Arran... —sonó la voz de Nairna de forma lánguida a través del altavoz.

—¡Estás bien! —exclamó el muchacho frente a la emisora de radio, y expulsó con violencia todo el aire acumulado en sus pulmones. Se quedó unos segundos respirando ruidosamente en largas bocanadas, sintiendo un alivio infinito. Al poco, preguntó—: ¿¡Qué ha pasado!?

—Jeff ha salido corriendo. Los mutantes han ido tras él. Quería que tuvieras más tiempo.

Arran tuvo que tomarse unos segundos para asimilar la información; por mucho que esas palabras estuvieran saliendo de la boca de su hermana, no lo podía creer.

—¿Todavía puedes verlo?

—No.

Él entornó los ojos mientras se apiadaba del alma de su amigo y le daba mil gracias por lo que acababa de hacer.

—Está muerto, ¿verdad? No le volveré a ver nunca más... —la voz de Nairna se resquebrajó.

Arran guardó silencio. ¿Qué podía decir para consolarla? Él también estaba gravemente afectado. No podía hacer nada salvo echarle arrojito al asunto y demostrar que el altruismo de Jeff no había sido en vano.

—Escúchame, tienes que aguantar. Hazlo por él, ¿de acuerdo? Lo vamos a conseguir. Sé dónde está la llave. Además, donde estoy hay vehículos. Volveré junto a ti antes de que caiga la noche.

—No, Arran, no. Sálvate tú. Yo ya estoy sentenciada.

A Arran se le escapó una lágrima. En el fondo sabía que ella tenía razón, pero su testarudez le impedía aceptar esa realidad.

—Resiste unas horas más, te lo pido por favor. Solo unas horas.

—No es mi decisión, ¿recuerdas? Todo dependerá de lo que tarden en regresar esos seres.

—Aguanta, ya voy. —Y con esas palabras a modo de cierre, Arran cortó la comunicación, no así la ira que sentía. Sentado, aguantando la rabia, respiraba cada vez más fuerte, igual que un búfalo. Por fin, se levantó dando un golpe en la mesa sobre la que estaba la emisora: un gesto realmente imprudente por su parte. Buscó en cada rincón de la habitación en la que se hallaba, y encontró en los cajones del mueble un kit de herramientas básico. Se apropió del destornillador y del martillo, y bajó las escaleras.

Ahí, en la planta baja, frente a la puerta que aprovechaba el hueco de la misma escalera, introdujo el destornillador por el arco del candado que mantenía el sótano a salvo de curiosos e

hizo palanca, ayudándose del martillo para hacer fuerza. Pero no resultó ser lo suficientemente efectivo. Arran, llevando la contraria al dicho que decía que valía más maña que fuerza, levantó la pierna y dio un golpe seco a la herramienta. La cerradura cedió con exagerada violencia y los alrededores de la misma se astillaron. La puerta ahora estaba abierta; ya nada se interponía entre el muchacho y el secreto que ocultaban allí abajo aquellos antropófagos. Dentro todo estaba en la más completa y absoluta oscuridad, y resultaba imposible bajar sin la alta probabilidad de pisar algo inesperado y sufrir algún daño. Arran vio que el interruptor de la luz estaba justo al lado de la puerta y quiso accionarlo de inmediato, pero se lo pensó antes de hacerlo. No estaba del todo seguro de si la iluminación de aquel lugar sería percibida desde el exterior; no obstante, y aun con la duda, debía jugársela. De todas formas, creía recordar no haber visto ventanas a ras de suelo cuando había estado buscando el modo de acceder a la casa, así que dio la luz. Una bombilla de tungsteno se encendió a la altura de donde terminaban los peldaños, que si bien no era demasiado luminosa, sí que bastaba como para no tropezar y caer. Sin más dilación, el muchacho empezó a descender.

El inquietante silencio de aquel recinto solo se veía roto por el crujido de cada escalón sobre el que Arran posaba los pies. La atmósfera allí abajo se sentía angustiada. Todo estaba lleno de polvo y telarañas, y la madera se manifestaba roída. Era un lugar tétrico, a fin de cuentas, el cual el joven intruso no pudo catalogarlo de otra forma que no fuera: *«el sótano del miedo»*. Arran solo deseaba que allí no le esperaran sádicos dispositivos de seguridad ni criaturas ocultas en las sombras. De hecho, en otras condiciones jamás se le habría ocurrido bajar, pero en aquel momento las circunstancias eran acuciantes y de extrema gravedad, y todo su mundo se reducía a regresar junto a su hermana para poner fin al mal que la aquejaba.

Cuando Arran despegó el talón del último peldaño, su sorpresa no pudo ser mayor. El grupo de bastardos que pululaba en la superficie tenía guardado ahí dentro un arsenal. Sobre una mesa había cinco cuchillos tirados de mala manera, una sierra de mano (la cual el muchacho prefirió no pensar para qué fines la usaban), dos bates de béisbol y una pila de aquellos condenados cepos que le habían obligado a ir hasta ese lugar. Además, junto a estos últimos descansaban una soldadora eléctrica, con su máscara de protección incluida, y un par de manojos de electrodos acompañados de una cantidad ingente de trozos de metal de todas las formas y los tamaños dentro de un barreño. *«Así que aquí es donde fabrican la magia. Qué hijos de puta»* —pensó el muchacho y, acto seguido, fue directo hacia el mueble metálico. Si los cepos estaban ahí, tal vez, y solo tal vez, sus enemigos guardasen las llaves por algún lado no muy lejano. Arran abrió tantos cajones como existían en ese sótano, pero no encontró nada que se diera un mínimo aire a una llave. Lo que sí descubrió fueron cartuchos de escopeta y munición para pistola, amontonados dentro de los cajones de otro mueble, de madera en este caso, a escasos dos metros del primero. Había cartuchos; también balas... ¿Y las armas de fuego? ¿Dónde maldición se supone que estaban? Rebuscó con celeridad en cada rincón de aquel asqueroso recinto subterráneo, incluso donde la luz era tan tenue que la propia vista no podía cumplir su cometido. Al fondo del todo estaban apilados unos bidones que apestaban a gasolina. *«¿Almacenan la gasolina y la munición cerca de la máquina de soldar? ¿Pero qué clase de chiflados son estos?»* —volvió a considerar Arran, y tras ese pensamiento se dio cuenta que no merecía la pena darle más vueltas al asunto. A pesar de no haber obtenido un resultado satisfactorio no podía perder más tiempo, puesto que Quetzaly aguardaba en el exterior, desprotegida. Se apresuró a agarrar uno de los bates y el cuchillo de mayor tamaño. Ahora disponía de un arma para él y de otra para su acompañante. Sin más que poder hacer, abandonó el lugar subiendo los escalones de tres en tres.

Arran saltó por la ventana. Nada más posar las plantas de los pies sobre la tierra, se percató de que Quetzaly no se encontraba en donde la había dejado. De hecho, no había ni rastro de ella. Pero ¿adónde había ido? El muchacho recorrió la parte trasera de la casa yendo hacia el lateral opuesto al que había guiado hasta la ventana del baño. Según se acercaba a la esquina del edificio, un ligero ruido, como de un murmullo mecánico, se iba amplificando. Y muy pronto descubrió el motivo por el cual aquellos energúmenos disponían de energía eléctrica. Un cable de grosor considerable estaba conectado a un enchufe en la fachada de la gran casa. Salía de una cabina metálica y rectangular ubicada en mitad del terreno seco. Era obvio que dentro guardaban algún tipo de grupo electrógeno, en funcionamiento en ese preciso instante, y que de ese modo aislaban, en la medida de lo posible, el ruido que emitía el motor a gasolina. De otra forma, podrían correr dos peligros: primero, atraer a cualquier mutante con un buen sentido auditivo, y segundo, y a consecuencia del primer factor, no oírlo llegar y ser cogidos por sorpresa. Lo siguiente que el muchacho vio, bastante más allá de la cabina de insonorización, fue un establo. Era la construcción, por ese flanco, más cercana a la casa. Arran supuso que, quizás, Quetzaly también había sido atraída por el murmullo del motor y luego algo le había llamado la atención dentro del recinto destinado a encerrar el ganado. «¿Tendrán vacas..., o caballos?» —fue lo primero que se le vino a la cabeza. Y seguidamente razonó—: «No, seguro que no, se habrán comido a los animales sin pensar, siquiera, en aprovecharlos de cualquier otro modo». El muchacho, entonces, echó a andar, agazapado, hacia la zona inexplorada. Mientras lo hacía, no pudo evitar girar la cabeza en dirección al granero. Allí la jauría de caníbales, ahora todos fuera del silo, seguía celebrando la orgía de sangre y vísceras, o así lo indicaba el constante griterío, atenuado por la distancia y difuminado por el cercano ruido del motor de combustión interna que movía el generador eléctrico. Pero las ondas sonoras no era lo único que transmitía el aire. Ahora un olor a carne asada envolvía el ambiente, y Arran sabía a qué, o mejor dicho, a quién pertenecía. En cuestión de segundos, la intensidad del efluvio llegó a ser tal que colapsó las membranas pituitarias del muchacho. Debido a ello, este no pudo evitar la salivación, y en consecuencia sintió un profundo remordimiento, a pesar de que era algo completamente ajeno a su propia voluntad.

No le hizo falta buscar más. Nada más entrar al establo, Arran vio a su compañera. Esta se encontraba en mitad del pasillo, de rodillas sobre la tierra y con las piernas apresadas por los tobillos con cinta americana. Un trozo de esa misma tira sintética le tapaba la boca. Además, se hallaba con la cabeza gacha, y tenía los brazos en alto, amarrados. De ellos ascendía una soga atada a una robusta viga de madera que, sin ser demasiado alta, atravesaba el techo a lo ancho. Sin más dilación, Arran avanzó hacia Quetzaly. A medida que rebasaba las caballerizas, fue viendo dentro de cada una de ellas a diversos prisioneros sujetos de pies y manos. Según parecía, los dueños ilegítimos de aquel lugar mantenían en las cuadras de la parte izquierda a las mujeres, y en las de la derecha, a los hombres, estos en mucha menor cantidad. Inmediatamente, el muchacho comprendió el motivo: los caníbales que allí moraban se servían de los varones como alimento; a ellas, en cambio, las utilizaban para aliviar sus deseos sexuales. Si bien no podía afirmarlo categóricamente, al momento se percató de un detalle esclarecedor para su espeluznante suposición: a diferencia de los hombres, cada una de las mujeres llevaba... —se le revolvió el estómago de solo pensarlo—, cada una de las mujeres llevaba, en vez de cinta alrededor de sus dos extremidades inferiores, un grillete enganchado a una sola pierna, lo cual dejaba a sus apresadores maniobrabilidad para abusar de ellas sin tener que liberarlas. En lo que también se fijó el muchacho fue en que esos arcos de hierro unidos a cadenas tenían toda la pinta de ser de fabricación casera, de forma muy similar a los cepos ideados para capturar seres humanos que

tantos quebraderos de cabeza le estaban ocasionando.

Cuando Arran estuvo a la altura de su Quetzaly, descubrió que esta se encontraba inconsciente, lo cual le llevó a pensar que debían de haberle dado un buen golpe para dejarla en ese estado. Pero a pesar de la preocupación por su compañera, en su cerebro todavía permanecían, grabadas a fuego, las imágenes de sufrimiento y agonía que acababa de ver en las caballerizas, y no pensaba irse de allí sin poner remedio a esa situación. Pero lo primero era lo primero.

—¡Quetzaly, ¿qué te han hecho?! —dijo en voz baja mientras trataba de espabilarla con suaves palmadas en la mejilla.

La joven hispana parpadeó. A medida que iba recobrando el sentido, su respiración aumentaba en intensidad y frecuencia. Pero el aire que entraba y salía por sus orificios nasales no era suficiente. Levantó un poco la cabeza; sus ojos bailaron sin terminar de encontrar un punto en el que descansar.

—Espera, te ayudaré —dijo Arran, tras lo cual le arrancó la cinta americana de la boca.

Ahora con una vía aérea adicional, Quetzaly aspiró todo el aire que pudo y más. En cuanto se tranquilizó, su primera reacción fue preguntar:

—¿¡Qué ha pasado!?

—Esperaba que tú me lo dijeras.

La muchacha clavó los ojos en los de su compañero; subsiguientemente desvió la mirada hacia el suelo y se quedó abstraída. Arran entendió esa conducta como que ella estaba tratando de ordenar sus ideas y de despejar la confusión en su mente.

—Sí, ya lo recuerdo —prorrumpió Quetzaly, finalmente—. Me agarró alguien por la espalda. «¡Te pillé!», dijo. Y luego sentí un golpe en la sien. Eso es todo.

—Vale... Vale, no te preocupes, voy a desatarte.

Arran dejó caer el bate e hizo uso del cuchillo que se había agenciado minutos antes. Entonces, fue directo a cortar la cinta alrededor de los tobillos de su amiga, lo cual resultó ser pan comido. A continuación, se dirigió a por la soga. Meditó con celeridad acerca de cómo tardaría menos, si desatándola o cortándola, y optó por usar el cuchillo (el nudo parecía demasiado intrincado). Sin embargo, ese proceso se alargó en el tiempo, ya que la cuerda era mucho más consistente de lo que en un primer momento el muchacho se había imaginado.

Quetzaly aguantaba inmóvil para ser liberada. De pronto, sus ojos se abrieron llenos de pánico, como si hubiera visto al mismísimo Nahual frente a ella. Mas casi fue peor. Lo que se interponía en su visual no era un brujo sino uno de aquellos horribles devoradores de carne humana. Aquel caníbal, situado en el otro extremo del establo, era grueso, muy grueso, como si dos hombres se hubieran fusionado en uno solo, y tenía la cabeza, además de calva en toda su superficie, decorada con sangre seca, lo que acentuaba aún más su mirada asesina. Pero si había algo peor que su presencia, eso era la gran hacha de cocina que sostenía en una de sus voluminosas manos.

—Ahhh... Ahhh... —Las palabras no se atrevían a salir de la garganta de la joven de origen azteca.

El muchacho estaba tan concentrado en su labor que no se percató de que alguien más se había sumado al acto de liberación de su compañera.

—Arran... —consiguió pronunciar ella con voz ahogada.

—Ya queda poco —dijo él mientras seguía cortando.

—No, Arran... —insistió Quetzaly, con la misma dificultad para hablar que antes.

El muchacho giró la cabeza y también fue testigo de la amenaza. Entonces, en ese mismo momento el caníbal echó a correr hacia ellos, cuchillo de carnicero en alto, acompañando la

embestida con un berrido más propio de un animal que de un ser humano. Arran se apresuró a terminar lo que había empezado; solo le quedaba una hebra. Dio una última pasada con el cuchillo y los brazos de Quetzaly cayeron a plomo. Las manos de ella estaban todavía unidas la una contra la otra, pero ese era un detalle para el que no había tiempo dadas las circunstancias.

—Sujeta... —pidió el muchacho a su compañera mientras le colocaba el mango del cuchillo entre los dedos.

Quetzaly dobló las falanges para que no se le cayera el arma. Arran, por su parte, recogió el bate del suelo y lo lanzó con todas sus fuerzas en dirección a su adversario. Lo alcanzó de lleno en la abultada barriga. A pesar de que el golpe no fuera lo suficientemente efectivo como para tumbar al antropófago, sí que pareció dolerle. Ahora Quetzaly y Arran disponían de unos segundos vitales para escapar.

—¡Deprisa! —dijo el joven salvador, y tras recoger el cuchillo de las manos de su compañera, la agarró del brazo y tiró de ella.

Ya una vez fuera del establo, Arran soltó a Quetzaly y los dos corrieron hacia la zona por la cual habían accedido al rancho. A ella le rebotaban las manos, todavía atadas, en su bajo vientre; él dirigía miradas de soslayo hacia esas mismas manos mientras se arrepentía una y otra vez de no haber optado por desanudar la cuerda, y solo esperaba que ese pequeño gran detalle no le restara demasiada velocidad a su compañera.

El caníbal salió casi de inmediato del edificio destinado a encerrar seres humanos, pero su orondo cuerpo le impidió dar alcance a los dos jóvenes. Debido a ello, no le quedó otra que levantar los brazos y hacer aspavientos.

—¡¡Intrusos!!

Todos sus compinches se encontraban demasiado ocupados llenando sus estómagos y pasándolo en grande, y ninguno de ellos se dio cuenta de que estaban siendo alertados.

—¡¡Escapaaan!! ¡¡Escapaaan!! —gritó con más fuerza el grueso antropófago sin parar de correr hacia ellos. Resollaba como un cerdo.

Contrariado por el murmullo, el líder de los caníbales paró de comer y llevó la mirada más allá de sus secuaces más inmediatos, y enseguida descubrió a su obeso acólito, a más de cincuenta metros de distancia. A continuación, giró la cabeza hacia donde señalaba este y divisó a la pareja furtiva, ya fuera de las vallas que marcaban los límites del recinto. La furia se instaló en su mirada.

—¡¡¡Capturadllooooo!!! —Babas y trozos de carne salieron despedidos de la boca del hombre con la calavera humana a modo de colgante.

Algunos caníbales reaccionaron; otros, demasiado centrados en su festín, no repararon en lo que estaba sucediendo. El cabecilla dio una guantada al primero de ellos que se puso en su camino.

—¡¿Vamos, a qué esperáis?!

La fiesta había acabado. Todos los presentes empezaron a moverse alborotadamente como una hilera de hormigas asaltadas durante la rutina. Alrededor de la mitad de ellos fueron tras los fugitivos; la otra mitad se encargó de asegurar la zona. Sobre el suelo quedaron multitud de restos humanos a medio terminar.

El líder caníbal se detuvo junto a los tres únicos vehículos de los que parecía disponer: dos robustas aunque algo anticuadas *pick-ups* y un 4x4 de líneas angulosas. Las tres máquinas tenían claras muestras de haber servido muy bien a los propósitos de aquellos saqueadores dadas todas las rayaduras y abolladuras que lucían en cada centímetro de sus carrocerías.

—¡La quiero sin un rasguño! ¿¡Me oís!? ¡Y a él para la cena! —dijo el caudillo en un tono de lo más autoritario. Y tras esas palabras, pegó un golpe en el capó de una de las camionetas y añadió—: ¡¡Venga, joder!!

Los caníbales abarrotaron los vehículos y, en cuanto rugieron los motores, iniciaron la batida en busca de la pareja a la fuga. El hombre con sombrero vaquero de fieltro negro, al volante del todoterreno y varios metros en cabeza, dirigía el tridente rastreador.

Arran y Quetzaly corrían del mismo modo que dos venados en una montería, soñadores de poder valerse de sus cuatro extremidades para así ser más veloces. Pero incluso de haber sido posible tal cosa, a ella se lo hubiera impedido la cuerda amarrada a sus muñecas. En un momento dado, la muchacha dio un traspié y cayó al suelo, y se raspó la pierna izquierda de tal forma que se le quedó en carne viva. En consecuencia, su compañero se acuclilló para ayudarla a levantarse.

—¿¡Estás bien!?

—¡Sí!

—¡Venga, no hay tiempo! —dijo Arran mientras la incorporaba. Por un momento se le pasó por la cabeza cortar la cuerda que inmovilizaba los brazos de su compañera, pero un repentino ruido de motores le invitó a desechar esa idea. Cuando echó la vista atrás, pudo ver a los tres vehículos de sus enemigos aparecer por el horizonte, y comprendió que si se ponía a usar el cuchillo sería en detrimento de la ya de por sí escasa ventaja que Quetzaly y él llevaban, y eso implicaba que los cazadores de hombres les darían alcance de inmediato.

—¡Sigue corriendo, no te pares!

Si bien los dos jóvenes fugitivos huían a la máxima velocidad a la que alcanzaban sus piernas, la superioridad de las tres máquinas que les perseguían quedaba muy patente. Los rastreadores estaban cada vez más cerca; ahí acababa todo... En ese mismo instante Arran se dio cuenta de que se encontraba en el lugar donde se había dado caza, hacía poco más de una hora, a los dos pobres hombres que se habían servido como almuerzo en la reunión de antropófagos. Y, entonces, vio algo que le hizo tomar una nueva decisión.

—¡Hacia allí! —indicó, señalando con el dedo la zona rocosa donde había pasado, junto con Quetzaly, la noche anterior. Y hacia ese punto se dirigió, confiado de que a sus perseguidores les resultaría imposible acceder con los vehículos, pero sabedor, al mismo tiempo, de que eso no le exentaría de peligro, ni a él ni tampoco a su socia; no obstante lo cual, por lo menos esa decisión le ofrecía una ligera esperanza de salir con vida.

Los caníbales frenaron sus medios de transporte ante las incipientes rocas. A partir de ese punto el terreno se volvía demasiado abrupto, por lo que la totalidad de los ocupantes de los automóviles no tuvieron más remedio que bajarse de ellos: dos del 4x4 y cuatro de cada una de las *pick-ups*; diez en total. El hombre con la calavera humana a modo de colgante se sacó una Smith & Wesson semiautomática de la cintura; sus acólitos lo miraron, expectantes.

—¿¡A qué coño esperáis?! ¿¡A que vengan solos!? —protestó el cabecilla del grupo.

Y todos los presentes se pusieron en marcha y empezaron a subir por la zona peñascosa.

Quetzaly y Arran continuaban caminando. Sin previo aviso, un disparo impactó muy cerca de la cabeza del muchacho. El proyectil hizo saltar en mil pedazos un trozo de una de las piedras.

—¡Arran...!

—¡Sigue, sigue, no te pares!

Cuando Arran se volvió, no pudo dejar de salir su asombro al descubrir que algunos de sus adversarios portaban armas de fuego. De repente, se acordó de toda la munición que había visto

en el sótano de la casa, la cual, obviamente, no estaba allí para hacer bulto. El muchacho acertó a distinguir tres pistolas, siendo una de ellas la del jerarca, y una escopeta, en manos de un cuarto hombre; en lo que respectaba al resto de sus enemigos, todos, sin excepción, parecían llevar instrumentos punzantes. En ese momento cayó en la cuenta que debían de haber llevado las armas consigo mismos todo el rato y de ahí que no las hubiera encontrado dentro de la casa en la que se había adentrado, pero con la obcecación por recuperar la llave que liberara a su hermana no había reparado en ello.

Una vez los dos jóvenes a la carrera consiguieron llegar a la parte más alta (cerca de donde habían dormido la noche anterior), vieron que allí tampoco estaban seguros y no les quedó más remedio que continuar. Pero esa, paradójicamente, también se ofrecía como una mala salida porque los caníbales, en cuanto llegaran a ese punto, tendrían una posición ventajosa para dispararles desde lo alto. Arran solo esperaba que ninguno de ellos poseyera un rifle, ya que en caso contrario tanto Quetzaly como él estarían sentenciados y, en consecuencia, no podría llevar a cabo el único plan —o despropósito, según se mirara— que su materia gris había sido capaz de trazar entre tanto caos.

La pareja a la fuga no tardó abandonar la parte rocosa del terreno y en poner de nuevo los pies sobre la tierra. Por lo que parecía, el suelo había absorbido toda el agua del día anterior y volvía a estar seco, o, cuando menos, en su superficie. Arran se imaginó que en la parte más profunda, donde no penetraban los rayos del Sol, seguiría estando húmedo y blando.

Los caníbales también accedieron a esa nueva área, notablemente más llana que la que acababan de dejar atrás e ideal para demostrar su puntería. Los tres hombres armados, sin dejar de correr, enfilaron sus pistolas a los dos blancos. Y, acto seguido, sonó el primer disparo.

Arran echó la vista atrás e intentó tragar saliva, pero en su garganta solo había aire entrando y saliendo a una velocidad de vértigo.

—¡Muévete en zigzag! —dijo el muchacho.

—¿Qué? —preguntó, confundida, su compañera.

—¡En zigzag! ¡Corre en zigzag!

Y mientras modificaban sus trayectorias hasta hacerlas serpenteantes, cruzándose como si quisieran dibujar una cadena de ADN en el aire, una procesión de balas empezó a impactar un poco más allá de sus pies. La velocidad que llevaba la pareja a la fuga les hacía dejar atrás las diminutas voladuras de polvo en el suelo casi instantáneamente. Y, entonces, una detonación, más fuerte que las anteriores, obligó a Arran a echar una nueva mirada hacia atrás. El muchacho se dio cuenta de que el caníbal que portaba la escopeta tenía una rodilla hincada en el suelo, pero ¿realmente este había disparado en dirección a él o a Quetzaly? No, eso era imposible, dado que antes habría alcanzado a alguno de sus compañeros de correrías, los cuales se interponían en la línea de tiro, y más cuando las postas se abrían en abanico.

—¡No lo conseguiremos! —se quejó la joven hispana.

—¡Tú sigue! ¡Sigue! —la ordenó su compañero de fatigas, y siguió corriendo junto con ella como un poseso.

Arran y Quetzaly todavía llevaban bastantes metros de ventaja, sin embargo, eso no les aseguraba salir indemnes, pues las balas eran cien veces más rápidas que ellos. Tampoco el revisar su retaguardia, como llevaban haciendo desde que se había iniciado la persecución, les ayudaba a mejorar las cosas. En cualquier caso, no fueron las siguientes detonaciones las que llamaron su atención, sino una voz distante que decía:

—¡Acabaré con vosotros!!

Con toda probabilidad, ese grito venido desde la distancia pertenecía al hombre que había dado la orden de busca y captura, o así lo pensó Arran. Y como impulsado por un deseo irrefrenable de retarlo y mostrar que había sido más listo que él hasta el momento, el muchacho giró la cabeza y sonrió en son de burla. Al hacerlo, hubo un detalle que le llamó poderosamente la atención: el caníbal con la escopeta se había quedado muy rezagado. De hecho, ese mismo caníbal yacía en el suelo. Y si uno lo pensaba con más detenimiento, nunca se había producido un segundo disparo (algo fácil de adivinar, ya que esa arma sonaba muy diferente a las pistolas). Aun con la incertidumbre, el joven fugitivo se vio obligado a mirar otra vez al frente para no caer. Y siguió corriendo, tratando de salvar su vida y la de su compañera. Aun así, llevado por una extrema curiosidad, no tardó en volver a echar una nueva y rápida ojeada a su espalda. Observó que dos cazadores de hombres más habían caído, los más lentos según su apreciación, siendo uno de ellos el portador de una de las pistolas. Sin dos de las cuatro armas de fuego, los disparos se redujeron considerablemente. Al cruzarse con Quetzaly en su trayecto zigzagueante, vio a esta imitar su gesto. La muchacha frunció el ceño sin dejar de mover las piernas, pero al instante volvió a preocuparse del terreno que se disponía delante de ella. Arran, por su parte, continuó observando, a fugaces intervalos, cómo a sus enemigos se los seguía tragando la tierra, literalmente.

Los disparos del antropófago que encabezaba aquella persecución se quedaron sin acompañamiento; los jadeos, las pisadas y los gruñidos se difuminaron en el caluroso ambiente. Al notar que la presencia de sus secuaces se desvanecía, el hombre con la calavera humana a modo de colgante giró un poco la cabeza y, con el rabillo del ojo, sondeó qué demonios estaba sucediendo a su espalda.

—¡Más espacio! —dijo Arran.

—¿¡Estás pirado!?! —contestó la joven hispana, pero no tuvo más opción que disminuir la cadencia de sus piernas si no quería dejar atrás a su compañero.

La siguiente vez que el muchacho echó la vista atrás vio que ya solo le perseguían dos de sus enemigos: el jefe de los cazadores de hombres y un esbirro. El resto de caníbales, desperdigados en la distancia, habían caído. Hasta tal punto se vio sin respaldo el líder caníbal que tuvo que detenerse. De pronto, un nuevo morador del subsuelo irrumpió en la superficie y agarró por las piernas al acólito que quedaba en pie. Y sin más preámbulos, lo derribó y empezó a sacarle las entrañas y a devorarlas ahí mismo ante la atónita mirada del que pasaba a ser el último de los antropófagos con vida.

Tal como se había imaginado Arran, la tierra aún seguía tan blanda por efecto de la lluvia que a esas criaturas no les costaba excavar otra vez a través de ella. Quetzaly y él dejaron de huir; sus piernas se quedaron estáticas.

—Toma —dijo el muchacho, y le volvió a colocar el cuchillo entre las falanges a la joven de origen azteca. Cuando levantó la cabeza vio a su compañera con cara de no entender nada, así que explicó—: Corre hacia ese árbol, tal vez las raíces hagan de escudo. E intenta cortarte la cuerda.

—¿Y tú? —se preocupó ella.

—¡Haz lo que te digo, maldita sea! —estalló Arran.

Y Quetzaly, obedeciendo esas órdenes, se marchó en dirección al árbol que su amigo le había indicado.

El hombre al mando de la tribu caníbal, por primera vez, estaba superado por los acontecimientos. Perplejo por la visión de sus súbditos siendo devorados, apretó la mandíbula y enseñó los dientes. Acto seguido, pegó un berrido que se oyó más allá de los límites de aquel mundo infecto. Tras ello, subió el arma y apuntó al indefenso muchacho.

—¿¡Te crees muy valiente, eh!? Tu cabeza será la próxima que adorne mi pecho.

Arran, sin poder hacer más que esperar a que se produjera un milagro, cerró los ojos. «*Si tengo que morir, que por lo menos sea acompañado de este bastardo. Y, por favor, haz que Quetzaly salga de esta*» —rezó a un dios en el que nunca había creído.

El dedo índice del único antropófago en pie inició, con atrevida lentitud, el movimiento para accionar el gatillo. Durante esos segundos fatales, Arran pudo ver con total claridad a través del rostro de su verdugo cómo este estaba saboreando aquel momento (habían sido demasiadas las complicaciones ocasionadas como para no disfrutar con ello). Y a falta de solo un milímetro para que dicha acción se viera culminada, de repente, un nuevo hombre-topo emergió de la tierra con espantosa espectacularidad justo detrás del líder caníbal. El disparo se produjo aun con todo y con eso; afortunadamente para Arran, fue directo hacia el cielo. Pero hubo una consecuencia, y esa fue que el estruendo alteró, más aún, al mutante proveniente del subsuelo. Este agarró a su presa humana, atravesando la tela del pantalón y hendiendo las uñas hasta tocar los fémures. Acto seguido, tiró del hombre hacia adentro y le introdujo las piernas en el hoyo. La pistola voló por los aires hasta caer fuera del alcance de su dueño, el cual se resistió clavando en la tierra sus débiles uñas humanas, ridículas en comparación con las de su apresador, pero ni su nervio ni su voluntad por seguir vivo resultaban suficientes para lograr escapar.

Arran corrió hacia aquel pozo en cuyo interior se alojaba una muerte aterradora. En ese momento, un «*no*» lleno de angustia, que se correspondía con la voz de Quetzaly, se oyó a lo lejos. Sin embargo, en vez de prestar atención a ese sonido, el muchacho se lanzó en plancha al suelo y agarró por el antebrazo a su adversario.

—¡Ayúdame! —suplicó el hombre a punto de ser engullido por la tierra; sus palabras pedían auxilio, pero sus ojos querían venganza.

—¿¡Tienes la llave que abre los cepos!? —preguntó Arran.

—¿Qué?

—¡Los cepos! ¿¡Tienes la llave, sí o no!?

—¡Sí, sí, la tengo aquí, en el bolsillo! ¡Sácame de una puta vez! —habló más rápido de lo que su boca podía llegar a articular el último de los antropófagos con vida.

Arran hizo tanta fuerza para atraer hacia sí mismo a su contrario que las venas del cuello se le hincharon igual que pequeñas culebras mientras de su garganta salía un berrido quejumbroso. Tras un esfuerzo titánico, y aunque solo fuera de cadera para arriba, logró sacar del interior de la tierra al hombre a punto de ser devorado. El líder caníbal, entonces, al verse parcialmente liberado, sonrió forzosamente, con una mueca entre el odio y el desprecio, y mandó:

—¡Continúa! ¡Sácame del todo!

Arran escuchó las palabras de aquel sujeto despreciable que, a su juicio, no merecía ni un minuto más en el mundo que les había tocado compartir. La vista a ras de suelo le dejaba vislumbrar unos cuantos bultos en la tierra repartidos en lontananza: era como si los muertos se hubieran levantado de sus tumbas en una demostración de justicia divina, pero lo cierto era que en aquel mundo egoísta, donde cada persona solo miraba por sus propios intereses, nadie, salvo él, se iba a encargar de rescatar a su hermana. Por lo tanto, hizo caso omiso a la llamada de auxilio del canalla que se encontraba frente a él, se impulsó hacia adelante y, con el pecho apoyado sobre la espalda de su enemigo, le metió la mano en un bolsillo, el más accesible dada su posición. «*Qué no sea el otro*» —deseó, pensado en el cincuenta por ciento de probabilidades que tenía. Palpó, y... ¡Eureka!

—¿¡Qué coño haces!? —gritó, encolerizado, el antropófago.

El muchacho aferró la llave que tanto había estado buscando. Y como si de una prolongación de su propio cuerpo se tratara, se juró a sí mismo que a menos que le cortaran la mano jamás podrían hacerle soltar aquel pequeño instrumento metálico que suponía un punto de inflexión en su particular vía crucis. Justo en ese momento el mutante salió del hoyo, de manera que su dentado hocico quedó a escasos centímetros de la cara de Arran. El audaz joven se quedó de una pieza, sin atreverse a mover ni un músculo. Por contraste, el monstruo abrió y cerró repetidas veces la boca, pero, dado que tenía las patas delanteras clavadas en las piernas de su captura, no tenía opción a adelantarse si no era soltándola, y a buen seguro no iba a dejar escapar a una presa servida en bandeja de plata. Arran estuvo tentado de impulsarse un poco más y hacerse con la pistola, que descansaba sobre la tierra removida, pero realmente ya tenía lo que necesitaba, y, de intentarlo, estaría poniendo las cosas demasiado fáciles para que en vez de una fueran dos las víctimas que se llevara a su mundo subterráneo la feroz criatura. Por lo tanto, ya no quedaba nada más que hacer allí, excepto escapar... si podía. El muchacho se impulsó de nuevo, esta vez hacia atrás, y se puso cara a cara con el líder caníbal. Lo miró muy fijamente a los ojos. A continuación, vocalizó, no solo para que le entendiera bien, sino también para que pudiera leerle los labios:

—Disfruta del infierno.

El joven superviviente soltó el brazo de aquel asesino con las mismas contemplaciones que este, seguramente, había tenido con todas y cada una de las personas a las que había sacrificado. Inmediatamente, el cazador de hombres fue arrastrado, entre alaridos, hacia la negrura más absoluta. Para siempre.

Arran acudió al encuentro de Quetzaly, la cual, para su sorpresa, había logrado cortar la cuerda, y en cuyas muñecas persistía una marca amoratada.

—¡Corre, antes de que seamos los siguientes! —dijo él, y sin perder ni un segundo partió en dirección hacia la zona rocosa por la que Quetzaly y él acababan de venir y gracias a la cual habían salvado sus vidas hasta en dos ocasiones en ese mismo día.

—¿¡Adónde vas!? ¡Ya tienes la llave, vayámonos de este lugar!

—¡No! ¡Debemos regresar!

—¿Cómo? ¿¡Otra vez!? ¿¡Se te ha ido la olla!?

—¡Confía en mí, por favor! ¡No tenemos tiempo!

Quetzaly cedió a los ruegos de su compañero sin pedir más explicaciones (si había un lugar y un momento poco idóneo para mantener una discusión, sin duda, era aquel).

Los dos jóvenes supervivientes huyeron del lugar, temerosos de que hubiera más sorpresas bajo tierra y por mucho que pareciera que aquellos monstruos ya habían saciado su apetito. Atravesaron la zona rocosa corriendo a más no poder, y cuando el suelo pedregoso llegó a su fin, no salieron de su asombro ante las imágenes que se enfocaron en sus retinas: ahí les esperaban los tres vehículos usados para perseguirlos, ahora vacíos, y con los capós todavía calientes como pan recién sacado del horno.

—¿Te apetece un paseo? —bromeó Arran.

Quetzaly sonrió, pero sus ojos dijeron mucho más que sus labios. Si no estaba realmente impresionada, lo fingía muy bien.

—Ayúdame a ver cómo andan de combustible —añadió el muchacho.

Cada uno de ellos revisó el estado de una *pick-up* diferente.

—Esta está en reserva —informó ella.

—Pues a esta le queda un poco —respondió su compañero—. Llévala tú. Yo llevaré el todoterreno.

Justo en el instante en que se cruzaron para meterse cada uno en su vehículo correspondiente, Arran detuvo a Quetzaly.

—Espera...

—Arran... Esa mirada... No, otra vez no... ¿¡Qué pasa ahora!?

—Tenemos que volver —indicó él.

—Sí, ya lo sé. Eso es lo que estamos haciendo, ¿no? A por tu hermana.

—No. Me refiero a volver a ese rancho... con los caníbales.

La joven de origen azteca entornó los ojos y echó aire por la nariz.

—¿¡Por qué!?

—No podemos dejar a esa gente ahí. Los prisioneros...

Ella calló. Era obvio que necesitaba más información, o así lo entendió Arran:

—No les quedan más vehículos, llevamos ventaja. Toma. —El muchacho entregó el instrumento cortante y la llave a su compañera, y continuó explicando su plan—: Cuando llegemos, ve directamente al establo y abre los grilletes. Con eso bastará, que ellos hagan el resto con el cuchillo. ¿¡Estás conmigo!?

El semblante de Quetzaly se arrugó al mismo tiempo que la nuez se le movía de arriba a abajo. A continuación, apretó los párpados y respiró hondo: una vez..., dos veces..., no hubo una tercera. Abrió los ojos y, decidida, respondió:

—Sí, claro que sí.

Los antropófagos encargados de la defensa del rancho aguardaban dentro de este. Cuando vieron a sus propios vehículos de vuelta a casa, todos levantaron los brazos en señal de victoria y aullaron. Debido a que el reflejo del Sol en las lunas les impedía ver quiénes iban a bordo, dos de ellos abrieron la portillera, dando paso así a los automóviles. El 4x4 iba en cabeza, y por lo que parecía, no llevaba la más mínima intención de aminorar. Al estar ya un poco más cerca del recinto vallado, algunos miembros del asentamiento caníbal distinguieron que en el interior iban los intrusos a los que sus compinches habían salido a buscar. El todoterreno, conducido por Arran, se llevó por delante al primero de aquellos rufianes, el cual trataba de impedirle el paso interponiéndose en mitad de la entrada al rancho. Después de ese atropello mortal, el muchacho se dirigió, con decisión y de uno en uno, hacia todos los caníbales que cruzaban su campo visual. Uno de ellos disparó con una escopeta. Arran reaccionó agachándose, y con ese movimiento evitó que los proyectiles le impactaran en el cuerpo. Lo que no pudo evitar fue que la luna delantera del 4x4 se rompiera en mil pedazos y los diminutos cristales resultantes lo cubrieran por entero. Rápidamente el joven al volante volvió a incorporarse sobre su asiento y, mientras el viento agitaba su cabello enmarañado, orientó el vehículo hacia el hombre que acababa de usar el arma contra él y le pasó por encima. Ya quedaba otro menos.

Aprovechando que su compañero estaba sembrando el caos por la zona, Quetzaly condujo en dirección al establo, haciendo caso omiso a los enemigos que pululaban de acá para allá. Sin embargo, y para su desgracia, alguien a quien ya conocía la estaba esperando... Y ese no era otro sino el orondo guardián, que recién salía de su madriguera, hacha de cocina en mano. Viendo que su rival era demasiado lento y no podría esquivarla, la joven hispana cerró los ojos y pisó el acelerador. Como resultado la camioneta chocó con una de las jambas de la entrada. Esta quedó astillada, y las tripas del caníbal barrigudo esparcidas sobre el frontal del vehículo. Entonces, la muchacha se bajó de la *pick-up* sin perder ni un segundo. Pero antes de meterse en faena, buscó en la distancia a su amigo. Y lo divisó: Arran seguía con su particular cruzada a cuatro ruedas contra

los antropófagos subsistentes. Sin más dilación, Quetzaly entró en el establo, puso en libertad con la llave a la primera de las prisioneras y le cortó la cinta alrededor de las muñecas.

—¡Gracias, muchísimas gracias! —dijo la mujer cautiva.

—¡Olvídate de las gracias y ocúpate del resto! —la urgió su libertadora tras pasarle el cuchillo.

Quetzaly abrió los grilletes de todas y cada una de las mujeres allí presentes. Tras ello, dejó que la encargada de liberar a los prisioneros terminara sola la faena, tanto del lado de las mujeres como del de enfrente, ocupado por personas del sexo masculino.

Una ráfaga de disparos sobresaltó a la muchacha nada más salir del establo. Alarmada, buscó la procedencia del sonido y enseguida vio que uno de los caníbales estaba pegando tiros contra las ruedas del todoterreno en el que iba su compañero. El neumático delantero de la derecha reventó y, en consecuencia, Arran perdió parcialmente el control; no obstante, el joven piloto consiguió restablecer la dirección y atropellar al hombre con el arma de fuego. Después de eso, ya no se produjeron más disparos. Seguidamente, el muchacho condujo, no sin bastantes apuros, hasta donde se encontraba su compañera, y con tanta presteza como pudo salió del 4x4 y se preocupó:

—¿¡Va todo bien!?

—¡Ajá! —aprobó ella

—¡Pues sube de una vez! ¡Nos vamos!

Arran tomó los mandos de la *pick-up* y esperó a que Quetzaly subiera por el lado derecho. En cuanto ella tomó asiento, el muchacho metió marcha atrás y sacó la camioneta del establo. Acto seguido, cambió a directa y pisó el acelerador a fondo, y con ello las ruedas levantaron un gran cúmulo de polvo. Sin más tardanza, la pareja salió de aquel rancho rompiendo una de las vallas de madera que lo delimitaban, y esperaron, por la cuenta que les traía, no tener que volver a ver aquel sitio, ni a las alimañas que allí moraban, nunca jamás.

El silencio había reinado en el interior de aquel vehículo maloliente durante los últimos cinco minutos. Antes, Arran había estado hablando largo rato sin dejar meter baza a su acompañante, quejándose y maldiciendo en voz alta, manteniendo una infructuosa conversación consigo mismo. Y, entonces, no pudo soportarlo más y estalló, otra vez:

—Salió corriendo... ¡Salió corriendo, joder!

Quetzaly agachó la mirada.

—¿¡No dices nada!?! —tanteó él.

—Ya te lo dices tú todo —respondió ella.

El muchacho conducía entre un talud de metro y medio a un lado y una cuneta muy inclinada al otro, y de no haber sido por alguna que otra curva abierta, se podría haber dicho que la trayectoria que llevaba descrita por ese camino era más o menos rectilínea. La abstención del uso de la palabra por parte del conductor, la cual se acababa de ver interrumpida por el arrebató de ira, se había iniciado en el mismo momento en que se había internado en la tierra hollada sobre la que ahora estaba conduciendo. Si bien actuaba precavido ante la nueva y desconocida ruta, en su interior Arran había seguido buscando una lógica a los acontecimientos más allá de su dominio más próximo, incendiando permanentemente su ya de por sí atormentada cabeza. Pero pese a todos los infructuosos, aunque irremediables, juicios de valor formados en su materia gris, había intentado no distraerse de lo que le atañía a más corto plazo. Y lo seguía haciendo. Y aunque estaba casi seguro de que por ahí acortaría recorrido, sin un mapa ni un GPS le resultaba arriesgado afirmarlo con rotundidad.

Cierto era que desde la última palabra articulada, pronunciada por Quetzaly, nada más habían transcurrido unos pocos segundos, sin embargo, el silencio se percibía mucho más dilatado de lo que en sí era. Como resultado del tenso mutismo dentro de aquella carrocería, la joven hispana se vio prácticamente obligada a hablar:

—Estarán bien. Seguro que sabía lo que hacía.

—¡Es que es idiota! ¿¡Adónde, eh!?! ¿¡Adónde pensaba ir!?! —El muchacho seguía enfrascado en sus reproches sin parecer tener fin.

—Arran...

El tono sosegado y serio en que Quetzaly había pronunciado el nombre su compañero no le dio más opción a este que desentenderse, en la medida de lo posible, de la conducción y, a continuación, mirarla.

—Dijiste que estaban rodeados, ¿no? —agregó ella.

—Sí, eso es lo que oí.

—Pues, si lo hizo, sería porque era lo mejor para tu hermana.

—Ya, pero... ¿¡Qué se supone que va a ser de él!?!

—Ya hemos hecho lo más difícil. —Quetzaly posó la mano izquierda sobre el muslo derecho

de su compañero—. Tranquilízate. Llegaremos a tiempo.

—Está bien —dijo él mientras su rostro adoptaba una expresión más relajada. Pero esta se torció al momento.

Quetzaly acompañó verbalmente el gesto del conductor:

—¿¡Qué es eso!?

Un Chevrolet en mitad del camino les impedía el paso. Arran detuvo la camioneta, sin querer creerse del todo que el final de aquella ruta se reducía a un callejón sin salida. ¿Quién en su sano juicio dejaría ahí mismo ese coche y con qué intención? Pero si de algo carecía ese mundo desde la asoladora guerra, y puede que incluso antes de ella, era de lógica y de sentido común. Era un modelo de Chevrolet bastante anticuado y de un color gris apagado, y estaba cubierto de una capa de suciedad tan espesa que, en cualquier otro tiempo, el primer crío en pasar a su lado se habría entretenido escribiendo expresiones manidas. El estrecho camino polvoriento por el que la joven pareja llevaba circulando los últimos minutos acababa en ese mismo punto, en donde una portillera lo hacía desembocar a una calzada de asfalto resquebrajado que tenía orientación perpendicular. Una tapia, de unos cuatro palmos de alto, acompañaba al nuevo camino pavimentado en toda su longitud y hasta donde la vista alcanzaba a ver, lo cual imposibilitaba el paso con automóvil de cualquier otra forma que no fuera a través de la portillera. Otra cosa habría sido seguir a pie, pero Arran no estaba tan fuera de sus cabales... todavía. De todas formas, y aunque esa condenada tapia no hubiera existido jamás, el terraplén casi vertical a la izquierda y los dos pequeños pero pronunciados taludes en forma de uve afilada que constituían la cuneta a la derecha, sumados a la angostura del camino por el que circulaban, les impedían hacer cualquier maniobra que no fuera dar marcha atrás. A la derecha se erigía una deslucida casa de dos plantas a la que, probablemente, el desuso se había encargado de envejecer y dar un aspecto más tétrico del original. La propiedad estaba delimitada por el bajo y ancho muro de piedra en uno de los cuatro lados; el resto de la linde lo completaba un vallado metálico.

Callada, Quetzaly observó al conductor, como esperando alguna reacción por su parte. Él permanecía pensativo.

—Espérame aquí —dijo, por fin, el muchacho.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, inquieta, su acompañante.

—¿¡Tú qué crees!?! Habrá que moverlo, no podremos pasar de otra forma.

—¿Y si es una trampa?

Arran miró a derecha e izquierda: todo se encontraba en la más absoluta calma. Por no haber, no había ni el más mínimo aleteo de un pájaro en las ramas de los árboles.

—No parece que haya peligro. Será solo un momento.

—Mejor retrocedamos. Buscaremos alguna alternativa, con este cacharro podemos ir campo a través.

—¿Lo dices en serio?! Mira este camino. Entre lo estrecho, y lo profundo de las cunetas, ni siquiera podemos maniobrar para cambiar el sentido. Tendríamos que volver marcha atrás. Eso nos llevaría demasiado tiempo. Olvídalo.

Quetzaly no pudo hacer más que resoplar como síntoma de impotencia ante la realidad que le mostraba su compañero. Este entendió que ese gesto le daba la razón y, por consiguiente, salió del vehículo sin intercambiar más palabras. Con sumo cuidado cerró tras de sí la puerta para, de ese modo, poner a su socia a salvo de peligros externos.

La abundante suciedad sobre las seis lunas de aquel vehículo atravesado ya no solo es que ocultara el interior, sino que hacía imposible diferenciar hasta el detalle más insignificante.

Debido a ello, Arran se colocó frente a la puerta del conductor y limpió la luna lateral dando un par de pasadas con el dorso de la mano. De esa forma, dejó que la luz penetrara a través del vidrio. A simple vista, dentro no parecía haber nada especial interesante, pero al muchacho no le valía con eso. Escudriñó a su alrededor: todo estaba tan tranquilo que nada le indicó que no pudiera continuar con su tarea. Lo primero que hizo fue intentar abrir la puerta usando el tirador, pero esta estaba cerrada con llave. A continuación, Arran buscó a sus pies alguna piedra del tamaño de un puño y fue con ella, brazo en alto, directo hacia la misma ventana. Justo antes de ejecutar la acción que tenía en mente llevar a cabo, echó la vista atrás y buscó los ojos de Quetzaly. Ella parecía estar aguantando la respiración, y solo realizó un leve movimiento de labios, como si quisiera decir algo y no se atreviera ello; también parpadeó un par de veces consecutivas, aparentemente para humedecer sus secas y expectantes córneas. Cuando Arran creyó entender que contaba con la aprobación de su compañera, rompió la luna del lado del conductor de un golpe seco. Entonces, ya sin ninguna barrera que se lo impidiera, quitó el seguro a la puerta y la abrió.

La joven hispana estaba atenta a todos y cada uno de los movimientos de su compañero al mismo tiempo que vigilaba el perímetro desde su cómoda posición. Para ella era fácil controlar los flancos (solo tenía que girar la cabeza); sin embargo, tenía olvidada la retaguardia desde hacía un buen rato. Precavida, y viendo ya cómo Arran se introducía en el interior del deteriorado Chevrolet, Quetzaly echó una ojeada a través del retrovisor exterior de su lado a todo lo que quedaba atrás. No cabía la menor duda de que el ángulo de visión del que así disponía era algo reducido y, por lo tanto, trató de solucionarlo girando el cuerpo y mirando directamente, y ya sin espejo de por medio, por la luneta trasera. El camino ocre se fundía en algún punto con la seca vegetación; pero si allí no existía un camino de baldosas amarillas que fuera a parar a la Ciudad Esmeralda, afortunadamente tampoco había indicios de que por los alrededores hubiera monos alados que fueran a llevarlos ante la Cruel Bruja del Oeste. O no... Estando ella tan pendiente de la retaguardia, y Arran enfrascado en intentar despejar el camino, faltaban ojos para cubrir toda la zona. Y ese fue el motivo por el que ninguno de los dos se percató de que, por un costado, una figura semihumana proveniente de la lóbrega casa corría, todavía a lo lejos, en dirección a ellos.

Arran había buscado por todas partes dentro de aquel vehículo dejado de la mano de Dios: guantera, parasoles, debajo de los asientos... Pero privado del instrumento que ponía en funcionamiento el estorbo fabricado por General Motors, su siguiente objetivo se focalizó en encontrar un mapa de la zona o algún arma. Pero tampoco hubo suerte, y enseguida se tuvo que dar por vencido. Entonces, justo en el momento en que creía que las cosas no podían empeorar, oyó un sonido metálico, como de alguien moviendo la verja a su espalda. De hecho, y para ser más concretos, parecía como si la estuvieran saltando; sin embargo, Arran no pudo verlo: la suciedad de las ventanas le imposibilitaba comprobarlo. Quiso salir afuera para despejar sus dudas, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, se produjo la llegada violenta de un mutante. El monstruo se coló por la puerta y tiró a Arran contra los asientos. Este, aprovechando su posición, y cual resorte, repelió con las dos piernas a su enemigo y lo lanzó fuera del automóvil.

Quetzaly se giró súbitamente a la vez que la adrenalina se activaba en su organismo. Superada por las circunstancias, no sabía de qué forma actuar. Pero por si aquello que estaba acaeciendo en frente de sus ojos fuera poco, hubo un hecho que empeoró aún más la situación: un segundo mutante corría hacia ellos como si fueran a ser el primer bocado que probará en semanas.

Arran cerró la puerta del anticuado Chevrolet. «¡Maldita sea! ¡La ventana, idiota!» —se reprochó a sí mismo al ver que no había cristal, no desde que él lo había roto. Los mutantes intentaron introducir sus cuerpos por esa única vía de acceso que existía, entorpeciendo el uno

al otro. El joven superviviente fue presa del pánico, y más al descubrir al segundo de sus enemigos, inadvertido por él hasta ese instante. Pero ¿en qué se habían transformado? Esos dientes con bases amplias y bordes cortantes pertenecían a... ¡No había tiempo para eso! Y consciente de la crítica situación, Arran se deshizo sin paliativos de la curiosidad repentina que había cruzado su mente. Debía poner pies en polvorosa cuanto antes. Por lo tanto, con la espalda pegada a los asientos, Arran propinó incontables patadas con las suelas de las zapatillas a los mutantes para procurar mantenerlos a raya y que su tierna carne humana no les sirviera de almuerzo. Sin poder remediarlo, y a pesar de en medio de todo ese caos, le sobrevino el pensamiento de que quizás debería haber salido corriendo hacia la camioneta cuando había tenido oportunidad, pero por desgracia su instinto le había obligado a cerrar la puerta para ponerse a salvo. De cualquier modo, eso de poco importaba ya, y las condiciones no se podían cambiar, así que lo único que pudo hacer fue gritar:

—¡Quetzaly, por Dios, haz algo, lo que sea!

Finalmente, la joven hispana reaccionó. Se cambió de asiento tan rápido como pudo y, tras agarrar el volante con firmeza, fue a toda máquina contra aquellos dos seres que perfectamente podían haber salido del averno. El morro de la *pick-up* los aplastó contra el lateral del coche atravesado, el cual empezó a moverse poco a poco. Enseguida los bordes del bajo muro de piedra hicieron de tope en ambos extremos del Chevrolet, e impidieron que este siguiera desplazándose. Mientras, los neumáticos de la camioneta giraban sin moverse del sitio al mismo tiempo que los mutantes gritaban de dolor. Quetzaly, subsiguientemente, dio marcha atrás, y al separarse de aquellos dos monstruos, y por mucho que los hubiera oído retorcerse de dolor hasta hacía solo un segundo, vio cómo seguían en pie, como si fueran indestructibles. Entonces, la muchacha retrocedió unos cuantos metros más para así poder tomar más carrerilla y aumentar la velocidad al realizar la siguiente acometida. Y sin dejar que ese momento se extendiera más, pisó el acelerador hasta el fondo. Los mutantes, en esta ocasión, tuvieron tiempo de reacción y esquivaron la *pick-up*, la cual se empotró directamente contra el Chevrolet. Quetzaly empezó a oír los gritos de su compañero, sin embargo, no lograba entender lo que estaba diciendo. Bajó la ventanilla, si bien solo una rendija.

—¡Para, para! ¡Vas a romper el todoterreno! —avisó Arran a la conductora. El muchacho trataba de encontrar una utilidad a los escasos recursos que tenía a mano, pero siempre llegaba a la misma conclusión: no había escapatoria. Siendo esto así, de todas las soluciones locas que se le ocurrieron acabó eligiendo la menos descabellada—: ¡La ventanilla! ¡Ábrela! ¡Ponlo de lado!

Quetzaly dudó por un instante, pero terminó por seguir las instrucciones de su compañero —era eso o esperar a ver cómo se lo comerían vivo—. De esa manera, bajó del todo la ventanilla del lado del copiloto mientras veía cómo los dos mutantes proseguían intentando acceder al interior del coche gris. Y, entonces, realizó otra embestida, esta vez a una velocidad moderada. Se abrió a derechas lo poco que le permitía el estrecho camino y, acto seguido, giró el volante a la izquierda. La conductora se llevó por delante a los insistentes atacantes, apartándolos así de su objetivo, y al instante se produjo la consecuente colisión. Primero chocó el faro y el parachoques; a continuación, todo el lateral derecho de la camioneta friccionó contra el lateral enfrentado del Chevrolet. Las carrocerías se destrozaron recíprocamente en un baile de metal.

Las ventanas de ambos vehículos se encontraban ahora encaradas y sin ningún cristal entre medias que entorpeciera el paso. Ajenos a ello, los mutantes seguían en el suelo recuperándose del golpe, pero si eran tan duros como ya lo habían demostrado previamente, tardarían poco en levantarse. Arran no lo dudó ni un instante y se lanzó hacia la abertura que unía esos dos mundos

tan iguales en su forma y, a la vez, tan diferentes en el fondo. Mientras pasaba entre las ventanillas de los vehículos su cuerpo quedó desprotegido. De haberse arrojado cualquiera de los dos mutantes a por él... Por fortuna, eso no ocurrió, si bien, nada más meter las piernas dentro de la *pick-up*, Arran presenció cómo uno de sus enemigos carentes de raciocinio se abalanzaba contra la luna delantera. El resultado de esa vehemente acción fue un fuerte golpe y algunas manchas de sangre sobre el cristal. Quetzaly se asustó, y pegó el cogote al reposacabezas. En cuanto reaccionó, inició la maniobra evasiva. La gran inclinación del terreno, casi a modo de pared, del lado izquierdo del camino le impedía a la conductora seguir adelante para dar media vuelta, así que se vio obligada a ir marcha atrás mientras giraba el volante hasta el tope y rectificaba la posición de la camioneta. En consecuencia, el mutante que estaba sobre el capó cayó de nuevo al suelo, justo al lado de donde todavía encontraba la otra bestia, y enseguida ambos se levantaron entre espasmos, pegando dentelladas al aire. Parecían muy enfadados.

—¡La ventana! —advirtió Quetzaly.

Arran apretó el botón que elevaba el cristal; sin embargo, el aire continuó dándole en la cara.

—¡No cierra, joder!

Y sin perder más tiempo, la muchacha dejó caer el pie, con nervio, sobre el acelerador. La *pick-up*, ya en la misma dirección que la vía, pegó una serie de fuertes tirones, pero Quetzaly consiguió estabilizarla. Al percibir que el vehículo se alejaba, las dos criaturas ávidas de carne fresca empezaron a correr tras él.

—¡Acelera! —dijo el muchacho.

—¡No puedo ir más deprisa! —explicó la agitada conductora.

Quetzaly conducía marcha atrás, solamente guiada por lo que el retrovisor interior le mostraba. Como le resultaba una tarea hartó complicada, y deseando más que nada en el mundo que tanto su compañero como ella misma pudieran salir sanos y salvos, procedió a girar todo su cuerpo y pasó a mirar el camino directamente a través de la luneta trasera. El mayor problema que le ofreció esa nueva postura fue que de esa forma perdía la referencia de sus enemigos; no obstante, y aunque le seguía costando horrores mantener la dirección, la conducción se le hizo mucho más manejable.

La camioneta zigzagueaba; aun así, la joven hispana consiguió mantenerla más o menos estable. Arran, por su parte, no podía hacer más que permanecer como un mero espectador ante la rocambolesca situación. Él era consciente de que su compañera tenía los cinco sentidos volcados en la conducción, y bastante proeza era ya no salirse del camino en esas condiciones. La increíble musculatura con la que contaban los mutantes hacía que estos ganaran terreno poco a poco, por lo que tarde o temprano se colarían por la ventana, eso si antes Arran y Quetzaly no tenían un accidente. «*Ideas...*» —se concentró el muchacho, aun con todo aquel embrollo. Tratar de girar el vehículo ciento ochenta grados se antojaba imposible, ya que la cuneta era demasiado abrupta como para siquiera intentarlo, y más a la velocidad a la que iban, y en el improbable caso de que no volcaran en el intento, ¿cuánto tiempo aguantarían sin estrellarse contra algún obstáculo por irregular terreno agreste?

—¡Nos alcanzan! —gritó la conductora.

Esa advertencia, además de sacar a Arran de sus cavilaciones, le hizo entender que Quetzaly la había dicho más como una llamada de auxilio que como un comentario informativo.

—¡Ya lo veo! —dijo él, y siguió pensando en medio del caos. Entonces, una idea, o más bien un dislate, golpeó de pronto su acelerada mente—. ¡Frena!

—¿Qué? ¿¡Qué frene!? ¿Lo dices en serio? —protestó Quetzaly. A pesar de su gran desconcierto, no se arriesgó a mirar a su compañero, pues de otra forma podría salirse del camino

si desviaba su atención.

—¡Tú frena! ¡En seco, y dame tiempo!

—¿¡Para qué!?

—¡Tengo un plan!

—¿¡Un plan!? ¡Eso es un suicidio! —siguió desconfiando la muchacha mientras conducía con su cuerpo girado de cintura para arriba y miraba a través de la luneta trasera.

—¡Vamos, Quetzaly, haz lo que te digo, por Dios!

Los mutantes ya tocaban prácticamente el morro de la *pick-up*.

—¡Está bien! —contestó ella, airadamente—. ¡Agárrate!

Arran aferró la manija de la puerta de su lado como si hubiera estado fabricada de fichas de diez mil dólares. Todo al... ¡Y Quetzaly accionó el freno de mano! Las ruedas se bloquearon, y las nuca de la joven pareja se pegaron al reposacabezas debido a la inercia. El vehículo derrapó varios metros hasta pararse en seco. Sin dudarle ni un segundo, el muchacho abrió la puerta del lado derecho con violencia, de manera que uno de los mutantes un pudo detenerse a tiempo y se estampó contra ella. El ser deforme cayó al suelo, aparentemente inconsciente; el otro monstruo, que iba un poco más retrasado, se dirigió hacia el otro lado del vehículo, en donde empezó a propinar golpes contra la ventanilla del conductor. Petrificada, la joven hispana contempló el horror a escasos centímetros de sus ojos; tan solo la separaba de una muerte segura un vidrio de apenas medio centímetro de grosor, y el cual no tardaría en romperse si aquella bestia seguía aporreándolo de aquella manera. Aun así, Quetzaly hizo de tripas corazón, y vociferó:

—¡Eh, cabrón, ¿me quieres?! ¡Pues aquí estoy! ¡Vamos!

Arran salió del vehículo, ligeramente agachado, y empezó a correr. Se fue enderezando y fue aumentando el ritmo a medida que se alejaba. Quetzaly, mientras tanto, trataba de armar el máximo jaleo posible para así distraer al mutante. Además de berrear, también volvió a hacer retroceder el vehículo, esta vez muy despacio, casi a cámara lenta, en un intento de dejar exento de toda atención a su compañero.

El monstruo que yacía sin consciencia en el suelo volvió en sí, y lo primero que captaron sus sentidos fue a Arran en la distancia, alejándose. Su garganta mutada emitió un sonido gutural aterrador; estaba listo para entrar a la batalla de nuevo. Sin mayores problemas, se levantó utilizando el poderoso tren inferior que la mutación le había otorgado y galopó hacia su huidiza presa. Por lo que se refería a la otra criatura, esta, reclamada por el llamamiento bronco de su congénere, se desentendió de la conductora y se unió a la caza.

Quetzaly pasó de marcha atrás a primera, sin esperar a que la camioneta se detuviese, y aceleró. El motor emitió un sonido grave y decreciente, y se apagó sin previo aviso. A la muchacha no se le ocurrió más que tocar el claxon en un intento de atraer los monstruos, pero estos ya tenían a su objetivo muy bien definido y no se molestaron ni en echar una triste ojeada a sus espaldas. El rostro de la conductora se tornó blanco, y unos sudores fríos empezaron a recorrerle la espalda. Se encontraba varada en aquel sitio como un barco en mitad del desierto.

—No, no, no, ahora no... —Y mientras se quejaba, Quetzaly intentó volver a poner el vehículo en marcha, pero esta vez la fortuna no estuvo de su lado.

Al llegar a la altura del Chevrolet, Arran se tiró contra la ventanilla rota y metió medio cuerpo dentro. Ahí quitó el freno de mano con toda la decisión del mundo. A continuación, se apresuró a poner las manos sobre el capó. Nada más tocar la chapa vio aparecer a sus dos enemigos entre la distante maleza: corrían hacia su posición como una pareja de hienas hambrientas. «Un

momento... ¿de verdad estaban sonriendo?» —dudó el muchacho. «*No puede ser. Son imaginaciones mías. Es solo la forma de sus bocas*» —reconsideró. Lo que sí percibió con claridad fue que esos dos deformes y malvados gatos de Cheshire habían empezado a relamerse a causa de su inminente festín vespertino, es decir, él; desgraciadamente, y al contrario que en el cuento, esa especie de animales no iban a desaparecer por voluntad propia. «*Vamos, Quetzaly, no me falles ahora...*» —urgió mentalmente Arran a su amiga ante el fatídico final que le esperaba si ella no iba pronto a su encuentro.

La joven hispana seguía enzarzada con su particular campaña.

—Arranca, bonita... —animó a la maquinaria semoviente con un tono tan dulce como apremiante. Acto seguido, colocó la mano sobre la llave. Sus ojos estaban cerrados; sus labios rezaban algún tipo de oración... Procedió a girar el contacto y, como si los astros se hubieran alineado, el motor rugió de nuevo. Por un momento a la conductora le pareció haberse transportado a otra dimensión, en donde todos sus problemas hubieran dejado de existir, pero tan pronto volvió a la realidad, lo cual sucedió con vertiginosa inmediatez, se dio cuenta de que debía actuar cuanto antes. Y así, con las prisas, hizo que las ruedas derraparan en el sitio antes de que la camioneta saliera disparada. Era hora de reunirse con su compañero.

Arran clavó los talones en la tierra y se prometió a sí mismo que no los haría retroceder ni un milímetro pasara lo que pasase. Tras ello, aplicó toda su fuerza contra aquel automóvil viejo y gris, lo cual le obligó a apretar los dientes de la misma forma que los del artefacto que apresaba la pierna de su hermana. Su cara, en realidad todo su cuerpo, estaba a punto de explotar, y tenía la desagradable sensación de que el recto se le iba a salir por el ano en cualquier momento. A pesar de todo, dicho esfuerzo se vio pronto recompensado: las cuatro ruedas comenzaron a girar, al principio muy despacio, si bien con la inercia del automóvil en progresivo movimiento la tarea se fue haciendo más y más asequible. Arran continuó empujando con la escasa fuerza que le restaba ya. Los mutantes estaban muy cerca; el embate era inminente. El muchacho aguantó la respiración...

—¿¡Por qué tardarán tanto siempre!?! —dijo entre dientes.

Las ruedas traseras del Chevrolet traspasaron el borde del talud interior y el peso del propio coche hizo que este cayera por sí solo en la cuneta. Los faros apuntaron a alguna parte indeterminada del cielo, y el bastidor formó un ángulo de unos cuarenta y cinco grados con respecto a la superficie llana de la vía. Todo eso provocó que, al fin, la portillera en el muro quedara accesible para el tráfico rodado. Ya no había ningún impedimento por el que Arran y Quetzaly no pudieran acceder al otro lado y dejar por siempre atrás aquel atolladero, no así a los mutantes, los cuales se encontraban casi encima del muchacho. Este inició una galopada al igual que si una pistola olímpica le hubiera indicado la salida en la prueba de los cien metros lisos. Y abandonó el lugar. Al pasar de la superficie terrosa al suelo pavimentado, notó cómo el agarre de sus zapatillas mejoraba sobremanera; desgraciadamente, desde el mismo momento en que las dos criaturas que lo perseguían le ganaban físicamente en todos y cada uno de los aspectos en que se comparara con ellas, eso no le servía de nada.

Quetzaly se desplazaba sobre las cuatro ruedas como una bala. Acostumbrada a conducir marcha atrás durante los últimos minutos, aquello ahora le parecía un juego de niños. Y, al igual que en un rally, era como si quisiera marcar un tiempo récord, y no había mejor premio que salvar a su compañero. Cuando atisbó la abertura en el muro, se encontró con que el Chevrolet ya no

bloqueaba el paso. Aun con esas, el hueco no parecía demasiado grande que se dijera. La muchacha intentó apurar al máximo a su izquierda con el borde del muro para de esa forma no rozar a la derecha con el bastidor del coche apartado a un lado. Y gracias a esas buenas artes, la camioneta entró justa. Inmediatamente después, la conductora redujo la marcha y giró el volante de forma brusca. Pese a esa maniobra, la *pick-up* entró demasiado deprisa en la nueva vía, de manera que al tomar la curva una de las ruedas traseras se despegó del suelo. Afortunadamente, no llegó a mayores, y la muchacha siguió conduciendo por la carretera. Enseguida vio a lo lejos a su amigo, perseguido por los dos mutantes: los llevaba pegados a los talones. Quetzaly aceleró y los sobrepasó por la izquierda, y, dejando de prestar atención a la carretera por un instante, se inclinó hacia un lado y estiró el brazo. Tras abrir la puerta del lado del copiloto, se enderezó de nuevo y desaceleró hasta equiparar la velocidad del vehículo a la de Arran. Este esprintó, consumiendo sus últimas energías, hasta el punto de que llegó a sentirse los huesos fuera de las articulaciones. Estuvo a punto de saltar a la zona de carga descubierta de la parte trasera del vehículo, pero pronto desechó esa idea, ya que, al igual que él, así también lo podrían hacer sus perseguidores, que además eran mucho más ágiles, veloces y fuertes. Pero si hubo un hecho determinante para no atreverse a realizar dicha acción, ese fue que el muchacho notó cómo uno de los monstruos le empezaba a rozar la camiseta. Sin más alternativas entre las que elegir, alargó el brazo, y una vez logró tocar la puerta abierta, la aferró con tantísima fuerza que se juró a sí mismo que, con él, el mutante se tendría que llevar el armazón del todoterreno si así hacía falta. Entonces, viendo que las piernas se le desencajarían en cualquier momento y no pudiendo resistir más el galope tendido al que se veía obligado a ir, el joven corredor pegó un brinco y se introdujo dentro del vehículo. ¡Ahora se encontraba fuera de peligro! O eso creía... Antes de que pudiera cerrar su lado de la camioneta, la letal criatura lo agarró del brazo. El mutante metió su horrible y deforme cabeza dentro del vehículo. En consecuencia, Quetzaly se asustó y pegó un volantazo.

—¡Sácalo, sácalo! —Aunque estaba histérica, asombrosamente mantuvo estable el vehículo.

Al mismo tiempo que trataba de esquivar las dentelladas, Arran empezó a dar puñetazos a su enemigo en todas las partes del cuerpo donde le fue posible; el problema residía en que el mutante estaba ya muy bien agarrado al vehículo y, por lo que se veía, no tenía intención de bajarse a menos que fuera debido a un caso de fuerza mayor.

—¿¡Es qué te lo piensas llevar de viaje!?! ¡Sácalo de una vez! —gritó la conductora.

—¡Eso... intento..., joder! —Arran tenía las manos tan ocupadas en evitar el fatal desenlace que se decidió por usar la cabeza, literalmente, y si esta era tan dura como siempre decía su hermana, tendría que sacarle del apuro. Así, cogió impulso echando el cuello hacia atrás, y tras lo cual pegó un tremendo golpe con la frente al mutante. Este se vio en la necesidad de soltar a su presa, presa a la que enseguida volvió a agarrar, esta vez de la última parte del cuerpo de la que pudo echar mano: el pie. Arran sacudió su extremidad inferior de forma violenta, lo cual provocó que el monstruo no pudiera evitar volver al asfalto, pero, eso sí, con una zapatilla de recuerdo entre las garras. Sin perder ni un segundo, el muchacho cerró la puerta para, de una vez por todas, poder ponerse a salvo; de lo que no se acordaba era que la ventana se había quedado bloqueada anteriormente, la cual, por supuesto, así seguía, abierta para la posteridad.

—¡Acelera, por lo que más quieras!

Quetzaly dejó que pasara más combustible al motor y, como resultado, la velocidad de la camioneta aumentó. Atrás quedaba todo un episodio a olvidar. En una última inspección, la conductora echó un par de ojeadas por el retrovisor interior: los dos mutantes seguían corriendo tras el vehículo, incansables y cada vez más pequeños. Ya más relajada por la ausencia de

peligro, la muchacha observó con tranquilidad cómo esos dos monstruos se perdían en la lejanía a través del oblongo y malaventurado espejo, el retrovisor del miedo.

20

La manada de mutantes no había regresado a por Nairna, al igual que el novio de esta, y la voz de Arran seguía sin manifestarse a través del comunicador portátil. En lo más profundo de su ser la joven apresada suspiraba por que Jeff hubiera podido escapar de las garras de sus perseguidores y en ese mismo instante el muchacho estuviera ya buscando la forma de reunirse con ella; el sentido común, en cambio, le indicaba que su novio había acabado mal, muy mal, y ella misma se martillaba en la sesera con esa horrible imagen para que aceptara lo antes posible su trágico final. Nairna rogaba a un ser superior, si es que en verdad había uno en algún lado, únicamente por que sus dos seres más queridos no hubieran sufrido o fueran a sufrir demasiado, al menos no como ella. Con todo y con eso, el dolor permanente provocado por su pierna apresada y sumado al que con toda probabilidad estaba por venir no era nada en comparación con el que ella sentía en su corazón.

Nairna todavía tenía la camiseta de Jeff entre las manos. La tocaba con la misma delicadeza que hasta entonces había hecho con el pelaje de aquellos pequeños mamíferos de orejas largas que le habían servido de alimento. Se quedó observando el símbolo de la paz serigrafiado en la pechera. «*¿Paz? ¿Qué paz? Solo queda guerra. Y después de ella: muerte, destrucción, sufrimiento extremo...*» —se atormentó. Juntó los párpados; quería recordar para olvidar: cómo había su última vivencia antes de llegar a ese sitio, donde lo había perdido todo, y en el que iba a morir irremediamente. Sintió el suave tacto del algodón...

La mejilla de Nairna descansaba intermitentemente sobre la camiseta de su novio, pero la huesuda prominencia que había debajo la impedía acomodarse para ser transportada a otro mundo más placentero. La muchacha, harta de dar cabezadas y de combatir el sueño sin éxito, abrió los ojos al máximo y meneó la cabeza, y centró su atención en la carretera: la autopista acababa ahí mismo. Justo en el tramo en donde las dos calzadas separadas por la mediana convergían en una sola, un letrero anunciaba que era preciso reducir la velocidad de circulación a partir de ese punto. Por lo que pudo interpretar Nairna, su hermano no pensaba seguir dichas instrucciones. Y lo comprendió. De hecho, de haber sido ella la que hubiera estado al volante también lo habría hecho así, puesto que, a excepción de algún que otro encuentro esporádico en carretera con otros supervivientes, los cuales parecían tener demasiada prisa por ponerse a salvo a sí mismos y una nula disposición por ayudar al prójimo, ya no quedaba autoridad alguna a la que dar explicaciones ni tráfico del que preocuparse.

Apenas habían recorrido medio kilómetro cuando un nuevo letrero les indicó que se estaban adentrando en la población de Eden. El joven rubio tocó el hombro del conductor y dijo:

—Desvíate aquí.

Esas palabras hicieron que el sopor remanente de Nairna quedara borrado y olvidado.

—¿Por qué? —preguntó Arran.

—Es una señal.

—Jeff, no es una señal, maldita sea. No va a venir Dios a mostrarnos el camino.

—No se trata de eso. Pasado Eden está San Angelo.

—¿Y...?

—Es de donde era Paul.

—Eso ya lo sé. ¿Y? —Hizo énfasis en el interrogante—. ¿No querrás que vayamos a ver a su familia, o lo que sea que quede de ella?

—No lo entiendes. Hay una base aérea. Está en las afueras, ni siquiera hay que entrar en la ciudad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado varias veces en su casa. Siempre que pasábamos se quejaba. Que si los militares esto, que si los militares lo otro...

—Y con razón —agregó el conductor.

—Sí, es muy buena idea —habló Nairna por primera vez desde que se había iniciado esa conversación—. Si han podido defenderse, tal vez los militares estén evacuando por aire a los supervivientes.

Arran, tras permanecer callado unos segundos, contestó:

—De acuerdo, puede que sea nuestra última oportunidad.

Durante su paso a través de Eden salieron a darles la bienvenida un puñado de aquellos pobres diablos fruto de la mutagénesis. Afortunadamente, esa era una población de apenas tres mil habitantes, estando la mayoría de ellos ubicados hacia el norte y el este de la calle principal. Dicha vía empalmaba con la Carretera Federal 87, la cual, a su vez, comunicaba directamente con la ciudad de San Angelo, muchos kilómetros más adelante. De esa forma, sin tener que hacer una incursión en las zonas más pobladas de la pequeña localidad de Eden, salvo algún que otro susto y atropello inevitable, no hubo daños personales que lamentar por parte de los tres jóvenes.

De camino a su destino, los tres viajeros se turnaron para cargar sus respectivos *smartphones* en la toma del mechero del vehículo, ya que, a pesar de que las comunicaciones estaban caídas, debían guardar tantas cartas como cupieran bajo sus mangas mientras permanecían a la espera de una respuesta por parte de un sistema que se encontraba bajo los escombros de la guerra, el mismo sistema contra el que siempre habían luchado y en el que ahora buscaban un resquicio por el que poder colarse. Un momento... ¿Iba eso en serio? Nairna rio irónicamente para sus adentros al leer el topónimo impreso en el siguiente letrero que había en la carretera: «*Wall*». Realmente estaban a punto de pasar por una pequeña comunidad llamada Wall, y eso solo podía ser una señal, o al menos para ella. Si no habían conseguido traspasar el enorme muro que dividía su propio país del mexicano, desde luego sí cruzarían ese nuevo muro imaginario que significaba estar más cerca de alejarse de aquella tierra exterminada por las armas bacteriológicas.

Según lo comprobado en el cuentakilómetros por el conductor, habían recorrido más de sesenta kilómetros por la Carretera Federal 87, sesenta kilómetros de tensa calma, y la Base Aérea de Goodfellow estaba a un tiro de piedra de acuerdo a las indicaciones que había en el desvío al que acababan de acceder desde la autopista. La carretera de doble sentido por la que ahora transitaban los tres supervivientes ofrecía una perfecta visión de los alrededores dada la llana superficie arada que se extendía a sus dos lados, y su trazado se presentaba como si un ser superior hubiera tirado una raya gigante desde el cielo con una regla de proporciones gigantescas. Algunos residentes de la zona, seguramente adorables en otro tiempo y cuyas respectivas propiedades asomaban desperdigadas a lo largo del recorrido rectilíneo, se arrojaron como kamikazes en

dirección a la camioneta en un intento de interceptarla. Por suerte, la situación no pasó a mayores y no pidieron hacer más que perseguirla, sin éxito.

Nada más dejar atrás una nave que parecía ser algún tipo de almacén, y tras tomar la primera curva que veían desde hacía varios minutos, justo ante las narices de los tres jóvenes apareció la valla metálica que delimitaba el recinto de la base militar. Inquietos entre los asientos de la camioneta que los transportaba, siguieron dicha valla, la cual iba pegada a la carretera. Terminaron por encontrar una entrada. Y viendo que allí no había nadie que estuviera controlando el acceso, Arran no solo no aminoró, sino que se llevó la barrera por delante. A continuación, hizo suya la pista de aterrizaje, previo paso por las distintas calles del recinto. Y tan pronto como avistó los hangares, se dirigió hacia ellos. Cuanto más se acercaba, mejor se podían apreciar las aeronaves, aeronaves que Nairna contemplaba con deseo ansioso a través de los cristales. Era cierto que había un buen puñado de helicópteros, pero no demasiados para la imagen que ella se había formado en la cabeza. La mayoría de ellos eran de gran tamaño, probablemente destinados al transporte, al reconocimiento o a la búsqueda y rescate. Por ahí también descansaban un par de cazas con su perfecto diseño pensado para romper la barrera del sonido; paradójicamente, si de algo carecía aquel aeropuerto propiedad del ejército de los Estados Unidos era de sonido..., cualquier tipo de sonido. Era como si el ruido de los motores estuviera jugando al escondite con los tres jóvenes intrusos. Pero esa no era la única ausencia: allí tampoco había ninguna evacuación, ni ningún superviviente a la vista. Los militares afectados por el mutágeno, por el contrario, sí que hicieron pronto su aparición: los primeros salieron de los hangares, y a ellos les siguió una horda que provenía de los barracones.

—¡Arran, vámonos de aquí! —urgió Nairna a su hermano.

Los miembros de la milicia, transformados y encolerizados, iban en tropel y en poco se les echarían encima. A causa de ello, y viendo que disponía de todo el espacio del mundo para maniobrar, Arran viró la dirección de la marcha con un giro realmente abierto y sin levantar el pie del acelerador. Después de eso, usó de nuevo la pista de aterrizaje, poniendo a prueba el velocímetro de la *pick-up*. La aguja alcanzó el máximo. Encerrados con los que parecían ser los seres más implacables sobre la faz de la tierra, el trío de supervivientes debía pasar al otro lado de la valla metálica cuanto antes, echándola abajo si era necesario, de otra forma no saldrían vivos de aquella cloaca, la cual se había encargado de drenar todas sus ilusiones.

Si no había nadie ahí para controlar la entrada, tampoco lo había para la salida. Así, con un puesto de vigilancia libre de obstáculos, Nairna, Jeff y Arran pasaron por él del mismo modo que habían entrado: como una flecha. Los neumáticos desgastados de la Ford roja pronto hicieron contacto con la carretera que acotaba aquella base. Y, a partir de ese punto, emprendieron el viaje de vuelta a lo desconocido, dejando a San Angelo enterrado en el más absoluto olvido. En cuanto el ritmo de las pulsaciones de Arran bajó, este repuso:

—¿¡Con que una señal, eh!?

—Había que intentarlo, cómo iba a saberlo —contestó el joven rubio.

—Pues si eso era el edén, parece que os han expulsado igual que a Adán y a Eva —agregó Arran, ásperamente.

—¿¡Y tú quién se supone que eres, la maldita serpiente!? ¡Él no tenía ni idea de lo que iba a pasar! —intervino Nairna, irritada.

El muchacho se mantuvo en silencio; el tono de su hermana parecía haberle afectado. Se disculpó:

—Perdonad, es que estoy demasiado nervioso. Ha sido muy fuerte...

—¿Quieres que lleve yo el coche? —preguntó ella, esforzándose por sonar más calmada.

—La verdad, no me vendría mal.

Tras hacer una parada en mitad de la autopista, Nairna ocupó el mando del vehículo y Jeff el puesto del copiloto; Arran se colocó en el asiento trasero, tumbado sobre las provisiones. Previamente al cambio de posiciones se habían cerciorado de que no hubiera nadie con malas intenciones por los alrededores.

El viaje prosiguió relativamente tranquilo, sin embargo, en las mentes los tres viajeros no había ningún punto concreto al cual dirigirse (estaban convencidos de que una corazonada les indicaría el lugar adecuado cuando estuvieran ante él). En un momento dado, Nairna vislumbró un automóvil con el capó abierto detenido a un lado de la carretera, y junto al cual había un niño de unos cinco años de edad. La muchacha, viéndose en la obligación moral de auxiliarlo, detuvo la *pick-up*, aunque sin apagarla y guardando una distancia prudencial, tras lo cual se quedó, al igual que sus dos compañeros, observando insólita la situación, muda, perpleja. Aquel chiquillo permanecía de pie, gimoteando, y con una manita posada sobre la tapa metálica del depósito, como no queriendo despegarse de la última cosa material que le unía a sus padres; la otra mano la tenía metida en la boca, y cuanto más se la mordisqueaba más babas resbalaban por ella. En cuanto a sus rechonchas extremidades inferiores, llevaba unos pantalones cortos a cuadros que dejaban al aire unas buenas heridas en ambas rodillas, y que, por el aspecto, parecían recientes.

—¿Qué hacemos? —preguntó la conductora.

El dueño de la camioneta efectuó un suspiro tan largo como difícil era la decisión que debía tomar:

—Continúa.

—Vamos, Arran, es solo un crío —dijo Jeff.

—No podemos dejarlo tirado. No podré vivir con esa carga —agregó la muchacha.

Nairna intuyó que el repentino mutismo en el que había entrado su hermano se debía a que este estaba sopesando lo pros y los contras de prestar auxilio. Para ella, en cambio, todo estaba tan claro como el agua cristalina, aun a pesar de las posibles consecuencias.

—Está bien. Vosotros esperad aquí. Si veis algo extraño, cualquier cosa, avisadme —resolvió, finalmente, el muchacho ubicado en el asiento trasero mientras echaba mano a la escopeta.

—Por supuesto —reforzó Jeff la actitud de su compañero al mismo tiempo que se volvía hacia él con una mirada honesta.

Arran le agradeció el gesto con otro de características similares, tras lo cual posó la mano sobre el hombro de su hermana.

—Y tú estate preparada, nunca se sabe.

Nairna asintió, sin embargo, para cuando quiso abrir la boca, su hermano ya tenía los pies fuera del vehículo y había empezado a desplazarse con movimientos que, aunque lentos, se mostraban seguros. Ella entendió que la última cosa que quería Arran era asustar a aquel pobre chiquillo, y de ahí ese caminar pausado. Además, otro detalle significativo por parte de su hermano era que este llevaba la escopeta al hombro, por detrás del mismo, lo cual resultaba lógico, ya que, por muy corta edad que tuviera el niño, un arma de fuego siempre infundía recelo y no podía correr el riesgo de espantarlo.

Cuando estuvo a un par de pasos del coche estacionado en el arcén, el muchacho se agachó e inspeccionó el hueco entre el travesaño longitudinal inferior del vehículo y el asfalto. Allí no había nada, excepto el aire caliente. Así pues, se puso en pie, inclinó el cuerpo hacia adelante y elevó el mentón para investigar el interior del vehículo desde la seguridad que le ofrecía su

posición: no había duda de que lo habían abandonado. Tras ello, se dirigió al crío en un tono amigable:

—Hola, pequeño, ¿dónde están tus padres?

El niño lo miraba con ojos húmedos y sin sacarse la mano de la boca. Retrocedió un paso.

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño —se apresuró a decir el portavoz del trío superviviente a la vez que estiraba el brazo y mostraba la palma desnuda de su mano. Viendo que ni aun con esas conseguía ganarse la confianza de su pequeño oyente, Arran hincó una rodilla en el suelo para ponerse a su altura.

—Eh, vamos, estoy aquí para ayudarte. Soy de los buenos. ¿Tú eres de los buenos...?

—¡No, Arran, cuidado! —se oyó gritar a Nairna débilmente a causa de los cristales que se interponían entre ella y su hermano.

Un hombre salió corriendo de detrás del vehículo aparentemente averiado, rodeó a toda prisa el frontal de dicho vehículo y atacó a Arran por la espalda. A este no le dio tiempo a reaccionar y se llevó un buen puñetazo. Cayó al suelo, noqueado. El pequeño empezó a llorar.

—¡No te muevas! —ordenó Jeff a su novia al mismo tiempo que salía de la camioneta en socorro de su amigo.

El desconocido se adueñó de la escopeta de Arran, quien se hallaba demasiado aturdido como para oponer resistencia. Tras ello, apuntó hacia el joven rubio y disparó. La mayoría de las postas dieron en el morro de la *pick-up*, a la izquierda del faro derecho; el resto atravesaron la luna delantera. Nairna se refugió bajo el salpicadero, con las manos puestas sobre la cabeza, mientras el vidrio hecho añicos la cubría por entero. Justo en el momento del impacto, y supuestamente a consecuencia del mismo, el motor se apagó. Jeff se apresuró a pegar la espalda al lateral de la camioneta, dificultando así el ángulo de tiro a su agresor. Dicho agresor encaró el arma de nuevo y con el mismo propósito letal que la vez anterior, pero antes de que llegara a efectuar el segundo disparo, desde el suelo, Arran le pegó una patada en la corva y lo derribó. La detonación se produjo igualmente, aunque un poco desviada del objetivo inicial. Las postas volvieron a impactar cerca del faro derecho, solo que vez hacia la parte de abajo. Ese infortunio provocó que la rueda se desinflara. Nairna, resguardada entre el asiento del conductor y el salpicadero, notó cómo la camioneta descendía unos centímetros. Intentó poner el vehículo en marcha una y otra vez, pero no obtuvo éxito. En el exterior, el muchacho tendido sobre el asfalto aprovechó su momentánea ventaja para quitar el arma de las manos a aquel hombre sin escrúpulos, y tras lo cual la recargó con un par de cartuchos que se sacó del bolsillo. Lo siguiente que hizo fue apuntar a su rival con dicha arma.

—¡No nos matéis, por favor...! —dijo el desconocido, arrodillado y abrazado al niño.

—¿¡Qué no te matemos, cabrón!?! ¿Y qué se supone que ibas a hacer tú?

—¡Arran! —Nairna salió del vehículo y, junto con Jeff, se acercó a su hermano.

—¡Volved al coche, no sabemos si hay más! —les advirtió el muchacho, sin mirar hacia sus camaradas.

—Estamos solos —se entrometió el ejecutor de la emboscada.

—¿Dónde se supone que estaba? ¿Lo habéis visto? —volvió a hablar Arran (su verbo estaba con Jeff y Nairna; sus ojos, con los retenidos).

—Detrás de la rueda, agachado —explicó el hombre

Sus palabras cayeron en saco roto, aun con la supuesta atención que le estaba dedicando su vigilante, escopeta en mano.

—Olvídate de eso. La camioneta no arranca —informó Nairna.

Arran se giró como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima. Vio a su amigo acercarse al capó y abrirlo, y ojear el laberinto de piezas y circuitos que se descubrieron ante este.

—Los disparos deben de haber dañado el motor —añadió Jeff.

—Maldito seas... —Ahora el muchacho sí se dirigió al individuo al cual llevaba un rato apuntando.

—No, por favor... Lo siento... —suplicó el hombre, sin dejar de abrazar al que se suponía que era su hijo.

Nairna no podía parar de observar a la extraña pareja. Bien visto, y según su criterio, aquel tipo era clavado al niño: los mismos ojos verdes, el mismo mentón pronunciado... No había duda de que eran padre e hijo. Por su parte, Arran intentaba controlar la respiración para así calmar sus nervios. Cuando lo consiguió, habló:

—¿Funciona el coche o era también parte de la trampa?

—No. Está averiado de verdad. Nos quedamos tirados. Oye, yo no quería, pero... He perdido a mi mujer y a mi otro hijo. Pararon otras personas antes que vosotros, y nos robaron lo poco que teníamos...

—Coge al crío y empieza a andar —pronunció el muchacho, impasible.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Carretera alante. No podemos ayudaros.

Y ante la mirada melancólica de los tres supervivientes, el progenitor y su descendiente se fueron haciendo cada vez más pequeños conforme se aproximaban al punto de fuga que formaban las líneas de la carretera con el horizonte.

—No sé si deberíamos de haber...

—Nair, ya sabes cómo están las cosas. No podemos arriesgarnos a que sepan nuestra posición. Y, además, si ha sido capaz de hacer eso, ¿quién te asegura que no nos vaya a matar mientras dormimos, por ejemplo?

Ella calló; su novio, también. Su resignación debida a ese último razonamiento era más que obvia. Arran, viéndose con la batuta entre las manos, habló:

—Está bien, saquémoslo todo. De todas formas, no parece mal sitio, ¿qué opináis?

—Y aunque lo fuera, tampoco es que tengamos más opciones —se lamentó su amigo.

—Las cosas son como son... Bueno, seguiremos a pie. Atravesaremos el campo hasta encontrar un buen lugar. Cojamos todas las cosas, no nos podemos permitir dejar nada.

Jeff y Nairna siguieron las pautas de Arran y, tras repartirse los bártulos, los tres emprendieron el viaje hacia ninguna parte con todas sus pertenencias a cuestas. Caminaron sin descanso. Mientras vagaban, ella era la única del grupo que de vez en cuando se molestaba en echar un ojo a su correspondiente *smartphone* en busca alguna nueva información o contacto inesperado que les ofreciera un atisbo de esperanza; fue desechando esa idea ilusionante a medida que se aislaban de la sociedad humana y la batería de su teléfono se consumía sin opción a recarga. Estas pronto estarían agotadas, al igual sus músculos si no se ponía término a esa caminata que parecía no acabar nunca. Cuanto más cansada estaba, de peor humor se ponía... Y, entonces, se dieron de bruces con un río.

—Podemos instalarnos aquí, necesitaremos agua —planteó la muchacha.

—No estoy del todo seguro —dudó su hermano.

—¿¡No estás seguro de qué!? ¿De que necesitaremos agua? ¿Y qué haremos cuando se nos acaben las botellas?

—No me has entendido.

—Pues explícate mejor.

—¿Dónde se establecieron las primeras civilizaciones?

—¿¡En serio quieres que juguemos ahora a las adivinanzas, Arran!?! —dijo Nairna con voz áspera.

—En los ríos —intermedió Jeff, intentando que la discusión entre hermanos no pasara a mayores.

—Exacto.

—¿Y eso significa...? —dejó ella la pregunta en el aire, pidiendo más información.

—Dos cosas. La primera es que los supervivientes buscarán fuentes naturales de agua, y ya has visto qué ha pasado con el tipo de hace un rato. No pienses que el resto de la gente será mucho más amable que él. Y la segunda es que todas esas personas convertidas en monstruos que hemos visto hasta ahora supongo que tendrán que, no solo alimentarse, sino también beber. No los veo abriendo un maldito grifo. Buscarán ríos, lagos...

—Ya, pero nosotros, por si no te has dado cuenta, también necesitaremos hidratarnos —contestó Nairna de la misma manera que la alumna que se cree la más lista de la clase.

—Sí, sí, pero... Así es como yo lo veo: creo que lo mejor sería buscar un emplazamiento donde tengamos un aporte fluvial y al mismo tiempo que no sea tan peligroso. Algún riachuelo..., ya sabéis. Y en caso de que necesitemos más cantidad de agua de manera urgente, siempre podremos caminar hasta este río o cualquier otro que esté dentro de nuestras posibilidades.

—No sé... —La muchacha llevó sus ojos negros hacia los de su novio.

—Sé que estás cansada, pero yo creo que es una buena idea. Podemos hacer un parón antes de continuar —dijo el joven rubio, y prosiguió con su exposición—: Ya viste a aquel hombre. ¡Y menos mal que iba con su hijo, que sino...! La gente se vuelve loca en momentos de desesperación; actúan por instinto. Además, no quiero volver a ver ni en pintura a otra de esas horribles criaturas. Si podemos reducir las probabilidades de encontrarnos con ellas de algún modo, bienvenido sea. Imagínate que vinieran río abajo...

—¡Vale, vale, callaos, me habéis convencido!

Arran y Jeff se sentaron, dando así un respiro a su hermana y novia, respectivamente: era la excusa perfecta para descansar ellos mismos. Tomaron algún refrigerio, y aunque lo hicieron sin excesiva prisa, antes de lo deseado ya estaban de nuevo inmersos en su andadura. El paso, que empezó ligero, se fue tornando cada vez más lento, como si en vez de atravesar el aire los tres jóvenes estuvieran andando por el fondo del océano. Fueron alrededor de unas cuatro horas de caminata sin descanso. Y cuando el Sol estaba a punto de ocultarse en el horizonte, como un espejismo apareció lo que tan largo rato llevaban buscando.

—Mirad, aquí parece que hay un arroyo.

—Está casi seco. Tú dijiste... —le reprochó Nairna a su hermano.

—Eso es ahora. Es normal en esta época —respondió él con diligencia—. Ya queda poco para que pase el verano y, entonces, habrá más agua. Mientras, podemos ir tirando de la que tenemos.

—Mejor, porque esto pesa un quintal —dijo el joven rubio—. Además, está oscureciendo.

Nairna se acuclilló y rompió a llorar; toda la presión, la angustia y el miedo a los que había estado sometida durante aquella jornada de horror brotaron de golpe. Jeff fue inmediatamente junto a su novia, que se había tapado el rostro con la cara interna del antebrazo, tras lo cual dobló las rodillas para estar a su altura y la abrazó.

—Tranquila. ¿Qué te pasa? Estamos a salvo.

—No es eso. Esto es espantoso, lo peor que he visto en toda mi vida... No les importa que la gente... Y nosotros no podemos hacer nada..., salvo huir... Y tratar de no convertirnos... en esos monstruos... ¿Por qué...? ¿Por qué han hecho eso?

—Chsss... Cálmate. Vamos, Nair...

Arran se acercó a la afligida pareja y les hizo saber su opinión desde la visión elevada que le otorgaba su erguida postura:

—No trates de entenderlo, son psicópatas que han llegado al poder. Y esos... mutantes... son la forma más efectiva de destruir al enemigo. Les hacen el trabajo sucio. Es como tener tu propio ejército en territorio enemigo sin desgastar a tus tropas. Suena a ciencia ficción, lo sé, pero así es. Siempre hemos luchado contra las injusticias, y lo seguiremos haciendo, para que en un futuro no se repita, para ayudar a los inocentes. Pero ahora somos nosotros los que necesitamos esa ayuda. Debemos ponernos a cubierto y aguantar.

El discurso de Arran caló hondo en su hermana y, debido a ello, esta se limpió las lágrimas y se forzó a serenarse (la muchacha no quería ser un lastre para el equipo, pero un bajón, al fin y al cabo, era más que lógico después de lo vivido, aunque, por otro lado, estaba segura de que todos lo sufrirían tarde o temprano y, entonces, sería a ella a quien le tocara consolarlos). Estando ya medianamente repuesta y lista para acomodarse, se quedó perpleja al oír de boca de su hermano una demanda que no se esperaba:

—¿Seguimos?

—¿Cómo que seguimos? —se sorprendió también el joven rubio—. ¿No acababas de decir hace un rato que este sitio era el adecuado?

—Y lo es. Solo os pido que hagáis el último esfuerzo.

—Tío, sabes que estoy... —Jeff rectificó al momento—, estamos contigo hasta el final, pero ¿qué pasa ahora?

—No podemos dormir en el suelo.

—Hombre, por poder... Sé que no es lo más cómodo del mundo, pero es lo que hay.

—No me refería a eso. Si sufrimos un ataque mientras descansamos estamos perdidos. No tendremos tiempo de reacción.

Jeff permaneció callado; parecía rumiar las palabras de su amigo. Arran, por su parte, reposó la mirada sobre la de su hermana, la cual entendió que él solo quería lo mejor para ellos, como así había sido siempre, pese a sus imperiosas formas. Cuando el novio de la muchacha llevó los ojos hacia los de ella, esta le correspondió con un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. Iremos a donde digas —dijo Jeff.

—Vale. Mirad, debemos buscar un árbol lo suficientemente grande como para nos mantenga a los tres sobre sus ramas. Con las cuerdas podremos amarrarnos para no caer.

—Si tan claro lo tienes, será mejor que nos guíes.

Arran echó andar, seguido por sus dos compañeros. Al cabo de un rato, y para fortuna de las cansadas piernas la pareja de novios, dieron con lo que parecía ser un lugar óptimo. En mitad de una explanada se erigía un admirable y robusto roble, lo suficientemente alto para mantenerlos a salvo, lo bastante bajo para trepar a él sin problemas. Estaban en su nuevo hogar. Nairna, ayudada por los dos varones —ya tendría tiempo de mejorar sus dotes escaladoras—, fue la primera en subir. Después de ser aupada, giró sobre sí misma, y pudo admirar, con una perfecta visión de trescientos sesenta grados, cómo acontecía el ocaso.

Como si no hubiera pasado el tiempo, ahí seguía Nairna, anclada a la copa de aquel árbol

como si fuera una extensión más de sus longevas ramas. Las condiciones en las que se encontraba la muchacha, en cambio, sí que habían cambiado, y se veían agravadas a cada minuto que pasaba. Pronto los gruñidos y las pisadas de los mutantes acercándose la hicieron dejar de evocar a Jeff y a su hermano y ser consciente de que el momento en el que iba a morir inexorablemente estaba próximo.

21

Desde el encontronazo con los dos mutantes sonrientes como hienas el resto del viaje había transcurrido sin incidentes graves. Quetzaly y Arran habían aprovechado las facilidades que les brindaba la *pick-up* para alejarse de caminos y carreteras de tercera clase y atajar campo a través.

La velocidad del vehículo comenzó a disminuir, lo que llevó a Arran a pensar que su acompañante habría visto algún tipo de obstáculo que requiriera de prudencia y buen hacer. Al apagarse motor esa suposición se desvaneció con celeridad de su mente, y el muchacho pasó a preguntar:

—¿Qué ocurre?

—No nos llega la gasolina.

—No puede ser... ¡Mierda!

—¿Qué hacemos ahora?

—Me parece que estamos cerca.

—¿Te parece? ¿O lo estamos?

—No lo sé... No lo sé, joder... Eso creo... Este sitio es igual a cada rato, no me conozco cada piedra que hay en el suelo. —El muchacho guardó silencio, y trató de calmarse y reflexionar. De sopetón, se movió como si algo le hubiera dado una descarga eléctrica—. Tengo una idea, espera aquí un momento.

Quetzaly observó a su compañero bajarse de la camioneta y empezar a desenroscar la antena. A continuación, lo vio subir al techo, con lo que quedó así fuera de su campo de visión.

Arran se sacó el *walkie-talkie* del bolsillo y cambió la pequeña antena de este por la de la camioneta.

—Dime que no lo has apagado, por favor... —le habló al aire. En cuanto encendió comunicador portátil, se lo llevó a la oreja y habló alto y claro—. Nair, ¿me oyes? Soy Arran, contesta.

Casi de inmediato, hubo respuesta por parte de su hermana, y la histeria en ella era más que evidente:

—¡Arran, gracias al cielo! ¡Han vuelto! ¡Van a subir!

—¿Y Jeff!?

—¡No ha regresado! ¡Se lo han comido, estoy segura!

—¡Tranquila, ¿vale?! ¡Estamos cerca! ¡Vamos a ayudarte!

—¡Se están amontonando! ¡Van a subir al árbol en cualquier momento! ¡Ayúdame! ¡No me puedo mover!

—¡Voy a apagar el *walkie*, ¿de acuerdo?! ¡Quédate callada y escucha!

—¿Qué?

—¡Hazme caso! ¡Será solo un momento! ¡Calla y escucha, por favor!

Arran desconectó el comunicador portátil y dio un par de golpes con los nudillos a la luna del

lado del conductor. La joven de origen azteca se sobresaltó, pero volvió a la relativa calma al ver la cabeza de su compañero, la cual colgaba bocabajo.

—¡Aprieta el claxon! —demandó bien alto Arran para que ella pudiera escucharle a través del cristal.

—¿Para qué?

—¡Apriétalo, luego te lo explico!

Quetzaly accionó la bocina eléctrica.

—¡¡¡Más!!! ¡¡¡Más!!! —gritó el muchacho desde fuera.

Ella continuó haciendo sonar el claxon, con pitidos largos intercalados con otros más cortos.

—¡¡¡Vale!!! —dijo Arran mientras daba palmadas al cristal—. ¡¡¡Ya vale!!!

Y todo se quedó en un silencio intranquilizador. Él volvió a ponerse de pie sobre el techo y a hacer uso del *walkie-talkie*.

—¿Lo has oído!?

—¡Sí, sí! ¡Muy bajito, pero lo he oído! —La voz de su hermana sonó a través del altavoz igual que si acabara de ganar un billete, solo de ida, a cualquier parte fuera de aquellas fronteras.

—¿De dónde venía!? ¡Necesito que me digas de dónde venía! —urgió el muchacho a la joven malherida. La conversación cada vez se sucedía en un tono más acelerado.

—¿De dónde venía? De por... ¿Recuerdas hacia dónde huimos de los últimos mutantes!?

—¡Claro, es por donde te atrapó ese cepo!

—¡Pues por ahí, más o menos! ¡Como por el suroeste!

—¡Aguanta! ¡No te va a pasar nada! —Arran se bajó del automóvil y abrió la puerta del conductor—. Sé dónde está. No queda demasiado lejos. ¡Corre, no hay tiempo!

Quetzaly salió de la camioneta y, junto con su compañero, se dirigió a toda prisa, tanta como le permitió su cuerpo apaleado, hacia el noreste, dejando de esa forma que aquella pieza producto de la ingeniería humana fuera devorada por la Naturaleza.

Exhausta por la acelerada marcha a la que se veía sometida por parte de Arran, la joven hispana se vio obligada a detenerse. Apenas conservaba el aliento; su musculatura tampoco daba para más. Llevada hasta el límite en las últimas cuarenta y ocho horas, y con su cuerpo lleno de todo tipo de contusiones y heridas, esa última carrera había supuesto el remate a su resistencia. Se encorvó con las manos apoyadas en los muslos y tomó aire.

—¿¡Pero qué haces!?! —dijo él.

—No puedo más... —contestó ella, respirando ruidosamente.

—Yo también estoy hecho polvo. Pero hay que seguir... —El muchacho se calló de repente y abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma. Sin mediar palabra, y con rictus serio, echó a andar hacia su acompañante, la cual se quedó intimidada por esa actitud imprevista. Pero cuando Arran estuvo a la altura de la muchacha, pasó de largo. Tras ello, empezó a mover sus piernas un poco más deprisa en un intento torpe de carrera.

—¡Eh! —le llamó la atención Quetzaly, desconcertada.

Arran se agachó y empezó a manipular algo con las manos.

—¿Qué ocurre? —Ella movía el cuello a un lado y a otro para poder observar lo que tapaba el cuerpo encogido de su compañero.

—Es mi escopeta —aseveró él. Inmediatamente, sacó la llave que le había quitado anteriormente al líder caníbal y la introdujo por el peculiar ojo que tenía el mecanismo soldado al cepo. Encajaba a la perfección. La escopeta heredada de su añorado padre estaba de nuevo en su

poder, y ya libre de trabas, salvo por un pequeño detalle: Arran no tenía munición a mano.

—Hay cartuchos en el árbol. Guardados en una mochila —explicó el muchacho.

—¿¡Donde tu hermana!? ¿¡Con esos mutantes!? Eso es como no tener nada —le desengañó ella.

Arran la miró desconsolado. Se tomó unos segundos, los cuales no podía permitirse el lujo de malgastar, en busca una solución. Reaccionó al momento y, entonces, se acercó solemnemente a su compañera.

—Escúchame, Nairna está en esa dirección. —Levantó el brazo y señaló con el dedo índice—. Estamos prácticamente al lado. Toma. —Y le entregó la escopeta.

—¿¡Qué vas a hacer!?

—Me los llevaré de allí.

—No... —La voz de Quetzaly se quebró.

—Solo tendrás que coger la munición. Os podréis defender.

—Arran... Eso es... ¿¡Qué pasa si...? —Las palabras no se atrevían a salir de la boca de la muchacha.

—Haz lo que te digo, por favor.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, y Arran, evitando alargar más ese doloroso trance, se giró y salió corriendo, pero cuando este no había llegado a recorrer ni una treintena de metros pisó una pequeña concavidad con su pie descalzo y se torció el tobillo. A consecuencia, cayó al suelo.

—¡Aaahhhh! —gritó de dolor.

Quetzaly corrió, escopeta en mano, hacia su compañero.

—¿¡Qué te ocurre!?

—¡Mi tobillo...!

—Espera, déjame.

Aunque le quitó el calcetín con sumo cuidado, no pudo evitar que el joven recién lesionado gritara aún más fuerte. El tobillo estaba inflamado; era un buen esguince.

—¡Mierda! —se quejó él.

De pronto, Quetzaly dejó de prestar atención al muchacho; parecía ida. Él, tan centrado en su dolor y, a la vez, maldiciendo su suerte, no se percató de ese detalle.

—¿Puedes levantarte? —dijo, al fin, ella.

—Eso creo.

La joven hispana le pasó un brazo por debajo de las axilas y lo ayudó a levantarse.

—A ver, trata de caminar. Apóyate en la escopeta.

Arran inició una andada a trompicones, con el arma a modo de muleta. Cojeaba irremediabilmente.

—Es suficiente —dijo la muchacha.

—¿Suficiente? ¿¡Para qué!? —se sorprendió su compañero.

Quetzaly puso las manos en las mejillas de Arran y clavó sus pupilas en las de él. Se dieron un beso. A continuación, la muchacha retrocedió unos cuantos pasos sin dejar de mirarle y le deseó:

—Buena suerte.

—¿¡Qué-qué vas a hacer!?

—Tendrás tiempo de sobra, cuando llegues ya no estarán ahí.

—Quetzaly... No-no... No puedes hacer eso...

—Adiós.

Ella le dio la espalda y echó a correr.

—¡¡¡Quetzaly, no!!! —gritó Arran con todo el dolor de su corazón.

La joven de origen azteca desapareció entre la seca vegetación. Arran echó a andar tras ella, forzando así su tobillo dolorido, impotente por no poder alcanzarla.

La deplorable condición física en la que se hallaba Arran, acrecentada por el reciente esguince sufrido, hacía que le resultara imposible, no ya correr, sino el simple hecho de ir al trote. Desesperado, trataba de aligerar el paso, pero cuanto más se esforzaba más oscilaba su cuerpo y mayor era el dolor en su tobillo. Lo estaba forzando de tal manera que tenía la sensación de que se le partiría en cualquier momento. Además, la escopeta, que empleaba a modo de muleta, le servía de muy poco. Pero no le importaban las consecuencias si de esa forma conseguía salvar la vida de su hermana. De pronto, la vio a lo lejos, sobre el roble que les había servido de hogar en el último tiempo. No había ni rastro de los mutantes; al parecer, Quetzaly se los había llevado de allí. Como resultado, le invadió un sentimiento de profunda tristeza seguido de una sensación de eterno agradecimiento. Y rezó, por primera vez en su vida, pidiendo por la joven de bellos rasgos latinos mientras continuaba acercándose a su hermana.

Nairna tardó un poco más en ser consciente del tal ansiado reencuentro con su hermano debido a que él llegaba por su espalda, pero pronto lo vio avanzar por la hierba amarillenta que cubría la explanada en derredor. El rostro de la muchacha se llenó de alegría, una alegría que la impulsó a hacer aspavientos con los brazos en alto, aunque con la prudencia de no levantar en exceso la voz.

Cuando Arran llegó al árbol, se apoyó en el tronco y miró hacia arriba.

—Nair... —jadeó, sin poder siquiera empezar la frase; necesitaba recuperar el aliento.

—¡Arran, qué alegría! Apareció una chica, y los mutantes salieron corriendo tras ella.

—Sí, la conozco. Está conmigo.

El joven agachó la cabeza; estaba al borde del llanto. Se sobrepuso.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana.

—No te preocupes, vamos a salir de esta.

—Esto tiene muy mala pinta —dijo ella, refiriéndose a su pierna.

—Lo sé, lo sé. Tengo la llave, le pondremos remedio a eso, te lo juro. Pero no hay tiempo ahora. Necesito que me tires los cartuchos. Deprisa.

—¿No puedes subir?

—Me he torcido el tobillo.

—Vale, voy.

La muchacha quiso arrastrarse, lo cual resultó inviable desde un primer momento. Estiró su cuerpo a todo lo largo para tratar de alcanzar la mochila con la munición.

—¡Aaahhh! —se dolió, y se dio por vencida muy rápidamente—. No llego.

—Haz otro esfuerzo. Por lo que más quieras. Si no, estamos perdidos.

Nairna volvió a intentarlo. Puso toda la carne en el asador.

—¡Aaaaaaahhhh!

El intenso quejido revolvió las entrañas de Arran. Viendo que su hermana ni siquiera había estado cerca de conseguirlo, entendió que esa no era la forma de hacerlo.

—No puedo. No puedo moverme. No me queda casi fuerza y este trasto pesa un verdadero quintal.

—Voy a intentarlo yo.

El muchacho trató de subir a la desesperada, pero lo único que consiguió con ello fue destrozarse la piel contra la corteza rugosa del tronco.

—¡Mierda, joder! —se quejó.

—Espera —apuntó ella—. Lánzame la llave, si consigo abrirlo, tal vez así pueda....

—Sí, muy buena idea.

La joven inmovilizada agarró al vuelo el pequeño instrumento metálico que acababa de lanzar su hermano; sin embargo, algo distrajo su atención antes de poder llegar a utilizarlo. El pánico se adueñó de su rostro.

—Arran, no... Corre. ¡Corre!

El muchacho se giró, y enseguida vislumbró a uno de los mutantes, el cual iba como una bala hacia ellos. Gracias a que su hermana, desde lo alto, tenía mucha mejor visión que él, se dieron cuenta de la amenaza cuando todavía esta estaba muy lejos, aunque no lo bastante para un tullido como él, desgraciadamente. Lo primero en que pensó fue en usar la pala de jardinería que descansaba en el nacimiento del tronco, pero dado el lamentable estado de su tobillo dio por hecho que no sería capaz de girar el cuerpo apropiadamente para golpear con fuerza (eso sin contar con que, con toda probabilidad, perdería el equilibrio al hacerlo). También vio los fragmentos de las lanzas rotas que estaban esparcidos por las proximidades del roble, y se imaginó que eran el resultado de la pelea que Jeff había mantenido con los mutantes. Todo eso y nada era lo mismo. Entonces, Arran empezó a correr con la improvisada muleta o, cuando menos, hizo un torpe intento de ello. La adrenalina del momento crítico que le estaba tocando vivir le otorgó una dosis extra de energía y, a la vez, le alivió moderadamente el dolor. Con todo, él sabía que no sería suficiente para lograr escapar: eso era un hecho innegable.

Nairna presencié toda la escena desde las alturas mientras trataba de encajar la llave en el ojo del mecanismo soldado al cepo. El brazo le temblaba, y el solo movimiento de arquearse para llegar a la cerradura le producía un dolor inaguantable. A pesar de ello, terminó por encajar la llave y, por consiguiente, liberarse. El aspecto de su pierna le produjo tal repulsión que casi le hace vomitar. Echó la cara a un lado e intentó incorporarse, pero no fue capaz, no al menos en ese momento. Ahora bien: viéndose los brazos como único medio de actuar, sostuvo el cepo entre las manos, totalmente abierto, y esperó. Cuando el mutante pasó por debajo de la copa del árbol, le arrojó el artefacto de caza. ¡Chas! El cepo atrapó lo que había sido un hombro humano en una vida anterior, lo cual provocó unos aullidos estremecedores por parte del monstruo. Este intentó deshacerse de la trampa girando brusca y repetidas veces su cuerpo de un lado a otro; se revolcó por el suelo, incluso. Viendo que dicho esfuerzo era del todo inútil de cara a su propósito, desistió y estiró las rodillas. En cuanto terminó de levantarse, ante el total y absoluto pasmo de Nairna, se desentendió de ella, como si nunca hubiera existido, y siguió avanzando en pos de Arran, guiado por sus sentidos superdesarrollados. El único punto a favor con el que contaban los dos hermanos era que los dientes metálicos hincados en el cuerpo peludo de su enemigo parecían impedirle a este ir más deprisa de lo que realmente habría podido en condiciones normales. Aun con esas, ese era un factor que no le otorgaba la suficiente ventaja a Arran y, por lo tanto, tarde o temprano, su deforme rastreador acabaría por alcanzarlo.

La persecución era angustiosa, y la noción del tiempo y del espacio se encontraba totalmente distorsionada en el cerebro del joven superviviente. Aunque Arran tenía la sensación de haber

recorrido ya varios kilómetros a consecuencia de su reciente espantada, el intelecto le decía que eso no podía ser así de ninguna de las maneras. Lo que sí se manifestaba como un hecho evidente era que se había alejado mucho de su hermana, hasta el punto de que cuando quiso girar la cabeza ya la había perdido de su campo de visión. Su perseguidor, en cambio, le pisaba los talones. A pesar de que el mutante le ganaba terreno dramáticamente, Arran no se daba por vencido y continuaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para tratar de escapar. El pobre muchacho no daba más de sí cuando la criatura se le abalanzó por la espalda, le hizo precipitarse contra el suelo y le lanzó un bocado cual perro de presa. El joven desvalido anduvo rápido e interpuso la escopeta entre su propio cuerpo y las mandíbulas del monstruo. Forcejearon: uno, por vivir; el otro, cegado por el instinto depredador que la mutagénesis había impuesto en su alterado organismo. Arran luchó con uñas y dientes por mantenerse fuera de las fauces de su enemigo: si sufría un mordisco sería el primero de muchos y ello supondría, además del final de su hermana, que las muertes de Jeff y Quetzaly habrían sido en vano. Y fue precisamente durante el forcejeo, situación en la que el muchacho ya creía todo perdido, cuando algo llamó su atención. Al torcer el cuello mientras se protegía de las embestidas del mutante, descubrió, a escasos cinco metros de donde se encontraba, detrás de un matorral, el cadáver de Jeff, o, por lo menos, lo que quedaba de él. Lo reconoció por la ropa, dado que los demás restos eran huesos dispersos y trozos de carne amorfos. Es ese instante, Arran tuvo una revelación: ¡El bolsillo de su amigo! En un acto desesperado, agarró el cepo anclado al torso del mutante y lo agitó con fuerza. Su oponente con forma de lobo aulló con rabia y, entonces, él, aprovechando la tregua momentánea, le propinó una patada con las dos piernas. Consiguió repelerlo un par de metros. El impacto de su extremidad derecha contra el duro cuerpo de la criatura le causó tal dolor en el tobillo dislocado que acompañó el aullido de su rival con un grito desgarrado. Sin tiempo para dolerse, y cuando aún no había terminado de cerrar la boca, comenzó a arrastrarse por la tierra ardiente. Una vez consiguió alcanzar los restos de su amigo, metió la mano en el bolsillo del pantalón hecho jirones y ensangrentado. ¡Bingo! Ahí estaba el cartucho de vaina colorada que había iniciado la chispa de todo aquel trágico episodio. Lo agarró, y abrió la escopeta en un visto y no visto, pero antes de que pudiera introducir la munición en el cargador advirtió que el mutante se encontraba detrás de él. Arran se dio la vuelta en el suelo y, con la espalda pegada a la tierra, volvió a protegerse con la escopeta de las embestidas incansables de aquel ser mitad hombre mitad bestia. Si esa acción era ya de por sí harto complicada, intentar encajar el cartucho al mismo tiempo se hacía prácticamente imposible. No obstante, si algo había aprendido el joven superviviente llegado a ese punto era que no había nada que pudiera considerarse inalcanzable. Con esa confianza, usó la culata del arma a su favor y propinó con ella un severo golpe en el hocico del depredador. Los apenas dos segundos que ganó con dicha acción los empleó en cargar la escopeta a gran velocidad y en cerrarla. Y, así, en cuanto el monstruo se volvió a abalanzar sobre él, le disparó a quemarropa. Las postas entraron concentradas en el tórax del mutante, lo que provocó que este cayera muerto al suelo.

Exhausto y con bastantes dificultades, Arran se incorporó. Se volvió hacia los restos mortales de Jeff.

—Gracias, amigo.

Cuando el muchacho llegó hasta el árbol donde se encontraba su hermana, vio la pierna de esta libre. Después de tantas penalidades, por fin, lo habían conseguido.

—¿¡Estás bien!? —se preocupó ella ante el horrible aspecto que lucía su salvador.

—No, pero ya habrá tiempo para recuperarse. —Tragó saliva y prosiguió—: ¿Puedes alcanzar

ahora los cartuchos?

—Lo intentaré.

Tras un esfuerzo titánico, Nairna se incorporó parcialmente, aunque sin poder evitar que sus alaridos traspasaran la barrera que formaban sus dos hileras de dientes, apretadas hasta el extremo la una contra la otra. Muy poco a poco, fue deslizándose sobre la gruesa rama sobre la que estaba; parecía que el momento en que pudiera tocar la munición con sus manos no iba a llegar nunca. Finalmente, lo consiguió, y la tiró a tierra firme sin pensarlo.

Arran se puso la canana alrededor de la cintura y la llenó con todos los cartuchos que pudo sacar de la mochila. Cargó la escopeta.

—No... —dejó escapar la muchacha por su boca.

—¿Qué pasa?

—Viene otro... Viene otro...

—¿¡Por dónde!?

—¡Por allí! —informó ella al mismo tiempo que apuntaba con el dedo índice hacia su izquierda.

—¿¡Es que no se va a acabar nunca esta pesadilla!?

Debido a que no podía descansar por completo su pie herido en el suelo, al muchacho le costaba horrores mantener el equilibrio. A pesar de ello, se apoyó la cantonera del arma en el hombro y, con un solo ojo, vio el mundo a través de la mira. Una figura en lontananza, recortada por los rayos del Sol, se acercaba hacia ellos.

—Vas a saber lo que es bueno.

La silueta seguía corriendo, imparable. Y la falange de Arran se encontraba arqueada sobre el gatillo.

—Ven aquí, anda...

Ya algo más cerca, la figura se empezó a adivinar humana, y por lo que se apreciaba, bastante esbelta. Definitivamente, no podía ser uno de aquellos monstruos. Al momento, el muchacho pudo distinguir de quién se trataba. Pero... ¿Realmente era Quetzaly o estaba viendo alguna especie de aparición divina? Su boca se desencajó, y su sistema nervioso se olvidó de pestañear. Muy lentamente, el cañón del arma pasó de su objetivo a un punto indeterminado del suelo. Arran comenzó a oír los latidos de su propio corazón de la misma manera que si llevara puesto un fonendoscopio. Su profunda respiración acompañaba las palpitaciones. Terminó por parpadear. De vuelta a la realidad, fue consciente de que, en efecto, era ella. ¡Y estaba viva! Su expresión se transformó en una mezcla de asombro y extrema felicidad.

—¡Arran! —gritó la muchacha.

La joven pareja se fusionó en un abrazo que solo duró unos pocos segundos, los que ella tardó en separarse de su compañero.

—Acabo de dar esquinazo a dos de esos monstruos, pero estoy convencida de que vienen tras de mí. Tenemos que largarnos.

—¿Crees que podrías ayudarme a subir al árbol?

Ella echó una ojeada hacia arriba. En lo alto vio a la persona por la que había pasado tantas adversidades en las últimas horas. Quetzaly levantó la mano sin decir nada; solo sonrió. Nairna la correspondió con el mismo gesto de brazo y otra tímida sonrisa. Sin más dilación, la joven de origen azteca volvió a centrarse en su interlocutor.

—Yo creo que sí.

Arran lanzó hacia arriba todos sus artilugios de caza con la esperanza de que Nairna los

podiera coger al vuelo, como así fue. Ya libre de cargas, se sirvió de Quetzaly como punto de apoyo y se elevó. Ella levantó los brazos todo lo que daban de sí hasta que los pies de su compañero se separaron de sus palmas. Enseguida la joven hispana también se unió a la pareja de hermanos en la copa del árbol. Y ahí, esperaron... Los dos mutantes no tardaron en aparecer, pero Arran estaba listo, y desde la seguridad que le ofrecían las alturas acabó fácilmente con ellos usando la escopeta heredada de su progenitor.

Ya no quedaban más lágrimas que derramar. Los ojos de Nairna habían expulsado todo el dolor causado por la pérdida de su novio. La muchacha permanecía tumbada, obligada por sus lacerantes circunstancias, con la mano derecha hundida en el montículo de tierra revuelta que era la improvisada tumba de Jeff. Por primera vez en mucho tiempo sintió que sus dedos habían alcanzado una temperatura acorde al resto del cuerpo. Lo que no había logrado en meses el pelaje de aquellos pequeños mamíferos de orejas largas, lo había conseguido el suelo del que tanto había renegado hasta entonces. Era como si Jeff quisiera enviarle energía desde el más allá, una forma de transmitirle coraje. Cuando Nairna se quiso dar cuenta, comprobó que su otra mano, la cual tenía cogida Arran, también estaba templada. Ella y su hermano permanecían atentos a las palabras de Quetzaly, quien rezaba una oración por el alma del difunto. Una vez la joven hispana concluyó, lo cual sucedió al mismo tiempo que se desvanecían los últimos rayos de luz, Arran estableció:

—Tenemos que dormir.

Nairna respiró hondo y, tras una pausa, habló con desgana:

—¿Estás seguro?

—¿Seguro? ¿De qué?

—De irnos.

—Eras tú la que quería salir de este lugar. ¿Qué te pasa ahora?

—Tengo miedo.

—No tienes por qué tenerlo. ¿Sabes qué, Nair? Fui un ciego. La ayuda no va a venir nunca. Míranos, estamos cansados de esperar. Abandonados en este pozo de mierda. Nadie quiere entrar aquí para salvarnos. Más de cien millones de esos mutantes son demasiado para cualquier ejército. Además, tu pierna no se va a curar sola. Ya hemos perdido a Jeff, no te quiero perder a ti también.

Ella permaneció callada; los fantasmas en su cabeza eran demasiados.

—Tu hermano tiene razón —interpuso Quetzaly—. Aquí no nos espera nada bueno.

—Sí... Es que... ahora mismo... —Nairna enmudeció. Todavía tenía los ojos llorosos por su reciente pérdida.

—Es normal, tranquila. Pero piensa que él siempre permanecerá a tu lado, aunque no sea físicamente. Te dará fuerza —agregó la joven de origen azteca—. Además, créeme, si hemos conseguido regresar para salvarte, podremos llegar hasta el confín de la Tierra si hace falta.

Nairna asintió con una sonrisa sincera. Tragó saliva, y confesó:

—No sé si podré dormir.

—Debes intentarlo. Mañana va a ser un día muy duro —respondió su hermano.

Quetzaly se pasó el brazo de su nueva compañera por encima de los hombros y la ayudó a incorporarse. Echaron a andar, pero duras penas consiguieron mantener un paso medianamente

decente. Al llevar la vista atrás, Nairna observó cómo su hermano les seguía el ritmo, ayudándose de una vara que él mismo había encontrado hacía unas horas mientras cavaba el hoyo para enterrar a Jeff. La muchacha sabía que él, aunque renqueante, podía ir un poco más deprisa, y también que estaba enlenteciendo su paso de manera deliberada para así imprimir en ella ánimo y que no se sintiera culpable. Pero por muy buenas que fueran las intenciones de su hermano, si ese trayecto, que solo constaba de unos pocos cientos de metros, ya se le estaba haciendo tedioso, no quería ni figurarse el largo viaje que les esperaba al día siguiente.

Cuando finalmente llegaron al roble, todas sus cosas estaban como las habían dejado: listas para ser transportadas. De eso se habían encargado antes de proceder a levantar la tierra, y justo después de un amplio debate para sopesar todos y cada uno de los pros y los contras derivados de dejar aquel lugar atrás y empezar a buscar nuevos métodos de supervivencia.

—Lo siento, pero tenemos que volver a subirte.

La voz sosegada de Arran recordó a su hermana que las ramas seguían esperándola ahí arriba para sumirla en un sueño, con toda seguridad, intranquilo. Jeff, por su parte, ya se encontraba durmiendo, y no despertaría nunca más. Nairna esperó verlo en sueños.

Sin más dilación, con la oscuridad de la noche acechando y las estrellas titilando en el firmamento, los tres jóvenes supervivientes llevaron a cabo los procesos necesarios para encaramarse y permanecer en las alturas otra noche más. Era momento de reponer fuerzas y esperar a que las sombras se disiparan con el amanecer.

A la mañana siguiente, Arran se despertó al alba. El dolor de su cuerpo apaleado se había intensificado tras el sueño, y acababa de germinar en todo su esplendor al desperezarse. El único consuelo que le quedaba era que, por lo menos, había descansado, lo cual se perfilaba de vital importancia para la empresa que tenía por delante. El muchacho se desató, pero cuando fue a apoyar el pie se dolió. La aflicción que le envolvía le había hecho olvidarse por completo del esguince; sin embargo, la torcedura seguía con él al igual que un perro fiel. A su lado, sus dos compañeras continuaban durmiendo plácidamente. Fue a despertarlas sin contemplaciones, ya que iban a necesitar todas las horas de luz posibles, y no sabía ni cuándo ni dónde ni bajo qué circunstancias sería la siguiente vez que podrían parar a pernoctar.

—Eh, vamos, ya es la hora —susurró mientras zarandeaba suavemente a Quetzaly.

La joven hispana se desperezó, y enseguida ayudó a Arran con las cuerdas de la hermana de este. Tras desatar a Nairna y bajarla a tierra firme, todos se repartieron los bártulos en proporción a su capacidad y estado físico.

—La frontera nos está esperando —dijo él con firmeza, aunque su interior era un mar de dudas: una muchacha maltrecha y dos hermanos impedidos intentando atravesar un estado infestado de seres sanguinarios no era el mejor de los presagios que se dijera, pero era eso o esperar a morir sin una meta que alcanzar, pues si sus propias heridas no acababan con sus vidas, tarde o temprano, lo haría el hambre.

Paso a paso, se fueron alejando del inmutable roble que les había dado cobijo durante su agotadora, y mucho más larga de lo deseada, estancia por aquellos lares. Era hora de volver al muro, el principio de un nuevo viaje, un viaje en busca de una vida mejor. Y eso comenzaba por salir del país y dejar atrás aquel horror procedente de la guerra, aunque ello tuviera que ser a paso de tortuga y fuera a conllevar el mayor de los sacrificios imaginados. En un gesto instintivo, Arran llevó los ojos hacia el cielo como hacía cada mañana. Y, entonces, paró de contar. El Sol se estaba alzando sobre su cabeza por última vez en aquel lugar inhóspito. Diez meses exactos

después, era hora de abandonarlo.